FERMÍN BOCOS

VIAJE A LAS PUERTAS DEL INFIERNO



LAS ENTRADAS OCULTAS DEL HADES

Ariel

Índice

Portada
Cita
A modo de prólogo
I. Viaje al sur de España
II. Viaje a Nápoles
III. Viaje por el norte de Grecia
IV. En Madrid
V. Regreso a Grecia
VI. Viaje a Israel
VII. Viaje a Italia
VIII. Viaje a Francia
IX. Viaje a Sicilia
X. Viaje a China
XI. Viaje a la India
XII. Viaje a Japón
XIII. Vuelta a Italia
XIV. Viaje a Iraq
XV. Viaje a Egipto
XVI. Regreso a Italia
XVII. Vuelta a Grecia
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Aunque hayan derribado sus estatuas y
hayan sido arrojados de sus templos, no
por eso los dioses están muertos.

KONSTANTINOS KAVAFIS

A MODO DE PRÓLOGO

Tengo para mí que la melancolía de los seres humanos procede del silencio de Dios, de la añoranza de un tiempo en el que los dioses hablaban con los hombres. Intrigado por el origen de tan extraña nostalgia, inicié un largo viaje a lugares señalados donde aún hoy reverbera el eco de ceremonias ancestrales en las que las gentes del pasado creyeron haber contactado con la divinidad. También ha sido un viaje a la semilla de uno de los temores más antiguos y duraderos de la Historia. Hablo del miedo al Infierno.

Las experiencias que paso a relatar me han permitido descubrir que son muchos los lugares en los que antiguas civilizaciones y culturas hoy olvidadas tenían por cierto que se hallaban las puertas del Infierno.

De aquellos días queda memoria en las piedras de templos destruidos, en relieves ahumados de cuevas escondidas y en los estratos más profundos de ciertos pozos colmatados por la incuria que apareja el paso del tiempo. En los parajes en los que un día los dioses dejaron oír su voz —en boca de la Sibila, en las salmodias de los sacerdotes o en los sollozos del viento que agita las ramas de ciertos árboles sagrados—, todavía pervive algo inmaterial, una presencia invisible imposible de describir pero apreciable como las reverberaciones del calor en el verano.

Los emplazamientos en los que se estableció un oráculo —puertas de comunicación con los seres que habitan más allá de las estrellas— retienen cierto aire de misterio. Flota en ellos un no sé qué extraño que provoca desasosiego. Quizá sea la sensación de estar pisando tierra sagrada. O tierra maldita. Es una presencia que

en días señalados en calendarios astronómicos muy antiguos y en condiciones precisas de luz, presión y temperatura, todavía se hace sentir.

En otras partes, allí donde la comunicación con los dioses se establecía en las inmediaciones de algún antro, aún se detectan emanaciones de gases alucinógenos. También hay lugares secretos localizados en puntos geográficos de rara naturaleza y fuerza mineral en los que nuestros antepasados situaron las puertas del Infierno, el espectral pasaje subterráneo que se abre al Más Allá, el desolado enclave donde vagan eternamente atormentadas las almas de los muertos.

En la Antigüedad, Demócrito de Abdera habló con claridad al establecer que creía que el miedo era el origen de la religión. También Epicuro de Samos se esforzó en liberar a los hombres del miedo a la muerte al tiempo que les alertaba para que no temieran a los dioses. Por contra, Cicerón creía que para dominar a las masas en favor de la estabilidad del Estado y de sus instituciones era conveniente mantener la superstición y la fe en la adivinación. En este debate separado por siglos, quien triunfó, por decirlo así, fue Cicerón. La religión —basada o no en el miedo— triunfó en tiempos de la antigua Roma y también en los siglos posteriores así que el cristianismo, devenido en religión oficial, hizo suyas parte de las señas del poder ampliamente experimentadas durante el Imperio. En ese mundo que rehabilitó ritos y mitos, el Infierno como concepto y el Diablo como personaje —el «Ángel caído»— mantuvieron durante dos milenios un papel protagonista. Concilio hubo (IV de Letrán, 1215) que declaró que el Diablo y los demás demonios fueron creados buenos por Dios pero ellos mismos se volvieron malos. Y que el hombre pecó por sugestión del Diablo. Siglos después —había bajado mucha agua bajo los puentes— otro concilio (Vaticano II, 1962, presidido por el papa Juan XXIII) apenas dio cancha a la reflexión en torno al Maligno, relegándolo al papel de figurante.

En nuestros días, se diría que ha sido destronado, ya no está residenciado en él el temor de las gentes o su negociado de miedo; sencillamente, ha desaparecido.

De ser así, llevaría razón Cornelius Castoriadis al proclamar que la sociedad moderna es la primera sociedad no religiosa en la Historia del hombre. Obvio es decir que el pensador nacido en Constantinopla y fallecido en París en 1997 se refería al mundo occidental. Puede que sea la gran novedad o puede que estemos ante una simple transformación conceptual, porque, pese a los convincentes testimonios de la ausencia de preocupación por el Infierno en la mente de las gentes de nuestros días, hay una verdad que resulta irrefutable: el mal existe. Y ese es un territorio cuyo administrador único y jefe de Recursos Humanos siempre ha sido el Diablo.

Para simpatizar con la aspiración última del espíritu que me llevó a emprender este largo viaje realizado en diferentes etapas —con nuestro mundo sumergido ya en un proceso de globalización a través de la red y de la sociedad de la comunicación—, quizá suene a excentricidad invitar a releer la *Teogonía*, el relato construido por Hesíodo alrededor de la vida de los dioses. Entiendo que sería tan conveniente como abrir una ventana a la fantasía porque es verdadero «realismo mágico». Un retablo abierto a las maravillas, a la fantasía y a los milagros. Después de pasear por el Olimpo, cumple volver a Homero y a quienes de él todo lo aprendieron.

He disfrutado tanto con las desventuras y astucias de Ulises, con las proezas de Perseo, el viaje de Jasón y los trabajos de Heracles o con el fantástico tebeo que fue la vida de Teseo que ese gozo, un gozo sin duda adolescente, todavía hoy es capaz de avivar todas las nostalgias y así que puedo viajo por el Mediterráneo, por Grecia, por Italia, o por muy concretos lugares de España, buscando los viejos caminos que uno puede reencontrar, pese a las

transformaciones del paso de los días y las heridas del tiempo, siguiendo el minucioso itinerario de Pausanias o las fantásticas noticias de Heródoto.

No ignoro que parte del fulgor perenne del Mundo Antiguo procede de la imaginación y de los libros. Aunque no es seguro que la actividad humana justifique la existencia, saber estas y otras cosas es una forma de entender la vida e incluso de hallar en ellas su sentido. Sentido que, dicho sea de paso, tengo para mí que no es otro que vivir gozando en humana proporción de cuanto ha sido dispuesto por la Naturaleza. Vivir felizmente. Sin ofender a nadie ni a nosotros mismos renunciando a los gozos de este mundo por culpa del temor sembrado en nuestros corazones por obra de la oscuridad o la superstición. En esta forma de ver las cosas supongo que late el espíritu de Epicuro, aquel sabio que, como apuntaba más arriba y según dejó dicho el poeta romano Lucrecio —el más vigoroso de sus discípulos—, liberó a la Humanidad del terror a la muerte y al Más Allá.

Epicuro que, por cierto, no fue «epicúreo» en el sentido moderno y superficial del término, enseñó a vivir en contacto con la Naturaleza, rodeado de amigos, sin los miedos y temores que produce la ignorancia. También Octavio Paz creía que la construcción de la comunidad ideal implicaba un regreso a la poesía, a la palabra poética, como mediadora entre el poder divino y la libertad humana. Ambos sentían la añoranza de un tiempo en el que el ideal estético era un reflejo del triunfo de la razón que había hecho posible la organización social más libre de cuantas conocieron nuestros antepasados mediterráneos.

Hablando de utopías, creo que Thomas Mann tenía razón cuando decía que las cosas habrían ido mejor si Marx hubiera leído a su paisano Hölderlin. En ese punto está anclada la nostalgia a la que me refiero al hablar de la Antigua Grecia y del Mediterráneo clásico. Es, en suma, la misma nostalgia que sentía Odiseo a cuenta de los países que no había conocido.

Amable lector, este es el relato de un largo viaje, en realidad, una suma de unos cuantos viajes, que inicié en Huelva, en el sur de España, preguntando a un fraile franciscano del monasterio de La Rábida por las puertas del Infierno.

Un camino que en distintas épocas repartidas al gusto de Nikos Kazantzakis —«ocho meses de viaje y cuatro de soledad»—, en una primera etapa me llevó a ciertos lugares de Grecia, España, Italia, Francia, Egipto, Iraq o Israel, donde aún no se ha extinguido el eco de un tiempo en el que era posible escuchar las voces que venían del cielo o hay antros que un día fueron entrada del Averno.

El afán de descubrir algunos de los secretos del pasado también me hizo recorrer parajes remotos de la India, Japón y China, en el corazón reseco y más contaminado de Asia. Lo que sobrevive en mi memoria de este largo viaje confirma, como bien sabía el poeta Konstantinos Kavafis, que, aunque hayan derribado sus estatuas y hayan sido arrojados de sus templos, no por eso los dioses están muertos.

CAPÍTULO I

VIAJE AL SUR DE ESPAÑA

En busca de las puertas del Infierno | Llegada al monasterio de La Rábida, en Huelva, donde los antiguos situaban una puerta del Hades | El prado de los sacrificios | Las doncellas ofrecidas a la diosa Deméter | Misterios olvidados.





Salvo la muerte que todo lo cierra, en este mundo, nada es para siempre ni nada es solo lo que parece. Tampoco hay verdades absolutas a la hora de ubicar en mapas actuales ciudades o enclaves de la Antigüedad cuya memoria, con el devenir de los siglos, se perdió o se hizo confusa. Eso es exactamente lo que pasa cuando uno intenta dar con el lugar donde se hallaban algunas de las más famosas puertas del Hades, el Infierno de los antiguos griegos y romanos.

Uno de los primeros lugares en los que uno puede pensar es en la antigua región del Epiro, en el noroeste de Grecia, donde según algunas fuentes se encontraba el Necromanteion, la entrada del Hades. Junto al río Aqueronte, donde se juntan dos de los ríos del Infierno, el Cocito, el río de los lamentos, y el Piriflegetonte, o río de las llamas, tenía aposento el oráculo de los muertos, en un tenebroso lugar famoso en los tiempos homéricos, en la Edad del Bronce, tiempos en los que la medicina y la magia eran hermanas gemelas. Pero los libros antiguos no son libros cerrados; en realidad permanecen eternamente abiertos a la interpretación de quienes se aproximan a ellos con la emoción y la tenacidad que en su día llevó a Heinrich Schliemann, un rico comerciante alemán y arqueólogo aficionado, a descubrir el emplazamiento de Troya y la llamada «Máscara de Agamenón», el gran rey de Micenas. Schliemann no hizo más que seguir a pies juntillas las descripciones contenidas en los versos de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Hay académicos que todavía no se lo han perdonado. Homero habló y, por fortuna para los hombres de todas las épocas, la memoria de su palabra permite ser interpretada, quizá porque sigue tan viva como cuando era aquel relato que embelesaba por igual a reyes, soldados, pastores y cortesanos.

Schliemann no fue el único que rastreó las huellas de los antiguos. Algunos de los historiadores, arqueólogos y helenistas más señeros de los dos últimos siglos procedieron con parecido entusiasmo. A uno de ellos, Adolf Schulten, también alemán, debemos una revelación sorprendente. De hecho, su descubrimiento ha sido, en parte, la chispa que me movió a iniciar el largo viaje que voy a contar en este libro. Como veremos, no solo en Grecia hay una entrada del Hades. Resulta que a varios miles de kilómetros del territorio continental de la Hélade, existe un lugar que encaja como un dedo en un guante en la descripción que hace Homero de la llegada de Ulises al Aqueronte. Está al sur de España, en Palos de la Frontera, Huelva, en el lugar que hoy ocupa el monasterio de Santa María de la Rábida. Palos fue antaño el pueblo de pescadores en el que se gestó el primer capítulo del descubrimiento de América, hecho estelar de la Historia de España.

Allí en Palos empezó mi aventura, una mañana de abril de hace algunos años. Fui hasta La Rábida buscando el perdido enclave tartesio al que se referían los viajeros de la Antigüedad cuando hablaban de la laguna del Infierno, como se conocía al estuario del río Tinto, que se caracterizaba por sus aguas rojizas. En el promontorio sobre el que hoy se yergue el cenobio, junto a la roca que señalaba la confluencia de los ríos Tinto (asimilado al río Piriflegetonte) y Odiel (el Cocito), donde, según los viajeros de la Antigüedad, se encontraba uno de los pasajes subterráneos que comunicaba con el Hades. Mis primeros conocimientos del lugar y su relación con la odisea de Ulises procedían de haber leído, hacía mucho tiempo, un libro escrito por el historiador Adolf Schulten sobre el emplazamiento de la mítica Tartessos. De aquella lectura solo recordaba que, a diferencia del éxito que siempre acompañó a Schliemann en sus aventuras en Troya, Micenas, Orcómeno y Tirinto, Schulten, pese a su tesón y conocimientos, no tuvo suerte y fracasó en su empeño de descubrir el emplazamiento de Tartessos. Por más que excavó y buscó en el coto de Doñana, en los alrededores de

Sevilla, en Estepa y en varios lugares de la provincia de Huelva, no consiguió dar con la situación de la capital del legendario reino de Argantonio. No encontró la mítica ciudad perdida pero creyó haber identificado el lugar en el que se localizaba la tenebrosa puerta del Hades. Leído y olvidado, hasta que hace poco, leyendo a otro historiador, el inglés Robin Lane Fox, autor de un libro muy entretenido (*Héroes viajeros*), volví a toparme con la mención de La Rábida, como el paraje en el que los antiguos situaban una de las entradas al mundo del Más Allá.

Sabido es que no hay nada más atrevido que la ignorancia, y también que de ella se sale preguntando. Así que decidí viajar a Huelva, y desde allí a La Rábida, para indagar acerca de aquella olvidada puerta del Hades.

La distancia entre la antigua Olba y La Rábida es corta y el aire denso. Acre, incluso, a resultas de los vertidos a la atmósfera de diversas industrias químicas y creo que también de una o dos refinerías de petróleo que operan en la zona. Afortunadamente, unos dos kilómetros antes de llegar al monasterio, el paisaje cambia. Entre pinos, plantas aromáticas, chumberas y otras variedades de cactus, una mano piadosa ha construido un pequeño jardín seco. Un jardín zen levantado sobre la tierra ocre y reseca siguiendo la ancestral técnica japonesa del *karesansui* que armoniza rocas y piedras con arena rastrillada dibujando formas que semejan minúsculas olas. Tras ascender una cuesta que parte en dos un sendero rodeado de pinos y cipreses, llegué a la explanada en la que se yergue el cenobio. En cierto modo es un paraje borgiano, un jardín con senderos que se bifurcan.

Me disponía a entrar en el monasterio cuando una voz me detuvo.

—¿Puedo ayudarle? ¿Busca usted a alguien? —dijo un hombre a quien no había visto pero que estaba de pie junto a una de las puertas laterales del templo.

—Sí. Me gustaría hablar con el padre prior...

—Soy yo —contestó.

Tras presentarme, le pregunté por la puerta del Infierno. Seguramente interrogar a un clérigo por la puerta del Infierno es una forma como otra de empezar una conversación aunque, bien visto, quizá no sea la forma más diplomática de hacerlo. Pero así fue como conocí a fray Francisco García, prior y párroco de Santa María de la Rábida, un franciscano cordial de lenguaje culto y decir suave que recibió la pregunta sin otro sobresalto que el de reconocer abiertamente que ignoraba si allí era donde había estado la boca del Hades.

—Dice aquí —añadí, abriendo un viejo ejemplar del libro de Adolf Schulten— que Avieno, uno de los grandes viajeros de la Antigüedad, situaba en este paraje una cueva; un antro junto a una roca que señalaba el lugar donde dos ríos al desembocar formaban una laguna.

—De la cueva, no sé nada —respondió—. De los ríos, supongo que se referiría al Tinto, que es el que tenemos ahí enfrente, y al Odiel, que es el que desemboca ahí, junto a la fábrica de Endesa. De la roca, pues no sé..., puede que sea donde está la estatua del Descubrimiento —añadió, señalando al monumento erigido a la memoria de quienes en el verano de 1492, con Cristóbal Colón a la cabeza, iniciaron desde Palos de la Frontera la travesía que les llevó hasta las islas del Caribe, antesala de lo que hoy llamamos «América» gracias a una de las operaciones de imagen más astutas de la Historia, maniobra que hizo de Américo Vespucio el tipo afortunado que dio nombre a todo un continente.

—¿Ha oído alguna vez hablar del Prado de Alcalá? —pregunté al fraile volviendo al presente pero preguntando por el más remoto pasado de aquel lugar—. Según parece —añadí— era un lugar donde en los tiempos antiguos se llevaban a cabo sacrificios humanos.

—No, la verdad. Como no se refiera al prado de La Fontanilla, que está en Palos..., pero, como le digo, no lo sé. Allí, según dicen, está la fuente en la que hicieron aguada los marineros de las tres naves que partieron para descubrir el Nuevo Mundo. Salieron de ahí,

desde el muelle que tenemos enfrente —concluyó—, señalando el punto en el que, anclada en el mar de los siglos, permanece una réplica de aquellas tres embarcaciones que, quinientos años atrás, se enfrentaron a las olas del Atlántico llegando por la ruta de Canarias hasta lo que hoy llamamos América, siendo sus navegantes capaces de coronar con éxito lo más difícil de la travesía: la singladura de vuelta hasta las costas andaluzas.

Cuando mi presencia en el monasterio interrumpió su rutina, fray Francisco estaba esperando a un técnico al que había llamado porque se había caído el sistema informático. Se despidió, invitándome a volver en otro momento. Prometí que así lo haría.

También me prestó unos libros que, en cuatro densos volúmenes, relatan la historia de La Rábida. Hojeando uno de ellos mientras caminaba de regreso a donde había aparcado el coche, comprobé que, como había leído en otros textos de historia de la zona, también mencionaba el Prado de Alcalá, paraje que debía de estar situado en algún punto de lo que hoy es Palos de la Frontera y donde, en tiempos remotos, se celebraron sacrificios humanos en honor a Perséfone, diosa de los Infiernos (la Proserpina de los romanos). Cada primavera, Perséfone huye del Infierno y, camino de la Tierra, trae en sus manos los primeros tallos que aparecen en los surcos sembrados de trigo en un ciclo nunca interrumpido, desde que los dioses más antiguos procedentes de Mesopotamia dieron a conocer el secreto de las semillas a los hombres, que hasta entonces habían sido nómadas obligados por el hambre a un perpetuo caminar en busca de alimentos. El mito explica los secretos de la siembra que hace posible la germinación del trigo y otros cereales. Para los primitivos pobladores de las tierras que hoy se asoman al Mediterráneo, la siembra del trigo y la posterior germinación del grano constituía un milagro que año tras año contemplaban con asombro y respeto, como tendría ocasión de ver más adelante en Grecia, en otro momento de este viaje a la semilla de algunos de nuestros más antiguos temores y de nuestras más viejas tradiciones, investigando el secreto mejor guardado de la Antigüedad: los

«misterios de Eleusis», una ceremonia de iniciación que se celebraba en esta localidad próxima a Atenas y que incluía el uso de ciertas sustancias alucinógenas.

Regresé a Madrid pensando en organizar cuanto antes un viaje a Grecia con la idea de averiguar qué quedaba de los «misterios» y, sobre todo, con el propósito de visitar los lugares en los que los antiguos situaban las puertas del Infierno..., sin olvidar que tenía pendiente una nueva conversación con el padre prior de La Rábida. Aunque la cita griega permanecía viva en mi agenda, por pura economía de esfuerzo opté por volver primero a Huelva.

Los setecientos kilómetros que separan Madrid de la ciudad andaluza se me hicieron más largos que los siete días que tardé en volver al monasterio.

Era domingo. Llegué a la hora en la que el padre Francisco celebraba la misa. Cuando concluyó la ceremonia, fui a la sacristía para saludarle. Me recibió con simpatía; al parecer tenía que podar unos rosales y me invitó a que lo acompañara. Mientras manejaba las tijeras con la precisión de quien realiza un movimiento cien veces repetido, me habló de las rutinas de aquel cenobio en el que vivían cinco frailes. El monasterio, como reflejan los extraordinarios frescos del pintor Vázquez Díaz que decoran las paredes de varias de las estancias, conoció tiempos mejores.

—¿Escasean las vocaciones? —pregunté.

—No hay tantas como cuando yo era joven, pero las hay —respondió, en un tono que parecía incluir un poso de nostalgia.

Mientras seguía con la poda, salió a colación el caso de las monjas clarisas de Lerma, en Burgos, un convento de clausura regido por sor Verónica. Es un caso especial, poco menos que único. Parece ser que tienen lista de espera de peticiones para ingresar en la clausura y han tenido que distribuir a las monjas en otros dos o tres conventos de la provincia.

—¿Qué es lo que hace que un hombre o una mujer del siglo XXI rompa con todo y decida encerrarse en un convento? —le pregunté al padre Francisco sin el menor ánimo de controversia.

—Pues depende; depende de cómo responde cada uno a la cuarta pregunta —me contestó, levantando la mirada de la rama que estaba a punto de cizallar.

—¿La «cuarta pregunta»? ¿A qué se refiere? —repliqué, intrigado.

—Verá, las tres primeras son las preguntas que se refieren a la situación económica, las relaciones familiares, la vida afectiva, desengaños incluidos, y la cuarta, la importante —añadió con convicción—, es la que se refiere a la fe, a la llamada de Dios. Cuando Él te llama, todo está dicho —concluyó, apretando las tijeras y cortando en seco un tallo coronado de espinas.

Tras tan contundente respuesta, la conversación volvió a girar alrededor de los orígenes ancestrales de aquel lugar que tantos cambios había sufrido con el paso del tiempo pero que nunca había perdido su carácter de paraje sagrado; de lugar dedicado a honrar a la divinidad en las diferentes advocaciones que los hombres o la revelación fueron forjando a lo largo de los siglos.

Me despedí de aquel fraile que parecía haber alcanzado la serenidad que otorga sentido a la vida monástica sin dejar de pensar en lo irónico del enclave: antaño piélago abierto a las tinieblas del inframundo y solar de sacrificios humanos y hogaño lugar de paz, serenidad y meditación. Un promontorio cargado de historia sobre el que, con el andar de los siglos, se levantó un *ribat*, una fortaleza que dio cobijo a un escuadrón de religiosos musulmanes. Religiosos soldados como los monjes templarios que, tiempo después, ocuparon este sitio hasta la llegada de los seguidores de san Francisco, el *poverello* de Asís, el hombre que hablaba con los animales y entendía el lenguaje de las plantas. No sé por qué me vino a la cabeza la idea de que si Francisco de Asís viviera en

nuestros días sería socio de Greenpeace; tampoco recuerdo muy bien por qué me despedí de fray Francisco con la salutación franciscana: «¡Paz y Bien!».

La recordaba de la lectura de *El nombre de la rosa*, la inquietante novela de Umberto Eco en la que el protagonista, Guillermo de Baskerville, es un monje detective que investiga un caso de asesinatos en serie acaecidos en un monasterio del norte de Italia en los oscuros tiempos de la Edad Media. Muertes relacionadas con el misterio de la *Poética* de Aristóteles, libro prohibido en aquel cenobio porque en él se habla de la risa, de la alegría de vivir.

«La risa es el enemigo. Si nos podemos reír de todo, incluso del Diablo, si perdemos el miedo, ya nadie necesitará a Dios», leemos en la novela. La historia de los atribulados moradores de la abadía que creían que aquellas muertes que no acertaban a explicar eran obra del Diablo, llegó al cine. Sean Connery bordaba el papel en la película, cuyo guion no desmerecía la novela de Eco. En fin, también recuerdo haber leído en otra parte, en otros libros, que no es el miedo sino el deseo de hacer el bien lo que lleva a Dios.

Hay más hondura que la simple apariencia de las cosas en el misterio que subyace en el fondo del alma de quienes dedican su vida a meditar y rezar ayudando a los demás a cambio de nada. Todos los hombres, incluso quienes no estarían dispuestos a aceptar esta idea, tenemos una dimensión espiritual capaz de elevarnos por encima de nuestra naturaleza animal. Una pulsión que es anterior a la fe religiosa.

Al salir hacia la explanada que recorta las enjalbegadas paredes del monasterio, saludé a otro fraile. Era fray Roque, un extremeño de Guadalupe. Tenía el aire jovial de la gente del campo cuando vuelve a casa tras haber recogido con bien la cosecha. Le puse al tanto del porqué de mi curiosidad por aquel lugar y me respondió lo mismo que el prior. Tampoco él había oído hablar de las puertas del Hades.

Hablando del Infierno salió a colación el Diablo y de paso una cita del papa Pablo VI, que en boca de fraile sonaba a sentencia: «La mejor victoria del Demonio es hacer creer que el Infierno no existe». Algo parecido había escrito un siglo antes Armand Barthet: «Todo el mundo le sirve, pero nadie cree en él; sublime sutileza del Diablo».

También recuerdo haber leído que la primera vez que la Iglesia se pronunció sobre la existencia del Diablo fue en un concilio celebrado en el año 561. Siete siglos después, en el año 1215, la existencia del Demonio fue un dogma de fe establecido por el IV Concilio Lateranense.

«Los ángeles fueron buenos pero se hicieron malos por su rebelión contra Dios», dice una cita de aquella reunión que tenía anotada en mi cuaderno de viaje. También tengo apuntado que en el mismo sentido reza un documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe de 1975. En fin: «*Roma locuta est, causa finita est*», dice un dicho vaticano.

Pero, puesto que estaba hablando con un fraile la mar de campechano, no me pareció ni el momento oportuno ni el lugar adecuado para citar a otro Papa, Juan Pablo II, quien, según tengo entendido, vinculó el Infierno a una situación espiritual metafórica. Karol Wojtyla lo ligó más a un estado espiritual que a un castigo físico: «El Infierno indica más que un lugar, la situación en la que llega a encontrarse quien libre y definitivamente se aleja de Dios, fuente de vida y de alegría». Sería algo así como un sufrir voluntariamente elegido. Ya se sabe que los papas son infalibles cuando se pronuncian sobre asuntos relacionados con la fe. Pero, dicho sea a favor de fray Roque, también es sabido que a un Papa le sucede otro y Benedicto XVI decidió recuperar la doctrina clásica de la Iglesia retomando la idea desestimada por Juan Pablo II. Ratzinger volvió a la posición clásica, afirmando que el Infierno existe «y es eterno».

En esa idea está también el papa Francisco, a juzgar por estas palabras pronunciadas cuando era obispo de Buenos Aires:

> El Demonio es, teológicamente, un ser que optó por no aceptar el plan de Dios. La obra maestra del Señor es el hombre, algunos ángeles no lo aceptaron y se rebelaron. El Demonio es uno de ellos. En el libro de Job es el tentador, aquel que busca destruir la obra de Dios, el que nos lleva a la suficiencia, a la soberbia. Jesús lo define como el padre de la mentira... Sus frutos son siempre la destrucción, la división, el odio, la calumnia. Y, en la experiencia personal, lo siento cada vez que soy tentado para hacer algo que no es lo que Dios me pide. Creo que el Demonio existe. Quizá su mayor éxito en estos tiempos fue hacernos creer que no existe, que todo se arregla en un plano puramente humano.

No creo que el cambio de Buenos Aires por Roma haya modificado la percepción que tenía el jesuita Bergoglio sobre la existencia de aquel a quien alguna vez se le llamó el Príncipe de las Tinieblas, el gobernador del Infierno.

Dejé a los frailes en su mundo de paz y serenidad y, camino mediante, me acerque hasta Palos de la Frontera. Pregunté por el Prado de Alcalá, pero nadie me supo dar fe del lugar. Dos señoras de cierta edad me indicaron cómo podía llegar a La Fontanilla, un prado recoleto que, según pude comprobar, se extiende a los pies de la iglesia de San Jorge, templo de paredes recias como murallas en las que una placa recuerda la gesta de los hermanos Pinzón, los marineros andaluces que participaron en el primer viaje de Colón a América. En medio de una zona ajardinada hay un estanque circuido por unas gradas en forma de anfiteatro. La historia más reciente del paraje no deja lugar a dudas: a juzgar por los cascos de botella vacíos y otros restos desperdigados, no ha mucho, los jóvenes del pueblo debieron de celebrar aquí un copioso botellón, aquelarre postmoderno muy en boga de unos años acá en España y caracterizado por la ingesta compulsiva de alcohol. Es costumbre arraigada entre los jóvenes españoles habitantes de zonas urbanas y que se ha convertido poco menos que en el *trending topic* de todas las noches vísperas de fiesta para desespero de las autoridades que no dan con la manera civilizada de impedirlo. Para perplejidad de munícipes y sociólogos, que no aciertan a explicar cómo muchos

jóvenes con suficiente dinero en el bolsillo como para ir a un bar o a una discoteca prefieren pasar la noche al raso —incluso en medio del crudo invierno— consumiendo mezclas improvisadas de zumos o refrescos con aguardientes de alta graduación y dudosa procedencia adquiridas, las más de las veces, en comercios baratos regidos por pacientes inmigrantes chinos inmunes al sueño.

Muy cerca del Prado, medio oculto, un poco más allá de la ceja que forman las gradas, veo un letrero colocado sobre una puerta metálica. Dice que allí está la sede de una peña flamenca. Si antaño en este lugar alguna doncella bética fue sacrificada en honor de la diosa de los Infiernos, ahora ya tiene quien la recuerde y la llore a los acordes de una guitarra española. Deshaciendo el camino volví a la carretera rodeada de pinos y cipreses que flanquea los alrededores del monasterio de La Rábida y entré de nuevo en el recinto. Detuve el coche y apagué la radio. Era un día soleado, con ese sol maduro de Andalucía que de tan caliente parece que alimenta. La quietud, el canto de los pájaros y el aire transportando el aroma de mil plantas convertían el momento en una invitación a levitar.

Reconozco que tuve que hacer un esfuerzo para vencer la tentación de prolongar esa sensación. Fue solo un instante; después emprendí ruta, atravesando el puente que salva la unión del Tinto y el Odiel, el Piriflegetonte y el Cocito de la narración homérica y, tras dejar atrás la ciudad de Huelva, cruzando otro puente, el que atraviesa la marisma que tal vez guarde, sumergidas, las ruinas de la mítica Tartessos, enfilé la autovía que va en dirección a Punta Umbría. En medio de la ruta, un ramal que aboca la carretera de Cartaya conduce a un paraje que guarda el secreto del mejor restaurante de la zona. Se llama El Paraíso, y debo decir que el nombre está justificado. Tras la comida, proseguir a pie el viaje buscando el mar que está a escasos trescientos metros, como aguardando tras los pinos, parecía lo más indicado. La visión de la lámina de agua bruñida por el sol me devolvió un sentimiento de placidez similar a la experimentada por la mañana en el transcurso

de la visita al cenobio de La Rábida. No tenía prisa así que, descalzo y despacio, estuve un par de horas paseando por la playa a lo largo de la flecha de arena que en aquel paraje se pierde en el horizonte. No tenía previsto pasar allí el resto de la tarde pero, como decía John Lennon, la vida es todo aquello que sucede mientras hacemos planes.

CAPÍTULO II

VIAJE A NÁPOLES

En ruta hacia el Lago Averno, el «lugar sin aves», tenido por los antiguos como una de las entradas al Infierno | Llegada a Cumas | En el antro de la Sibila | La emoción de penetrar en la gruta en la que a Ulises y a Eneas les fue revelado su destino | De vuelta a Sorrento.





En el principio fue el caos. Escrito está. Y nada menos que en la Biblia. Lo que el viajero ignora hasta que no se encuentra en ruta, circulando por las autovías y carreteras de los alrededores de Nápoles, es que allí, en esta región del sur de Italia, la Creación todavía no ha terminado. Siguen en el caos. Por obra sobre todo de los miles de motoristas para los que no rige código alguno de circulación. Tal es su contribución al caos que solo la costumbre de los conductores de automóvil de saltarse a la torera las limitaciones de velocidad establece una suerte de empate en la disparatada carrera en la que parecen estar todos inmersos y felices. Frente a un tráfico tan denso a la par que caótico, el viajero recomienda el único antídoto posible: paciencia. Paciencia y nervios de acero para no responder a ninguna de las mil y una incidencias que se van presentando desde el instante mismo en el que uno se pone al volante. Incidencias a las que, debo confesarlo, poco a poco uno acaba acostumbrándose. Es fácil advertir el momento en el que eso sucede: es cuando se deja de tocar el claxon pese a que dos o más motoristas, avanzando simultáneamente por cada lado del vehículo que uno va conduciendo, consuman un adelantamiento en un tramo de carretera que discurre a la vera de un acantilado en el que en algunos tramos no hay quitamiedos y en los que para dar más emoción a la cosa, encima, el firme está en mal estado. No exagero. Entonces es cuando uno comprende por qué desde tiempo inmemorial la región —desde Capua a Capri, pasando por Cumas, Sorrento, Positano o Amalfi— fue solar favorito de los dioses. Está claro que sus herederos, si conducen de manera tan peligrosa, adolescente, arriesgada y despreocupada, es porque sencillamente se sienten inmortales.

Desde Nápoles, para llegar a Cumas y al Lago Averno hay que tomar la *tangenziale*, una de las varias autovías que circundan a esta gran ciudad del sur, la más mediterránea de las capitales italianas.

La emoción es grande desde el mismo momento en el que se inician los preparativos para cualquier viajero que haya leído la *Odisea* y recuerde el paso de Ulises por estos territorios en su navegar errante tras el saqueo y la destrucción de Troya. El destino es Cumas y el antro en el que profetizaba la Sibila. La cita aviva los recuerdos de la narración homérica, pero también sale al paso la memoria de otro héroe, el troyano Eneas, que, según el decir de Virgilio en la *Eneida*, llegó hasta la Sibila para escuchar la profecía de la grandeza reservada a sus descendientes, a quienes cupo la gloria de fundar Roma. La emoción, una suerte de temblor de vísperas, invade el ánimo. Piensa el viajero que de algo de aquello, de una u otra manera, todavía quedará huella; estará presente en algunos de los detalles del paisaje, en el color de las aguas, en las formas del peñasco que preside el paraje. Lo ha podido comprobar otras veces en otros países y en otros lugares. Allí donde la mano del hombre no ha violentado en exceso la Naturaleza, se puede pensar sin temor a error que la silueta de las montañas, el sol en su ruta hacia el ocaso o el cielo ganando luz por momentos en la hora incierta del amanecer son los mismos que pudieron contemplar Ulises y Eneas cuando en su día arribaron a este lugar hacia el que hoy el viajero se acerca con una mezcla de curiosidad y recelo. Curiosidad por conocer la gruta en la que vivía la Sibila, la mujer sabia cuya actividad profética, convertida en oficio por sus sucesoras, ha dado nombre en todos los idiomas herederos del latín al término «sibilino», una voz que remite a lo oscuro, a lo misterioso, a lo importante.

Por lo leído sobre la Sibila sabía que al acercarme a sus dominios en Cumas me adentraba en una comarca que pertenece a los Campos Flégreos, «ardientes», una tierra volcánica cuajada de aguas sulfatadas y cráteres de lava en ebullición. Es una tierra azufrada, plagada de fumarolas, manantiales de gases y agua mineral. Son gases que pueden resultar tóxicos y tienen efectos alucinógenos. Para los estudiosos, alrededor de los mitos y misterios el Mundo Antiguo siempre estuvo el deseo de racionalidad, la

voluntad de encontrar una explicación a fenómenos que los hombres y mujeres de la Edad del Bronce daban por hecho que eran obra de los dioses o que pertenecían al mundo de lo inexpresable. El evemerismo es una escuela o corriente de pensamiento que trata de encontrar una explicación lógica a fenómenos, mitos o ritos que, como decía, los antiguos pobladores de las riberas del Mediterráneo consideraban pertenecientes al mundo sobrenatural propio de los habitantes del Olimpo, Zeus y familia en tiempos de la Grecia micénica y clásica y Júpiter si nos adentramos en el panteón romano.

A Dédalo, el arquitecto cretense que diseñó para su hijo Ícaro unas alas con plumas y cera, también se le atribuye la construcción de Talos, el gigante de bronce que lanzando piedras y fuego destruía los barcos enemigos que osaban acercarse a los dominios del rey Minos. Puede que Dédalo fuera el inventor de la catapulta, un artilugio capaz de lanzar a distancia piedras o frazadas de tela impregnadas de sustancias inflamables. Cuando, perseguido por soldados del rey Minos —por haber diseñado el toro de madera que permitió dar rienda suelta a la lascivia de la reina Pasífae—, huyó de la isla en barco camino de Sicilia, a sus perseguidores que le perdieron de vista en el horizonte les debió de parecer que su embarcación «volaba». Probablemente nunca habían visto una vela, y el efecto de los fuertes vientos que en determinadas épocas azotan la costa norte de Creta completó el milagroso «vuelo» del genial Dédalo.

En el caso de la Sibila de Cumas, la explicación de por qué entraba en trance antes de pronunciar sus sentencias quizá habría que buscarla en los gases alucinógenos que manaban de las entrañas de la gruta en cuyo interior formulaba las profecías. Algo parecido ocurría en Delfos, donde otra sacerdotisa de Apolo, la Pitia, tan famosa como la cumana, profetizaba en el interior de una gruta, apoyada en un trípode colocado sobre una falla del terreno de la que se desprendían vapores. Nada que pudiera sorprender a los

miembros de la *generación beat*, que en los setenta del siglo pasado descubrieron los inquietantes poderes del ácido lisérgico. También Antonin Artaud, tras sus experiencias mexicanas en noches de peyote y mezcal, salía muy familiarizado con las noticias del futuro. Durante siglos, los chamanes mexicanos han explotado el poder alucinógeno de determinados hongos para adentrarse en el mundo de las sombras o el de los secretos que guarda el porvenir.

Iba el viajero pensando en todas estas cosas cuando, tras dejar atrás Pozzuoli y abandonar la *tangenziale*, a la vuelta de una curva se dio de bruces con un paisaje dominado por un lago. No era un lago cualquiera, había llegado a las inmediaciones del Lago Averno.

Los antiguos creían que este lugar era una de las entradas del Infierno. Hoy es una lámina de agua quieta y oscura rodeada por orillas despejadas de construcciones y pinos y otros árboles que se esparcen por doquier hasta el pie de las colinas. Un pequeño mirador a modo de área de descanso improvisada en uno de los costados de la carretera permite contemplar el paisaje. Es más lo que se puede evocar que lo que se ve en este lugar que era de uno de los objetivos del viaje; su nombre recorre la mitología y la literatura de la época clásica. También ha sido fuente de inspiración para pintores que, como el inglés Turner, se dejaron arrastrar por la fuerza evocadora del mito.

Su nombre latino, Avernus, procede del griego *áornos*, «sin aves», una voz que señalaba una de las peculiaridades del lugar. No había aves, quizá porque evitaban el paraje alertadas de los efectos letales de las emanaciones sulfurosas. Quién sabe. Lo cierto es que la memoria del Mediterráneo sitúa aquí otra de las entradas a los Infiernos y en las leyendas locales el lugar permaneció unido a esa creencia hasta que en el siglo I, en plena expansión del recién estrenado Imperio, Agripa hizo construir una base naval, el Portus Julius, conectando el lago con el mar mediante un sistema de canales. No fue una decisión acertada. Pronto los canales fueron cegados por la arena y el drenaje no daba abasto, así que los romanos optaron por trasladar el puerto para la flota a Miseno, un

lugar cercano al cabo del mismo nombre en unas nuevas instalaciones excavadas en la roca de toba. Así que los alrededores del Lago Averno se llenaron de instalaciones termales y de villas patricias. Desde el mirador se alcanza a ver las ruinas de una antigua casa de baños. Para confusión de viajeros o turistas no avisados, en todas las guías consultadas el mencionado edificio en ruinas es conocido como el Templo de Apolo. En realidad, como digo, se trata de los restos de una gran sala termal. La Historia pesa y deja poso, y puestos a bautizar, como bien sabía don Calogero, el alcalde de *El Gatopardo*, preocupado por emparentarse con la familia del príncipe de Salina, a todo el mundo le pone imaginar apellidos ungidos de alcurnia. No está mal proclamar que fue templo de Apolo lo que, en puridad, no pasó de pretenciosa casa de baños. Estoy seguro de que, por cuenta del exquisito Febo, nadie vendrá a quejarse por el endose de su nombre a morada tan prosaica. Los dioses ni protestan por los impuestos municipales ni pleitean con los autores de guías turísticas. Hasta donde alcanza la mirada, observando los contornos del lago, nada de lo que se puede contemplar remite a idea distinta que la propia de un paraje campestre ordenado, una estampa rural de aire burgués, sin más elementos orográficos dignos de resaltar que las frondosas colinas hinchadas por las abundantes lluvias de la primavera. Cuando el viajero se deja llevar por el mito y piensa en la etimología de la palabra que da nombre al lago, al tiempo que trata de «escuchar» el silencio de los pájaros, lo cierto es que no puede anotar otra cosa que el ruido incesante de los automóviles que de vuelta a Nápoles, vía Pozzuoli, han tomado esta ruta que, al parecer, deviene en atajo. En definitiva, y por decirlo en términos futbolísticos, la experiencia se salda con un uno a cero, con victoria del mundo moderno sobre el antiguo. Cierto que por aquí el tráfico sigue siendo infernal, pero esa es otra historia. Bien pensado, quizá será cuestión de volver otro día al amanecer para ver si hay pájaros y si sobrevuelan el lago en pos de las libélulas que en esta época ya de primeros calores se divierten patinando sobre la superficie obsidiana del agua; volver de

amanecida para comprobar si, sobre el tendido de lo que parece una anticuada línea de postes eléctricos, se posan los vencejos a la manera de las notas espaciadas de una partitura de música sacra.

Prosigo viaje. Tras zigzaguear por carreteras secundarias que discurren entre huertas y terrenos de cultivo salpicados de villas y casas de labranza diseminadas aquí y allá, la ruta se estrecha por obra de la frondosa vegetación que, a modo de muralla, escolta varios kilómetros de carretera instalando en el ánimo del viajero un amago de claustrofobia que desaparece en cuanto comprendo que he entrado en contacto con la antigua Roma. Lo certifica una calzada de lajas irregulares y esmeriladas, que lleva veinte siglos soportando el paso de los siglos. Vista la calzada, solo era cuestión de tiempo topar con un arco. En este caso, uno gigantesco, de veinte metros de alto por seis de ancho: el Arco Felice. Es el testigo mudo del paso a través del Monte Grillo de la vía Domitiana, un ramal de la vía Appia, una de las grandes calzadas que unían la urbe con los confines del Imperio en aquellos tiempos en los que todos los caminos conducían a Roma. Nada más rebasar el arco, a pocos metros, la carretera se bifurca a la derecha para dar paso a un paisaje primitivo de notable valor. Consultado el mapa, a la vista del viajero emerge la osamenta mineral de las ruinas de una vieja urbe romana expuesta al rutilante sol de una mañana de primavera mediterránea. El contrapunto de las ruinas: en la línea del horizonte, se yergue el espigón rocoso sobre el que se divisan los restos de un templo dedicado al dios Apolo. Es el promontorio en cuya ladera oeste, todavía oculta a los ojos del recién llegado, se encuentra el antro de la Sibila. Allí está el misterioso corazón de la mítica ciudad de Cumas, fundada por colonos griegos procedentes de Calcis, en la isla de Eubea.

Hay sitios a los que hay que llegar con un libro bajo el brazo. A Ítaca con la *Odisea*; a Florencia con *Bomarzo*; a Viena con *La marcha Radetzky*; a Cumas, con la *Eneida*.

Hay otros lugares a los que se llega con la memoria llena de datos tomados de guías y demás libros de viajes, o con imágenes vistas en la televisión o el cine, y con esa idea preconcebida sometemos a juicio lo que empezamos a ver por nosotros mismos. Virgilio, que vivió mucho tiempo en Nápoles, debió de conocer bien este paraje que convirtió en leyenda al elegirlo como el lugar en el que Eneas puso pie en tierra itálica continental entrando definitivamente en la leyenda.

Llegados a este punto en este relato del viaje, aunque resulta algo pedante, supongo que es inevitable echar mano de la *Eneida* y releer el Libro Sexto de la obra cumbre de Virgilio. Eneas, después de Héctor, el más valeroso de los troyanos, ya había oído hablar de la Sibila cuando, aliviado tras haberse librado de la reina cartaginesa Dido —decía Mallarmé que nada pesa más que el cuerpo de una mujer a la que ya no se ama—, arribó con su flota de corvas naves a las playas de Cumas, y tras volver las proas hacia el mar clavó con fuerza las anclas. Había llegado hasta allí en busca de la anciana cuyo saber se adelantaba al tiempo y podía anticipar el futuro.

Para la historia sagrada de Roma, para sus mitos, ritos y leyendas, la arribada a tierras itálicas de Eneas y su fatigada tropa troyana tuvo una trascendencia capital. Este episodio, típico, por otra parte, de expatriados en busca de tierras fértiles donde clavar la reja, trazar surcos y volver a empezar una nueva vida, fue aprovechado por el poeta Virgilio para echar los fundamentos del origen mítico de Roma y de su fabulosa civilización, emparentando a sus primitivos moradores, en puridad, un pueblo de modestos labradores, con la estirpe de la más alta nobleza de la inmortal Troya.

Eneas descendía de Dárdano y, por lo tanto, nada menos que del mismísimo Zeus. Quiso Virgilio que de Julo (para los griegos, Ascanio), el hijo de Eneas, descendiera Rómulo, el fundador de Roma. En una estampa decimonónica muy famosa que refleja la salida de Eneas de Troya cuando la ciudad ya había sido incendiada

y estaba siendo saqueada, se ve a Julo cogido de la mano de su padre mientras este, con abnegado valor, carga sobre sus hombros a su padre Anquises. De Julo tomó nombre la más augusta de las familias de la Urbe; a ella pertenecían Julio César y Octavio, el primer emperador. Todo tiene un porqué.

Y, para dar pie a la divinización del que manda, nada mejor que tener a sueldo a los intelectuales del momento. Algunos se prestan de buen grado. Llevarse bien con el poder es rentable y evita dolores de cabeza. Fue el caso del poeta Virgilio. Otros, como le ocurrió a Ovidio, pagan con el destierro sus sátiras contra los poderosos. Los siglos han pasado pero basta con hojear los periódicos de nuestros días para comprender que en ese registro de servidumbre hacia el poder y los poderosos la cosa no ha cambiado mucho. Es cierto que, en la Europa democrática, a los disidentes ya no los destierran como a Ovidio al Ponto Euxino (mar Negro), pero las cosas les suelen ir mal a quienes no se dejan reclutar para formar parte del coro que rinde culto a la personalidad del líder de turno. En fin, volviendo a la Sibila y a Eneas, por lo que sabemos, que es mucho, la profetisa recibió al héroe y le confirmó el designio reservado a sus descendientes por los dioses. Hizo más: le guio en el descenso a los Infiernos. Pero lo hizo con seguro de viaje, poniéndole al tanto de que si quería vivir y volver para contarlo tenía que hacerse con una rama dorada; sería su salvoconducto para poder regresar del reino de las sombras.

> Una sola cosa te pido —le había dicho Eneas a la Sibila— y es que siendo fama que aquí está la entrada del Infierno, me enseñes el camino para ir a él, a ver a mi amado padre.
>
> Fácil es bajar al Averno, hijo de Anquises —contestó la Sibila—, porque abierta está su puerta día y noche, pero lo difícil es volver a la tierra y muy pocos lo han logrado. Pero si tan grande amor te mueve y estás decidido a emprender tan temeroso viaje, escucha lo que has de hacer. Bajo la copa de un árbol se esconde un ramo cuyas hojas y tallos son de oro. Todo el bosque lo oculta y las sombras lo encierran en tenebroso valle, pero nadie puede entrar en el Infierno que no haya despojado del árbol la dorada rama; la hermosa Proserpina tiene dispuesto que sea este el presente que se le

> ofrezca... Búscalo y en cuanto lo encuentres, tiéndele la mano, porque si, verdaderamente, te está permitida la entrada en el Infierno, él se desprenderá por sí mismo. De lo contrario no hay fuerza humana capaz de arrancarlo.

Los lectores de la *Eneida* recordarán que Virgilio encuentra pronto la forma de guiar al atribulado héroe hacia el lugar donde hallará el árbol sobre el que crece la rama dorada. Providencialmente aparecen en escena dos palomas que, volando bajo y muy despacio, orientaron los pasos de Eneas hasta el punto exacto en el que había brotado el dorado esqueje. Recordando el pasaje, no pude por menos que pensar que la colonia de palomas cuyas deyecciones escoltan en abundancia los alrededores del antro, sin duda descienden de la pareja que guio a nuestro héroe en el trance que nos ocupa.

Con la rama dorada en una mano y la espada desnuda en la otra, Eneas penetró en el Infierno en compañía de la Sibila.

De chico, cuando leí por primera vez la *Eneida*, no por el placer que he sentido después al releerla de adulto, sino por la obligación de traducirla en las clases de latín, recuerdo que me impresionó de manera especial la descripción que hace Virgilio de lo que la Sibila y Eneas se encuentran al adentrarse en la boca del Infierno:

> Solos iban envueltos en la oscuridad cruzando los reinos de Plutón, donde tenían sus guaridas el Dolor, los Afanes, las Pálidas Enfermedades, la triste Vejez, el Miedo, el hambre que es mala consejera, la horrible Pobreza, la Muerte, su hermano el Sueño, el Trabajo y los ilícitos Goces del alma. En el fondo del zaguán estaban la Guerra y la Discordia. En el centro había un olmo inmenso, en cada una de cuyas ramas habitaban los vanos Sueños.

Después, Virgilio completaba la lista de los moradores del Averno con una relación de fieras monstruosas y animales fantásticos que, con el devenir del tiempo, tuvieron celebradas secuelas en el imaginario de Borges y, también, en los de nuestro añorado Álvaro Cunqueiro. Hablando de estas cosas, recuerdo el

azoramiento del hermano marista que teníamos de profesor de latín, al tropezar con aquella expresión de los «ilícitos Goces del alma» y preguntar nosotros por su mundano significado.

En fin, como se sabe, Eneas encontró y habló con la sombra de su padre Anquises, quien le reveló el destino reservado a sus descendientes como futuros fundadores de Roma. Atrás dejó el héroe troyano a los más penando en el Tártaro y a los menos gozando en los Campos Elíseos. Después, salvando una puerta de marfil, salió nuevamente a tierra, volvió junto a sus compañeros y reanudaron la navegación.

Se ha escrito mucho acerca de la «rama dorada», que sí era de oro, que sí se trataba de una rama de muérdago, la planta de los druidas asociada desde tiempo inmemorial a ceremonias rituales. Se dice desde antiguo que el rayo tiene predilección por el roble y que cuando cae sobre él, el fuego que consume al árbol respeta, sin embargo, al muérdago que suele crecer en sus ramas. De la observación de ese fenómeno se habría derivado la superstición que rodea a esta planta que en hoy en día en Occidente se relaciona más con la Navidad que con los ritos druídicos. El caso es que nuestro héroe descendió a los Infiernos. Se mire por donde se mire, todo este paisaje está impregnado de reminiscencias literarias; y también pictóricas. El encuentro de Eneas con la Sibila en el Lago Averno sirvió de tema a un cuadro preciosista de William Turner que, si no recuerdo mal, se encuentra en la Tate Gallery de Londres.

La Sibila guardaba los secretos del porvenir en este lugar. Hoy, junto a la entrada del recinto arqueológico, pertrechado de una inmensa sonrisa, vive y atiende un personaje peculiar que regenta un pequeño quiosco abarrotado de todo lo que se supone que puede interesar a un turista ocasional. Es un hombre locuaz que, en el tiempo que media entre el saludo y la compra de una botella de agua, ya ha contado lo esencial de toda su vida. Trabajó un año en Salamanca y también estuvo en Argentina; después del corralito

decidió regresar a su tierra. Una vida resumida en tres minutos. Es un misterio las vueltas que puede dar un ser humano buscando su lugar en este mundo y aún resulta más misterioso el porqué del destino que rige nuestras vidas nos hace nómadas o sedentarios. Hay criaturas que nunca han salido no ya de su país o ciudad, ni tan siquiera del barrio en el que transcurre su vida y hay otras, por el contrario, a las que ese mismo destino —según la mitología, el Destino es un dios ciego, hijo del Caos y de la Noche— las lleva de un lado para otro sin saber nunca ni por qué ni hasta cuándo. El Destino que tiene bajo sus pies el globo terráqueo y lleva en sus manos la urna que encierra la suerte de los mortales.

Los años y los caminos recorridos nos enseñan que en esta vida, para alcanzar lo que uno quiere, casi siempre hay que subir una cuesta y sudar la camiseta. Cumas no es una excepción. Para llegar a la gruta de la Sibila hay que subir un camino muy empinado y cruzar un amplio pasillo perforado bajo la montaña. La bóveda excavada en la roca de toba agranda el registro de las voces. La tentación es buscar el eco, pero no comparece, así que hay que conformarse con una pequeña resonancia. Rebasado el túnel, a la derecha se observa un gran agujero, una dolina de paredes escarpadas muy abruptas; en puridad, una torca que termina en un pozo ancho, de fondo aplanado. Este agujero artificial está protegido por una red que impide el paso de las palomas pero no sus deyecciones, excrementos que empuercan el suelo formando estratos a la manera del guano chileno. Siempre me ha llamado la atención la buena prensa de la que gozan estos animalitos pese a lo corrosivos que son, capaces de laminar la mejor de las estatuas de bronce.

En lo hondo de la dolina se aprecian trazas de catas delineadas por la mano de algún arqueólogo y también hay restos de nichos y lápidas. Son obras y piedras de época romana y hablan de la utilización del lugar como cementerio. He leído que durante algún tiempo esta gran oquedad fue identificada como la gruta de la Sibila, pero no lo era. El verdadero antro está situado muy cerca, a unos

pocos metros. Es un largo corredor perforado en las entrañas de la roca que —según leo en la guía— mide 131 metros de largo por cinco de alto y no llega a dos y medio de ancho. La disposición del túnel es tal que no provoca claustrofobia, sensación que el viajero tiene bien identificada por haberla padecido en el interior sofocante y opresivo de la pirámide de Keops y no haberla sentido, en cambio, en el interior de la estrechísima escalera que a modo de serpentín rodea la cúpula de la basílica de San Pedro, en el Vaticano. En el caso de la cueva de Cumas, la configuración actual incluye una serie de ventanucos abiertos en la roca que, amén de ventilar la estancia, disminuyen los aspectos más sombríos de tan tétrico lugar. Otra ventaja es que, a diferencia de lo que ocurría en tiempos de Eneas, hoy en día no hay emanaciones volcánicas alucinógenas que sin duda convertían cualquier visita al oráculo en un viaje psicodélico. Cuenta la leyenda que la más famosa de las sibilas, Deifobea o Demófila —sobre su nombre los mitógrafos no se ponen de acuerdo —, convencida del valor de sus profecías (con el lenguaje de hoy, hablaríamos de «información clasificada»), decidió ponerles precio y, ni corta ni perezosa, tomó el camino de Roma y solicitó audiencia en Palacio. Reinaba a la sazón Tarquino, que ha pasado a la Historia con el sobrenombre de «el Soberbio». El personaje, pese al mote que nos pone sobre la pista de cómo debía de ser su talante, se avino a recibirla. Para entender la escena que nos han transmitido las crónicas hay que cerrar los ojos e imaginar a la Sibila de Cumas de la Capilla Sixtina. Una de las cinco que pintó Miguel Ángel en aquella bóveda prodigiosa. No es la más conocida; la más reproducida en libros de arte y postales es la Sibila délfica, una mujer cuya serena belleza conmueve hasta las lágrimas. La cumana, en cambio, es el retrato de una mujer vieja, de cara surcada por profundas arrugas pero de cuerpo y brazos fuertes, más propios de una campesina curtida por los rigores del trabajo en el campo que de una sacerdotisa. Trasciende de la imagen un porte lleno de autoridad que obliga a seguir su mirada hasta el libro que parece consultar: el libro de las profecías sibilinas.

Volvamos a Deifobea. Llegó ante el Rey cubierta con un amplio velo y portando bajo el brazo nueve rollos que contenían diversas profecías escritas en verso. Los versos sibilinos. «Quiero trescientas monedas de oro por estas hojas en las que se encierra el destino de Roma.» Al parecer, el Soberbio, haciendo bueno el mote, ni contestó. Sibila tampoco y, con un gesto que igualaba en altanería a su interlocutor, arrojó tres de los manuscritos al fuego y volvió al ataque: «No podréis pagar lo que valen estos seis rollos. En ellos —repitió— se hallan los destinos de Roma». Tampoco estas palabras conmovieron a Tarquino. Inasequible al desaliento, Deifobea repitió el gesto y lanzó otros tres rollos a las llamas. Los cortesanos que presenciaban la escena miraban con inquietud al Rey, quien, impresionado por la determinación de la mujer, cambió de idea, reunió a sus consejeros y, tras conocer su parecer, pagó las trescientas monedas quedándose con los tres rollos salvados del fuego. Fue la mejor decisión, pues los manuscritos en verso eran una recopilación de una serie de predicciones acerca del destino del reino. Desde entonces y hasta los días finales del Imperio, Roma no emprendió empresa sin consultarlos, ya fuera la conveniencia de declarar la guerra, la oportunidad para vencer una sedición o qué hacer frente a una epidemia. Fue creado un colegio de sacerdotes, los quindecenviros, que se especializaron en interpretar los versos sibilinos constituidos en fuente oracular que, durante siglos, permaneció respetada e inalterable. Octavio hizo quemar más de dos mil volúmenes de predicciones procedentes de los oráculos griegos, pero salvó los libros sibilinos y los encerró en dos cofres dorados que fueron depositados a los pies de la estatua de Apolo Palatino, en el corazón de Roma.

Como digo, para comprender lo que debió de ser el porte y la autoridad de Deifobea hay que ir al Vaticano, armarse de paciencia haciendo cola para conseguir entrar en la Capilla Sixtina y, una vez allí, levantar la cabeza, fijar la mirada en un punto de la bóveda y

dejarse abducir por la magnética imagen de la vigorosa mujer que, con mirada severa, parece consultar el famoso libro en el que estaba escrito el destino de Roma.

Tras recorrer la cueva, se sale con una sensación rara. Parece como si faltara algo; como si correspondiera al visitante completar la parte esencial de la historia, aquella que explicaría el porqué de la fama del lugar entre los antiguos. Fama asentada sobre el prestigio sin duda cimentado en los aciertos a la hora de avizorar el futuro de quienes visitaban a la Sibila.

En comparación con Delfos, en Grecia, al paraje le falta espectacularidad y, sobre todo, ruinas. Le faltan restos más abundantes de templos, de estatuas melladas por el viento, de tambores de columnas caídas y mármoles descarnados por el paso del tiempo, pero al rescate de esta idea que podría sugerir una cierta decepción acude el paisaje en el que se localiza el antro; desde ese lugar y hasta donde abarca la mirada, todo es armonía y belleza. Frente al mar, que está a dos pasos, se mecen las olas de una bahía rodeada por árboles que llegan a la arena de la playa y, en el horizonte, quien marca el otro extremo de este cuadro fantástico en el que los azules luminosos del agua se mezclan con los ocres del acantilado y el verde de los árboles es la isla de Isquia, otra de las bellezas de este mar que vio navegar a Ulises. Isquia, la Pitecusa de los colonos griegos procedentes de Calcis en la isla de Eubea, fue la primera colonia establecida por infatigables navegantes helenos a quienes también se debe la fundación de Nápoles.

Por encima de la roca horadada en la que estaba la gruta de la Sibila, en la acrópolis que corona la cresta de la colina se encuentran desparramadas las ruinas de un templo dedicado al dios Apolo. Era de factura dórica. Algunas de sus columnas con las canaladuras desgastadas por el viento y el tiempo permanecen en pie junto a los tambores desperdigados de otras. No hay mármol ni entre las piedras ni en los alrededores. Supongo que siguiendo la inveterada

costumbre de desvestir a un santo para vestir a otro, los mármoles del templo habrán ido a parar a alguna iglesia de los pueblos de los alrededores o quizá a las villas señoriales de esta región.

Caminando por el interior del antro de la Sibila, la verdad es que no se hace uno la idea de lo que debió de ser aquel lugar en los tiempos en los que el oráculo y el templo de Apolo se convirtieron en el centro religioso de la región.

Visto lo que había que ver y evocado lo que queda escrito acerca del enigmático quehacer de la Sibila, decidí desandar el camino y emprender el regreso a la base. En esta ocasión, ubicada en Sorrento. No lo había consignado antes, para evitar distracciones colaterales en el relato. Tal es la descomunal superposición de bellezas, pese a los ya descritos inconvenientes de tráfico, hacen de este paraje del sur de Italia uno de los lugares más hermosos de la Tierra. Entrado ya el atardecer, con un cielo de color vino preparándose para clausurar el día, contemplando el Vesubio a la derecha y la isla de Capri a la izquierda, queda al alcance del viajero todo cuanto en este mundo se puede pedir en términos de belleza y armonía.

Para completar la jornada faltaba una cena. En un buen restaurante. Entre otros, hay dos en Sorrento que merece la pena reseñar: uno, lleva el nombre del gran poeta local, Torquato Tasso, el autor de *Jerusalén libertada*, el poema que puso épica a la carnicería que fue la Primera Cruzada; el otro, también recomendable por su acreditada calidad, en pastas, peces y pizzas, es el Caruso. Cuando estaba en Sorrento, el gran tenor se alojaba en una de las suites del Grand Hotel Excelsior Vittoria, y tenía mesa reservada en este restaurante. Una cena, en adecuada compañía, en cualquiera de estos dos restaurantes, es la mejor forma de culminar un día en el que el viajero quedará atrapado en el recuerdo de la magia de esta región, única, como queda dicho, por la belleza de un paisaje que, si cabe, se agranda en otros tres lugares cumbre de la costa amalfitana —

Ravello, Positano y Amalfi— para prolongarse más al sur, pasado Salerno, en los campos de la Campania feliz, tierra feraz sobre la que, desafiando el paso del tiempo, se yerguen los templos de Paestum... Pero ese sería ya otro viaje y otras historias.

CAPÍTULO III

VIAJE POR EL NORTE DE GRECIA

Llegada a las ruinas del antiquísimo oráculo de Dodona | El viento todavía agita las ramas del roble sagrado de las profecías | Seguimos buscando el oráculo de los muertos, el Necromanteion | Llegada a Éfira, donde se encuentra el antro por el que Ulises descendió al Hades para hablar con los muertos.





La Rábida fue una de las entradas del Hades, pero hay más. Como quedó dicho, Homero cuenta en la *Odisea* que Ulises, errante en su interminable viaje de regreso de Troya, llegó hasta la orilla del Aqueronte en busca del adivino Tiresias. Guiado por los consejos de la hechicera Circe, había navegado hasta un paraje enclavado en el lejano país de los cimerios. En la geografía del Epiro, en el norte de Grecia, en la región de Ioánina, se encuentra el Necromanteion, la entrada del Hades que está en el punto donde se juntaban dos ríos el Cocito y el Piriflegetonte. Según la tradición homérica allí tenía aposento el oráculo de los muertos, un misterioso lugar famoso en la Antigüedad. Llegué a Grecia a primeros de marzo y resistiendo la tentación de quedarme un par de días en Atenas enlacé vuelo hacia Ioánina, la capital de la región epirota. Era una mañana gris con un cielo que amenazaba con devolver al hangar al avión de la compañía Olympic. Sabía que de aquella región era Olimpia, la intrigante madre de Alejandro Magno, el mayor conquistador de todos los tiempos. Y que, también allí, con el andar de los siglos, sentó corte y harén Alí Bajá, llamado Joánina, el más famoso bajá del siglo XIX, un formidable jefe militar albanés que, aprovechándose de la debilidad militar y política del Imperio otomano —los sultanes habían declinado en vigor y virtud desgastados por el alcohol y las intrigas del harén—, levantó en aquellas abruptas montañas un reino independiente cuyo territorio abarcaba todo el Epiro y buena parte de lo que hoy es Albania. Alí Bajá era un jefe brutal. En 1803 consiguió someter por la espada al poderoso clan albanés de los suliotas en la batalla de Nicópolis.

A este clan de guerreros feroces pertenecía la guardia pretoriana de Lord Byron en su gran y última aventura en Missolonghi, la ciudad infectada de paludismo en la que fue a morir luchando contra los turcos por la libertad de Grecia. Missolonghi, la Masada de la guerra de la independencia griega, es hoy una ciudad

provinciana en la que, entre otros recuerdos que se conservan de aquella gesta, destaca un cementerio repleto de lápidas con nombres que parecen sacados del más rancio Gotha europeo. Es una lista de héroes. Hijos y nietos de la nobleza bávara, danesa y prusiana que, reclutados por la llamarada de romanticismo, se añadieron a la alocada cruzada contra los turcos predicada por Lord Byron, aquel guapo y atormentado poeta que años atrás había escandalizado con sus costumbres libertinas a las autoridades conservadoras de aquella Europa que consumía champán a raudales en un interminable baile con el que celebraban la victoria de los aliados contra Napoleón en Waterloo. Missolonghi está al sur de la región por la que me disponía a viajar ahora siguiendo las huellas de Ulises en su descenso al Hades. Aunque no puedo asegurarlo, porque no hay manera de comprobarlo, en un viaje anterior a esta región del occidente de Grecia, me aseguraron que en la tumba que se yergue en el cementerio de Missolonghi se conserva el corazón de Byron. El resto de su cuerpo, consumido por las fiebres palúdicas que le llevaron a la muerte —con la colaboración de los torpes galenos que hasta el último suspiro de vida no dejaron de practicarle inútiles y dolorosas sangrías ¡colocándole sanguijuelas en los párpados!—, fue traslado a Londres en el interior de un tonel lleno de alcohol, a donde llegó el 24 de junio de 1824 acompañado de su fiel criado Fletcher. Recordaba haber leído que, cuando lo destaparon, el cadáver tenía el pelo plateado y el rostro, aunque marcado por una mueca irónica, aún guardaba los rasgos de su legendaria belleza. La figura de Byron y su romántico sacrificio por la causa de la libertad de Grecia han marcado la Historia reciente de este complejo y entrañable país. En las escuelas, los estudiantes griegos aprenden al tiempo a querer y admirar a Byron como quieren y se enorgullecen de la gesta de Leónidas, el rey de Esparta que, junto a los trescientos valientes guerreros de su guardia personal, sacrificó su vida en las Termópilas plantando cara a un ejército persa que les superaba mil veces en número. De este tipo de hazañas, en apariencia inútiles, está hecho el imperecedero

material de la gloria. Gestas cuyo perfume no se desvanece con el paso de los siglos y hace que este Mediterráneo y las gentes que han vivido en sus riberas conformen un paisaje humano único en el mundo.

Rumiando estas cosas, la verdad es que el viaje se me pasó volando. Mi plan era sencillo: aprovechar el día. Alquilar un coche, dar una vuelta por la ciudad y después salir pitando hacia el sur.

Ioánina ha crecido alrededor de un lago en cuyo centro hay una isla en la que se levantan las construcciones del viejo mundo de Alí Bajá. Allí está, también, el monasterio en el que cayó acribillado por un comando de asalto turco que le había acorralado en el primer piso del cenobio bizantino. La ciudad, por lo demás, se deja ver y recorrer, y en las tabernas que crecen en los alrededores del lago se puede pasar un rato agradable.

Ioánina es el paso obligado para viajar hacia el sur, camino de Dodona, el oráculo más antiguo de Grecia, o hacia los pueblos de pescadores de la costa jónica. Algunos, muy recomendables como Parga o Perdika.

Hay una autovía muy moderna que cruza todo el norte de Grecia y une por carretera el mar Jónico con el Egeo siguiendo el trazado de la vía Egnatia, una antigua calzada romana. Pero el tráfico escasea así que, pertrechado de mochila, una edición moderna de la *Odisea* y un mapa de carreteras —soy reacio a conectar el GPS, sé que es cómodo, pero también que es el comodín de quien se pierde el placer de ir por la vida preguntando y conociendo a gente nueva que, por lo general, suele ser amable—, alquilé un coche. Era un Lada de fabricación rusa que sin duda había conocido tiempos mejores, y con él me dispuse a viajar hasta Éfira, el pueblo en el que, según los descubrimientos del arqueólogo Sotiris Dakaris, se encuentra la entrada del Hades.

Tenía previsto hacer un alto en el camino para visitar Dodona, sede de un antiguo oráculo de Zeus en el que el padre de los dioses hablaba con los hombres a través del movimiento de las hojas del

roble sagrado que crecía en el lugar. No me decepcionó. El sitio es espectacular. Está a unos veinticinco kilómetros de Ioánina y se puede visitar tranquilamente a condición de llevar calzado cómodo, estar dispuesto a caminar un buen rato y no arrugarse a la hora de subir y bajar escaleras y gradas cuando uno llega al anfiteatro que preside el lugar. Una impresionante media luna de piedra caliza con capacidad para quince mil espectadores ocupa la ceja de una colina como cierre natural de un valle tallado por dos altísimas montañas. Según la Historia Antigua, en estas montañas nacía el viento que prestaba cuerpo a las presencias invisibles que turbaban las hojas del roble sagrado, el centro de aquel complejo en el que sobresalen las ruinas de varios templos. Dodona fue el santuario más importante de Grecia después del de Delfos. De estos dos oráculos bien puede decirse que fueron algo así como el Vaticano o La Meca de la Antigüedad. De lo que no hay duda es de que Dodona fue un oráculo muy querido por los griegos de los tiempos antiguos. Tanto que, según cuenta el historiador de la época clásica Apolodoro, el *Argos*, el barco en el que los Argonautas emprendieron el viaje a la Cólquide en pos del Vellocino de Oro, llevaba en su proa un mascarón tallado por Atenea a partir de una rama del roble sagrado de Dodona. El mascarón tenía una propiedad: a través de él hablaba la diosa protectora de la expedición. El roble es el árbol de los alquimistas, que heredaron el culto de creencias ancestrales. Los pueblos primitivos observaron que el rayo parecía sentir predilección por los robles y asociaron este hecho con un designio de los dioses. No hay que olvidar que el rayo era el atributo de Zeus, el mayor de los dioses, gobernador del Olimpo. El rayo y el trueno, que para nosotros son fenómenos naturales, para los antiguos, sobrecogidos ante sus terribles e incontrolables efectos, resultaban ser obra de los dioses. Por eso buscaron una explicación en el mundo de la religión y los mitos a su extraordinario poder devastador. Que el viento que agitaba las ramas del roble sagrado de Dodona transportaba la voz de Zeus era creencia muy arraigada, tanto que, guiados por los sacerdotes, los paisanos —con buen criterio— debieron de pensar

que a quien habla se le puede preguntar. Lo acreditan las tablillas encontradas entre las ruinas del lugar. Acudían allí para inquirir a los dioses mayormente por cuestiones relacionadas con el porvenir. Con algo más de sentido del recato pero con angustias de corte semejante a quienes hoy en día llaman a los consultorios de los videntes que arrasan las programaciones de madrugada de los canales de la televisión, también en la Antigüedad los habitantes de todos los confines de Grecia trasladaban en forma de preguntas a los dioses sus ambiciones, sus dudas y sus ilusiones. «¿Es mejor que me case ahora o lo dejo pasar?», preguntó hace dos mil trescientos años un anónimo consultante. Cuestiones como estas pero, también, cábalas alrededor de decisiones de Estado: «¿Hago mal en emprender una guerra?». Para todo tenían respuesta los moradores del Olimpo pero, las más de las veces, había que interpretar sus palabras. Y ahí empezaba el problema, porque mandatario hubo (el rey Creso de Lidia) que preguntó al oráculo si hacía bien emprendiendo una guerra y la respuesta de los dioses fue que si tal hacía, destruiría un reino. El «pequeño» detalle que omitieron precisar los dioses fue que el reino que sería destruido sería el suyo.

En fin, la parada en Dodona mereció la pena. El paraje llena la mirada e inflama la imaginación. Cerrar los ojos y pensar en los cientos de miles de personas que han pasado por allí y han dirigido sus ojos anhelantes hacia el roble en el que brotaban las palabras del padre de los dioses fue como vivir un instante tocado por la magia. Allí fue donde el rey Pirro de Epiro pidió consejo a Zeus antes de partir en el 280 a.C. con unos 25.000 hombres y veinte elefantes camino del sur de Italia para batallar contra Roma. Venció a las legiones romanas, pero sus pérdidas fueron cuantiosas. Era un tipo que, a diferencia de muchos de nuestros políticos actuales, no se engañaba y por eso gustaba llamar a las cosas por su nombre. «Otra victoria como esta y se acaba Pirro», dicen que afirmó con buen sentido aquel guerrero que quiso imitar a Alejandro Magno iniciando

en Occidente su aventura de conquistador. A Pirro, que en griego quiere decir «Rubio», se debe el anfiteatro y la muralla que en tiempos protegió Dodona.

Dejando la autovía y venciendo la tentación de parar a comer una dorada a la plancha, un *tsipura*, en alguna de las tabernas de Préveza, un puerto que todavía conserva aires de tarjeta postal de las de antes, continué por una carretera secundaria llena de curvas que serpentea siguiendo la línea de costa. A ratos, al tener que esquivar algún camión que circulaba a toda leche por el centro de la calzada, el viajero creyó vivir un anticipo del lugar al que pretendía llegar: la entrada del Infierno. Un nombre que impresiona. El Infierno es el lado oscuro con el que uno barrunta que puede encontrarse al final de la vida. O no. Todo depende del tipo de educación que uno haya recibido, algo fundamental para templar sensibilidad y criterio frente a las cosas de la vida, pero apreciar lo que significa el Infierno como símbolo y concepto también depende de otros factores. Hay uno capital: es imprescindible que a uno no se le haya secado el seso a fuerza de navegar por internet tras abandonar la saludable costumbre de leer algún libro de vez en cuando.

Llegué. Por fin llegué al lugar donde según las fuentes antiguas se encontraba la entrada del Infierno. Llegué, pero el día estaba ya vencido y, aunque yo lo ignoraba, era ya una hora tardía para la rutina que regía el lugar. Vivimos tiempos en los que hasta para acceder al Infierno se necesita un permiso. Cuando menos un permiso para poder entrar en el antiguo cementerio que en lo alto de una colina corona una ermita bizantina que, por lo que hoy sabemos —gracias a los trabajos del arqueólogo Sotiris Dakaris—, fue construida encima de la antigua entrada del Infierno, a modo de tapón colocado sobre la boca que daba paso a los dominios del Hades. Como digo, era tarde y el recinto tiene guardián. Era una contrariedad con la que no contaba, pero no hace falta ser marine para saber que *never surrender* también rige como lema para el oficio de periodista. Sobre todo en Grecia, donde los dioses ayudan a

quienes no les olvidan. Afortunadamente, el guardián estaba casado con una mujer muy simpática que comprendió la decepción del viajero venido desde tan lejos. Nada menos que desde España.

«¿Real Madrid o Barça? Oh, *megalos*, *megalos*.» («Oh, grande, grande.»)

Un español de nuestros días, en tránsito, ya sea por Qatar, China, Uzbekistán o por la más remota región del Rayastán, en la India, tropieza con las mismas expresiones. Gracias a la televisión, el fútbol va camino de convertirse —si es que no lo es ya— en la gran y universal religión del siglo XXI. Hoy, por doquier que uno vaya, le preguntan por Cristiano Ronaldo, Messi, Iniesta o Casillas. Supongo que la cosa viene de lejos, de cuando, tras la guerra de Troya, las gentes de aquel entonces preguntaban por Ulises, Aquiles, Áyax, Héctor, Agamenón, Menelao y demás héroes de la más famosa de todas las contiendas que en el mundo han sido.

El caso es que la señora del guarda de la iglesia bajo cuyos cimientos se accede a la antigua construcción que da paso a la entrada del Infierno, consiguió localizar a su marido. Dimitris —así se llamaba—, con la amabilidad que todavía retienen como seña buena parte de los campesinos griegos, decidió que podía hacer una excepción y me acompañó hasta el lugar. Me dejó entrar y curiosear por el templo y, sin acompañarme, me permitió bajar a las entrañas de aquel tétrico lugar que un día fue el oráculo de los muertos hasta el que, según el decir de Homero, también descendió el astuto Ulises en busca de noticias procedentes del Más Allá. Debo decir que cuanto sabía acerca del lugar me predisponía a recelar de aquel antro hacia el que se desciende por una escalera metálica, pintada en su tramo superior de color verde, y abandonada al óxido que enlutece el hierro en las barandillas y los escalones finales que depositan al visitante en un recinto en penumbra. Cuando el guardián calcula que el visitante ha descendido hasta la gruta, pues de una cueva excavada en la roca se trata, enciende una luz que permite apreciar con detalle el lugar. Es, como decía, una cueva alargada cuyas paredes de roca parecen haber sido acondicionadas

por la mano del hombre. Debe de estar a unos ocho o diez metros bajo tierra y su forma es alargada, como si se tratase de un corredor de tal vez veinte metros de largo. Un corredor que concluye abruptamente frente a una pared de roca. El suelo es irregular y en algunos puntos es de roca viva sin labrar.

El lugar está vacío y desprende olor acre a humedad mezclada con un aroma dulzón difícil de identificar si uno no sabe que, durante varios siglos, en aquel lugar se acumularon grandes cantidades de sangre procedente del sacrificio ritual de miles de animales. Sacrificios minuciosamente descritos por Homero en los versos de la *Odisea* en el Canto XI, cuando encamina al héroe Ulises a su encuentro con Tiresias, el adivino ciego:

> Cuando alcanzamos nuestra nave la botamos al agua, izamos el mástil, desplegamos las velas y, luego de haber cargado las reses que necesitábamos, nos alejamos de aquella playa sin poder contener las lágrimas. La diosa Circe nos envió un viento favorable..., y así navegamos todo el día hasta la puesta del sol y, cuando la noche extendió sus tinieblas por la tierra y sus caminos, alcanzamos la extremidad del profundo Océano. Allí estaban el pueblo y la ciudad de los cimerios entre tan espesas nieblas que el resplandeciente sol no puede iluminarlos con sus rayos... A tal paraje fue nuestra nave, entonces la sacamos a tierra y, desembarcando las ovejas, echamos a andar a lo largo de la corriente del Océano hasta llegar al sitio que nos había indicado Circe. Una vez allí, y mientras Perimedes y Euríloco sostenían las víctimas, yo, desenvainando la espada que llevaba junto al muslo, abrí un hoyo de a codo por lado; luego, todo alrededor de él hice una libación a todos los muertos con aguamiel, después con vino dulce y, por tercera vez, con agua sin olvidar el espolvorear siempre con harina blanca. Acto seguido supliqué a las inanes cabezas de los muertos y ofrecí que en llegando a Ítaca les sacrificaría una vaca que aún no hubiese sido preñada... y que a Tiresias le inmolaría aparte un carnero completamente negro y tan hermoso que destacase entre todos los del rebaño. Después de estos votos y promesas a los difuntos, tomé las reses, las degollé encima del hoyo y, apenas empezó a correr la negra sangre, salieron del Érebo y se congregaron en torno nuestro las almas de los difuntos... Al verlas, el pálido terror se apoderó de mí.

Érebo es el nombre de las tinieblas infernales, hijo de Caos y hermano de la Noche. Con aquellos antecedentes en la memoria, es fácil imaginar la extraña sensación que me invadió al poner los pies en semejante lugar. Repugnancia y curiosidad a partes iguales. En las paredes, supongo que por efecto de la humedad, reverberaba la luz que suministraban media docena de bombillas de no excesiva potencia. Lo angosto del lugar y el frío propio de la cueva generaban una aguda sensación de claustrofobia. Hice fotos. En algunas, y no sé si es un efecto solo achacable al flash, las imágenes aparecen nimbadas por un aura extraña. Ya digo que no debe de haber más misterio que el flash, pero el hecho es que algunas transmiten del lugar un aire fantasmagórico. «Pelín siniestro», comentaría un castizo. En realidad, la cueva guarda un secreto. El secreto de una impostura: las apariciones de los muertos eran un fraude, obra de los sacerdotes que atendían el oráculo. Es la conclusión a la que ha llegado Sotiris Dakaris, el arqueólogo que empezó a excavar en este lugar en 1958 —tuvo que exhumar un cementerio y vaciar una iglesia bizantina— y culminó su hallazgo en 1970, desenterrando y desvelando sus secretos. Nunca mejor dicho, pues, tras años de paciente labor, este profesor de la Universidad de Ioánina —estudió arqueología en Atenas y Tubinga— y su equipo lograron reconstruir la historia y el funcionamiento de este santuario donde, durante generaciones, muchos hombres que vivieron en la Edad del Bronce creyeron firmemente haber entrado en contacto con el Más Allá. Parece ser que todo era una impostura que se sustentaba en la gran habilidad de los sacerdotes que estaban al cuidado del recinto para obtener información de la vida privada y de los pensamientos y anhelos más íntimos de los consultantes. La preparación para consultar a los muertos era muy minuciosa. Incluía un largo período de ayuno; días enteros a solas y a oscuras en alguno de los cuartos en los que estaba divido el antro y algo más: en el lugar, amén de una capa de cerca de dos metros de tierra colmatada por los efectos de las derramas de sangre, el profesor Dakaris ha encontrado restos de resina de hachís. Y, lo más llamativo, las piezas de un mecanismo

para izar y bajar un gran caldero acoplado a una gran cadena que estuvo unido al techo de la cueva. Los relatos más antiguos que describen el encuentro con los muertos hablan de apariciones de seres fallecidos que comparecían como suspendidos en el aire y envueltos en humo. Las voces impostadas de los sacerdotes, que administraban con habilidad la información facilitada por los propios consultantes debilitados tras largos días de ayuno y la ofuscación de la conciencia que provocan las sustancias estupefacientes, unidas a la espectral puesta en escena que aparejaban las consultas debía de provocar el efecto de estar asistiendo a una revelación tras haber franqueado la puerta del Hades.

En el interior de la cueva, en medio de aquella humedad desagradable y mientras trataba de imaginar cómo sería el ritual, la preparación y la liturgia con la que los sacerdotes se apoderaban de los secretos de quienes acudían de buena fe al oráculo para consultar a sus antepasados, casi lamenté haber conocido los trabajos del profesor Dakaris. Me vino a la memoria la frase del poeta Paul Éluard: «Hay otros mundos, pero están en este». Despojado del misterio, sometido al bisturí de la lógica, la tenacidad del arqueólogo y el microscopio de la ciencia, el Necromanteion, el oráculo al que acudió Ulises para consultar a Tiresias, se revelaba como un lugarejo provinciano, un enclave irrelevante al compararlo con Delfos pese a una fama que ha sido capaz de atravesar los siglos. Y sin embargo, el viajero siente que llegar hasta aquí ha merecido la pena. Por la aventura que encierra el viaje y la evocación del misterio que durante muchos siglos ha permanecido oculto, por reconstruir las piezas del rompecabezas arqueológico ensamblado por el profesor Dakaris, por descender a la gruta y sentir el escalofrío que solo en parte se explica por la humedad de la cueva excavada en las entrañas de la tierra. Hay algo más; no sé si por obra de los estratos de sangre seca no del todo evacuados o por lo lóbrego del lugar, en el ambiente flota un olor dulzón que se pega a la nariz y recuerda el olor a cadaverina que conocen bien los forenses y nunca olvidan los estudiantes de medicina que presencian

por primera vez una autopsia. Después está la luz, el antro desprende una luminiscencia extraña. Es poco probable que vuelva a poner los pies en semejante lugar del que salí en silencio y meditando. Procurando no resbalar y con la desagradable sensación de haber estado en un sitio bastante siniestro.

Puede que lo que aquí sucedía en tiempos de Ulises y en los siglos posteriores a la visita del destructor de Troya fuera fruto del engaño, de la impostura que explica Sotiris Dakaris, pero, como ya conté en otro capítulo, ¿quién nos asegura que la verdadera puerta del Hades, la antesala del Infierno, estuvo aquí y no en La Rábida, en la región española de Andalucía, junto a la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel, tal y como conjeturan, entre otros, Avieno, un famoso viajero de la Antigüedad, y, más cerca de nuestros días, Adolf Schulten, el profesor alemán que buscó en vano el emplazamiento de la mítica Tartessos?

Era más de media tarde cuando dejé atrás Éfira y por la misma carretera secundaria salí de nuevo al encuentro de la autovía del norte. Llegué a Ioánina a tiempo para devolver el Lada y tomar el avión de regreso a Atenas. Durante el vuelo, mientras el suelo se alejaba y el cielo parecía estar al alcance de la mano, decidí que la mejor forma de compensar los aspectos más lúgubres del descenso al Hades que habíamos vivido era ir a cenar a una taberna. Si hubiera sido a mediodía no lo habría dudado: cualquiera de las de Microlímano, en el puerto del Pireo, pero era ya de noche y el nuevo aeropuerto de Atenas está bastante lejos de la capital, así que decidí optar por el GB Corner del Hotel Gran Bretaña. Hasta donde recuerdo, no fue una mala decisión.

Aunque derrotado por el cansancio, antes de acabar en brazos de Morfeo, terminé de leer una novela que traía empezada desde España. *Con el agua al cuello*, un caso resuelto por Kostas Jaritos, el detective creado por Petros Márkaris. La trama se inicia cuando un banquero aparece degollado. Entretenida. Y, sin duda, muy actual. Grecia ya llevaba algún tiempo atrapada en los sargazos financieros

de la crisis y la recesión, pero la crueldad de los «hombres de negro» aún no había alcanzado los niveles de sadismo social al que luego nos han acostumbrado sus recomendaciones. Me dormí y soñé.

Creo recordar que soñé que el comisario de la novela resolvía el caso descendiendo al Necromanteion para hablar con las sombras de quienes, dadas sus *non sanctas* andanzas terrenales, habían acabado de patitas en el Infierno.

CAPÍTULO IV

EN MADRID

El monasterio de San Lorenzo de El Escorial es otra puerta del Infierno | Felipe II y la tradición esotérica del lugar | Las huellas del Diablo | La leyenda del perro negro | Los Libros Prohibidos | Una ceremonia centenaria un punto inquietante | Conocida la leyenda de la boca del Infierno que rodea la historia del monasterio de El Escorial, hablo con un exorcista | Vive en Alcalá de Henares, cuna de Cervantes | No tiene dudas: el Diablo existe.





Un 29 de septiembre, salí de Madrid muy temprano camino del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Iba en busca de otra puerta del Infierno. No era aquel un día cualquiera en la ordenada vida del gran cenobio madrileño antaño regentado por jerónimos y en nuestros días gobernado por monjes agustinos. Era, y así viene siendo desde hace cuatro siglos, un día señalado para celebrar un ritual tan solemne como espectacular: la ceremonia de desagravio a la hostia de Gorkum. La Sagrada Forma que se guarda como una de las más señaladas reliquias en un recinto en el que se custodian alrededor de otros 7.000 testimonios del paso por este mundo de personas veneradas por su vida ejemplar o por su muerte en martirio. Cada 29 de septiembre y 28 de octubre se oficia en el monasterio una misa especial que recuerda un hecho singular tenido por milagroso: la aparición de tres manchas de sangre en una hostia consagrada que fue pisoteada por un lansquenete durante el sitio y posterior asalto de la ciudad holandesa de Gorkum. Los hechos ocurrieron en 1572. Quienes no hayan presenciado nunca la impresionante ceremonia que se celebra en el altar de la sacristía —lugar donde se conserva la reliquia— pueden hacerse una idea del ritual contemplando un cuadro. Creo que es el retrato más conocido de Carlos II, el Hechizado, apodo con el que ha pasado a los libros de Historia el último de los Austrias que reinó en España. La puesta en escena del recargado ceremonial sirvió de fondo al pintor Claudio Coello para reflejar el deterioro físico del monarca optando por un realismo que raya en la crueldad. Por contraste con la enérgica apostura de alguno de los nobles cortesanos que rodean al monarca y la del propio pintor que también aparece en el lienzo, el realismo del retrato Carlos II resulta sangrante. El cuadro se exhibe en uno de los laterales del recinto en tan señaladas ocasiones. Llegué a tiempo para la misa. La ceremonia celebrada, como digo, en la capilla de la sacristía era seguida con gran recogimiento por los

fieles, pero tuvo un final hasta cierto punto desconcertante. Para sorpresa de algunos de los feligreses que asistían a la eucaristía, inopinadamente, el cuadro desapareció de la vista de todos. No hay misterio ni milagro. La tela desciende hasta el interior de un recinto situado en el piso inferior mediante un mecanismo oculto a los ojos de los asistentes a la misa, pero una cosa es saber lo que va a pasar y otra es presenciarlo. Desde luego, causa efecto. Supongo que el procedimiento fue ideado por una cuestión de seguridad —el valor de la tela es incalculable—, pero dada la teatralidad con la que el lienzo desaparece de la vista de los parroquianos, sin duda el fenómeno, en su día, sirvió para atraer la atención adicional de las buenas gentes que se acercaban al monasterio para asistir a la ceremonia de desagravio. Desaparecido el cuadro y devuelta la figura del Hechizado a su gélida morada en el sótano de la sacristía, me hice a un lado para ver pasar la procesión de los frailes que, a buen paso, abandonaron la capilla para perderse en el claustro entre cánticos religiosos y nubes de incienso.

El monasterio de San Lorenzo de El Escorial es una de las construcciones sacras más imponentes de la Cristiandad. Su fábrica arquitectónica se diría que es un cruce entre alcázar y catedral, tal es el aire de fortaleza que transmiten las miles de piedras de granito tallado empleadas en su construcción. Es una obra que impresiona por sus dimensiones: 89 escaleras, 16 patios, 88 fuentes, 1.200 puertas, 2.675 ventanas…, y, como quedó apuntado, alrededor de 7.000 reliquias. Construido en apenas veinte años por canteros vascos y cántabros, fue lugar de rezo, morada y despacho del rey Felipe II, el monarca español que durante la segunda mitad del siglo XVI dominó buena parte del mundo conocido pues sus territorios se extendían por cuatro continentes.

Felipe II fue un gran coleccionista de libros. Llegó a poseer la mayor biblioteca de su tiempo, un tesoro que aún hoy se puede visitar y contemplar en una de las estancias más acogedoras y mejor cuidadas del monasterio. Entre los miles de volúmenes repartidos en

las preciosas estanterías de palo de cerezo, hay unas decenas de libros que en su tiempo fueron considerados prohibidos. En la lista negra, abundan los tratados de alquimia y otros textos que son recopilatorios de esoterismo y ciencias ocultas. Felipe II ha pasado a los libros de Historia de España con el sobrenombre de «Prudente». Durante la «Leyenda Negra», un histórico panfleto redactado por libelistas protestantes holandeses e ingleses con la inestimable ayuda de Antonio Pérez, el infiel secretario del Monarca, se refiere al Rey con el infamante mote de «Diablo del Mediodía».

El Diablo, por cierto, es una referencia muy presente en el origen del propio monasterio. De hecho, la tradición local ha conservado la memoria que recuerda que, en el solar sobre el que se yergue el cenobio, se encuentra una de las puertas del Infierno. Según ciertas fuentes, el lugar elegido fue una decisión personal del propio Rey.

La leyenda lo atribuye a la supersticiosa creencia de que al levantar un templo emulando al rey Salomón complacía a Dios pues así taponaba un acceso al mundo de ultratumba. Felipe II era un hombre de psicología compleja. Creyente hasta límites que rozaban el fanatismo —lo que le llevó a vivir literalmente rodeado de reliquias, mayormente huesos de santos— al tiempo que mantenía una insaciable curiosidad por todo tipo de saberes, lo que daba pie a su afición de coleccionista de libros y lector. Incluidos aquellos que estaban oficialmente prohibidos para los súbditos de sus reinos por decretos del Santo Oficio, la Inquisición. El Rey disponía de agentes que le procuraban las novedades editoriales del momento generadas por la imprenta. La imprenta era la gran novedad de la época, comparable, salvando las distancias, al internet de nuestros días.

Los libros prohibidos que solo el Rey leía eran posteriormente cosidos y guardados en la biblioteca del monasterio. Cinco siglos después, siguen allí. Y también la leyenda de la puerta del Infierno. Una tradición cuya memoria se pierde en el tiempo y que asegura que el monasterio fue construido como «tapón» de una de las puertas del Infierno. La presencia en una de las torres del cenobio

de un laboratorio donde se hallan matraces, redomas, alambiques y demás instrumentos y objetos adecuados para desarrollar las fórmulas secretas de la alquimia, sin duda, contribuyó a rodear el lugar de misterio. El monasterio se asienta sobre un suelo de roca. Abunda el granito, un mineral de alta sensibilidad radiactiva. Cerca de la famosa «silla de Felipe II», el punto desde el que el Rey contemplaba el progreso de las obras del monasterio, se han encontrado vestigios de una piedra que en épocas prehistóricas fue un altar de sacrificios utilizado por los habitantes del lugar. En esta zona se sitúa también la leyenda del perro negro. Se dice que un mastín de gran talla, salido de no se sabe dónde, se abalanzó un día sobre la comitiva del Rey cuando este se dirigía a tomar asiento en la silla. El incidente se saldó de manera expeditiva. El animal fue degollado por uno de los guardias. Alguna fuente atribuye el quite y el certero tajo al mismísimo duque de Alba. Al parecer, pasado el susto, durante mucho tiempo la imagen terrorífica del can desasosegó el sueño del monarca. Junto al macho cabrío o la culebra de viscosa piel, el perro negro ocupa un lugar destacado en el retablo de la iconografía demoníaca como una de las representaciones del Diablo.

Todos los nombres de la Bestia están consignados en el Libro del Apocalipsis, en el que se encuentran las revelaciones dictadas hace veinte siglos por el evangelista san Juan en una gruta de la isla griega de Patmos, situada bajo un monasterio bizantino con forma de fortaleza.

Al evocar la leyenda de El Escorial como entrada del Infierno, resulta inevitable reparar en la idea del Diablo, la figura cuya huella durante siglos llenó de angustia, miedo y misterio la vida de cuantos nos precedieron en el largo peregrinar de los hombres sobre la faz de la Tierra. Evocar la figura del Ángel caído hasta cierto punto resulta muy fácil para los habitantes de Madrid, puesto que en la capital de España se levanta uno de los escasos monumentos erigidos en honor del Maligno. El otro, del que hablaremos llegado el momento,

está en Italia, en Turín. Si hay algo en nuestra cultura que va indeclinablemente unido a la idea del Diablo es la figura del exorcista. En la archidiócesis de Madrid, quien lleva sobre sus hombros tan singular encomienda es un sacerdote aragonés nacido en la levítica ciudad oscense de Barbastro. Se llama José Antonio Fortea. El padre Fortea es un cura afable y culto que parece haber alcanzado la ataraxia, la imperturbabilidad, el ideal de la filosofía estoica. Ejerce de párroco en Alcalá de Henares. Hasta allí me fui un gélido día de noviembre a almorzar y a pasar la tarde para hablar, entre otras cosas, del Hades, primero, y del Infierno, después.

No es lo mismo porque el primero remite a la mitología y de ahí al mito o realidad de los enclaves tenidos como puertas del Infierno, mientras que el segundo nos emplaza ante el aciago destino que, de acuerdo con la teología de la Iglesia católica, aguarda a quienes mueren en pecado mortal. Como rasgo destacado del padre Fortea anoto la dignidad de su porte y la afabilidad con la que se expresa.

—¿Cree usted en la existencia del Diablo? —le pregunté a bocajarro.

—Sí —fue su escueta respuesta.

—Si existe el Diablo, habrá que hacerse a la idea de que también existe el Infierno— apunto.

El exorcista no tiene ninguna duda al respecto. Cuando le digo que en algún pasaje de sus escritos, el papa Juan Pablo II se refiere al Infierno más como un estado —el del sufrimiento eterno que apareja el estar privado de la presencia de Dios— que como un lugar, el padre Fortea rebate esa interpretación mía y afirma con rotundidad que, en relación con esta materia, la doctrina de la Iglesia es unívoca. A lo largo de la conversación no le sacaré de ahí. Vista su posición, me emplazo a mí mismo para verificar si estoy en lo cierto, si he interpretado bien lo dicho por el papa Wojtyla. Mientras tanto, mentalmente, tomo nota de sus palabras. Antes de concertar la cita, estuve a punto de sugerir que nos acercáramos hasta El Escorial visto que la distancia respecto de Alcalá es de apenas unos sesenta kilómetros, pero abandoné la idea al conocer

su opinión acerca de la falta de fundamento de la mencionada noticia legada por los siglos según la cual la construcción del monasterio de San Lorenzo fue un proyecto encaminado a taponar una de las puertas del Infierno. «Es una leyenda posterior a la construcción del monasterio», sentencia, zanjando la cuestión.

Cuando le hago ver que el cenobio está cuajado de símbolos que permiten una interpretación esotérica, se encoge de hombros. Sabía de la existencia de cientos de reliquias de santos acumuladas por Felipe II, pero no había oído hablar de los libros prohibidos, algunos de ellos tratados de alquimia o brujería, textos cuyas hojas estaban cosidas para evitar ser consultadas. Hablando de libros antiguos, el padre Fortea conserva copia de un libro maldito: *Malleus Maleficarum* (*Martillo de las Brujas*), un libro publicado en Alemania en 1487. A partir de entonces, fue referencia en todos los juicios surgidos de la histeria que desató en toda Europa la caza de brujas. A lo largo del siglo XVI, el siglo de Felipe II, fue un libro siempre a mano en la mesa de inquisidores y demonólogos. Su influencia como tratado de brujas y brujería se extendió al siglo XVII. A él se refirió no pocas veces Howard Phillips Lovecraft en sus cuentos de terror, cuentos ambientados en parajes donde reverberaban presencias y voces ancladas en la memoria de la Edad Media.

La Edad Media viene siendo para el gran público sinónimo de época oscura donde todos los temores tuvieron asiento. Creo que en nuestra generación, Bergman y su película *El séptimo sello* han contribuido a fijar esa imagen oscurantista, de días atravesados por la ignorancia fruto de la vuelta a la barbarie. El padre Fortea no comparte esta imagen. «Los campesinos del Medievo —dice— no tenían miedo del Diablo. Cuando se les aparecía y les tentaba, le engañaban o le hacían desaparecer invocando a la Virgen María. Las escenas, los canecillos que aparecen en los pórticos de las iglesias y ermitas románicas son fantasías, a veces irreverentes, obra de los canteros medievales, pero el pueblo era creyente.» Es curiosa esta forma de ver aquella etapa del pasado, sobre todo si la contrastamos con la idea muy arraigada de que en aquellos años

oscuros el miedo al Infierno y por lo tanto al Diablo fue un instrumento de poder en manos de la Iglesia que impulsaba la construcción de basílicas en las que la imagen del Juicio Final presidía buena parte de los pórticos. Este es descrito en el Apocalipsis de san Juan Evangelista, en las «revelaciones» dictadas en la famosa gruta de Patmos, una isla griega que, por cierto, visité hace unos años con un ejemplar del Apocalipsis en las manos camino del impresionante monasterio que corona la cima de la montaña en una de cuyas laderas se encuentra la cueva.

> Luego vi otro Ángel que volaba por lo alto del cielo y tenía una buena nueva eterna que anunciar a los moradores de la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo. Decía con fuerte voz: «Temed a Dios y dadle Gloria, porque ha llegado la hora del Juicio. Adorad al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales de agua». Y un segundo Ángel le siguió diciendo: «Cayó, cayó la Gran Babilonia, la que dio a beber a todas las naciones el vino del furor». Un tercer Ángel le siguió diciendo con fuerte voz: «Si alguno adora a la Bestia y a su imagen y acepta la marca en su frente o en su mano, tendrá que beber también el vino del furor de Dios, que está preparado, puro, en la copa de su cólera. Será atormentado con fuego y azufre delante de los santos Ángeles y delante del Cordero. Y la humareda de su tormento se eleva por los siglos de los siglos, no hay reposo ni de día ni de noche para los que adoran a la Bestia y a su imagen ni para el que acepta la marca de su nombre». (Apocalipsis 14, 6)

Dejé para el final de la charla con el padre Fortea —en el transcurso de un almuerzo y un largo paseo, callejeando por el evocador centro histórico de Alcalá de Henares—, la pregunta del millón. ¿Qué siente un exorcista cuando se sabe en presencia del Diablo? ¿Qué era lo que había sentido él en el trance de pronunciar las palabras del ritual del exorcismo? «Nada— fue la lacónica respuesta—. Nada en absoluto.» «Pero —repliqué sorprendido—, entonces, ¿dónde está el misterio? ¿Qué le pasa a quien dice estar poseído por el Maligno y presenta signos de fuerza y gestos y actos de histeria?» «Pues que desaparecen. Así de simple.» Consciente de mi sorpresa, el padre Fortea añadió: «Créame si le digo que he tratado de acomodar todo este asunto al juicio de la razón; he

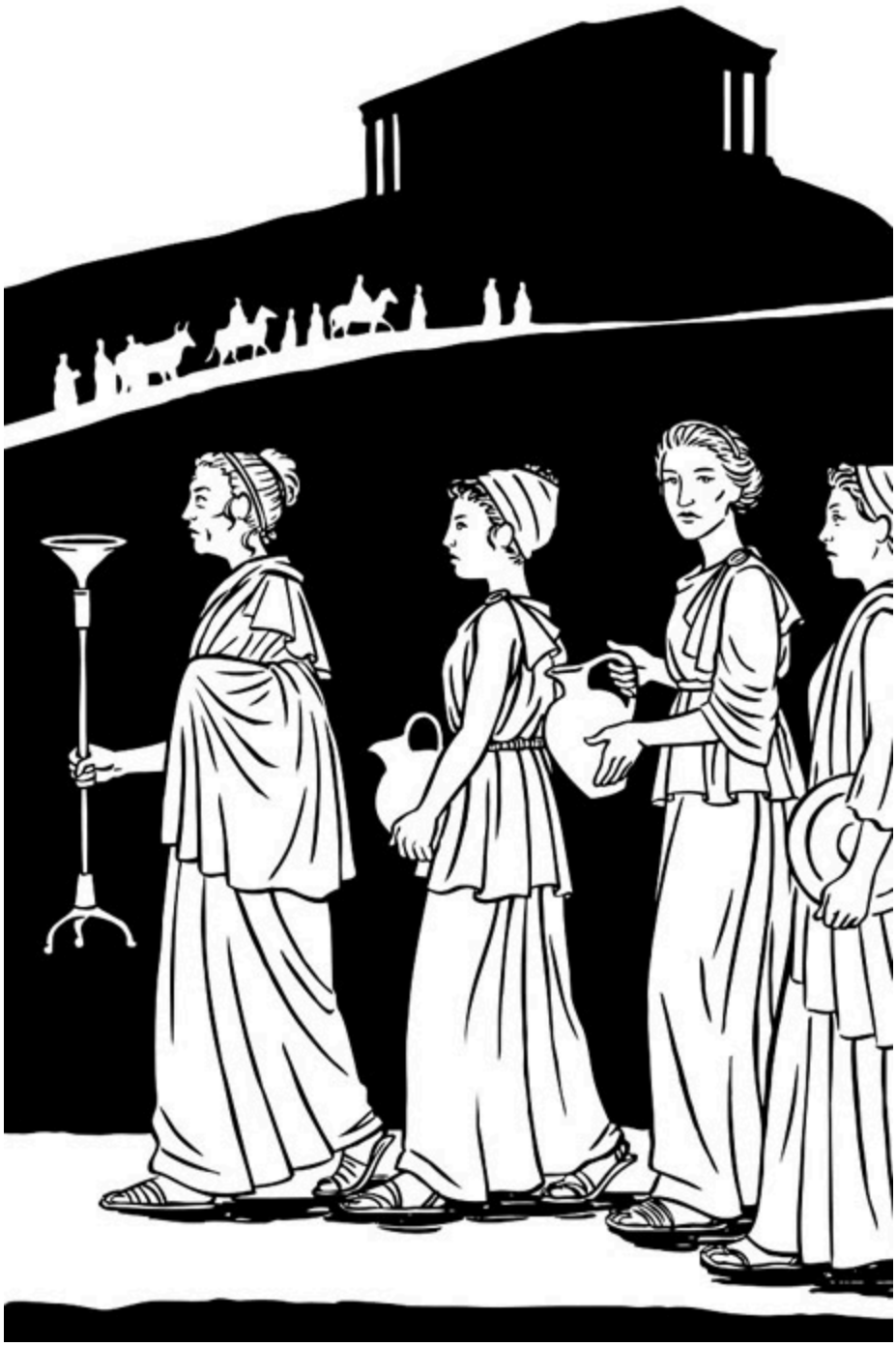
tratado de hallar una explicación en el terreno de la psiquiatría, pero no la he encontrado. Las cosas suceden como le digo». Es grande la serenidad con la que se expresa. Ataraxia, equilibrio. Me vino a la memoria la figura de alguno de los monjes que había conocido en Monte Athos a los que me referiré en otro capítulo de este libro. Nada que ver, desde luego, con el clérigo atormentado de mirada perdida y manos retorcidas como sarmientos según el cliché fabricado por el cine y la literatura alrededor de la inquietante figura del exorcista. ¡Extraño oficio el suyo, vive Dios!

CAPÍTULO V

REGRESO A GRECIA

Viaje a Eleusis. El lugar de los «misterios», ritos de iniciación y contacto con el Más Allá | Un secreto bajo pena de muerte | Siguiendo las huellas de Teseo, viaje a Trecén | Junto a la piedra que escondía la espada con la que degolló al Minotauro | Grafitos con la figura de Diablo | En ruta hacia el cabo Ténaro | Llegada al cabo del Fin del Mundo | En el templo de Apolo, bajo el que se abre otra de las puertas del Infierno.





Antes de que lord Elgin, embajador inglés en Estambul, sobornara a las autoridades turcas de Atenas y pagara a un aventurero italiano, el pintor Lusieri, para que en cuadrilla de expoliadores arrancara los frontones de mármol del Partenón, los atenienses habían podido contemplar durante veinticuatro siglos, contados desde los días de Pericles, el portentoso friso en el que Fidias representó para la eternidad la procesión de las Panateneas. Era una de las ceremonias más sagradas. Una procesión que cada dos años recorría la vía Sacra, el camino sembrado de altares, estatuas y flores que separaba el santuario de Eleusis y la Acrópolis de Atenas. Tenía lugar en el mes de julio y, entre otros actos, con arreglo a un decreto del tirano Pisístrato, eran obligadas las recitaciones en público de la *Ilíada* y la *Odisea*. Los españoles que hayan llegado a pensar que la lectura encadenada del *Quijote* así que llega el 23 de abril, aniversario de la muerte de Cervantes (y también de Shakespeare, por cierto), era una costumbre tan acertada como moderna, pues ya ven de dónde nos vienen a veces los ecos de las cosas importantes de nuestro mundo mediterráneo. Volviendo a la procesión de las Panateneas, anotemos que los participantes recorrían algo más de veinte kilómetros a pie y en carretas tiradas por bueyes engalanados con collares y guirnaldas, entre cánticos y ofrendas florales depositadas en los cien y un altares que jalonaban la ruta. Era la manera alegre y multitudinaria de rendir culto a Atenea, la diosa protectora de la ciudad. Las jóvenes vírgenes ataviadas con túnicas de color azafrán, cuyos airosos pliegues con tanta minuciosidad recreó en el mármol la mano de Fidias, eran las bellas protagonistas de un cortejo en el que, amén de los gobernantes y los sacerdotes, participaba toda la ciudad a través de las personas escogidas en representación de los estamentos y gremios de la polis. A un andaluz y a cuantos curiosos hayan participado alguna vez en la procesión que cada año convoca en el sur de España a miles y miles

de peregrinos por los caminos del coto de Doñana, en ruta hacia la ermita de la Virgen del Rocío, no haría falta recrear mucho la cosa para que se hicieran una idea de lo que eran las Panateneas. La procesión, ida y vuelta, les llevaba a Eleusis para celebrar los «misterios», un rito de iniciación y fertilidad que honraba a la diosa Deméter y evocaba la tragedia de su hija Perséfone (la Proserpina de los romanos).

Durante siglos, muchas generaciones de atenienses fueron iniciadas en estos misterios, cuyos ritos juraban guardar en secreto bajo pena de muerte. Hoy sabemos que en aquellas ceremonias se alcanzaban niveles de conciencia que rozaban el éxtasis merced a la ingesta del *kykeón*, una pócima compuesta de cebada y alguna sustancia desconocida que tenía propiedades alucinógenas. Es probable que en esos viajes jugara algún papel el cornezuelo del centeno, sustancia dotada también de propiedades psicotrópicas. O tal vez algún tipo de hongo recogido en las profundidades del mismo templo de Apolo, en cuyas entrañas poco excavadas se sabe que estaban las gradas desde las que se presenciaban, a la luz de las antorchas, las ceremonias guiadas por los sacerdotes. Nunca sabremos con exactitud en qué consistía el rito y a qué pruebas eran sometidos los aspirantes porque ningún griego rompió el secreto. Ni siquiera bajo las amenazas de Nerón, el emperador romano que amañó unos Juegos Olímpicos para quedar campeón y descendió a las cavidades subterráneas del Telesterion, el templo que Deméter tenía en Eleusis. Ni al parlanchín Sócrates, ni al grafómano Platón que, al igual que Pericles o Alcibíades, se contaban entre los iniciados, jamás se les escapó una confidencia acerca de los misterios. Solo el guasón de Aristófanes, en alguna de sus comedias, indirectamente, nos ofrece alguna referencia. Hay un aspecto poco conocido y, por decirlo así, muy «moderno» en los misterios: eran ritos abiertos a todos los individuos, sin distinción de sexo ni de clase social. También a los esclavos les estaba permitido participar.

Por simplificar, digamos que lo esencial de la historia trágica de Perséfone es lo que sigue: fue raptada por Hades (el Plutón de los romanos) mientras recogía flores en el campo y jugaba con las hijas de Océano. Después, el soberano de las tinieblas la arrastró hasta su morada de los Infiernos y allí habría seguido de no ser porque Zeus se apiadó de las súplicas de Deméter, la madre angustiada, quien desde que desapareció la buscó errante, cabellera al viento, por todo el mundo entonces conocido. Zeus intervino pero, pese a ser el jefe de la familia olímpica y tener el poder del rayo, no dejaba de ser un gobernante proclive a pactos y componendas. En este caso no quiso enfrentarse abiertamente con Hades, más que nada porque era su hermano y tenía muy malas pulgas, así que atendió los ruegos de Deméter, pero a medias. Literalmente, a medias. El pacto consistió en que Hades retendría en el Infierno a la bella Perséfone durante una parte de los meses del año y en los restantes podría volver a la Tierra. Para asegurarse Hades de que Perséfone cumpliría, antes de abandonar el reino de las tinieblas le dio a probar un grano de granada. Mira que he buscado en los libros antiguos y modernos el porqué de ese atribuido poder o vinculación infernal de la granada con el mundo del Más Allá, pero no la he encontrado. Los autores, tras calificarla de fruto de los muertos, pasan de largo. En fin, para volver al pacto de Zeus con Hades: fue un apaño, pero fue aceptado por las partes. El mito concluye como alegoría del proceso de la siembra, del camino subterráneo y misterioso que ha de seguir el grano de trigo —y el resto de los cereales—, sepultado durante meses, para germinar, convirtiéndose en las espigas y el grano con el que los hombres elaboran el pan, el alimento que según el decir de un clásico acerca a Dios a los hombres porque les pone a salvo del hambre. El ritual regido por el hierofante, el sacerdote de Deméter en Eleusis, incluía un período de ayuno de dos días, seguido de baños purificadores en el mar. Después se trasladaban al Telesterion. En este templo peculiar, construido por Ictino, el arquitecto del Partenón, los aspirantes a la iniciación tomaban asiento en los escalones tallados bajo tierra en la roca, guardaban

silencio y a luz de las antorchas y bajo los efectos de la ingesta del *kykeón* observaban las ceremonias oficiadas por los sacerdotes, rituales relacionados con la fertilidad. Según algunas versiones era, también, la ocasión de algún tipo de representación de contenido sexual. Otros autores refieren que la almendra de los misterios era una promesa: se podía mirar con esperanza al futuro más allá de la vida en la tierra, era la anticipación de una suerte de inmortalidad feliz concedida solo a los iniciados que, a diferencia del resto de los mortales, no tendrían que angustiarse por los males que aguardan en los Infiernos regidos por Hades. Fuere lo que fuere, el caso es que los fieles, superado el trance y abandonado el antro, salían como nuevos. Dicen los autores clásicos que los misterios reforzaban los vínculos entre los ciudadanos de la polis, acrecían lo que hoy llamaríamos «sentido de pertenencia». Recuerdo que una vez, asistiendo a una conferencia de un emérito sabio helenista que se había explayado sobre estas cuestiones, uno de los asistentes resumió en voz baja el fondo de la cuestión: «No me extraña que salieran reconfortados de la cueva —dijo—, nada como un chute y un polvo para salir como nuevos», apostilló el gamberro. Tuve que hacer un gran esfuerzo para contener una carcajada. No fui el único. Estoy seguro de que el viejo profesor, que a juzgar por el elevado timbre de voz debía de andar algo duro de oído, no habría disentido.

Cuando llegué a Eleusis con toda la carga de memoria histórica y mitológica aprendida, me llevé una decepción. Comprendí que la desilusión tenía que ver con el hecho de que un año antes había visitado Delfos: el santuario de Apolo y el oráculo más famoso de la Antigüedad estaba y está ubicado en un paraje dramático, un agreste espolón rocoso que se pega a la montaña y se abre a un inmenso valle plantado de olivos hasta donde se pierde la mirada poco antes de alcanzar el mar del golfo de Corinto. Nada que ver con el paisaje donde estuvo enclavado el templo de Deméter en Eleusis. Se trata de un escenario sin apenas relieve orográfico, una pequeña colina en cuya parte alta en nuestros días se yergue una iglesia bizantina. Pinos, carrasca y algún ciprés puntean la línea del

horizonte. A los pies, decenas de tambores de mármol esparcidos aquí y allá, en desorden, testigos mudos del esplendor del Telesterion del que quedan en pie algunos paramentos apoyados en la ceja de la colina. En superficie está excavado y eso permite hacerse una idea cabal de sus dimensiones. En un punto se indica que allí estuvo la entrada al mundo subterráneo. Y, seguramente, allí sigue aunque oculta por los materiales y la tierra que colmata las entrañas del templo y nos ciega la visión de las estancias donde se celebraban los ritos mistéricos. Decía que la comparación con Delfos era tan inevitable como perdedora para Eleusis, pero creo que no fue ese el único motivo, ni siquiera el factor determinante de la, digamos, decepción que me llevé al contemplar el lugar. Lo que en realidad rebaja el porte e importancia del lugar es que las ruinas están rodeadas por casas y edificios en los que viven y trabajan los modernos habitantes de Eleusis. Sin solución de continuidad.

Solo el mar, detrás de la colina, está donde siempre ha estado, aunque hoy todo en él son barcos, muchos de ellos petroleros, que acuden a las cercanas refinerías de El Pireo y otros puntos del golfo Sarónico. La vida moderna y, supongo, las facilidades dadas a los especuladores por los munícipes locales han terminado de completar la destrucción que en el año 396 de nuestra era llevaron a cabo las tropas del rey godo Alarico, que arruinaron para siempre el culto de Eleusis.

Eleusis ha perdido el misterio que, en cambio, conserva Delfos. Desde luego, misteriosa es la mirada quieta y eterna del Auriga, la estatua de bronce regalada al santuario por el tirano siciliano Polyzalos de Gela y que fue rescatada por un equipo de arqueólogos franceses.

Los iniciados en los misterios salían como nuevos tras su estancia en las entrañas del templo de Deméter, confortados y con algún kilo de menos tras los días de ayuno. La verdad es que mejorar el tipo era, al parecer, la marca de la casa. Lo sabemos por lo que le ocurrió a Teseo, el héroe ateniense que descendió al Hades en compañía de su inseparable amigo Pirítoo en lo que pretendía ser

el segundo capítulo de una barrabasada. El primero había consistido en raptar a Helena de Esparta, que por aquel entonces era una niña pero ya tenía fama de ser la más hermosa de toda Grecia. Se la jugaron a cara o cruz, ganó Teseo, pero al ver que aún no estaba en edad casadera la dejaron al cuidado de Etra, la madre de Teseo. La segunda parte de aquella atolondrada aventura les salió cara. Su osadía les hizo pensar que podían descender al Infierno y secuestrar a Perséfone. Hades, el Guardián de las Tinieblas, les dejó que se confiaran y les invitó a sentarse alrededor de una mesa dispuesta para celebrar un banquete. Cuando quisieron levantarse, no pudieron. Pirítoo se quedó para siempre en el Hades pegado a la Silla del Olvido. Teseo tuvo más suerte que su amigo gracias a la inopinada aparición de Hércules que, tirando con todas sus fuerzas —se supone que eran muchas—, le ayudo a desprender el cuerpo de la silla, aunque dejándose en el empeño, pegada al asiento, parte de su anatomía, esencialmente la parte donde la espalda pierde su honesto nombre. De ahí viene la fama de los atenienses de tener las caderas estrechas. Claro que todo eso debía de ser antes, cuando de verdad la comida que se consumía en Atenas era genuina dieta mediterránea; ahora con la proliferación de establecimientos de comida rápida, pasa lo que en todas partes, que el personal va sobrado de peso.

Volviendo a Teseo, la historia de este mítico personaje y su original forma de entrar en escena es lo que me hizo dejar Eleusis para viajar hasta Trecén y buscar la roca bajo la que un día estuvo escondida la espada que, rescatada por Teseo, hizo que nuestro héroe —a la manera de la Excalibur del rey Arturo— también fuera reconocido como Rey, en este caso de Atenas. Es una historia que empieza triste. Nada que ver con el magnífico panorama que nos depara el viaje que partiendo de Eleusis, por la autovía que discurre paralela al mar, lleva hasta Corinto. Justo tras pasar por encima del puente, que corona el famoso canal a mano derecha, abandonando la autovía, hay que seguir ruta por una carretera secundaria que sigue la costa y tiene a su derecha un festival de pinos y demás

representantes del bosque mediterráneo. Es una gozada, el paisaje, y un peligro los conductores griegos que, sin llegar al delirio de los italianos o al frenesí de los camioneros de la India, no se quedan cortos en cuanto a la interpretación libérrima del código de circulación.

En cualquier caso, uno se acostumbra. Llegar a Trecén es tener enfrente Poros, una isla que está a tan poca distancia de la orilla continental que uno tiene la sensación de que podría llegar a ella caminando sobre las aguas. Trecén, para aquellos familiarizados con los parajes famosos del Peloponeso, está en la misma comarca de Epidauro y, aunque hoy es una población menor, aparte de la historia de Teseo ha tenido otro momento de gloria en la Historia de Grecia, pues fue allí en 1828 donde, tras la derrota turca en la batalla de Navarino, fue elegido el primer Presidente de la República de Grecia: Ioannis Kapodistrias, un griego nacido en Corfú que había sido ministro del Zar de Rusia.

Siglos atrás, en tiempos del Imperio Romano, había sido el puerto en el que desembarcaban los patricios de la Urbe que viajaban hasta Grecia atraídos por la fama del santuario y balneario de Asclepio en Epidauro, donde se encuentra el teatro más famoso del Mundo Antiguo, escrito quede con permiso de los amigos de Mérida. Dicho queda que Poros, una suerte de pueblo griego de postal turística, está a un tiro de piedra de la orilla —*poros*, camino estrecho en griego—, y la tentación que hay que vencer al llegar al punto en el que atracan los ferris que transportan al personal, los animales y los coches hasta la isla es fuerte. Pero también lo era la evocación del mito de Teseo así que, disciplinadamente, giré hacia la izquierda en una carretera comarcal que se pierde entre prados, sembrados y cercas de huertas que flanquean la ruta. A la tercera gasolinera en la que paré a preguntar me dieron razón de cómo se llegaba a las ruinas de Trecén. Hoy hay un pueblo, Tricynes, que retiene el nombre, pero que está algo alejado de la antigua polis cuyas ruinas por fin pude contemplar. No es lo más interesante de la

zona, aunque da idea del paisaje de infancia de Teseo, abandonado por su padre Egeo y criado por su abuelo, Piteo, rey de Trecén, tenido por ser el más prudente y virtuoso de los griegos.

Vistas las ruinas, lo que en realidad me había llevado hasta este lugar fuera de las rutas frecuentadas por los turistas que recorren el Peloponeso atraídos por la leyenda de Micenas, la fama de Epidauro y el mito de Esparta, era la «piedra de Teseo». Espada y calzado fueron recuperados por el héroe así que sintió llegar las primeras señales de la pubertad y, con ellas, las pulsiones que anuncian a todo hombre que dispone de desconocidas energías capaces de cambiar el mundo. Encontré la piedra, me senté encima y me hice un par de fotos para perpetuar el momento. Se encuentra en un cruce de carreteras, a unos dos kilómetros de las ruinas de la antigua Trecén. En uno de los ramales de la ruta, un anuncio indica en inglés la dirección para seguir hasta «The Devil's Bridge», el Puente del Diablo. Enfilé hacia allá pensando en el descenso de Teseo y su amigo Pirítoo al Hades. La verdad es que el lugar, que está a unos cinco o seis kilómetros, es peculiar. El paisaje está marcado por el surco profundo excavado por un río poco caudaloso pero muy trabajador a juzgar por los profundos barrancos labrados en el terreno de origen cárstico.

Antes de llegar al puente que da nombre al paraje, en dos refugios naturales, dos cuevas a la vista y bastante holgadas, se ven grafitos con la inconfundible silueta del Diablo en su manifestación icónica más conocida: el macho cabrío. Tras observar con detenimiento los dos abrigos y los restos de objetos e inscripciones, llego a la conclusión de que estos lugares han sido, y probablemente aún siguen siendo, escenario de algún tipo de rito satánico. Guardo las fotos, con los grafitos, sin otro interés que el de apuntalar la memoria de estas notas de viaje. Pese a lo dicho, en el ambiente no flota eso que podríamos definir como un aire siniestro. Quizá porque es de día, luce el sol, zumban las abejas y el sonido del agua a lo lejos compone una sinfonía de vida que extirpa de raíz cualquier registro asociado con la Noche y el rastro del Príncipe de la

Tinieblas. Más parece el territorio del dios Pan, un señor también temible pero al que se le ve venir porque su presencia, como saben muy bien los pastores, se hace preceder de inesperados cambios de presión del aire que cursan en forma de remolinos aterradores aunque, como cuenta muy bien Lawrence Durrell en alguno de sus libros, es una clase distinta de miedo. Dejé Trecén con la sensación de que hay lugares que, por mucho que pase el tiempo y cambien las costumbres, siempre permitirán a los hombres mirar al pasado evocando lo que fue el modo de vida de quienes nos han precedido en la aventura mediterránea del vivir.

La salida de Eleusis, pasando por Corinto, hasta llegar a Trecén se había llevado la mañana y las primeras horas de la tarde, así que, pensando en una taberna de Poros que recordaba de un viaje anterior, dejé el coche en el aparcamiento del embarcadero y llegué a tiempo para saltar al ferri y sentarme en el banco de popa, el que tiene detrás la barrada bandera de Grecia. Soñando con una ensalada griega, *choriátiki saláta* (tomate, alcaparras, queso feta, aceitunas negras), unos pulpitos a la brasa y una botella de *retsina*, me quedé dormido los veinte minutos que tarda el transbordador en cubrir la distancia que separa al continente de Poros, una pequeña joya en forma de isla. Me despertó el ruido estridente de la cadena del ancla al soltarse.

La tarde, después de la comida, fue completa como casi todas las tardes de Grecia si uno se deja llevar por la belleza del paisaje, la cordialidad de la gente y sabe leer en las piedras los cientos de historias del pasado que guardan este país, cuyos antiguos habitantes inventaron lo esencial de nuestro mundo mediterráneo. También los dioses y sus mitos, entre otros, el del Hades, el mundo de sombras al que van a parar los muertos. Pensando en estas cosas tomé el ferri de regreso y por la carretera que se interna en dirección a Epidauro seguí camino hacia el sur. Me habría detenido para volver a contemplar el extraordinario teatro y la sorprendente acústica que hace que el tintineo de una moneda al rebotar en las piedras del suelo pueda ser escuchado con nitidez por quienes se

sientan en la última grada, que casi se pierde ya entre los pinos; el secreto de semejante fenómeno se explica por las tinajas vacías empotradas en la cávea. Me habría detenido, pero no era la ocasión, como tampoco era el momento de acercarme una vez más a Micenas y a Tirinto, que están en la comarca y siempre son libros de piedra abiertos para quien sabe leer las historias antiguas de Grecia. Tenía por delante una señal en mi mapa de carreteras que decía «cabo Ténaro» y estaba muy lejos de allí, así que decidí quedarme a dormir en Nauplia, una ciudad ordenada y pequeña, muy italiana. Fue durante años puerto de Venecia y también la capital de Grecia cuando los bravos habitantes de este país, tras una guerra de guerrillas sangrienta y cruel a partes iguales, consiguieron echar a los turcos.

Me desperté muy pronto, acababa de amanecer cuando me asomé al balcón de la habitación del hotel, y lo primero que vi fue un punto rocoso en medio de una inmensa bahía. Era el islote de Bourtzi, una pequeña fortaleza que, durante años, fue el hogar de los verdugos de Grecia. La vida —pensé— ha sido muy dura hasta hace poco en el mundo que hemos conocido. Recuerdo que tan lúgubres reflexiones desaparecieron rápidamente pensando en el desayuno y en el insustituible yogur que ofrecen por estas tierras. Una hora después estaba en ruta hacia el sur. Camino de Gythion, el puerto desde el que Helena de Troya se embarcó con Paris camino de Troya.

Gythion está en la ruta del cabo Ténaro, al sur del Peloponeso, la península que los venecianos bautizaron como Morea porque su configuración en los mapas les recordaba la hoja de este árbol famoso por ser la pieza maestra del fabuloso negocio de la seda. En el cabo Ténaro, el cabo del Fin del Mundo, en las entrañas de un templo dedicado al dios Apolo, hay una gruta considerada otra de las puertas del Infierno. Para llegar, se tarda lo que no está escrito. No solo por el estado de las carreteras secundarias por las que hay que circular sino por lo intricado de los parajes que hay que atravesar, sobre todo en la zona de Mani, la comarca más agreste y todavía un

punto salvaje de Grecia. Está al sur de una de las tres penínsulas que, a modo de tridente, se alargan hacia el mar Egeo como queriendo pinchar la isla de Creta que queda lejos.

Grecia permaneció cuatrocientos años bajo el dominio del Imperio otomano, pero los jenízaros, las mejores tropas de los sultanes de Estambul, nunca se atrevieron a hollar el agreste solar donde señoreaban los clanes maniotas en aldeas y pueblos erizados de torres fortificadas. Hablando con ellos, aceptando su hospitalidad y su café —«turco» por más señas, aunque esta es palabra proscrita —, todavía se precian y enorgullecen de ser descendientes de los espartanos por linaje directo. Lucen la fiereza en la mirada y llevan con gran dignidad el vivir en una región que, si no ha sido abandonada por los dioses, sí parece haber sido olvidada por los burócratas de Atenas. Los maniotas, a su manera, se vengan de tanta sinecura y van a su aire. Es una de las regiones de Grecia en las que el Estado recauda menos impuestos, les deja por imposibles. Las cartas son devueltas porque el destinatario es desconocido o ha emigrado; los muertos siguen vivos a efectos de las pensiones; los alcaldes se van turnando según las familias y todos tienen apellidos larguísimos y muy sonoros: Mavromichalis, Mavrocordatos... Es un mundo aparte de gente brava y hospitalaria que, cuando hay que dar la cara, no se echa para atrás. Durante la guerra de la independencia, luchando contra los turcos, alguno de los generales insurgentes se ganó a punta de cuchillo y yatagán el mote de «turcófago». Tal como suena. Tal debía ser su fiereza. Kolokotronis, uno de los artífices de la independencia, cuya estatua ecuestre se yergue desafiante frente a la sede del viejo Parlamento de Atenas, salió de estas tierras. También salieron de aquí los hermanos Mavromichalis, dos maniotas que vengaron a su manera una afrenta y se llevaron por delante a Kapodistrias, el primer presidente que tuvo el país tras la independencia. Lo mataron en Nauplia. Le descerrajaron dos tiros un domingo a la salida de misa. Ya digo que

son gente de armas tomar. Y, por lo mismo, amables en sumo grado con los visitantes. Nunca me he sentido mal en ningún lugar de Grecia, pero en Mani era como estar en casa.

Al marcharme de Gythion, recuerdo con nostalgia una gratísima comida en una taberna junto al puerto que vio zarpar a Paris y a Helena camino de Troya dejando atrás al cornudo de Menelao. Los versos de Homero saben a gloria en buena compañía, cuando el sol está alto y reverbera en los vasos colmados de uno de los mejores vinos del Mediterráneo, el Tsantali Agioritikos, un blanco de Macedonia. Un pez, cualquiera, pescado por la mañana en estas aguas limpias —un pargo, una dorada—, completa el recuerdo de uno de esos días en los que, siguiendo la recomendación del poeta Kavafis, uno va sin prisa porque a cierta edad ya se sabe que el objetivo, la meta del viaje, es el viaje mismo. Pero hay que hacerlo, y para eso nada mejor que seguir el plan previsto: panzada de coche por la tarde, parada y fonda en Areópolis, la capital de Mani, y al día siguiente, muy temprano, reanudar la ruta convenientemente reconfortados por un desayuno propio de la tierra. Nada de huevos con beicon o cereales. Aquí la tierra ofrece otras cosas: queso feta, aceitunas negras kalamata, pan negro regado con el aceite de las olivas koroneiki y un buen vaso de leche de cabra. Un desayuno espartano, nunca mejor dicho, porque Esparta no está lejos, y pocas veces mejor recibido como viático para completar la parte más peligrosa del viaje por lo sinuoso de la ruta.

No llegarán a los cuarenta kilómetros la distancia entre Areopólis y el cabo Ténaro, pero se tarda una eternidad. El paisaje es dramático: cortados de vértigo, calas remotas y pueblos medio abandonados llenos de torres de piedra como solo se ven en otro lugar de Europa, concretamente San Gimignano, en Italia, en la región de la Toscana. Todo en este desolado paraje describe la huella de una forma de vivir al pie mismo del peligro, con gentes de daga en la faja atentos a la llegada de los piratas, los turcos o los alemanes, como ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial cuando, en más de una ocasión, algún submarino averiado o en trance de

aguada vio cómo una dotación entera de marinos fue aniquilada sin pestañear por los maniotas devenidos en feroz guerrilla contra los nazis invasores.

Antes de llegar al cabo Ténaro me detuve en una cala diminuta y fuera de las coordenadas de la multitud: Porto Kagio. Hay siete u ocho casas y una de ellas es una taberna que hace las veces de pensión. Por nada se come y por menos se puede uno quedar a dormir a condición de amarrar bien el trato y ocupar enseguida la habitación porque, dada la escasez, uno puede encontrarse con la sorpresa de que tiene que compartirla con algún otro huésped. Estando, como quien dice, en el fin del mundo, tampoco es cuestión de ponerse estupendo. Así que, aunque en esta ocasión no fue el caso, en situaciones parecidas se ha visto uno vagabundeando por el mundo y lo mejor es tomarse otro trago, aceptar la situación y hacer amigos. El camino tiene una edad, pero alejado ya de ella, siempre queda un poso de nostalgia.

Cuando llegué solo vimos a cuatro personas. Dos de ellas atendían el garito y las otras dos eran una pareja de franceses trotamundos que llevaban varios días allí y se estaban olvidando de la moto que tenían aparcada en el arranque del minúsculo espigón que era todo lo que la mano del hombre había alterado en relación con la herradura perfecta que formaba una playa de aguas cristalinas escoltada por fuertes murallas de roca. Me habría quedado allí para siempre, pero la curiosidad por saber cómo era la puerta del Infierno y qué quedaba del templo de Apolo en el cabo del Fin del Mundo me hizo emprender de nuevo el viaje, no sin antes soñar durante unos minutos con todo lo que la imaginación acumula buscando en los archivos del cerebro la etiqueta que reza: «Dejarlo todo, el trabajo, las obligaciones, los compromisos, la prisa, y vivir una vida sana y salvaje». Estas son las cosas en las que uno piensa cuando está harto de la rutina de vida que lleva, puesto que socialmente está mal visto el asesinato aunque sea de un jefe tóxico, pero ya se sabe que este tipo de ideas duran lo que duran, y uno no tarda en recuperar la cordura. O lo que suele ser lo mismo: el

aburrimiento de la vida urbana. En fin, siempre nos quedarán el viaje y los libros. En este caso, lo de menos es el orden. No lo he dicho pero, para llegar a la cala perdida, había que descender por unas pendientes de vértigo con rampas tremendamente inclinadas y tramos sin asfaltar. Y si arriesgado era bajar, penoso fue remontar. Al final lo conseguí, pero fue alcanzar la cresta de la montaña y descubrir que estaba perdido. Ni una sola indicación de carretera, nada. Todo hay que decirlo: según la costumbre del lugar, muy a la griega, por muy amante que el país fuera de las autopistas, en las carreteras secundarias no se gastaban ni un dracma antes de 2000, y ahora, ni un euro. Como se les quiere, se les perdona. Lo malo es que hay parajes en los que solo se puede preguntar a las gaviotas y al mar.

En fin, tras dar vueltas y revueltas, en una curva, en letras apenas visibles un letrero corroído por el salitre y el viento, encontré la indicación que buscaba: «Templo de Apolo», escrito en griego y en inglés. Tiré de frente y, tras superar un repecho, *voilà!* Allí estaba: el mar, el cabo y el templo. Salvando las distancias —que son todas—, mi alegría debió de ser comparable a la que muchos siglos atrás sintieron los soldados de la expedición de los Diez Mil, los hoplitas griegos mercenarios abandonados tras las líneas enemigas en territorio del Imperio persa cuando —según relató el general Jenofonte en la *Anábasis*—, tras una continua odisea vivida luchando tras las líneas enemigas, alcanzaron la orilla del mar: «*Thalassa! Thalassa!*». ¡El mar! ¡El mar!

Como decía, por fin había llegado. Allí estaban el cabo y el templo. En medio de una ensenada de piedras altas y sin playa. Lo que queda del templo es poco, un arco de piedra que tiene todas las trazas de haber sido aprovechado para erigir la consabida iglesia con la que disimular. Pero para rescatar el pasado está la memoria y están los libros. Me acerco con precaución porque la experiencia me dice que en este tipo de lugares puede haber culebras. Apolo siempre las tuvo cerca: unas veces para liquidarlas de un flechazo certero, como ocurrió con la pitón que sesteaba junto a la fuente

Castalia, en Delfos, y otras veces para ser parte de los misteriosos ritos órficos que practicaban los seguidores de esta corriente sectaria muy viva en la Antigüedad. A decir verdad, mientras estuve indagando entre las ruinas, no vi ninguna. Era evidente que el centro de la parte que queda en pie parecía estar construido alrededor de un pozo, una oquedad artificial que tal vez se comunicaba con una cueva natural que por la cercanía del mar y la configuración de las rocas que forman la ensenada en forma de herradura no debe de ser la única en aquel paraje. Que debajo, sin excavar o colmatado por el derrumbe de las paredes del templo, exista un antro, casa con las descripciones que nos han legado la mitología y la memoria de los griegos de tiempos históricos.

El cabo Ténaro como accidente geográfico constituye un punto de referencia de un paraje marítimo particularmente duro para los navegantes; los fuertes vientos que azotan la zona y las corrientes convirtieron aquellas aguas en área donde eran frecuentes los naufragios. Aún hoy, los barcos procuran alejarse de la costa. En los tiempos antiguos, faltos de brújula, sextante y desde luego sin GPS, los marinos —desde Ulises a Coleo de Samos— no tenían elección: toda la navegación era de cabotaje. Fueron muchos, como digo, los naufragios y los náufragos que, asidos a un madero —a la manera de Odiseo cuando llegó a la tierra de los feacios—, consiguieron llegar a tierra y, superado el susto, ofrecer un sacrificio a Apolo. Ellos sí que sabían de verdad lo que era haber estado en el Infierno. Por lo demás, vi que en dos altares improvisados había ofrendas y algún que otro rastro satánico. Probablemente, inocentes puestas en escena de rituales vistos en alguna película de serie B. Nada serio. Desde luego, nada capaz de turbar la potente sensación de armonía paisajística que transmite el lugar. Me acordé de un pasaje de un libro de Jack London —no recuerdo el título— que en esencia venía a decir que la Naturaleza alcanza la cima de la armonía cuando la tierra y el mar respiran por tiempos. Cada uno a su manera y cuando

entre ambos se establece el lazo invisible del viento. Eso es el cabo Ténaro. Para los antiguos, el cabo del Fin del Mundo y la puerta del Infierno.

CAPÍTULO VI

VIAJE A ISRAEL

En el monte Hermón, en los altos del Golán, en la frontera con Siria | La gruta de Baal-Gad, santuario del dios Pan, otra puerta del Infierno | En el Evangelio de San Mateo se dice que fue en este lugar donde Simón Pedro reconoció a Jesús como el Mesías.





Salí de Jerusalén una mañana de mediados de abril camino de otra puerta del Infierno. Se halla en las fuentes del río Banias, al norte de Israel, junto a la frontera con Siria. Buscaba las ruinas de un templo que en la Antigüedad había estado consagrado al dios Pan.

Jerusalén, la Ciudad Vieja, había amanecido como acostumbra en primavera: hecha luz. Nimbada por la mítica claridad amarilla que, al reverberar en las piedras, arranca destellos de oro. Me esperaban casi doscientos kilómetros de carretera sometida al calor, las imprevisibles tormentas de arena del desierto de Judea, las calimas que genera el mar de Galilea y los avatares de una tensa travesía por la meseta del Golán, la región conquistada por Israel a Siria en la guerra de los Seis Días. Había leído que, en aquel lugar, en los tiempos antiguos había existido un santuario donde se celebraban sacrificios humanos y ritos orgiásticos. Y también sabía, por la lectura del Evangelio, que fue allí donde Jesús de Nazaret reconoció ante sus discípulos que Él era el Hijo de Dios, el Mesías de la tradición profética judía.

Lo que no sabía y sigo sin saber, tras visitar el sitio, es por qué no hay ningún templo cristiano; no hablo de una basílica pero qué menos que una ermita o una simple capilla que recuerde que fue precisamente allí donde Jesús, tras cambiar el nombre a Simón por el de Pedro, le prometió que sería la cabeza de la nueva Iglesia. En una tierra en la que de casi todos los episodios de la vida de Jesús han quedado para la memoria en forma de templo —desde el Santo Sepulcro a Cafarnaúm, pasando por Belén o la Transfiguración en el monte Tabor—, ya digo que me sorprende este olvido. Quizá tenga que ver con el primitivo origen infernal del lugar hacia el que ahora me dirigía en un viaje en coche, lanzado a toda pastilla para aprovechar bien el día.

Sabía de aquel lugar lo que se puede aprender en los libros y los mapas. Sabía, pues, que el viaje me haría cruzar el desierto de Judea, bordear el río Jordán, pasar cerca de la bíblica Jericó, orillar el lago Tiberíades, otear en la distancia las ruinas de Megido —el mítico paraje donde tendrá lugar la batalla del Fin de los Días según las revelaciones de san Juan—, y también serpentear por tortuosas carreteras secundarias hasta las lomas de los Altos del Golán, la frutal meseta arrebatada a Siria por las tropas blindadas de Israel en 1967, durante la guerra de los Seis Días. Lo que no sabía es lo que me esperaba a lo largo de los cerca de doscientos kilómetros de viaje: sol abrasador al descender de Jerusalén hacia la hoya del desierto de Judea; mosquitos en las riberas del mar de Galilea; tormenta de arena entre Jericó y la ciudad de Tiberíades, y humedad pegajosa en el tramo final del viaje al atravesar las mil y una huertas de la meseta. Pero el viaje mereció la pena. Las fuentes del río Banias, nacidas de las entrañas de la pared rocosa en la que se encuentra el antro señalado como puerta del Infierno, dan vida a un paraje de abundante arboleda: pinos, chopos y una gran variedad de frutales que con su manto vegetal arropan el lugar creando una vigorosa sensación de frescor acentuada por las tres o cuatro perezosas cascadas en las que se despeña el agua que un día brotó de la misma cueva hasta que un terremoto varió sus cauces.

Por el camino fui anotando mentalmente paisaje y paisanaje. Antes de acceder a la zona del lago Tiberíades, en las áreas donde hay poblaciones de mayoría árabe, abundan los controles de carretera. Hace unos años esos fielatos eran cosa de soldados o policías de frontera, hoy en día es cosa de civiles, «contratistas», en la jerga norteamericana aprendida en la guerra de Iraq. Van armados con los modernos fusiles automáticos Tavor de fabricación israelí. En uno de los controles me entretienen un buen rato y se quedan con mi pasaporte. Supongo que les sorprendió encontrar a un español viajando en solitario con un chófer palestino. La espera termina cuando uno de los contratistas, en un español bastante bueno, quiere saber qué diablos se me ha perdido por aquellos

parajes. Comprobada la autenticidad del visado de entrada, proseguimos viaje sin otro contratiempo que la inopinada tormenta de arena que se desató unos kilómetros antes de llegar a las proximidades de Jericó. De repente se hizo de noche y los remolinos que formaba el viento con la arena nos cegaron obligándonos a parar en el arcén ante el temor de chocar con otro vehículo o de llevarnos por delante a algunas de las ovejas que, separadas de su rebaño, se acercan peligrosamente a la carretera. Esperamos un buen rato. Al final, la arena se desvaneció empujada por el viento hacia el desierto y pudimos proseguir viaje camino del mar de Galilea.

Hay un punto, cruzado el primer puente sobre un muy escuálido río Jordán, en el que la ruta se divide: Tiberíades o Cafarnaúm. Tomamos el camino más corto. Elegimos el que bordea el lago por la parte occidental y, después, cuando deja atrás la lámina de agua, serpentea por las lomas en dirección a los Altos del Golán, la mítica meseta que corona la región de la bíblica Galilea y que tantos partes fechó en las sucesivas guerras de Siria e Israel. El Golán es la región del agua, el bien más escaso en las resecas tierras de Oriente Próximo. La Biblia da cuenta de las muchas batallas que tuvieron su origen en la disputa por los pozos, las fuentes y los afluentes que hacen río al Jordán. Donde hay agua hay huertas y donde hay árboles frutales, ya se sabe: avispas, mosquitos y abejas. Son días de primavera y, dejado atrás el desierto, el paisaje se torna mediterráneo. Chumberas, pinos e higueras escoltan muchos tramos de la carretera. Recorrer los últimos kilómetros que faltan hasta llegar a Kiryat Shemona, la última ciudad israelí cercana ya a la frontera con Siria, es descubrir que los colonos judíos no han perdido el tiempo. Toda la meseta es un ordenado despliegue de sembrados, silos, viñas y campos plantados de cereales y árboles frutales. Aquí y allá, desperdigados por la zona a modo de libélulas metálicas varadas sobre el terreno, destacan algunas estructuras

gigantes de regadío. Son muy modernas y me recuerdan las vistas en los campos del sur de Francia o en los nuestros en las llanadas sembradas de La Mancha.

Más adelante, varados en el aparcamiento de un pequeño aeropuerto de uso militar, veré medio centenar de tractores blindados, robustos artefactos que recuerdan los tiempos en los que los agricultores judíos debían arar los campos protegiéndose de los francotiradores sirios emboscados que les hostigaban a diario. Puede que también sirvan para explotar minas. En tiempos, Siria montó aquí su propia Línea Maginot que, a la postre, resultó tan inútil como la francesa de la Primera Guerra Mundial. El único vestigio que resta de la guerra de los Seis Días en el paraje son tres cazatanques SU-100 sirios de fabricación rusa varados en una rotonda. Cada uno pesa algo más de treinta toneladas de acero. Están pintados de color azul, amarillo o rojo. Chatarra reconvertida en mobiliario urbano. Cuando rebasamos la rotonda, durante un buen rato sigo viéndolos a través del retrovisor y a medida que se van achicando en la distancia hasta desvanecerse, me viene a la memoria la historia de Eli Cohen, un espía israelí que entró en la leyenda del Mosad tras haber conseguido infiltrarse en los círculos más altos del ejército sirio. Había nacido en 1924 en la ciudad egipcia de Alejandría. Abandonó Egipto tras la crisis del canal de Suez y se trasladó a la ciudad israelí de Haifa donde aprendió hebreo. Allí fue reclutado. El Mosad, el servicio secreto israelí, fabricó para él la personalidad de un comerciante perteneciente a una familia de origen sirio afincada en Buenos Aires. Se hacía llamar Kamel Amin Tsa'abet.

Desde Argentina, relacionándose con los residentes de la comunidad siria bonaerense, consiguió que le invitaran a visitar Damasco. Allí trabó contactos y amistades que le permitieron relacionarse con altos mandos militares. Transmitía por radio sus mensajes desde el corazón de la capital. De él cuentan que consiguió viajar hasta esta región de los Altos del Golán desplazándose por las posiciones donde estaban las fortificaciones desde las que la artillería siria hostigaba con regularidad a los

colonos israelíes de los kibutz que se encuentran en los valles de lo que por aquel entonces era el otro lado de la frontera. Los colonos araban la tierra recurriendo a tractores blindados para evitar los disparos de mortero y de los francotiradores. La leyenda que rodea la memoria de Eli Cohen dice que merced a sus relaciones con los uniformados sirios consiguió convencerles para que plantaran eucaliptos —un árbol que crece con rapidez— en las proximidades de los blocaos con el fin de camuflarlos. ¿Cómo lo consiguió? Lo ignoro pero, según la leyenda, gracias a ese ardid habría conseguido señalar el lugar exacto de los nidos de la artillería siria que hasta entonces habían permanecido ocultos para la aviación israelí. Este y otros datos acerca de la ubicación de las fortificaciones sirias en el Golán fueron de suma utilidad en las operaciones que se desarrollaron, años después, durante los combates de la guerra de los Seis Días. Cohen, quizá llevado de un exceso de confianza, siguió transmitiendo en clave informaciones desde su casa en el centro de Damasco a través de una radio. Detectado por una unidad de rastreo del contraespionaje sirio fue detenido, interrogado y torturado. Fue condenado a morir en la horca y ejecutado en una céntrica plaza de la capital el 18 de mayo de 1965. El ahorcamiento fue retransmitido por televisión y los sirios nunca revelaron el paradero de su tumba. En Israel lo consideran un héroe.

Toda esta tierra está regada con sangre pero, ahora, lo que veo a derecha e izquierda, gracias a la abundancia de agua, son campos labrados, bancales con trigo y otros cereales todavía en agraz, y por todas partes árboles frutales.

Rebasada Kiryat Shemona, la ruta se desvía hacia la izquierda buscando las faldas del monte Hermón. Es una zona de huertas que se van estrechando sobre la carretera transmitiendo la idea de caminar en medio de un vergel. Como decía, hay agua en abundancia y forma cascadas. El río Banias, que nace al final del camino, tiene tramos por los que se despeña con alegría, igual que los árboles que flanquean su cauce, tal es el intenso verde de sus hojas. Dejando a la derecha el ramal mal señalizado que lleva a las

cascadas, a pocos metros, en una revuelta de la carretera, a la derecha, aparece la Roca. El impresionante acantilado en cuya base está la antigua puerta del Infierno. El paraje impone. Por la memoria de lo allí acontecido en los tiempos antiguos y por la propia configuración del lugar que un día fue santuario del dios Baal y también asiento de una antigua ciudad de urbanismo helenista a la que el rey Herodes Antipas llamó Cesarea de Filipo en un gesto de «pelotilleo» hacia los amos romanos. En la mitología cananea, Baal era hijo del dios El, el padre de todos los dioses. El «supremo», el «creador», el «bondadoso». Era representado bajo la forma de un toro, el ancestral símbolo de la fertilidad en todas las culturas mediterráneas.

No sé por qué, pero de lo leído sobre el lugar había extraído la idea de que sería un sitio pequeño de señas antiguas desgastadas por el paso implacable del tiempo. No es así. Es un escenario amplio, que tiene como telón de referencia la roca de color almagre en cuyo centro, a modo de boca negra y profunda, está la cueva. En la pared hay cinco nichos, cinco hornacinas excavadas en la piedra, en cuyos huecos estaban expuestas otras tantas estatuas del dios Pan, el dios de los pastores. Recordaba haber leído que, hablando del dios Pan, Lawrence Durrell dice haber observado que en aquellos lugares donde se le ha rendido culto existe, todavía hoy, una clase especial de presencia. La conjetura del escritor es que el fenómeno quizá tenga algo que ver con la intensidad de la luz; la extraordinaria luz del Mediterráneo. Nada que ver con lo que conocemos como síndrome de Stendhal. Lo que allí es la belleza que conmueve, aquí es la percepción de la presencia o la huella que deja el Mal. Una presencia que hace que el viajero con sensibilidad tenga la incómoda sensación de que el Mundo Antiguo está todavía presente, que sigue cerca. Es algo semejante a un desasosiego. El preludio del pánico. Quizá por eso aun en nuestros días, los campesinos de algunos países evitan la siesta al pie de ciertos árboles o en según qué parajes. Temen perder el juicio. Hay lugares donde, a mediodía, el dios habla, como digo, por boca del viento. Es su hora. La gente se

puede volver loca. En el norte de Cataluña, cuando sopla la tramontana, los payeses de Gerona y los pescadores de La Escala saben de este misterio, y también los provenzales acostumbrados como están a los mugidos del mistral.

El santuario en el que se encuentra la puerta del Infierno está muy cerca de la frontera actual entre Israel y Siria, una línea trazada en el mapa sembrada de minas y erizada de alambradas. En el lado israelí, la carretera a lo largo de la línea divisoria es un camino militar prohibido a los civiles. Del lado sirio llegan noticias de una guerra civil. Una guerra que, cuando escribo esto, según cifras provisionales facilitadas por la ONU, se habría cobrado ya más de cien mil vidas. Anoto el dato y al hacerlo pienso que, desde luego, en Siria, el Diablo hace horas extraordinarias.

De vuelta a Jerusalén, cuando ordeno las notas de viaje para escribir este apunte, subrayo que del lado israelí todo aparece envuelto en una extremada calma ajena a la tragedia que se desarrolla al otro lado de la frontera. Todo en el paisaje transmite un aire intensamente bucólico. La fronda boscosa que protege el enclave, el gorjeo del agua, la frescura del ambiente por contraste con el bochorno de las no muy lejanas riberas del mar de Galilea… Todo. Hasta el bello espectáculo de dos muchachas que, sentadas a la jineta sobre uno de los muretes que canalizan las aguas, sumergen sus piernas en la espuma de los remolinos en los que se despereza la corriente. Todo parece armonía. Ambiente burgués de familias de fin de semana. Pero no todo es lo que se ve. En el conjunto hay algo sombrío; un no sé qué inquietante que remite a las fauces de la cueva. Antaño el antro permaneció oculto a la vista de los asistentes a las ceremonias porque sobre su parte frontal fue construido un templo, cerca del *tofet*, el altar de los sacrificios. El tiempo es curvo y quizá devuelve y sirve los ecos del pasado. Ecos para quien tenga atento el oído o la memoria y capte los gritos de los inocentes que antaño fueron entregados en este lugar a la voracidad insaciable de

Baal, encarnación, quizá, de Belcebú. Este fue el nombre empleado por Jesús cuando le conminó a Pedro que no insistiera acerca de cancelar el viaje a Jerusalén, ciudad en la que —según revelaciones del propio Jesús a los discípulos que le habían seguido hasta el paraje en el que se encuentra la boca del Infierno— le aguardaba la muerte y la posterior resurrección al cabo de tres días.

Estuve un buen rato observando la boca del antro, en realidad, un pozo sin fondo, y, al asomarme, pude comprender el pavor de las inocentes criaturas que sin esperanza alguna eran arrojadas a la sima. Antes del dominio de Roma, muy cerca de la cueva y en el lateral de la pared que se abre hacia la parte occidental, había cinco nichos excavados en la roca cuyos huecos todavía hoy se pueden ver. En ellos, talladas en forma de hornacinas estaban expuestas estatuas del dios Pan.

Este rito repugnante ha sido estudiado por algunos historiadores y sociólogos han concluido que podría tener su razón de ser en problemas de demografía y crecimiento en regiones sin recursos suficientes. No sé. Podría ser el caso de Tiro o Cartago, ciudades voluntariamente aisladas, pero de ninguna manera el resto de los enclaves fenicios, pueblo viajero que llevó consigo estas y otras prácticas religiosas en su expansión colonial por el Mediterráneo. Cartago, en Túnez, o Cartago Nova, nuestra Cartagena, en España, fueron algunas de las más famosas ciudades que fundaron.

En las fuentes del río Banias, en el paraje por el que camino despacio tratando de rescatar algunas señas del pasado, se celebraban ceremonias orgiásticas encaminadas a propiciar la fecundidad de los campos. En los orígenes, Baal era un dios agrícola cuya trayectoria recuerda mucho a la de Perséfone.

Igual que ella, con arreglo a la tradición que describe el panteón cananeo, también Baal pasaba la mitad del año en el inframundo, en el interior de la Tierra. En sus inmediaciones se celebraban, como digo, ritos encaminados a propiciar la fertilidad de la tierra. Un sacerdote realizaba el acto sexual con una doncella escogida al tiempo que los adoradores del dios le secundaban en un ritual que

solía desembocar en ceremonias orgiásticas. Eros y Tánatos. Sexo y muerte frente a la gruta tenida por la boca del Infierno. En un grabado antiguo que refleja este lugar se ven las estatuas del dios Pan representado como un macho cabrío. La representación más habitual del Diablo.

Me alejo unos metros de la impresionante pared vertical para tener una visión de conjunto del lugar y, recordando el pasaje del Evangelio de san Mateo, creo entender por qué fue en este lugar donde Jesús de Nazaret les reveló a sus discípulos su verdadera naturaleza admitiendo ser el Cristo, el Hijo del Dios viviente. También cobra sentido que fuera aquí, a los pies de esta impresionante pared de roca, donde les hizo a los apóstoles la promesa de que «las puertas del Hades no prevalecerán contra la Iglesia». Pensando en estas cuestiones subo los últimos peldaños de una escalera aterrazada y me detengo frente a la cueva. Está en medio de la muralla de roca de la que antaño manaba una fuente. Ya no es así. A mediados del siglo XIX, un terremoto desvió el curso del agua. Me paro un minuto. Todo a mi alrededor está tranquilo. El río fluye algunos metros más abajo de la boca de la cueva. Abejas y mosquitos ponen la banda sonora. El momento parece apacible, pero sé por experiencia que aunque el pasado tiende a ocultarse nunca muere del todo. Y hay lugares en los que gusta de jugar al escondite. En ocasiones de manera discreta y en otras dramática. Cuando deja ruinas, como en este caso, es huella fácil de rescatar o evocar; cuando no es así, o bien porque un conquistador impuso una forma diferente de rezar a los dioses, o bien porque toda una civilización se hace presente —como ocurrió en toda esta parte del mundo primero con el Islam, y después con los turcos—, es algo más difícil rastrear el pasado aislando las capas superpuestas de las más profundas. Pero si uno persevera, es solo una cuestión de libros y de paciencia; a la postre, culmina el objetivo.

A efectos de la filosofía y los objetivos de este viaje, salvo en el caso del episodio de Jesús que narra el Evangelio de san Mateo, ni las huellas de Roma ni la posterior inmersión del mundo romano en

Bizancio adquieren relieve. Tampoco ofrece gran interés lo que fue de Cesarea y de la boca del Infierno durante el dominio de los cruzados que por aquí levantaron varios castillos, o tras la posterior desaparición del nombre del lugar y de su historia en la prolongada siesta en la que vegetó este enclave bajo el Imperio otomano.

Para saber qué fue de esta puerta del Infierno tenemos que regresar casi a nuestro presente, a la guerra de Yom Kippur. En 1973, Israel, rodeado de países enemigos, fue sorprendido por el ataque combinado de tropas egipcias que cruzaron el canal de Suez y aviones y blindados sirios que en el Golán desbordaron las posiciones conquistadas por el Tzáhal, el Ejército judío, en la anterior guerra de los Seis Días. Las fuentes del Banias, el área en la que se encuentra la puerta del Infierno, fue territorio en disputa. Feroces combates de la aviación y avances y repliegues de las unidades blindadas. Errores tácticos iniciales del mando israelí facilitaron el progreso de los sirios. Parte de la caza israelí fue abatida por misiles sirios de fabricación soviética y en inopinada progresión la vanguardia de las fuerzas acorazadas sirias llegó hasta uno de los puentes del río Jordán. Allí se detuvieron. Las versiones para explicar este hecho difieren. He leído que algunos analistas israelíes creen que se debió a que Hafez al-Asad, el dictador sirio, calculó que el Jordán era una «línea roja», una línea infranqueable por temor a que Israel respondiera con un ataque nuclear. Otros analistas describen lo que ocurrió como el resultado de la vigorosa reacción del Ejército judío, cuyas brigadas mecanizadas se emplearon a fondo para recuperar —al precio de múltiples bajas— las posiciones perdidas. Leyendo y repasando los partes de batalla de aquellos días he podido concluir que en los momentos cruciales del ataque sirio medio Golán cambió de bando, pero no así las fuentes del Banias. La antigua puerta del Infierno siguió, pues, en su sitio, del lado de Israel. Y allí sigue. Hoy el enclave forma parte de un parque, un lugar que goza de protección ecológica vigilado por agentes pertenecientes a un cuerpo de guardias forestales uniformados.

Rina forma parte de ese cuerpo. Es una mujer en edad madura de la que, por encima de todo, recuerdo unos grandes ojos tristes. Con ella estuve charlando un buen rato en un español arcaico. Hablaba algo de ladino, la lengua de los sefarditas. Una conversación que, en algún sentido, me devolvió al principio de esta historia acerca de la presencia del Diablo y del Infierno. Una presencia que se empeña en ser circular. Como digo, Rina me contó que procedía de una familia de judíos sefarditas originarios de la ciudad griega de Salónica. Tras intercambiar unas palabras, se sorprendió y, después, creo que se alegró de estar hablando con un español. Es un hecho recurrente y en algún sentido desconcertante. He conocido a unos cuantos descendientes de sefarditas en diferentes lugares del mundo y todos reaccionan igual: los tataranietos de los judíos españoles expulsados por los Reyes Católicos en 1492 no alimentan rencor alguno hacia los españoles de hoy. Lo que dicen todos es que guardan con melancolía las llaves de las casas de sus antepasados…

Rina apenas manejaba unas cuantas palabras en ladino, pero recordaba que Sara, su abuela, sí lo hablaba. Ella, según me dijo, fue deportada por los alemanes cuando invadieron Grecia, junto a otros cuarenta mil judíos, al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau, en Polonia. Allí murió, gaseada. Una víctima más del Holocausto. Para que luego haya quien diga que el Demonio no existe.

Dejé el paraje con la melancólica y resignada sensación de que por lejos que uno vaya, el Mal ya ha recorrido antes el camino. Quizá no hemos acabado de comprender que en eso, precisamente en eso, consiste el legado maldito de Caín.

El camino de regreso a Jerusalén fue un ejercicio de paciencia. A los imprevistos de la carretera hubo que añadir los fielatos que se cobra la naturaleza junto a las novedades propias de la civilización. A las repentinas tormentas de arena o a las retenciones provocadas por el improvisado cruce de rebaños en el tramo final, el de la subida hacia Jerusalén, se añadió un interminable atasco, algo

habitual a juzgar por las caras de resignación de los ocasionales compañeros de ruta entretenidos con la música a tope de los coches o desprejuiciadamente acomodados en el interior de sus vehículos, asomando los pies por la ventanilla. Tiempos modernos.

CAPÍTULO VII

VIAJE A ITALIA

En Turín, la «ciudad del Diablo», donde se encuentra otra puerta del Infierno | La huella de Satán convertida en ruta turística | Tras los pasos de los masones | El templo que guarda el Grial | La eterna lucha entre el Bien y el Mal continúa: la Sacra Sindone frente al Príncipe de las Tinieblas.





Los tiempos cambian y los demonios se transforman. La primera vez que viajé a Turín, hace más de treinta años, era un periodista en agraz que viajaba por mi cuenta recorriendo el mundo a la manera que recomendaba Lord Byron: dando curso libre a todos los pensamientos, gozando de salud, disfrutando de esperanzas, conociendo las fatigas de la vida aventurera pero nunca sus pesares. ¡Qué grande es ser joven! Suena a tópico, pero no hay otra verdad en el mundo que se le pueda comparar.

Después, he vuelto en otras ocasiones a Turín. La más memorable fue el año en el que se exponía al público la Sacra Sindone, la Sábana Santa. Por razones familiares fáciles de explicar, guardo especial devoción hacia el Santo Sudario, el lienzo de lino que según la tradición envolvió el cuerpo de Jesús tras ser descendido de la cruz y depositado en el sepulcro cedido por José de Arimatea.

Tengo para mí, escrito sea sin la menor intención de polemizar, que la tranquilidad con la que los turineses aceptan vivir en una ciudad que para los restantes habitantes de Italia y aun del mundo —sobre todo los autores de guías y libros turísticos— es la «ciudad del Diablo» obedece a una certeza: se saben protegidos. Saben que, frente a la hipotética presencia del Maligno, cuentan con la Sindone. Lo saben, y por eso pasan de los informes de los expertos en carbono 14 y demás peritos empeñados en cuestionar una de las más sagradas y sensibles tradiciones de Occidente.

De todos los hoteles de Turín decidí volver al Santo Stefano por dos razones: está a menos de cien metros del Duomo, la basílica de la catedral en cuya cripta se guarda la Sábana Santa, y a un paso de la Porta Palatina, la huella de Roma que imprime el carácter de esta y de todas las ciudades italianas. Por si faltaba alguna referencia

resulta que también está al lado de la casa en la que vivió Torquato Tasso, el poeta con el que ya nos habíamos encontrado a nuestro paso por Sorrento.

Mientras el taxista que me recogió en el aeropuerto de Caselle iba despotricando contra los supuestos o verdaderos responsables de los intermitentes atascos en los que nos metíamos, uno iba pensando en cómo plantear la visita a lo que podríamos llamar el «lado oscuro» de la ciudad. Porque, esa es otra: no hay concierto entre los estudiosos. Para unos, la boca del Infierno se encuentra en la Piazza Statuto, debajo del monumento a las decenas de obreros muertos en la construcción del túnel de Fréjus, bajo los Alpes, la unión física más directa entre Italia y Francia. Se trata de una obra colosal en la que perdieron la vida decenas de trabajadores. Lo cierto es que el monumento impresiona. Está diseñado como una pirámide de piedra sin desbastar de la que emergen escalonadamente cuerpos desnudos de hombres en posturas tensas, de gran dramatismo muscular. Todo el conjunto está rematado por una figura bella e inquietante esculpida en mármol. Es un ángel coronado por una estrella de cinco puntas. Para unos, Lucifer, para otros, la alegoría del Progreso. De hecho, el escudo de la República de Italia del cuartel central de su bandera también incorpora una estrella de cinco puntas. Los símbolos se prestan a todo tipo de interpretaciones. Sabido es, por ejemplo, que algunos de los lemas contenidos en los billetes de un dólar remiten a la simbología masónica. Desde luego, símbolo masónico es la pirámide con el ojo que todo lo ve y puede que también los dos lemas «Annuit Cœptis» y «Novus Ordo Seclorum», que han dado pie a tantas interpretaciones de un supuesto mensaje cifrado cuyo sentido habría que interpretar en claves propias de la francmasonería o de la hermandad secreta de los Illuminati.

En fin, quién sabe. Volviendo a Turín y por analogía con el ángel caído —figura que se encuentra en el Parque del Retiro de Madrid, esta sí tenida oficialmente por una representación de Luzbel—, me inclino a pensar que el conde Marcello Panissera di Veglio, el

arquitecto de Turín, colocó en la Piazza Statuto la estatua del ángel coronado por una estrella pensando más en Lucifer, la criatura cuya soberbia le llevó a rebelarse contra Dios, que en la difusa alegoría del progreso que como construcción política apellida a la República.

El monumento de la plaza turinesa es el candidato más firme a cobijar otra de las entradas del Infierno. Según ciertos autores, se encontraría en la misma plaza, pero un poco más lejos, bajo el pequeño obelisco que hay unos metros más allá. Los obeliscos eran, para los antiguos egipcios, marcadores solares, antenas entre este mundo y las estrellas. En Turín, por cierto, hay un Museo Egipcio excepcional. Casi único por el número e importancia de sus piezas originales. Tal es el valor de la colección que compite y supera la que guarda el Louvre parisino. Una de las piezas más interesantes de la amplia colección de antigüedades traídas del país de los faraones es un ejemplar del enigmático y famoso Libro de los Muertos. Hablando con propiedad, no es un libro a la manera como lo entendemos hoy en día, sino una serie de fórmulas, dibujos y cartuchos plasmados en papiros y diversas clases de tejidos que representan figuras de dioses, personas y animales sagrados, una auténtica joya. Hay muchos y muy variados papiros en el Museo Británico y en el Louvre, pero los que se custodian en Turín gozan de fama excepcional entre los egiptólogos. Uno de ellos, el prusiano Richard Lepsius, publicó en el siglo XIX estas misteriosas jaculatorias funerarias que, en esencia, parecen ser una suerte de fórmulas o conjuros para garantizar el éxito del último viaje tras ser conducido el muerto por Anubis a presencia de Osiris, señor del Más Allá, el encargado de presidir el juicio en el que el difunto se jugaba su destino en el otro mundo. Si era juzgado y declarado culpable, el castigo era la desaparición del cuerpo y el alma a manos de la diosa Ammyt, «la Devoradora». En el panteón egipcio era una aterradora criatura que pasaba por tener un apetito insaciable, un cuerpo monstruoso con cabeza de cocodrilo, cuartos traseros de hipopótamo y parte delantera y melena de león o leopardo. Una auténtica quimera. En ocasiones, el juzgado, el muerto, podía salir

con éxito del último trance. Éxito, claro está, con arreglo a las creencias religiosas predominantes en tiempos de los faraones. «El ayer me pertenece y conozco el mañana. El ayer es Osiris, el mañana es Ra.» Con esta fórmula ritual expresaban la idea de que el ayer es la muerte y en el Más Allá, en el mañana, está la vida. Una idea que, dicho sea sin afán alguno de controversia, suena familiar a oídos de cristiano. Para renacer cada mañana, Ra (el Sol) ha de atravesar y vencer a la noche del mundo subterráneo. Es un periplo lleno de peligros en el que acecha la serpiente Apep (o Apofis, el Diablo), que intenta destruirlo devolviéndole al caos inicial.

Iba pensando en los tesoros arqueológicos del Museo Egipcio y sus misterios y, de paso, en cómo integrar lo visible —monumentos, estatuas, mansiones o iglesias que acompañan a la ciudad de Turín — con lo invisible —las leyendas, la huella del Diablo, los ritos satánico, las hermandades secretas, el lado oscuro de la ciudad—, cuando, para empezar, decidí que lo mejor sería convertirme en turista ocasional. En viajero sin otra preocupación que conseguir un billete para realizar el *tour* nocturno organizado por una agencia conocedora de que en este mundo es mucha la gente curiosa y ociosa que visita la muy burguesa ciudad del Po, a mi modo de ver, la menos italiana de las ciudades de Italia o quizá la más afrancesada. Según el decir de Nietzsche, una ciudad que tiene edificios que hablan al corazón en lugar de fortalezas del Renacimiento.

En cualquier caso, una ciudad que parece hecha a la medida de la gente. Sobria y de aspecto tranquilo, pero, de puertas para adentro, llena de vida y picardía. Lo que he podido comprobar hablando con unos y con otros es que los turineses se toman con calma la fama relacionada con el Diablo que acompaña a su ciudad aunque, por si acaso, mantienen algunas precauciones. ¿Cómo decirlo? Está claro que en la «zona blanca», el detente, el seguro con el que cuentan y en el que confían las fuerzas del Bien, es la Sacra Sindone, el sudario de lino guardado en un cofre de plata

dentro de una caja de hierro, encerrada en un ataúd de mármol en la cripta de una capilla anexa al Duomo. Está vigilada día y noche para preservarla de eventuales sustracciones o atentados. Frente a la «zona oscura» y el territorio del Mal que tiene su epicentro en la Piazza Statuto, son multitud las iglesias en las que la ciudad reza. Una de ellas es especialmente llamativa. Está al otro lado de la ciudad, junto al Po, y para que nadie tenga duda acerca del alto patrocinio del que dispone la ciudad se la conoce como la Gran Madre. Se la venera en un edificio impresionante. De estilo neoclásico y con columnata y bóveda a la manera del Panteón de Roma. En su seno, en la cripta, que es el corazón de la basílica, se encuentran los restos de los soldados italianos que perdieron la vida en la batalla de Caporetto, entre italianos y austríacos, una de las más sangrientas de la Primera Guerra Mundial. Sabido que el nacionalismo es la guerra, aquella fue una estúpida batalla entre vecinos, una de las muchas que han teñido de sangre la geografía de Europa en la eterna guerra civil que han sido todas las guerras del continente. Incluidas las dos grandes desencadenadas en el siglo xx por la insaciable bulimia de poder, tierra y gloria que, al modo de la sombra de Caín, parece que acompaña a los pueblos de estirpe germánica. En fin, siendo destacada por su sobriedad la factura del templo de la Gran Madre, sin embargo, no es su fábrica arquitectónica lo más relevante. El rasgo más inquietante lo aporta una de las dos estatuas de mármol blanco que, como esfinges silentes, rematan y custodian la escalinata que da acceso al templo. Son dos representaciones de la Virgen María. Las dos miran hacia la ciudad. La de la izquierda abraza una cruz de considerables dimensiones, es el símbolo de la religión. La otra mantiene en la mano un cáliz en actitud de ofrenda, el Grial. Está labrado en alabastro rojo y, de noche, quizá por efecto de los focos que iluminan la basílica, parece contener sangre que se torna de color almagre. Una tradición local quiere que el vaso más sagrado de la cristiandad, el cáliz de la Última Cena, esté enterrado en algún lugar de la cripta de este templo. La estatua mira hacia la ciudad, que se

extiende al otro lado del río, en concreto hacia el edificio más elevado y extraño de Turín, la llamada Mole Antonelliana, una torre que llegó a ser el edificio más alto del mundo cuando se terminó en l888 y que fue construida para albergar una sinagoga.

El cáliz del Grial, la Gran Madre, el color del alabastro convertido de noche en sangre, enfrentados a la sinagoga, cuyas trazas recuperan el mito de Babel.

En 1953, esta mole fue herida por el rayo y un viento huracanado abatió los últimos 47 metros de la torre que coronaba el edificio. Posteriormente fue reconstruida y hoy alberga el Museo del Cine.

Todo está lleno de símbolos en esta ciudad que parece haber optado por tratar con discreción la sutil línea que separa lo visible de lo invisible hasta hacerlo cotidiano.

Dicho y hecho lo del *tour* nocturno. Como aperitivo de otras experiencias vividas en la ciudad, resultó ser interesante. Debo decir que acudí en la mejor de las compañías: una muy querida amiga española que lleva años viviendo en Turín a quien acompañaba una turinesa avezada en el conocimiento de los arcanos de su ciudad. La noche le presta un plus de misterio a todo y más en las circunstancias que acaparaban nuestros afanes: ¡nada menos que rastrear las huellas del Diablo presentes en estatuas, fuentes y casas señaladas por la presencia pretérita o actual del Príncipe de las Tinieblas! Pienso que es mucha la superstición que planea sobre todas estas cuestiones, pero recuerdo el decir de los gallegos sobre las meigas y subo al autocar cuya ruta parte de la Piazza Statuto. Iniciamos el viaje. El recorrido se detiene frente a un edificio espectral: la casa que se levanta en el número 19 de la calle Alfieri. Es una construcción de planta y hechuras burguesas en apariencia común a las de otras que hay en la calle. Pero esa imagen de normalidad se quiebra cuando uno se percata de que toda la casa, a ras de suelo, está rodeada de una extraña red de ojos tallados en la piedra, ojos que se abren al vacío oscuro de lo que se supone que es

el mundo subterráneo. A modo de aviso para iniciados, el gran portón de la casa está tallado en madera y en algunos de sus cuarteles emergen los símbolos clásicos de la masonería: la pirámide, la escuadra y el compás. Italia, al igual que el resto de los países de Europa, conoció tiempos convulsos en los que pertenecer a la masonería era vivir peligrosamente. Excomulgados por el Vaticano y proscritos por los gobiernos, la suya fue una larga y tesonera lucha que, por así decirlo, acabó en empate. Herederos de ideas de racionalidad y fraternidad procedentes de los tiempos de los gremios de la Edad Media —los canteros constructores de catedrales góticas— que cobraron forma con la Ilustración y cuerpo en algunos pasajes de la Revolución Francesa, los masones y su existencia clandestina pasaron por muchos altibajos. Hubo países como el Reino Unido donde no solo fueron aceptados sino que sus máximas autoridades confesaron ser los primeros dignatarios de la fraternidad y otros en los que se les persiguió con saña. Épocas hubo en las que algunos de sus principales caballeros llegaron a lo más alto de la pirámide social influyendo en la política, la economía y las costumbres —George Washington, el primer presidente de Estados Unidos, era masón— y otras, como digo, en las que se ramificaron y buscando refugio contra las persecuciones en la clandestinidad, dieron pie a escisiones que, en el caso de Italia, fueron el origen de una organización secreta, los carbonarios, que luchaban para traer la República y no le hacían ascos a la bomba y al puñal. Todo eso ya es Historia, pero en una ciudad como Turín, que es la ciudad donde se coció el Risorgimento, la corriente que cristalizó en la unión de los distintos reinos y territorios de Italia bajo el manto protector de la Casa de Saboya, ha dejado una huella, no por sutil, menos presente, hacia algo así como el doble sentido de las cosas, como una espontánea vocación por lo dual, el lado blanco y el otro lado de las cosas. En resumen: la atracción por lo clandestino. Así las cosas, qué mejor segunda marca que la de Satán. No me imagino a los venecianos, pese a su proverbial sentido de la distancia, aceptando sin rechazo esa vitola con la leyenda del Diablo que incluyen todas

las guías. En fin, si algo me admira de los turineses es su probada disposición para entender la vida como un vivir que deja vivir. Sabiduría es la palabra. Sabio era desde luego el conde de Cavour, el hombre que urdió, convenció y compró voluntades a favor de la reunificación de Italia, la gran causa, a modo de río de la Historia en el que se mezclaron gentes tan dispares como Víctor Manuel II de Saboya, el primer rey de la Italia unida en 1870; Giuseppe Garibaldi, el político bravo y aventurero venido de Argentina, o el mencionado Camillo Benso, conde de Cavour. Debió de ser un hombre notable. Pertenecía al cuerpo de Ingenieros Militares pero no le gustaba la milicia. Tras viajar por media Europa, regresó para dedicarse a la política. Empezó de alcalde y llegó a primer ministro. Llevaba una vida burguesa de lo más ordenada. Se pasaba horas en su despacho moviendo hilos y tramas, pero su humana y proteica naturaleza le impelía a interrumpir la histórica encomienda para hacer frente a dos de sus más arraigadas pasiones: la comida y los placeres de Venus. Amaba la buena mesa servida con los rotundos productos de la huerta, el campo y la foresta piamontesa. Tenía mesa en propiedad en Del Cambio, un restaurante centenario que todavía sigue abierto en el número 2 de la Piazza Carignano, frente al Parlamento. Para los prolegómenos de la segunda de sus pasiones, la que compartía con su amante, el lugar elegido era La Smarrita, que está en la vía Cesare Battisti.

La noche del *tour*, que terminó casi a la luz de las velas, decidí volver al hotel a pie para no abusar de la hospitalidad de mis amigos turineses. A medianoche, la ciudad es muy tranquila. Como en cualquier otra urbe europea, a esas horas, quienes están en la calle, fumando a las puertas de los bares de copas o de los locales que están abiertos, son jóvenes. Turín es una ciudad más centroeuropea que italiana. Quiero decir, a esas horas, toda esperanza de encontrar abierto un restaurante, aunque sea una modesta pizzería, es en principio una esperanza vana. Pero, en fin, un español con el estómago vacío jamás se rinde y preguntando aquí y allá encontré un sitio abierto. Lo que no sabía, hasta que no entré en el local no

me di cuenta, es hasta qué punto la vida se complace en la ironía. Era desde luego un restaurante, daban de comer, el servicio era de lo más amable, la comida era buena, pero de no ser por la hora y las circunstancias que estoy contando, creo que nunca se me habría ocurrido entrar.

Me explicaré. Se llama La Casa del Demone, se presenta como un «cocktail bar and grill», sirven comida al estilo argentino y... ¡todo el interior está decorado como si del mismo Infierno se tratara! Las mesas de cristal tienen forma de ataúd en cuyo interior reposa un esqueleto; en el centro del local, en el suelo, lo ocupa un círculo iluminado con símbolos esotéricos en los que predomina y se repite el número 666, el número del Maligno según el Libro del Apocalipsis. Calaveras, tibias y rótulas llenan las paredes abarrotadas de figuras satánicas; y presidiendo todo este aquelarre visual, hay un gran retrato de Vlad el Empalador, el príncipe de Valaquia célebre por su ferocidad. En Occidente es más conocido por su sobrenombre de Drácula.

Llevaba no menos de doce horas sin probar bocado y, la verdad, gracias a Dios tengo buen diente, así que di cuenta de la cena —eso sí, en vez de la cerveza Judas Priest que al parecer era la favorita del lugar, opté por pedir un Brunello di Montalcino, un vino excelente—. Al salir me di cuenta de que, como ya había observado en otros lugares, en Turín todo es dual. El lado negro se conjuga, compensa o es frenado por el blanco. El restaurante del que acababa de salir está situado enfrente de la iglesia de San Domenico, la más antigua de la ciudad, una construcción de traza gótica que se abre a dos calles y en cuyo interior, como pude comprobar al día siguiente, queda como retenido en el silencio el eco de todas las voces que durante siglos han dirigido sus plegarias al cielo. La iglesia está dedicada a santo Domingo, el fundador de la Inquisición, el brazo secular en el que de manera implacable se apoyaron los papas, reyes y príncipes de la Iglesia para combatir a los herejes y afianzar su poder en la Tierra. Al salir de la iglesia, junto a una puerta que parece ser la de la vivienda del párroco, hay una placa. Reza como

sigue: «Aquí el 29 de agosto de 1944, fue sumariamente arrestado el Padre Giuseppe Girotti O.P. por haber ayudado a los hebreos. Murió en Dachau el 1 de abril de 1945. Fue colocada esta placa por sus hermanos de la Orden de Predicadores el día en el que se conmemora el centenario de su nacimiento, el 19 de julio de 1905».

«¡Malditos nazis alemanes!», pensé, evocando la figura de aquel dominico que arriesgó y perdió su vida por refugiar y ayudar a escapar a varias decenas de judíos turineses, arrestado en Turín y asesinado en el campo de exterminio de Dachau en vísperas del final de la Segunda Guerra Mundial. Dachau, Auschwitz-Birkenau, Treblinka, Ravensbrück, las cámaras de gas, Mauthausen y la «escalera de la muerte»… Por cierto, hablando de la maldita escalera de este campo de exterminio, anoto que según pude ver en una visita reciente, están intentando que se diluya en la memoria dejando que la hierba colonice los escalones y pierda su brutal perfil de acantilado de la muerte junto a la terrible cantera en la que tantos y tantos presos —no solo judíos, gitanos u homosexuales, también republicanos españoles— perdieron la vida víctimas de la crueldad de los guardianes de las SS. ¿Habrá alguien en este mundo que se atreva a decir que el Infierno no existe? ¿Alguien que proclame que es un invento? Para que nadie olvide, hay un libro, *Si esto es un hombre*, escrito por Primo Levi, un piamontés que sobrevivió al Holocausto, que debería ser de lectura obligatoria en las escuelas. Sobre todo en las de Alemania.

Después de ver la placa y recordar la tragedia que para Italia supuso el fascismo, sobre todo en la servil alianza final de Mussolini con Hitler, pasé el resto del día visitando lugares en los que de una u otra manera se refleja el ecléctico gusto de los habitantes de esta ciudad por el misterio no perceptible a primera vista. Sería el caso de la fuente de las Cuatro Estaciones que se yergue en la Piazza Solferino. Es un raro y llamativo compendio de lo que un medievalista no dudaría en tratar como *ars secreta*, una obra llena de simbolismos, en este caso un cúmulo de símbolos masónicos. En los dos días siguientes decidí completar mi visita a la ciudad

deambulando sin propósito. Preguntando y charlando aquí y allá con quien me encontraba. Ser periodista ayuda. La gente lleva sus preocupaciones y anhelos en la mochila y los comparte con facilidad. Lamentar lo caro que está todo; lo difícil que resulta encontrar un empleo; sobrevivir a los lances de tráfico; hacerse a la idea de que aparcar es un imposible fuera de las zonas de pago; resistir a las subidas de impuestos decretadas por el Gobierno de Roma, cada vez más confiscatorio según la perspectiva piamontesa de la cosa. En fin, pese a todo, a medida que me familiarizaba con el personal, hablando en los bares, en las tiendas o conversando con algunos amigos nacidos aquí, se fue afianzando la idea de que los turineses son personas discretas y animosas capaces de poder con lo que les echen. Tienen, por lo demás, una ciudad segura. Basta con fijarse en la avanzada edad de los conductores de taxi que prestan servicio todavía, bien entrada la noche, para comprender que, fuera de algún barrio de la periferia, es una urbe tranquila en la que se disfruta paseando sin riesgo de sobresaltos aunque sus gentes den por hecho que en la ciudad habita el Diablo…

Pude comprobar esa llamativa creencia una de las noches de vuelta al hotel al pasar por delante de la Basilica Mauriziana, un templo coronado por una espléndida cúpula rematada con un simpático *campanile*. Digo que pude comprobar que el Diablo como personaje está presente en la vida de los turineses porque, de la misma manera que en Madrid, Barcelona, Roma, París o Berlín la mano anónima escribe sus quejas, exabruptos, denuncias o ironías contra el alcalde, el Gobierno del país o el *sursum corda*, aquí, además de todo eso, también les preocupa y ocupa el infernal inquilino.

En uno de los muros de la basílica había una pintada que resumía la marcha del eterno partido que el Bien y el Mal disputan en la ciudad. Rezaba, nunca mejor dicho, como queda: «*Satan, loser, Dio, tanta roba».* Me detuve ante la pared, eché mano del teléfono e hice una foto. Lo de «Satán, perdedor» no ofrecía duda, pero no entendí qué significaba «*Dio, tanta roba*» y, señalando hacia

el grafito, pregunté a una pareja que pasaba por allí. «*¿Roba?*» Me contestaron a dúo: «Quiere decir: todo. Tanta belleza, tanta vida. "Roba" es todo». El grafitero lo tenía claro: Dios es todo, mientras que Satán es un perdedor. Me fui a cenar más tranquilo.

Justo al cruzar la calle donde encontré la pintada hay un restaurante siciliano. A Picciridda, la «pequeñita» en la lengua insular. La cena —pescado y vino regional— no estuvo mal. El local está en uno de los soportales de la Piazza della Repubblica, el solar sobre el que dos o tres días a la semana se levanta un gigantesco mercado multiétnico. Después de cenar me fui a la cama. Tras las variadas emociones del día, dormí a pierna suelta. A la mañana siguiente desperté temprano con la intención de dar una vuelta por el mercado. Está a dos pasos del hotel y es una explosión de gentes, colores, olores y sonidos. Se divide en dos partes. Una es, por decirlo así, el campo que ha venido a visitar la ciudad y se ha traído los productos de la huerta: todas las frutas y todas las verduras del mundo, bien de precio y mejor de colorido. La gente discute en voz alta. Las bolsas se llenan de todo: tomates, pimientos, cebollas, lechugas, manzanas, uvas, melocotones..., todo fresco, reluciente, apetitoso, bucólico, pueblerino, dicho sea en el mejor sentido de esta palabra. Ya digo, la comarca visitando la ciudad, el campo alimentando a la urbe.

La otra parte, separada por la raya de acero que trazan sobre la calzada los raíles del tranvía, es un rastro enorme, un mercado de las pulgas de ropas nuevas y viejas, zapatos, maletas y los más variados enseres.

Casi todos los vendedores son inmigrantes. Tunecinos, libios, etíopes, marroquíes, subsaharianos. También muchos rumanos y algunos albaneses. Son esencialmente pobres, un Cafarnaúm en el que conviven gentes de cien países a los que más que el Diablo, en buena lógica, lo que de verdad les preocupa es la busca de un trabajo, la lucha por la supervivencia, por la vida. Puede que en esa pobreza en la que tan fácil es que fermente la desesperación y el resentimiento social esté pescando Satán, el más famoso entre los

turineses que no han pasado por la oficina de censo, y al que, sin embargo, se cita en todas las guías. Pese a tan inquietante inquilino, Turín es una ciudad para volver.

CAPÍTULO VIII

VIAJE A FRANCIA

Llegada a Chartres | En la gran catedral, levantada sobre un antiguo templo druida, durante el solsticio de verano, un rayo de sol señala un clavo que atraviesa una losa bajo la que se abre un pozo del que se escapa una rara energía vivificadora | Según un antiguo saber, sería la puerta de una extraña línea de fuerza que arranca de la Grand Place de Bruselas, pasa por Chartres y se une con Santiago de Compostela | Un misterio medieval con claves por descubrir.





Había llegado el tiempo de las cerezas, que es la mejor época para viajar a Francia. París relucía, pero no era el destino de mi hoja de ruta. Era a finales de junio, en vísperas del solsticio de verano y mi intención era acercarme a Chartres. Ya era tarde cuando descubrí que había sido un error optar por el tren porque, en orden a puntualidad y atención a los viajeros, los ferrocarriles franceses han conocido días mejores. Anoto esta minucia porque, aunque no inventaron los trenes, en Francia siempre tuvieron una idea imperial de este servicio público y como tal era cuidado. Parece que ya no es así. A la postre, llegar era lo importante, y llegué. Llegué de día y con toda la luz que el sol de vísperas del solsticio de verano proyecta sobre la catedral, el indiscutible tótem de la ciudad. Fue la primera imagen que vi y la que el viajero retendrá para siempre en su memoria. La catedral y sus misterios eran el sentido del viaje y el destino de la estadía. Sentía curiosidad. Tras registrarme en el hotel y dejar la bolsa de viaje, decidí acercarme hasta el templo. Estaba cerca, así que llegué en pocos minutos. Extasiado, contemplando la ciclópea y al tiempo armónica fachada, me senté en uno de los bancos que flanquean el pequeño parterre que hay frente al templo. Perdí la noción del tiempo. Venía con la cabeza caliente, llena de imágenes y noticias, algunas surrealistas, acerca de la naturaleza y razón de ser de la conocida popularidad de la que goza la catedral en estas fechas. Tenía prisa por saber, saber por qué en cuanto se acerca el solsticio, cientos de personas —creyentes, agnósticos, peregrinos o simples curiosos— se dan cita en tan majestuoso templo gótico para observar un fenómeno que, en apariencia, tiene una explicación dentro de los parámetros de lo racional aunque, como después explicaré, también abre una puerta a extremos que no pertenecen al mundo de lo visible. El hecho es que a las doce del mediodía, hora solar, un rayo de luz atraviesa la coloreada vidriera que relata la vida de san Apolinar para dar sobre un clavo dorado

que singulariza una baldosa de forma trapezoidal. Es una pieza dispuesta en el suelo con una orientación diferente al resto de las miles de losas que compactan el suelo del templo. Quiere la tradición que la losa sea la tapa de un pozo de 37 metros —los mismos que mide la catedral desde el altar hasta el ábside— y asegura la leyenda que *le clou dans le trou* («el clavo en el agujero») señala un punto de fuerza de la Naturaleza que ya era conocido por los druidas. Hace muchos siglos, los sacerdotes celtas, que tenían por sagrado el lugar, lo habían señalado levantando un menhir y a su alrededor celebraban algunas ceremonias religiosas cuya memoria, pese al paso del tiempo, se ha preservado. No lejos de este punto abierto a la imaginación, a unos diez metros, ocupando el centro de la nave principal, se halla el famoso laberinto de Chartres. Es un camino en forma de serpiente señalado alternativamente en el suelo con losas de color blanco o negro. Pasa por ser una representación simbólica del camino que debe seguir el espíritu para alejarse de la materia y alcanzar la sublimación de la unión con Dios.

Es una de las muchas interpretaciones a las que ha dado pie el enigmático trazado del suelo de la nave principal de esta gran catedral. Lo cierto es que la imagen transporta al mítico laberinto de Creta y al juego mortal entre Teseo, el héroe ateniense, y el Minotauro, el monstruo con cuerpo humano y cabeza de toro engendrado en el Palacio de Knossos a resultas de la lascivia de la reina Pasífae, esposa del rey Minos. En Chartres, el equivalente del Minotauro sería el Diablo, el eterno enemigo de la salvación de las almas de los creyentes.

A la manera de Ariadna, aquí la heroína que facilitó a Teseo el hilo que le permitió salir del laberinto tras dar muerte al Minotauro sería la Virgen María, cuya túnica, por cierto, convertida en preciada reliquia, se custodia en la catedral desde los tiempos del emperador Carlomagno. Sería la mediadora que ayuda a los pecadores a vencer al Diablo facilitando así la salvación de las almas. Nuestra Señora Bajo Tierra y una Virgen Negra —Nuestra Señora del Pilar—, presentes en los lugares señalados del templo, abonan esa creencia

convertida en devoción. Es tan curiosa como reiterada la existencia de imágenes de vírgenes negras: la Virgen de Montserrat en España, Częstochowa en Polonia, la Virgen Negra de Chartres…

Todas ellas rescatadas del olvido por oportunas y milagrosas apariciones y, todas, sugerentemente relacionadas con el mito ancestral al que Robert Graves dedicó un enigmático ensayo que escribió en su recoleta casa mallorquina de Deià, una casa construida con sus propias manos y pagada con los derechos de autor de las primeras ediciones de su famosa saga sobre Roma, *Yo, Claudio*, y los restantes episodios sobre la Urbe en los momentos clave de su declinar imperial.

La catedral de Chartres es una Biblia abierta, un relato en piedra de las principales historias y personajes de lo que en Occidente, durante siglos, hemos conocido como Historia Sagrada. El avatar histórico del pueblo de Israel, sus profetas y sus reyes y, en paralelo, el relato cristiano de la biografía de Jesús, su vida y milagros, la Pasión de Cristo y los hechos de los apóstoles y los principales santos y mártires, fueron la fuente de inspiración para confeccionar el glorioso retablo de personajes esculpidos a lo largo y ancho de los muros y puertas del templo. Para cada historia, un retablo a modo de película tallada en piedra. Con la enigmática excepción de la fachada principal, en la que está ausente cualquier referencia a la Crucifixión —anomalía a la que luego me referiré—, el resultado es abrumador, de una presencia artística apabullante y, a la postre, conmovedora. Es fácil revivir la devoción y el sincero asombro que debieron de sentir las sencillas gentes campesinas y los comerciantes y artesanos, los toneleros, talabarteros, herreros, bataneros, pescadores de río de la época en la que fue construida la catedral a la vista de las fantásticas esculturas y retablos repartidos por el interior del templo y, sobre todo, por las tres fachadas exteriores de la catedral. Resulta admirable la precisión del tallado de las estatuas, la filigrana trazada en clámides y túnicas en las diversas escenas que coronan los vanos de los pórticos, por no

hablar de los vitrales: son de los más afamados entre los muchos y destacados que filtran y estallan de luz en las grandes catedrales de Francia, la madre de varias de las cumbres del gótico europeo.

No he dicho que mi llegada, en la víspera del solsticio, fue en el verano en el que medio mundo estaba pendiente del Mundial de Fútbol que se jugaba en Brasil. Para ser exactos, llegué el día en el que Francia jugaba contra Suiza. En Francia, como en el resto de Europa, el fútbol es una pasión que mueve masas. Muy cerca de la catedral de Chartres, está la plaza Billard. Plaza del mercado y punto de reunión de cuantos eventos multitudinarios congregan a los habitantes de esta recoleta ciudad de provincias donde, a escala, hay un poco de todo. Incluidas pantallas de televisión gigantes para seguir desde la calle los eventos deportivos destacados, para el caso, los partidos de fútbol de su selección. Eran más de las once de la noche cuando, atraído por el ruido de lo que me pareció una muy fuerte algarabía, dejé el banco desde el que observaba los fantásticos juegos de luces que hacen cobrar vida a las estatuas y demás figuras que adornan la fachada de la catedral y fui a ver qué pasaba. El alboroto procedía de la plaza Billard. Cuando llegué, casi sin darme cuenta, me vi convertido en multitud bajo la cubierta metálica del mercado. Rodeado de cientos de jóvenes que seguían con entusiasmo las vicisitudes del choque de la selección de Francia con la de Suiza. Vitorearon todos los goles y alcanzaron el éxtasis cuando llegó el cuarto. Gol de Karim Benzema. Al quinto (5-2 fue el resultado final), espontáneamente, como una sola garganta, toda la basca puesta en pie entonó *La Marsellesa*. Fue un momento electrizante, de fuerza y energía contagiosa. Me recordó la escena de la película *Casablanca* cuando en el cabaret de Rick, Victor Laszlo, el personaje que huye de los alemanes, resuelto a no dejar que los nazis profanen la noche con sus cánticos, se dirige a la orquesta y manda tocar el himno francés: «¡Toquen *La Marsellesa*! ¡Toquen *La Marsellesa*!»; arriesgada iniciativa, dadas las circunstancias, pero respaldada por Rick, el dueño del cabaret, el antihéroe antifascista al que en la película daba vida el inolvidable Humphrey Bogart. Fue, ya

digo, un momento de electrizante emotividad. Parece claro que, en las apuestas colectivas, quien tiene un himno con una letra como la compuesta por Rouget de Lisle está en el camino del éxito.

Al terminar el partido con la ya apuntada victoria de Francia, casi sin darme cuenta me sumé a la marea que inició un espontáneo pasacalles triunfal, que exaltaba la gloria futbolera gala. Perdido en medio de la bulliciosa comitiva caí en la cuenta de que aquel cortejo era algo parecido a una procesión laica, una procesión al calor de las vicisitudes del fútbol, otra de las religiones de nuestro tiempo. En este caso, una religión abarrotada de pasión y también de seguidores dogmáticos, inmunes a cualquier razonamiento capaz de poner en cuestión las virtudes de sus adorados equipos. Lo que aconteció después fue una noche de música por todo lo alto, pero esa ya es otra historia porque, rendido por el cansancio —había salido a primera hora del día de Madrid— pero satisfecho por las muchas sensaciones vividas en las pocas horas transcurridas desde mi llegada a la ciudad, enfilé rumbo al hotel, me metí en la cama y, pese a la música que llegaba desde la plaza y se filtraba por la ventana, me quedé dormido en el acto.

Al día siguiente, me levanté muy temprano. Quería ver la salida del Sol y su impacto en los vitrales de la catedral. Pero antes, no quise perderme uno de los grandes placeres que el viajero encuentra en cualquier lugar de Francia. Hablo del desayuno. En Chartres, desayunando, redescubrí el pan, el sabor del pan verdadero. Pan que en España, por desgracia, ya solo se puede hallar en muy contados sitios. Hablo del pan verdadero, y con él, la memoria de la infancia. No era más que una humilde *baguette*, pero me acordé de Proust y de su famosa magdalena. Hay sabores que guardan la memoria del tiempo y, en el caso del pan, la de la infancia. Francia no ha renunciado al trigo ni a que el pan sepa a pan. Tampoco a proteger a sus agricultores blindando cada año las partidas destinadas a la famosa PAC (Política Agraria Común) en las conversaciones que se traen los burócratas de la Babel que ha devenido la UE con capital en Bruselas. Hay países que saben que la

tierra y su cultivo siguen siendo clave para asegurar delicados equilibrios en las relaciones humanas. Frente a las nuevas tecnologías, la nube cibernética y los juegos malabares de la economía financiera, la tierra —al menos en Europa— debería seguir aportándonos la medida de las cosas. Es lo eterno que permanecerá si sabemos cuidarla. Gobierne quien gobierne, en Francia lo tienen claro: preservar el pan en su expresión humilde y auténtica, de textura, olor y sabor —como bien ha sabido relatar Predrag Matvejević en un libro sabio escrito con ternura—, es prueba de la más alta civilización.

Confortado tras el desayuno, me eché a la calle a una hora en la que todavía los barrenderos estaban regando las plazas. Es una hora que, si no hace frío, es muy especial. Cuantos tienen perro saben a qué me refiero. Pasear en la hora incierta en la que el día, por así decirlo, da sus primeros y todavía torpes pasos es reconfortante. Todo parece nuevo. La luz va descubriendo las fachadas de los edificios y, en el caso de Chartres, las torres de la catedral ofrecen los primeros perfiles. Al doblar la esquina, procedente de algún horno o panadería madrugadora, se filtraba un aroma de harina horneada, olía a *croissants* recién hechos. La tentación era grande. Pero el local todavía está cerrado así que, de momento, no había nada que hacer. Seguí avanzando hasta llegar a la plaza Billard. Para mi sorpresa, se había transformado en un mercado. La pantalla gigante de la noche anterior había desaparecido y en su lugar observé que estaban aparcadas varias camionetas con sus puertas traseras abiertas. Descargaban verduras y frutas. Una veintena de mostradores sostenidos sobre escabeles de madera ocupaban el lugar en el que horas antes un centenar largo de jóvenes vitoreaban el triunfo de la selección francesa de fútbol. Todo era ajetreo pero, a diferencia de lo visto en otros mercados —me viene a la cabeza el mercado de pescado de Tokio o el de La Boqueria barcelonesa a primeras horas de la mañana—, aquí casi se podía hablar de silencio. Saqué un par de fotos y me acerqué al único bar abierto y pedí un café. Tras contemplar algún tiempo el ajetreo de la plaza, decidí que

ya era hora de volver a la catedral. A tan temprana hora, lucía espléndida, compacta y ligera al mismo tiempo. Sin duda es obra de la luz y de la armonía procurada en su diseño. Miré el reloj y vi que eran poco más de las siete de la mañana. El templo permanecía cerrado. Además, caí en la cuenta de que el fenómeno del rayo de sol incidiendo sobre el clavo no tendría lugar hasta dentro de unas cuantas horas. Tenía pues que esperar hasta que permitieran la entrada. Lo cierto es que no me importaba esperar. En días como aquel en los que me llevaba y podía la naturaleza curiosa del periodista, suelo estar de muy buen humor. Así que decidí dar un paseo por las calles del núcleo medieval de Chartres. Una maravilla. Tras un buen rato, más o menos una hora, dirigí mis pasos hacia la catedral pensando que tenía la mañana por delante para ver de cerca todos los retablos, altares, criptas y demás rincones de aquel inmenso edificio gótico abierto al público y que tras su desamortización es propiedad del Estado francés. La entrada es libre. No exagero si digo que es tanto lo que hay que ver que la mañana se pasó volando, deambulando de un lado a otro; anotando en mi libreta fechas y textos de lápidas.

Hay una que da cuenta de la coronación del rey Enrique IV de Francia, el padre de la famosa frase «París bien vale una misa» en la que con certero decir expresaba que, visto que el premio era nada menos que la Corona de Francia, merecía la pena renunciar a la fe protestante para convertirse al catolicismo. Una lápida colocada en el lienzo lateral de la elegante capilla gótica que plasma este pasaje crucial de la Historia de Francia recuerda que la coronación tuvo lugar el 27 de febrero de 1594. Una época turbulenta en la que París vio derramar sangre real. Hasta tres monarcas murieron en circunstancias trágicas o víctimas de crímenes de Estado.

Evocar la ceremonia religiosa de la coronación del rey Enrique IV —en esencia, un acto profundamente político llamado a tener hondas repercusiones en la vida de Francia— era mirar hacia el pasado cuando la Iglesia y el Estado se confundían en sus intereses y en su política. Francia también tuvo su guerra de religión, cuyo

episodio más sangriento fue la matanza de la Noche de San Bartolomé, el 24 de agosto de 1572. París se tiñó de sangre. Cientos de hugonotes fueron asesinados y sus cuerpos arrojados al Sena.

Pienso en el laberinto de la política al tiempo que con la mirada fija en el suelo de la nave central de la catedral trato de seguir un itinerario en el laberinto trazado sobre las losas. Es mucho lo que hay que ver porque está repartido en retablos, altares, sillerías, estatuas, tapices, pinturas y reliquias, pero a medida que van pasando las horas observo que cada vez estoy más acompañado en la vigilia de la comparecencia del Sol. En las cercanías del punto donde se encuentra la losa del clavo empieza a juntarse gente. Algunos toman posiciones sentándose en el suelo. Otros lo hacen en los bancos de una de las capillas próximas. También hay quienes, movidos por la curiosidad —¿dónde va Vicente?—, se acercan al lugar preguntando qué es lo que pasa. Por distraer la espera, me entretengo escuchando las diferentes respuestas a esta pregunta. Alguna, como más tarde explicaré, parece certera. Otras remiten al mundo metahistórico de las leyendas relacionadas con los templarios. Para sus divulgadores, el fenómeno que aguardábamos sería una señal. Una más de las muchas que dejaron los constructores de la catedral, canteros al servicio de los templarios; una orden militar que, entre otras cosas, durante el proceso que llevó a la hoguera a algunos de su máximos superiores fueron acusados de negar la divinidad de Jesús de Nazaret. Eso explicaría —según escucho decir a uno de los presentes— por qué no aparece ningún pasaje de la Crucifixión en las fachadas exteriores del templo. Para otros, el Sol incidiendo sobre el clavo sería una señal para indicar la relación con el mundo interior, la conexión perdida con ritos paganos olvidados… También ha sido objeto de conjeturas astronómicas como una réplica en la Tierra de la posición astral ocupada por una de las siete estrellas de la constelación de Virgo.

Avanza la mañana y a medida que se acerca la hora del mediodía se espesa el círculo de personas que, de pie, impacientes, esperan ver el fenómeno. La espera abre las puertas de Babel. En

diferentes idiomas: francés, italiano, inglés, español, catalán, los —no sé si llamarles peregrinos— intercambian información e ideas acerca del evento que aguardan. Predominaban las versiones esotéricas. Todas defendidas con ingenuidad no exenta de vigor. Para sus partidarios, el fenómeno del rayo de Sol en el solsticio acontece una sola vez al año para recordar a los iniciados el secreto confiado por los canteros masones que construyeron la catedral: bajo la baldosa atravesada por el clavo se abre un pozo profundo que señala un lugar sensible, un nudo de fuerza que une Chartres con otros dos puntos sensibles en el solar de la vieja Europa: la Grand Place de Bruselas y la catedral de Santiago de Compostela. El Camino de Santiago, la misteriosa construcción espiritual cultural de la Edad Media, que aún retiene muchas claves por desvelar… En fin, otra de las versiones, por desmitificadora, parecía la más certera. La escuché en boca de un hombre flaco vestido de negro y con apariencia de ser un archivero de costumbres vegetarianas. Según pude comprobar después en uno de los libros que narran la historia de la catedral, explicó la versión canónica, la que, como digo, desmitifica la cosa. Le escuché decir que no es un fenómeno esotérico ni sobrenatural. «En realidad, es un reloj solar», explicó en un francés culto que paladeaba las sílabas. Un reloj construido en el siglo XVIII por un canónigo de la catedral que quiso establecer el mediodía local en el solsticio de verano con la intención de ajustar todos los demás relojes del templo. Me quedé con la copla y, consultando después el libro, vi que el mencionado canónigo respondía al nombre de Claude Étienne. La afición por los relojes debía de ser pasión muy común en otros tiempos puesto que con semejante manía han pasado a los libros de Historia reyes y hasta emperadores. De Carlos V retirado en Yuste se dice que cuando le dejaba la gota que padecía, mataba el tiempo montando y desmontando relojes. Y, por decirlo con palabras de nuestros días, la construcción de relojes también era la habilidad y el *hobby* por el que perdía la cabeza aquel pobre hombre que fue Luis XVI de Francia.

Lo dicho por el archivero no desanimó a los partidarios de otras teorías, quienes, a juzgar por sus comentarios y, sobre todo, por la presión física que realizaban sobre los que ocupábamos la primera línea del círculo improvisado alrededor de la dichosa baldosa, llegaron a los empujones. No parecían dispuestos a dejarse arrebatar una experiencia cargada de misterio. Todos, quienes estaban sentados en el suelo y quienes de pie aguardábamos el momento, manteníamos la cabeza alta y la mirada fija en la vidriera que narra la vida de san Apolinar, consultando una y otra vez el reloj. Algunos no paraban de hacer fotos con sus tabletas y teléfonos. Llegados a menos de un minuto de la hora señalada: ¡xumm! Un punto de luz iluminó la baldosa y se hizo el silencio. Estaba a pocos centímetros del clavo y ¡avanzaba! La traslación de la Tierra alrededor del Sol estaba generando en aquel rincón de la catedral una escena que no exagero al calificar de hipnótica. A medida que progresaba el redondel de luz cuyas dimensiones no eran superiores a las de una hostia, crecía la tensión entre las más de cien personas arremolinadas junto a la baldosa en forma de trapecio. Solo se escuchaba el chasquido del flash de las cámaras de los teléfonos y el siseo estridente de quienes, con el dedo sobre los labios, reclamaban silencio. De repente, el rayo se posó sobre la cabeza dorada del clavo. Tal era el derroche y la luminosidad de los colores vivos y a punto de estallar, que la vidriera de la que procedían parecía que se había incendiado. De entre los reunidos brotó un «¡Ohhh!» espontáneo un punto infantil.

Aunque soy escéptico por formación, debo decir que durante los segundos que el rayo de sol con su punto de luz bruñía el clavo que atraviesa la singular losa de la catedral de Chartres, sentí una suerte de sacudida interior. No fue un escalofrío ni una subida de tensión, fue una sensación placentera, como una descarga de fuerza. Parecerá extraño —y cuando esto escribo, me lo sigue pareciendo—, pero recuerdo perfectamente que tuve la misma impresión que transmite un teléfono móvil cuando, tras ser activado, vibra entre las manos. No sabría explicar la razón, pero algunos de los asistentes

me comentaron haber sentido algo parecido. «Me sentí bien, como con más fuerza», me dijo una joven italiana con la que había estado charlado durante la espera. ¿Autosugestión? ¿Transmisión de energía vista la concentración de gente? ¿La baldosa —como quiere cierta tradición— es la puerta de un pozo que emite radiaciones? ¿Tal vez por concentración de radón?

Lo ignoro. No tengo explicación. Solo sé que puedo dar fe de la sensación vigorizante que experimenté al contemplar el fenómeno. Sensación que se prolongó durante un buen rato, fuera ya de la catedral. Pensando en lo vivido y dada la hora, pues pasaban de las dos y media y eso es tardísimo dadas las costumbres locales para pensar en almorzar, me hice a la idea de que tendría que esperar a la cena porque no iba a encontrar ningún restaurante abierto. Estaba equivocado. Precisamente al lado de una de las fachadas exteriores de la catedral había uno con una buena terraza: Le Bistrot de la Cathédrale. Creo que es tributario de Le Boeuf Couronné, la verdadera joya gastronómica de la ciudad. El madrugón, la espera y la rara sensación vivida en torno al Sol y su inquietante aparición en la catedral durante el solsticio me habían abierto el apetito. Comí estupendamente en la terraza. Al pedir el café me di cuenta de que frente a la fachada de la catedral, en el pequeño aparcamiento reservado a las motos, había una de fabricación japonesa cuya matrícula era 666 y dos letras más. No pude evitar una sonrisa. Por un momento pensé que en el solsticio de verano del año 2014, entre los curiosos que se acercaron a la catedral de Chartres, había alguno más que veterano. Fue una tontería pensar tal cosa. Sin duda lo de la matrícula de la moto fue una simple casualidad. Me acordé del grafito de Turín. «Mira por dónde —pensé— otra casualidad. Pero ¡qué oportunas!» Menos mal que soy más bien escéptico, de otra manera habría cruzado los dedos. Aun así, picado por la curiosidad, esperé sentado a ver si regresaba el dueño de la máquina. Quería ver qué aspecto tenía el caballero de la moto. La espera no fue larga. Por la izquierda de la fachada principal de la catedral apareció un individuo fornido y no muy alto que cojeaba al andar. Iba vestido

de negro. Llevaba chupa y pantalones de cuero. No pude verle la cara porque llevaba el casco puesto. Arrancó a la primera y, haciendo bastante ruido, desapareció del lugar. Como cabía esperar, el rastro de la moto dejó en el aire un intenso olor a gasolina. Nada de azufre. A Dios gracias, habría que añadir, porque, después de un razonable yantar, uno no está ya para sustos.

CAPÍTULO IX

VIAJE A SICILIA

Llegada Palermo, la ciudad de *El Gatopardo* y la Cosa Nostra | En ruta hacia Enna, el ombligo de la isla | Subida al altar de Ceres | Sobre esta roca, asomada a un precipicio de cerca de mil metros, se ofrecían sacrificios a Deméter, madre de Perséfone, la diosa raptada por Hades | Una tormenta infernal y un rayo casi ponen fin a la curiosidad del viajero | Bajo el Etna | Este volcán es una antigua entrada viva del Infierno | En ruta hacia el monasterio de Palma di Montechiaro donde el Diablo dejó escrita una carta que no ha podido ser descifrada.





A poco que le guste el cine, el viajero que llega a Sicilia lleva en la memoria la música de Nino Rota. Las bandas sonoras de *El Gatopardo* y *El Padrino* se mezclarán en sus recuerdos anticipando la emoción de pisar esta tierra antigua esculpida a sangre y fuego por pueblos y culturas diversas que aquí se aposentaron siguiendo los avatares de la Historia. Si llega a Palermo en avión, lo primero que verá le traerá malos recuerdos. Recuerdos del enemigo más letal de cuantos ha padecido la isla. Me refiero a la Cosa Nostra, un enemigo todavía presente.

«Falcone-Borsellino» se llama el aeródromo de la capital de Sicilia, los apellidos de dos magistrados asesinados por la mafia. La Historia de la isla es tan desgraciada como tortuosa, una mezcla de mafia con política en la que los políticos no salen bien parados. Cuando anoté esta primera impresión estaba lejos de saber que, unos días después, al ordenar las notas del viaje para escribir este relato, sería de la más viva actualidad. Estaba a punto de hacerse pública la noticia del nombramiento de Sergio Mattarella como flamante Presidente de Italia, algo que haría aflorar de nuevo el ominoso recuerdo de la Cosa Nostra.

Un hermano suyo, Piersanti Mattarella, fue asesinado el 6 de enero de 1980 en el centro de Palermo por un pistolero de la mafia. La víctima era el presidente de la región de Sicilia y el sicario que le descerrajó ocho tiros —siempre se sospechó que la mafia despachó un encargo político— puso fin a la vida de un hombre empeñado en acabar con la colusión entre la Cosa Nostra y la sección local de la Democracia Cristiana, el partido al que pertenecía. En una fotografía en blanco y negro publicada por el diario *La Repubblica*, se ve a Sergio Mattarella intentando extraer de un coche ametrallado, un Fiat 132, el cuerpo todavía con vida de su hermano. Según las crónicas periodísticas de la época, aquel crimen cambió el destino

del actual Presidente de Italia, le hizo dejar la cátedra de Derecho y cruzar la línea que separa la levítica vida universitaria del proceloso mundo de la política.

Todo es política en esta isla de forma triangular, orografía quebrada, abundantes montañas, litoral abrupto, campos preñados de trigo, costas recortadas y ciudades linajudas. Urbes de tráfico caótico y habitantes herméticos con los forasteros.

Conocía, por viajes anteriores, las principales ciudades orientales de la isla: Siracusa, Catania y Taormina, las que mejor retienen algo de su pasado sículo, griego y romano, pero esta vez quise entrar por la parte occidental, el «solar antiguo de los sicanos» —un pueblo procedente de la península Ibérica llegado a la isla tras pasar por Cerdeña que se mezcló con griegos venidos de Fócida y con los troyanos que lograron sobrevivir a la destrucción de su mítica ciudad—. Los historiadores llaman elima a la población nacida de tan heterogénea mezcla.

Más tarde llegaron cartagineses, romanos, árabes, normandos, aragoneses y otras gentes. Tampoco reparé hasta días después, al retomar esta crónica, en que la había empezado a escribir la noche del primer día de un mes de febrero, víspera de la jornada en la que algunos de los antiguos pueblos de esta isla celebraban la fiesta de las luces. Muchos siglos atrás, en esta fecha, durante toda la noche, mujeres provistas de antorchas acompañaban a Deméter, la gran diosa agraria, en la búsqueda de su hija Perséfone, raptada en las cercanías de Enna por Hades, señor del Infierno. Enna, la ciudad conocida como el ombligo de Sicilia, se yergue en la cima de los montes Erei y era uno de los tres principales destinos de mi viaje. De los otros dos, el volcán Etna y un convento de clausura en el que se guarda una carta escrita por el Diablo, hablaré más adelante.

Antes de proseguir creo que sería de gran utilidad fijar dos datos acerca de la promiscua estirpe real olímpica porque, a veces, uno se lía con tantos nombres. Veamos: Hades, el Plutón de los

romanos, era tío de Perséfone. En la incestuosa familia olímpica, Zeus, el rey de los dioses, era hermano de Deméter y padre de Perséfone, la Proserpina del panteón romano.

En la Antigüedad, Enna fue un importantísimo centro en el que rendían culto a estas diosas. El mito ha hecho famoso este lugar cerca del cual hay una cueva junto al lago Pergusa. Según la tradición, por ese antro abierto al inframundo, Hades arrastró a la despreocupada Perséfone hasta las profundidades del Infierno. El desconsuelo de Deméter, angustiada por la desaparición de su hija, fue grande, planetario incluso. Y duró ¡lo que dura el invierno!

Según la mitología griega, al ser arrastrada al Infierno, la ninfa profirió un grito que desgarró el paisaje, resonó en toda la isla y fue escuchado por su madre. Durante nueve días y otras tantas noches, llevando una antorcha en la mano, la buscó sin descanso por todas partes. Al final fue el Sol, que todo lo ve, quien alertó a la desesperada madre. En aquel punto Deméter tomó una decisión que bien pudo haber provocado una hambruna que habría acabado con la presencia de los seres humanos sobre el planeta. Resolvió no volver al cielo, quedarse en la tierra y renunciar a su función divina que era el origen de la fertilidad de los campos. Al final, el polígamo y promiscuo Zeus, para no enemistarse con Hades, forzó un acuerdo: Perséfone pasaría una parte del año en el Infierno y otra en la tierra. Con su vuelta a la superficie, en el vientre de los campos germinaría el trigo y las demás semillas. Cuando madre e hija estaban juntas, la tierra tornaba a ser fecunda.

El mito guarda la memoria del descubrimiento de la siembra y de los ciclos de la fertilidad de la tierra, un hecho capital en la Historia de los pueblos de la Antigüedad hasta el punto de cambiar sus formas de vida, pues antes de aprender a cultivar los campos y a hacer pan eran nómadas que vagaban sin rumbo en busca de alimentos. El invierno es época de siembra y tiempo de fe en el misterio de la germinación del trigo; misterio que los antiguos relacionaban con la vuelta de Perséfone a la superficie. Los dioses enseñaron algunos de sus secretos a los hombres. En su honor nació

la costumbre de rendirles culto y sacrificios. En tiempos remotos, sacrificios humanos, posteriormente, de animales, por lo general, machos cabríos.

En la mitad del invierno, en la víspera del segundo día del mes de febrero, en Enna y también en Eleusis —un santuario que se encuentra cerca de Atenas y del que ya hemos escrito en otro capítulo de este libro—, las mujeres acompañaban a Deméter en la búsqueda de su hija llevando teas encendidas. También en estas fechas los antiguos romanos ofrecían sacrificios a Plutón para que fuera propicio con las almas de los muertos. Cantaban sus alabanzas y también mantenían antorchas encendidas en su honor durante toda la noche. El pasado es prólogo. La Iglesia católica, heredera en mil y un ritos de las costumbres de la antigua Roma, desde hace siglos, todos los años, celebra este mismo día la fiesta de la Candelaria o purificación de la Virgen María.

El pasado resiste en la memoria pero también es olvido. Hoy el lago Pergusa está rodeado por un circuito asfaltado en el que se celebran carreras de motos, pero en sus riberas siguen creciendo flores como las que recogían las ninfas con Perséfone. En primavera debe de ser un escenario bucólico. Cuando llegué, la superficie del agua y las orillas del lago aparecían barridas por la fuerza de un aguacero implacable que se había iniciado unos kilómetros antes de llegar a la zona, cuando iba en coche por la autovía que une Palermo con Catania.

Todas las tierras que rodean la montaña en la que se yergue la ciudad de Enna forman una inmensa planicie surcada por ríos que han hecho que estos parajes de elevada fertilidad sean conocidos desde la más remota Antigüedad como el granero de Sicilia. La ciudad, que dista unos ciento cincuenta kilómetros de Palermo, está en el centro mismo de la isla, de ahí lo del «ombligo de Sicilia».

Tras dejar atrás la autovía, a los ojos del viajero se abre una carretera secundaria que zigzaguea pendiente arriba salvando una serie de repechos que en su parte interior están reforzados por contrafuertes. La otra parte de la vía limita con el precipicio. Tardaré

en olvidar la tormenta, el aguacero de hechuras bíblicas y la persistente niebla que me recibieron así que enfile la salida hacia Enna. Fueron muchas las veces que estuve a punto de dar marcha atrás al tiempo que me preguntaba a mí mismo que ¡qué diablos hacia allí en un día de perros como aquel! Supongo que el paso de los años exagera el instinto de conservación que atempera la curiosidad, pero si uno está vivo y sano, el saber qué hay de cierto detrás de lo leído sigue siendo un potente motor. Total que, pese a lo endiablado de la carretera y a la pertinaz cortina de agua, conseguí llegar salvo a Enna. Una ciudad bajo la tormenta ofrece siempre una cara diferente porque en ella no se refleja la gente —que desaparece de las calles y se guarece en sus casas—. Es entonces cuando los edificios, sobre todo las iglesias —Sicilia, como Italia entera, está abarrotada de templos—, toman la palabra para hablar del pasado y de una gloria venida a menos. En el caso de Enna, una ciudad levantada en lo alto de la amplia meseta que corona una montaña cortada a pico y que mide cerca de mil metros, las construcciones religiosas parecen baluartes salvados de la descomposición de las antiguas murallas. En el empinado recorrido interior que lleva hasta la cumbre sobre la que un día señoreó un castillo, hoy en parte rescatado de las ruinas, todo resulta a la vez vertical y coriáceo. Es el Castello di Lombardia. Fue una inmensa fortaleza de murallas inexpugnables construida sobre restos de castros antiguos. Sobresale de ella un contrafuerte levantado sobre una roca horadada cuya entrada hoy es visible y parece que antaño ocultaba el mayor secreto de la ciudadela: una puerta de escape. Hoy, en sus proximidades, se yergue una estatua de bronce que representa la figura en gesto dramático de un hombre rompiendo las cadenas que ataban sus manos. Recuerda a Euno, un esclavo que en el siglo II a.C. —unos cuantos años antes de que lo hiciera Espartaco— encabezó una revuelta que acabó en guerra abierta contra el poder de Roma.

La estatua está situada al principio de una pista, señalando al viajero el camino que conduce hasta el abrupto peñasco conocido desde la Antigüedad como el altar de Ceres, la Deméter griega. Un lugar que evoca los misteriosos rituales celebrados aquí por los antiguos. La lluvia que arreciaba fue menor que mi curiosidad, así que, dejando atrás la fortaleza, con los zapatos cubiertos de barro, armado del paraguas que me habían prestado en el hotel de Palermo, salvando charcos a diestro y siniestro y orillando una poza formada por las aguas caídas en las últimas horas, conseguí llegar hasta el gigantesco peñasco que tiene forma de mesa o altar. La niebla había cedido algo y permitía distinguir los alrededores. El paraje es sobrecogedor, dramático. Al acercarme comprendí el porqué del nombre del lugar: Rocca di Cerere o roca de Ceres. Es un poderoso relieve que corona el abrupto promontorio erguido a 993 metros sobre el valle. Tiene aspecto de mesa, está horadada en la base y en la superficie hay una plataforma sobre la que en los tiempos antiguos se erguían las estatuas de la diosa Deméter y del mortal Triptólemo. La lluvia apretaba como mi impaciencia por subir hasta la cima de la roca. Lo conseguí no sin riesgo de resbalar y caer porque parte de las escaleras talladas en la piedra están desgastadas y hay tramos en los que, sencillamente, los escalones están desaparecidos y hay roca viva. Una vez arriba, pese a los bancos de niebla, pude vislumbrar el majestuoso panorama. Impresiona. Tiene un no sé qué dramático. Contemplando el sobrecogedor paraje que se divisa desde aquel risco se comprende por qué fue un lugar sagrado. Quizá por estar tan cerca del cielo. En esas cavilaciones estaba cuando sonó mi teléfono móvil y —grave imprudencia por mi parte— solo se me ocurrió cogerlo al tiempo que sostenía el paraguas con la otra mano. Nunca debí hacerlo, porque ¡sentí la mordida, el calambrazo del rayo y su fulgor! Fue una pequeña lengua de fuego que descendió por el palo del paraguas y a la manera del fuego de San Telmo recorrió los dedos de mi mano derecha dejándolos insensibles. No miento si digo que no me asusté, pero sí que tomé conciencia del peligro que estaba corriendo y, tras

apagar el teléfono y cerrar el paraguas, descendiendo a toda prisa, fui a buscar refugio en una de las oquedades que forman pequeñas cuevas en la base de la gran roca. Esperé un buen rato a ver si escampaba, pero pasaron los minutos, el temporal seguía a sus anchas, y yo estaba ocupado intentando recuperar la sensibilidad y tacto de la mano derecha. Finalmente, a la vista de que la lluvia no amainaba, decidí emprender el camino de regreso, no sin antes anotar mentalmente los detalles del paisaje que se extendía a los pies de la roca —un mosaico de prados y campos rastrillados distinguidos a lo lejos, muchos metros abajo—. Opté, pues, por volver sobre mis pasos hacia la zona frente a la fortaleza en la que había dejado aparcado el coche. Solo me había acercado hasta el altar de Ceres y solo regresé al punto de partida. Fue la única ventaja servida por el temporal, una soledad que me permitió recrear el lugar donde antaño tantas cosas habían sucedido.

Reflexionando sobre lo que había visto, imaginé lo que debió de ser aquel paraje cuando era un lugar consagrado a las divinidades agrarias: Deméter, Perséfone y Triptólemo.

Triptólemo, hijo de Céleo y de Metanira, quizá fue rey de Eleusis, pero en el universo de la mitología ocupa un puesto destacado como protegido de Deméter, la diosa que habría querido transformarle en inmortal —falló el exorcismo—, y al que, en recompensa por la hospitalidad con la que había sido acogida en la corte en los días de desconsuelo en los que vagaba, desesperada, buscando a su hija, le regaló un carro arrastrado por dragones alados y le ordenó que recorriera el mundo sembrando granos de trigo. A su muerte, Triptólemo pasó a ser juez de los muertos y, junto a los cretenses Minos y Radamantis, formaba parte del espectral tribunal instalado en el Hades que decidía el destino de las almas de los infelices que habían dejado atrás la luz para adentrarse para siempre en el inframundo donde reinan las sombras.

De no ser por la lluvia que no cesaba, habría callejeado por Enna, una ciudad de calles medievales, angostas para lo que es en nuestros días el tráfico rodado. Fue aquí donde Euno, un esclavo de

origen sirio, se rebeló contra Roma y levantó un ejército de más de 200.000 hombres, se proclamó rey, *basileus* según la terminología griega, y se hizo llamar Antíoco. Fue él quien restableció el culto a Deméter.

Gentes levantiscas las de estas tierras. Debe de ser cosa de la montaña porque también fue aquí donde se inició, ya en el siglo XIX de nuestra era, la rebelión contra los Borbones poco después del desembarco de Garibaldi en Marsala.

Los barmans de los viejos hoteles suelen ser archivo de sabiduría. Han visto mucho y han escuchado más. El de mi hotel en Palermo me había puesto en antecedentes sobre el talante de los habitantes de esta región. Según él, las gentes de esta ciudad eran los auténticos sicilianos. «Paisanos que todavía van a caballo y respetan las tradiciones», me había comentado. Entre otras, una heredada de los tiempos en los que estas tierras pertenecían a los reinos de España: las procesiones de Semana Santa. Ensotanados de negro o de blanco, tocados de capirotes abrazados por una corona hecha de sarmientos, portando esclavinas de color y con calaveras y tibias cruzadas bordadas a la altura del pecho, decenas de cofrades se echan a las calles el día del Viernes Santo. Son hasta quince los gremios que desfilan de esta guisa siguiendo un ritual introducido hace cuatrocientos años por los españoles. No hay espontáneos cantando saetas como ocurre en Sevilla. Lo de aquí, hasta donde he podido averiguar, se asemeja más a la procesión que sale en Granada en la noche del Jueves Santo. En Enna, también el silencio es el gran protagonista de la ceremonia.

En silencio y despacio inicié el camino de vuelta hacia Palermo pensando en las leyendas y sucesos que nos ha legado la Historia…, y acordándome del rayo. No conozco a nadie con el que poder cambiar impresiones acerca de lo que pasa cuando a uno le alcanza un rayo y puede contarlo. En mi caso, debió de ser un escolio de rayo pues sus efectos, afortunadamente, no han ido más allá de afectar a la sensibilidad de tres de los dedos de mi mano derecha.

Pensé consultar con el médico al volver a España, pero no he encontrado el momento. Al escribir, todavía noto un hormigueo y me acuerdo del rayo.

También puedo dar fe de que tan telúrico sobresalto no menguó mi apetito. Todo lo contrario, así que al regresar a Palermo, tras pasar por el hotel para darme un baño y relajar la tensión acumulada a lo largo de la inopinada aventura vivida a cuenta de la carretera, la tormenta y el rayo, decidí que tenía algo que celebrar. La verdad es que cuando pregunté dónde podría encontrar un buen sitio para cenar caí en la cuenta de que llevaba más de doce horas sin probar bocado. Bien aconsejado me acerqué hasta Il Ghiottone Raffinato, un pequeño restaurante de los que un crítico de la cosa llamaría «de autor».

El nombre resume bien lo que se sirve en los platos. Tenía el frío de la montaña metido en el cuerpo, así que opté por lo seguro. La bullabesa local. Desde Marsella a Rodas, pasando por Rétimno en Creta, Kuşadasi en Turquía, Hammamet en Túnez o Ciutadella en Menorca, creo haber probado casi todas las diversas sopas de pescado inventadas en el Mediterráneo. Cada bullabesa tiene su toque local que la hace diferente. La del restaurante siciliano me supo a gloria.

Una botella de Castello Svevo de 2011, un tinto de sorprendente vigor criado en la región de Agrigento, me reconcilió con lo que quedaba del día mientras le daba vueltas a otras historias sicilianas cuya noticia había despertado mi curiosidad.

Regresé contento al hotel. Un establecimiento cargado de historia. Richard Wagner se había alojado allí, y en uno de sus taraceados salones Luchino Visconti rodó la famosa escena del baile de la película *El Gatopardo* entre el Príncipe de Salina (Burt Lancaster) y Angelica Sedara (Claudia Cardinale). Meditando sobre el propósito del viaje concluí que me faltaban referencias y vivencias respecto de otros dos lugares que tenía intención de visitar. Pensaba en el Etna, el volcán tenido en la Antigüedad como una de las puertas del Infierno, y también en Palma di Montechiaro, el lugar

donde hace tres siglos el Diablo dejó su huella en una carta cuyo contenido nadie ha sido capaz de descifrar. Una aureola de misterio rodea todavía hoy lo ocurrido en la mañana del 11 de agosto de 1676 en el convento de clausura del Santo Rosario cuando el Diablo se le apareció a la monja sor Maria Crocifissa della Concezione. Recordaba haber leído hace ya unos cuantos años *El Gatopardo*, pero había olvidado que el autor, el Príncipe de Lampedusa, mencionara en el libro el caso de aquella monja, la «beata Corbera», lejana pariente suya, por cierto. El misterioso documento se conoce como la «Lettera del Diavolo».

Cuando viajo y estoy fuera de casa, antes de irme a dormir, tengo por costumbre recalar en el bar del hotel para tomar una copa. Si estoy solo, charlo un rato con el barman. Mi experiencia me dice que suelen ser fuente de todo tipo de noticias y atinadas observaciones. La vida les ha hecho sabios a fuerza de escuchar —y aguantar— a tantos y tan diversos tipos de clientes. Aquel día quebré la costumbre. Estaba rendido —más por el palizón y la tormenta que por el rayo—, así que me fui directamente a la habitación.

Rendido y pensando en la ruta del día siguiente me dormí intentando leer las notas de mi cuaderno de viaje. No conseguí leer las últimas líneas. Me quedé frito. Suelo soñar, pero nunca con la parte oscura del Universo, así que me desperté sin sobresalto y, como quien dice, nuevo, salvo en la sensibilidad de los dedos afectados por el rayo. Tuve la sensación de que podría haber encendido una cerilla raspando sobre alguno de ellos sin notar el roce, pero no le di más importancia.

El día se había levantado claro. Nada que ver con el de la víspera. Eso me animó mucho. Cuando viajo acostumbro a madrugar. La jornada cunde mucho si uno sabe aprovechar las primeras horas de luz, horas un poco tontas si se quiere, pero preciosas para, por ejemplo, librarse del tráfico allí donde tienen por costumbre hacer que coincida con el caos. Así que pensando en los misterios que rodean la morada de Hades, la idea del Infierno y sus

inquietantes autoridades, me hice a la carretera saliendo otra vez de Palermo, esta vez camino de Agrigento y el Valle de los Templos. Lo hice dejándome guiar por un conductor ilustre: el mismísimo Príncipe Giuseppe Tomasi di Lampedusa. El Príncipe tenía la costumbre de escribir un diario. Con una copia del libro abierta en las páginas que consignaban sus idas y venidas por la isla hace cincuenta años, decidí tomar el camino de la Sicilia profunda.

Lo primero que descubrí —lo menciono como curiosidad— y por eso lo consigno y me extiendo, fue la similitud del clima, la semejanza de temperaturas y el estado de los vientos.

A principios del mes de marzo de 1956, Giuseppe Tomasi di Lampedusa anotó en su agenda de bolsillo lo que sigue: «8 de marzo – Buen tiempo por la mañana, al anochecer llovizna y truenos. Visita a M. Aridon. Después, acabo allí la *Histoire sans nom*. A las 18.50, Orlando. Le leo lo que he escrito hoy». La *Histoire sans nom* era el título del libro al que después llamaría *El Gatopardo*, una obra cumbre de la literatura italiana. Cincuenta y nueve años después, en Palermo, el 8 de marzo del año 2015, el día también se levantó con buen tiempo. A lo largo de la jornada se mantuvo la misma tónica y al anochecer las primeras nubes anunciaron que llegaba un cambio. *Panta rei*. Todo fluye. Nadie se baña dos veces en el mismo río pero, hablando de Sicilia, se diría que, también en cuestiones de meteorología, todo se transforma para que todo vuelva a ser igual. Supongo que es el «eterno retorno».

En uno de los capítulos de la famosa novela —ninguneada, por cierto, en su día por los críticos—, Tomasi di Lampedusa describe el viaje a Palma di Montechiaro del protagonista del libro, Fabrizio Corbera, Príncipe de Salina, y de toda su familia.

Cinco días tardó en llegar a Palma di Montechiaro. «Los carruajes, la incomodidad del viaje, las malolientes estancias de las posadas, los piojos…, y el polvo que extendía un manto de harina sobre el rostro y la vestimenta de los viajeros.» El viaje de la familia del Príncipe discurría a principios del mes de agosto del año 1860. Tres meses después del desembarco en Marsala de Garibaldi y sus

camisas rojas. En nuestros días, saliendo desde Palermo se llega después de tres largas y agotadoras horas de *autostrada* combinada con varias carreteras secundarias muy deterioradas.

A la manera como sucede con los seres humanos, también resulta arriesgado comprobar el efecto del paso del tiempo sobre un pueblo o una ciudad. En el caso de Palma di Montechiaro, la decepción fue grande. El retraso que por lo general apellida a muchas zonas del sur siciliano, en este caso se torna directamente en pobreza y abandono. Del pueblo solo se salva el Palacio Ducal que perteneció a la familia del Príncipe de Lampedusa. Se yergue a modo de baluarte a la entrada de la población conservando la «posición mágica» sobre el promontorio a la que aludía el Príncipe de Salina, en *El Gatopardo*.

Aparqué el coche a la sombra de uno de los muros del Palacio Ducal y tras subir de dos en dos los escalones de la otrora espléndida escalera que a modo de alfombra de piedra se extiende frente a la basílica —catedral de Palma—, llegué hasta la puerta del templo para comprobar el deterioro sufrido por el edificio. Una de sus dos torres amenaza ruina, ruina total cuya fecha exacta parece conocer un reloj que corona la otra torre y se diría que lleva parado unos cuantos años. El paso del tiempo en alianza con el abandono de la feligresía explican el deterioro de la basílica. Tomé fotos del lugar captando imágenes que contempladas hoy transmiten la sensación de estar anticipándome a lo que en breve y si nadie lo remedia serán escombros. A dos pasos se encuentra el monasterio benedictino del Santo Rosario, convento de clausura donde tuvo lugar el episodio que ha hecho famoso a este lugar. Hasta allí encaminé mis pasos.

En este cenobio se guarda un ejemplar de la misteriosa «Lettera del Diavolo». Guiándome por un trabajo de investigación realizado por Alessandro Giuliana Alaimo, resumo lo esencial de las conclusiones de la indagatoria abierta por las autoridades eclesiásticas en fechas posteriores al espeluznante episodio vivido por la religiosa. El hecho acaeció cuando a la monja —que había

escrito un relato consignando su estado espiritual con la intención de entregárselo a su confesor— se le apareció el Diablo. Lo que pasó después es el resultado de lo que la angustiada religiosa contó a la madre abadesa. Cuando la encontraron se hallaba en el suelo de la celda y junto a ella había un papel. Estaba postrada, desconcertada y dubitativa. Sor Maria contó que redactaba una relación de sus faltas e intenciones con el propósito de tenerlas presentes cuando estuviera delante de su confesor, cuando se le había aparecido Satanás emplazándola bajo coacción a que dirigiera la carta no al sacerdote sino directamente a Dios. Le exigía que añadiera palabras «para reclamarle [a Dios] justicia intransigente y no misericordia generosa con los pecadores, para exigirle que tratase a los hombres como trataba a los diablos». La venerable religiosa comprendió que escribir semejante alegato era tanto como hacer suya la carta y «sobre todo legitimar al Infierno y frustrar la obra de la redención», y se negó a secundar las instrucciones del Diablo. Ante la horrible presencia del Maligno luchó con todas sus fuerzas para no dejarse arrebatar la conciencia. El ser, el saber quién era. Como fuere que el Diablo prosiguió con sus amenazas, la asustada monja transigió en escribir sobre el papel una palabra: «Ohime». Junto a la firma del Diablo consignada al pie del documento, resultó ser el único término comprensible en aquella ristra de caracteres demoníacos indescifrables. Según el relato de los hechos que se conserva en un documento de la época, cuando fue requerida para que contara lo que le había ocurrido, dijo que había sido tentada por el Diablo, pero no reveló el significado del mensaje alegando que su contenido era terrible. Más allá de «Ohime», «¡Ay de mí!», palabra escrita de su puño y letra, no dio ninguna otra explicación. Esta mujer que hoy es tenida por venerable, murió en 1699 e inspiró el personaje de la beata Corbera que se menciona en *El Gatopardo*.

No pude entrar en el monasterio del Santo Rosario, pero tuve suerte y al regresar a Agrigento pude subir hasta la torre donde, en tiempos, estuvo la Cámara del Tesoro de la catedral, recinto en el que hoy guardan bajo tres llaves la famosa carta. Contaré que

conseguí llegar no sin quebranto dado lo caótico del tráfico y lo angosto de las callejuelas que conducen a la cima del alto donde se yergue la vetusta catedral.

La piedra de este antaño grandioso templo hoy con sus sillares y estatuas y demás relieves devorados por el salitre y el paso de los años es una metáfora explícita de la pérdida de peso e implicación de la comunidad católica. Se diría que el abandono de los edificios sacros se corresponde con el distanciamiento de la feligresía. Puede que sea solo una impresión nacida de un diagnóstico más amplio y en el fondo muy triste acerca de la causa principal de la postración en la que se encuentran los barrios próximos a la catedral y buena parte de la entera ciudad de Agrigento. En cambio, ironías de la vida, las piedras que resplandecen al sol son las gloriosas ruinas del cercano Valle de los Templos, dedicados a Zeus, a Juno, a Hércules…, los inmortales dioses griegos y romanos, perennes en la memoria de los pueblos cuyas viejas ciudades se asoman al Mare Nostrum.

Como decía, una vez dentro de la catedral obtuve lo que no conseguí en la clausura del monasterio benedictino de Palma di Montechiaro. ¡Por fin tenía delante de mis ojos la misteriosa carta del Diablo! Me faltó tiempo para acercarme y poco menos que pegar la nariz a la lámina de metacrilato que protege tan singular documento. Se encuentra en el centro de una pequeña estancia bajo la mirada de un cardenal de la familia Lampedusa, el retrato de un purpurado de rostro velazqueño y ojos severos que parecen escrutar al viajero interesado en la misteriosa carta. Es una hoja de papel de reducidas dimensiones sobre la que hay una inscripción de la que, en efecto, solo resultan inteligibles dos términos: la firma del Diablo al pie del documento y la palabra «Ohime», añadida, según parece, por la monja a modo de exclamación. El resto del texto ha resistido todos los intentos de los expertos: desde lexicógrafos a especialistas en lenguas modernas y otras antiguas hoy en desuso como el arameo o el caldeo. También fracasaron los criptógrafos que lo probaron. En otro lugar de la estancia se guardan los documentos

del proceso instruido por las autoridades eclesiásticas de la época para confirmar o refutar la posible impostura de la monja. Del resultado de la investigación no se derivó condena ni censura oficial. Salí del lugar con una extraña sensación. El oficio de periodista lo hace a uno escéptico, desconfiado, por decirlo con claridad.

En fin, no habría que descartar que, pese a toda la carga histórica que apareja, el asunto pudiera tratarse de una superchería. Un mensaje de signos inventados que por su naturaleza arbitraria carecerían de significado. Con todo, que dicho documento se conserve bajo llave y no pocos cuidados en la antigua Cámara del Tesoro de la vetusta catedral de Agrigento deja instalado en el aire el misterio. En este asunto, ver no es suficiente para creer, pero debo reconocer que la historia atrae. La historia atrae, y también los viajes largos en coche aunque estén plagados de emociones que compensan…, pero lo dejan a uno baldado.

Cansado, pues, regresé a Palermo sabiendo que para completar esta aproximación a las raíces mistéricas de la isla me faltaba acercarme al lugar en el que todavía se encuentra abierta una auténtica puerta del Infierno. Hablo del Etna. El volcán taciturno que ha marcado a fuego y con tragedias la Historia de la isla. En su interior, según la firme creencia de los antiguos, tenía sus fraguas Vulcano, el Hades romano. Para él trabajaban tres cíclopes de sonoros nombres: Piragmón, Brontes y Estéropes. Eran parientes del tontorrón de Polifemo, el cíclope al que el astuto Ulises cegó tras engañarle acerca de su verdadero nombre y propósitos. Entre otros artefactos famosos en la Antigüedad, los tres ayudantes de Vulcano le ayudaron a forjar el escudo de Aquiles —que con tan minuciosa precisión describe Homero en la *Odisea*— y el casco de Hades que tornaba invisible al dios. A Vulcano, que era feo y cojo, su esposa, la divina Venus, la Afrodita griega, le puso los cuernos con Marte, el dios de la guerra. No por burlado, si no por su condición divina, Vulcano tenía señalado en el calendario romano un día festivo: el 23 de agosto. En tal fecha sus fieles arrojaban al fuego peces y otros

animales en la idea de que contenían las almas de seres humanos. Por haberlo leído en el *Diccionario de mitología griega y romana*, la ciclópea recopilación de Pierre Grimal, sabía que quienes vivían en las proximidades del Etna celebraban un ritual más específico, más, por así decirlo, próximo a los ritos relacionados con Ceres, y lo hacían encendiendo antorchas y profiriendo gritos. A su manera, con el auxilio del fuego, ayudaban a la diosa a buscar a su hija raptada por Hades. El fuego ha sido el gran aliado del progreso de los hombres en su largo peregrinar por la Tierra a lo largo de los siglos, con él aprendieron a dominar los metales y a fabricar armas. Prometeo fue castigado por Zeus, que era primo suyo, por haber revelado a los hombres el secreto del fuego tras haberlo tomado de la fragua de Hefesto.

El Etna y su posición poderosa y dominante en la región fue también origen de una atracción indisimulada para quienes vivían en parajes cercanos al volcán o tenían noticia de su existencia. Desde luego lo fue para los navegantes y colonos griegos que, habiendo dejado atrás lo que hoy conocemos como el Estrecho de Mesina o cuando se disponían a atravesarlo rumbo al norte, navegaban angustiados ante la posibilidad de perecer por obra de Escila o Caribdis, los terribles monstruos (en realidad vigoroso remolino y fortísima corriente) que hicieron inmortal el episodio de la *Odisea* en el que Ulises, tras haber perdido a sus compañeros y la nave en la que pretendía regresar a Ítaca, logró, por los pelos, salvar la vida abrazado al tronco de una higuera. Sicilia es tierra de mitos y los mitos explican esta tierra. Los mitos y algunas de las impresionantes huellas dejadas por quienes aquí se aposentaron en los tiempos antiguos. Sería el caso del teatro griego de Taormina.

El teatro es un escenario dramático, único en su mágica posición en flanco con el mar y frente al Etna perpetuamente coronado por su penacho de humo. El volcán marca la vida de la región. A lo largo de la Historia también ha sido causa de no pocas muertes por sus periódicas erupciones.

Ya en la Antigüedad personajes hubo que, como último acto que dejara huella de su paso por este mundo, pusieron fin a su vida arrojándose al volcán. El encuentro con el volcán era concebido como un acto de notoriedad, un acto de erostratismo *avant la lettre* que les aseguró una inscripción en el panteón de la Historia donde reposa la memoria de todos aquellos raros o excéntricos —hoy los llamaríamos frikis— que en el mundo han sido. Quien más se ajustó a este perfil fue Empédocles, un gran filósofo que nació en Akragas, la urbe antepasada de lo que hoy es el Cafarnaúm de Agrigento. Empédocles fue tipo excepcional: mago, médico, filósofo y gran artífice de su propia leyenda. Pudo ser todo en la política de su ciudad y de su tiempo pero, prueba suprema de su aguda inteligencia, renunció a cuantas ofertas recibió para formar parte de las banderías de la época y se dedicó a la filosofía. Cuenta Diógenes Laercio que este peculiar personaje deambulaba por las calles de Agrigento vestido con una clámide de color carmesí ajustada por un cinturón de oro, se tocaba la cabeza con una corona de laurel y calzaba sandalias de bronce. Es difícil imaginar que un tipo capaz de semejante sofisticación en la indumentaria pudiera acabar sus días en un balneario aguardando la llegada del cheque mensual de jubilado. Y así fue: tras devolver a la vida a una enferma aquejada de una suerte de catalepsia de etiología histérica, el gran Empédocles comprendió que ya no podría superarse a sí mismo obrando milagros ni nadie realizaría prodigios mayores, así que tomó una decisión tan radical como dramática. Tras retirarse durante un par de semanas a meditar seguido de algunos de sus discípulos, emprendió el ascenso hasta la cima del Etna.

El viaje desde Agrigento le debió de llevar sus buenos siete u ocho días —en coche, hoy en día, se tarda poco más de tres horas —. Llegado a la cumbre y asomado al cráter, Empédocles desobedeció los angustiados requerimientos de sus fieles y puso fin a su vida arrojándose a las fauces del volcán. La leyenda cuenta que, tras engullir el cuerpo de aquel excéntrico, el Etna regurgitó una de sus famosas sandalias de bronce. Evocar la historia de este

singular personaje y no intentar seguir sus pasos desafiando la montaña con el propósito de llegar al cráter habría sido difícil de explicar. El viajero lo intentó. Lo intentó, pero no hubo forma. Los reglamentos de nuestro tiempo —los mismo que, perezosos, dejan que se degraden las costas con urbanizaciones construidas sin orden ni concierto— en el caso del parque del Etna son taxativos. Sencillamente, no se puede ascender hasta el cráter. Todo se queda en el penúltimo nivel. Se puede luchar contra muchas cosas; incluso contra el destino, pero el viajero sabe por experiencia que combatir contra la burocracia y sus códigos es un combate que concluye en el puerto de la melancolía, así que, sin resentimiento, acepté la limitación de cota y me dispuse a subir hasta las estribaciones de la cima.

A medida que se gana altura, superando los sinuosos meandros de la carreta que trepa hasta la cima del volcán, el paraje de bosque se torna cada vez más ralo. Los pinos y la ginesta salvados del fuego que encienden los ríos de lava de las sucesivas erupciones han perdido color pasando del verde al pardo. Baja la temperatura. Huele a humo y a miel. Una vez arriba, observando el mundo que se extiende a los pies del gigante, el viajero comprende por qué en la Antigüedad el volcán era tenido por un ser vivo. Es la vibración del aire la que transmite la noticia de la cercanía de una de las más sobrecogedoras puertas del Hades. El paisaje basáltico diseñado por la lava impresiona. Es una orografía de densidad y hechuras primitivas. El viajero tiene la impresión de compartir una primera mirada sobre un territorio que no ha cambiado desde el origen de los tiempos, cuando todo era magma y los nombres de las cosas estaban por decidir.

Para quien haya leído a Dante y se haya extasiado con los grabados de John Flaxman, ascender las laderas del Etna fue tanto como evocar uno de los círculos del Infierno. Los pueblos que han ido brotando en las faldas de la montaña hasta trepar por el pecho del gigante coronado por un penacho perenne de humo recuerdan a los minúsculos habitantes de Liliput rodeando a Gulliver. Catania se

pierde a lo lejos. Como el último faralá de la inmensa y dispersa ladera que se extiende a los pies del gigante en todo cuanto abarca la mirada. Un zorro cruza la carretera sin aparentar prisa ni temor. Tampoco el viajero tiene urgencia de tiempo. El panorama invita al éxtasis estético. Polifemo era de aquí. El paso de Ulises por estas tierras y de tantos otros griegos ha dejado una huella perenne en la personalidad astuta y desconfiada de las gentes de la isla. La proximidad del Infierno los hace ser cautelosos. Unas veces es la mafia, otras el volcán.

El mal, desde luego, existe. Seguro que Hades —o el Diablo— asoma de vez en cuando por una de las pocas puertas del Infierno que a lo largo del Mediterráneo todavía hoy permanece abierta y humeante. La ruta de descenso desde la antesala de la cumbre del Etna fue más lenta que la subida. La carretera parece haber sido diseñada por un borracho en una noche de niebla. Se ve a lo lejos Catania pero aparece y desaparece a cada recodo de la ruta.

Pero todo llega, y, por fin, conseguí llegar. El día completó sentido merced a un último paseo por la parte vieja de esta ciudad atrapada como casi todas las de Sicilia por la decadencia física de sus principales edificios, construcciones ceremoniales —la catedral, las sedes administrativas, los palacios— de piedras devoradas por la podredumbre noble que es la firma de épocas pasadas llenas de esplendor.

De regreso a España, vía Roma, una inopinada —visto en perspectiva— feliz complicación de vuelos me permitió disponer de un día para, por decirlo así, perder el tiempo. Perder el tiempo o ganarlo. Tomé una decisión: volver a Villa Borghese, el palacio-museo que se encuentra en medio de un extenso jardín situado en la parte alta de la Ciudad Eterna. Entre tantas muestras de belleza, tras ver aquella extraordinaria colección de cuadros, esculturas, medallones y demás tesoros artísticos, había quedado grabada en mi memoria una estatua maravillosa, perfecta. Así que decidí volver a contemplar *El rapto de Proserpina*: Hades abrazando y reteniendo

por la fuerza a la diosa indefensa. Es de una sensualidad provocadora. El mármol hecho carne. Piel tersa, sensual, barroca. La mano creadora de Bernini intervino en el momento inicial del rapto. Nunca sabremos su edad, pero sí sabemos del dolor de su madre. El grito desgarrador de Deméter se oyó en todo el orbe pero nada pudo impedir que se cumpliera el destino de su hija.

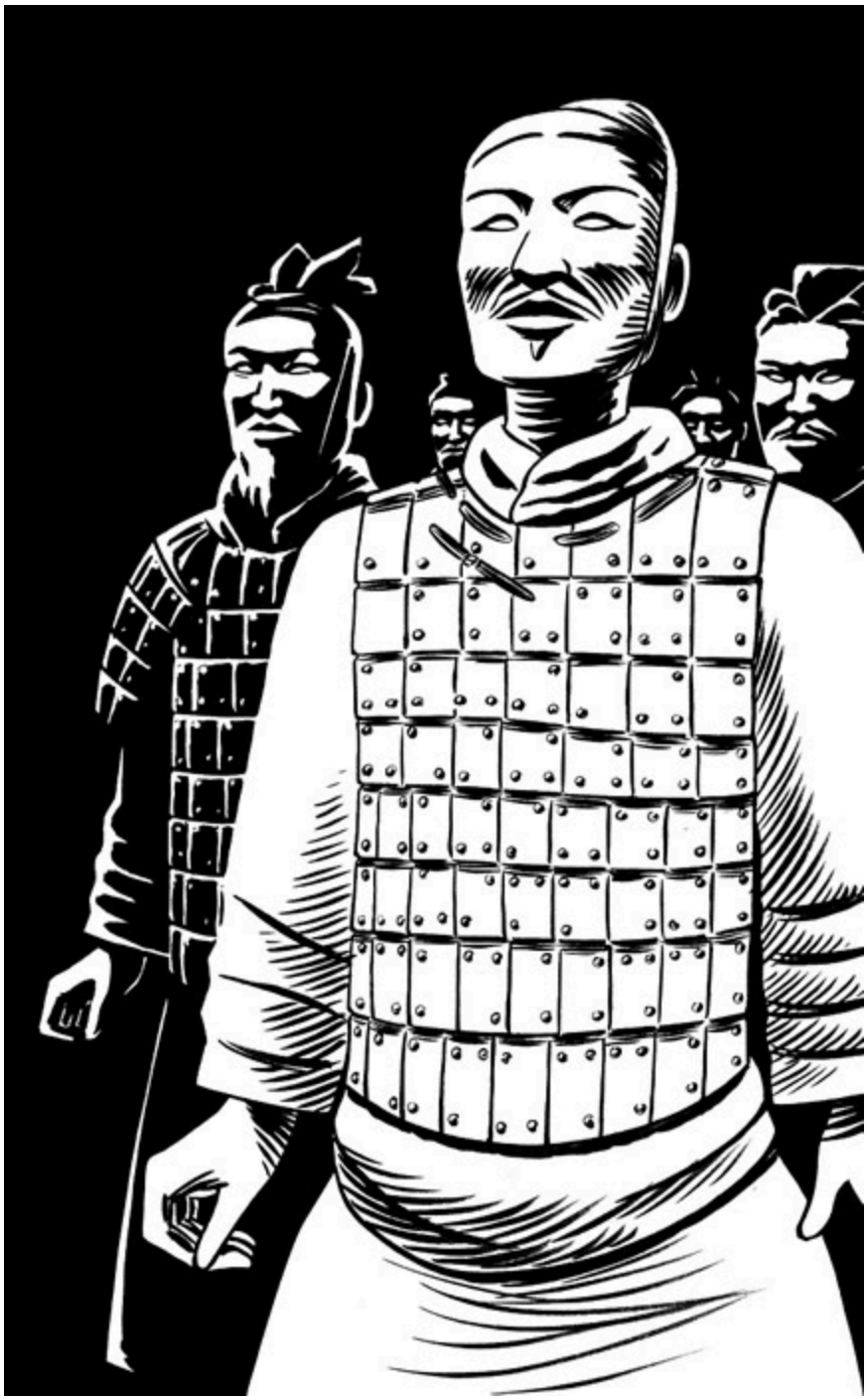
Hades se sumergió en el mármol y en la leyenda, pero no desapareció de la Historia de la isla de Sicilia. El grito de Deméter fruto del desgarro producido por la noticia del rapto de su hija resonó en la Antigüedad como muchos años después habría resonado el grito de muerte del dios Pan coincidiendo con la venida de Jesús de Nazaret…, pero esa ya es otra historia.

CAPÍTULO X

VIAJE A CHINA

En Xian, capital de la región donde está la famosa tumba de los guerreros de terracota, guardianes en el Más Allá de Qin Shi Huang, el primer emperador de China | En la ciudad hay un mercado al que los lugareños llaman «el mercado del Diablo»...





Xian quizá sea la ciudad más contaminada de China. Lo que equivale a decir que puede que sea una de las más contaminadas de toda Asia y, de paso, del mundo, compitiendo, desde luego, con México D. F. La *boina* que cubre el cielo es tan densa que a media mañana parece que la noche está a punto de caer sobre la ciudad. Por lo demás, tiene un centro histórico muy interesante en el que destaca la muralla roja con sus torres de defensa y sus tejados en forma de pagoda. Todas las semanas, en la noche del sábado al domingo, allí se celebra un mercado muy especial. Lo llaman el mercado del Diablo. Recibe este nombre porque todo lo que allí se compra y se vende procede del robo: hurtos en comercios, descuideros que entran en las casas, robos en las plantas de confección de ropa, etc. La policía lo sabe, pero lo tolera. Es una rareza más de las mil que se ven en China.

Rarezas que hacen de este un país extraño y hasta cierto punto enigmático, como enigmática fue, sin duda, la personalidad de Qin, el rey más famoso de cuantos tuvieron capital en Xian. En el pasado fue conocido por ser el primer monarca que consiguió unificar los cuatro reinos que componían China; en el presente, y desde que en 1974 fueron descubiertos, es famoso por el formidable ejército que mandó enterrar alrededor de su tumba, los Guerreros de Terracota, la principal atracción y fuente de visitas turísticas del país. Atraído por la leyenda del ejército formado por miles de soldados embutidos en sus armaduras de barro —no hay dos iguales—, llegué a Xian una mañana del mes de abril. Mi guía captó enseguida que lo único que me interesaba era acudir cuanto antes al paraje de las excavaciones donde se había localizado la tumba subterránea del Emperador: 8.000 soldados, 100 carros, 600 caballos y más de 10.000 armas de bronce: lanzas, espadas, ballestas, flechas, cuchillos. ¡Y es un estadillo provisional! Un apunte en trazo grueso de lo que han revelado las excavaciones, pero enterrado aguarda más. Mucho más.

—Con los medios adecuados —me dice la guía—, algún día se atreverán a llegar hasta donde suponen que se halla el corazón de todo este museo-cementerio.

—¿Qué esperan encontrar? —pregunté.

—La tumba de Qin Shi Huang, el primer emperador. Un Rey muy cruel, pero un gran político —me responde, y guarda un largo silencio.

El renovado y promocionado prestigio de las glorias del pasado pesa en la nueva China. A medida que recorro el país voy completando la idea de que sus gentes son más nacionalistas que comunistas y que cada vez son menos los comunistas, aunque oficialmente el PCCh tiene varios millones de afiliados. Siguiendo una costumbre de muchos años, antes de viajar por primera vez a un país, procuro leer cuanto cae en mis manos acerca de los lugares por los que voy a caminar. Es la mejor forma de anticipar el placer que apareja todo viaje. Había, pues, leído mucho de lo que hay escrito sobre la personalidad de Qin Shi Huang, el primer emperador chino digno de tal título. En mi cuaderno de viaje había copiado estas notas debidas a la lectura de un famoso historiador chino del siglo primero antes de Cristo.

Solo tenía trece años cuando ascendió al trono de la dinastía en el año 256 a.C. y en veinticinco años logró conquistar todos los estados rebeldes del este, convirtiéndose en el primer Emperador de China: «Como un gusano de seda devora una hoja de morera, así fue como Qin fue anexionando los reinos de su imperio». Durante sus once años como monarca absoluto, Qin Shi Huang se propuso transformar el país de manera que su legado pudiese durar «1.000 años» más. Estandarizó pesos y medidas y la anchura de las ruedas de carro. Introdujo un alfabeto único, decretó la destrucción de todos los libros y mandó construir la Gran Muralla. Qin Shi Huang murió en un viaje a la costa este mientras buscaba el elixir de la vida eterna en la legendaria isla de los Inmortales. A su muerte, el

Imperio pronto se desintegró a causa de la guerra civil y a los pocos años la capital fue destruida y su palacio y su tumba fueron olvidados.

Sabía todo esto, pero quise saber cómo lo contaba la guía. Quiero recordar que no se apartó mucho del relato histórico, pero noté —o me lo pareció— que, pese a las atrocidades que jalonaron las conquistas de Qin, su narración rezumaba un punto de orgullo al evocar las andanzas del personaje; quizá por haber sido el primer político capaz de unificar bajo una sola bandera los diferentes territorios y pueblos de China. Imagino que a los alumnos, en las escuelas, les deben de contar la vida de este Emperador en clave épica. A la manera de como se contaba aquí en España la historia de los Reyes Católicos cuando yo era estudiante, o como en Francia siguen contando la epopeya de Napoleón. Supongo que lo consideran un precursor del conocido axioma que proclama que la unión hace la fuerza, principio muy presente en la doctrina de Mao Zedong, aquel político regordete de aire bonachón al que antes llamábamos Mao Tse Tung. Un personaje del que en Occidente tardamos en saber que era un sátrapa capaz de firmar mil penas de muerte en un solo día para después pasar toda una tarde componiendo un poema. «Matar a uno para aterrorizar a diez mil.»

Recorrer el yacimiento lleva su tiempo. Impresiona ver las centurias de soldados armados que, embutidos en sus armaduras, mantienen una alineación cuya simetría induce a pensar que están vivos. El color ocre del barro cocido del que están hechas presta a las lorigas un aire metálico que esconde su humilde origen. No hay dos iguales. Cada uno presenta rasgos faciales diferentes, lo que refuerza la sensación de estar contemplando la foto fija de una parada militar sorprendida en el momento del descanso, a la espera de que el jefe del batallón dé la orden de marcha. El impacto visual es notable. Después, a medida que uno se va acercando a algunas de las piezas que están separadas del conjunto, se puede apreciar más todavía la perfección de los artistas alfareros que modelaron

este ejército de barro. Algunas todavía conservan restos de pintura, lo que induce a pensar que estaban todas policromadas. Sin duda, el colorido contribuía a acentuar la sensación de que eran seres vivos.

Visto que las excavaciones no han terminado, entre la comunidad científica de arqueólogos chinos y de otros países se ha generado una gran expectación y no pocas cábalas alrededor del principal de los secretos que todavía guarda la gigantesca tumba: el sarcófago del propio Emperador, la tumba de Qin. Se sabe dónde está, ocuparía el lugar central de todo el complejo, pero, por miedo a los derrumbamientos y por no disponer de material adecuado, no se han atrevido a acercarse. No he podido averiguar si se trata de un hecho real recogido por la tradición o es una leyenda, pero resulta que a los problemas logísticos propiamente dichos se añadiría una dificultad adicional: al parecer, la tumba y el sarcófago estarían protegidos por un ¡río de mercurio!, un elemento potencialmente venenoso. De ser cierto, la imagen no puede ser más inquietante a la vez que evocadora de futuras hazañas de arqueólogos dotados del arrojo de Indiana Jones. Habrá pues que esperar para desvelar el secreto del Emperador.

Aunque el ejército desenterrado permanece formando bancales en el lugar en el que fueron halladas las piezas de terracota, algunas han sido trasladadas a una parte de la excavación reservada a la que solo tienen acceso las personalidades importantes, los *vips* que visitan la excavación. Semejante privilegio les permite aproximarse y contemplar de cerca las estatuas. Incluso tocarlas: ocasión hubo en la que algún *vip* tuvo la mala fortuna de tropezar y dar en el suelo con uno de los soldados. Según comentario de la guía, fue el caso de la mujer de un antiguo jugador del Real Madrid. Me imagino el sofoco de la buena señora y el disgusto de los cuidadores de la excavación. Al parecer, en China no rige el principio de «quien rompe paga», así que la dama se fue sin más contratiempos.

Salí de la tumba con la impresión de haber visitado una de las maravillas del Mundo Antiguo comparable a otras que han dejado rastro en mi memoria. Pienso en los escenarios clásicos: en Egipto,

las pirámides, o el templo de Abu Simbel; en Roma, el Coliseo y el Foro; la pirámide del Sol en México o la de Palenque, en el Yucatán; en Grecia, el Partenón; Micenas o la tumba de Filipo de Macedonia en Vergina; Santa Sofía en Estambul; Petra en Jordania, el Taj Mahal en Agra, en la India; el Ginkaku-ji de Kioto, en Japón…

A todos los enclaves acuden turistas y hay comercio de camisetas y baratijas amén de productos específicos de la ciudad o el monumento visitado. En el caso de Xian, además de los consabidos puestos de bisuterías y recuerdos, la especialidad son las pieles. Unas pieles muy especiales: pieles de perro con apariencia de oso. Están tratadas con tal maestría que dan el pego y cuesta diferenciarlas de las auténticas pieles de oso. Gracias a la exquisita profesionalidad de mi guía, me libré de hacer el primo comprando alguna. Cuando en un país que uno no conoce se tiene la suerte de tropezar con un intérprete o un guía honrado, despierto y deseoso de mostrar lo mejor del lugar, se puede considerar un viajero afortunado.

Me pasó en este viaje por China y más concretamente recorriendo la provincia de Xian. Mi guía, lista, alta, huesuda y fuerte como una torre de campanario, fue una bendición. Estaba casada con un militar. Por ella supe que en China los militares, por ser uno de los pilares del régimen (el otro lo constituyen los millones de afiliados al Partido Comunista), pertenecen a un estrato social privilegiado. Disponen de lo que el resto de la población añora y no sufren restricciones a la hora de moverse por el país. Aprovechando esa circunstancia, sugerí a la guía que me mostrara algo más que las tumbas de los guerreros de terracota, el gran reclamo turístico local. Ahí fue cuando me enteré de la existencia del mercado del Diablo. Como apuntaba más arriba, se celebra en la parte vieja de la ciudad de Xian.

Es un mercado que se reúne en la noche del sábado al domingo. Me llamó la atención saber que los peristas y demás descuideros no perdieron pie ni siquiera en los años duros del régimen comunista implantado por Mao Zedong. Al saber que el

actual presidente de la República Popular China nació en Xian, no tengo duda de que las cosas seguirán como están y, bajo la protección de Hermes, el dios del comercio, o directamente por la del mismo Lucifer, en el calor de la noche, continuarán los trapicheos. Me quedé con las ganas de comprar una copia china de una *katana*, el sable japonés. Aunque sabía que no era más que una reproducción, parecía ser una reliquia dejada por la feroz ocupación japonesa del territorio chino antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Era una pieza magnífica que me vendían por unos pocos yuanes. Estuve dudando —pensé que podía comprarla, dejársela a la guía y que me la enviara después por correo a España—, pero, al final, cambié de idea. Tampoco estaba claro que hubiera podido pasar las aduanas con la misma facilidad con la que llegan las réplicas a cualquier escala de los guerreros de barro. Seguí dando vueltas por el mercado y, la verdad, más allá de la impensable circunstancia de que lo expuesto era material facilitado por amigos de lo ajeno, lo más parecido a una huella del Diablo a la vista eran los cientos de bichos a cuál más repugnante —culebras, lagartos, sapos, escorpiones, etc.— que, conservados en alcohol o resecos y amojamados, estaban a la venta como presuntos —o reales— afrodisíacos. Es creencia muy extendida entre la población china —sobre todo la que vive en el campo— que este tipo de mojamas, reducidas a polvo y mezcladas con la comida o la bebida, devuelven el vigor de la juventud. Supongo que el hecho de que China sea el país más poblado del mundo no guarda relación alguna con dicha creencia.

Dejé Xian igual que a la llegada: envuelta en una densa nube fruto de la contaminación. Una *boina* densa que impedía ver con claridad la parte alta de los numerosos rascacielos que forman el *skyline* de esta ciudad, a la que, olvidando el mercado del Diablo, solo recomendaría volver como estación obligada de paso para acercarse a la tumba de los guerreros.

CAPÍTULO XI

VIAJE A LA INDIA

En la ciudad fantasma de Fatehpur Sikri | Tras las huellas de Akbar, el Gran Mogol | El emperador que, teniendo su capital en Agra, donde se halla el Taj Mahal, hizo construir esa ciudad que fue abandonada solo catorce años después de su fundación | De sabios y astrólogos | Fatehpur Sikri es una joya y un misterio que desafía el paso del tiempo.





Balú, el chófer, ni se inmutaba. Právin, el intérprete, no decía nada, pero se notaba a la legua que iba tan acojonado como yo. Y no era para menos, visto que circulábamos por el carril central de la Grand Trunk Road —el «maravilloso espectáculo», que decía Rudyard Kipling—. En tiempos de paz, un camino hollado por los elefantes de los emperadores mogoles de cuando la Corte se desplazaba de Agra hasta Delhi; en tiempos de guerra, calzada de penetración para los «casacas rojas», los batallones coloniales británicos. Es la mayor carretera de Asia. Una ruta milenaria que une Bangladesh con Afganistán. Hoy es una amplia autovía de doble dirección perfectamente señalizada y con quitamiedos instalados en el centro.

En principio, cuando empezamos a circular por ella, no observamos nada de particular más allá de la densidad del tráfico. Todo iba bien hasta que, de improviso, circulando en dirección contraria y a toda pastilla, aparecían camiones de gran tonelaje dispuestos a llevarse por delante a cualquiera que se atravesara en su camino. No fue una ni dos, fueron muchas las veces en las que nos topamos con lances de tráfico semejantes. Pasados los primeros sustos, a la postre, uno se acostumbra y casi ni presta atención. Quizá porque se llega a la conclusión de que nada malo puede pasar en un país en el que hay más dioses que días tiene el año y uno se sabe entre gentes muy devotas. En Occidente, a quienes circulan por carretera, por lo menos en España, les protege san Cristóbal. En la India, en lo tocante al tráfico, no hay color, allí están de guardia cientos de seres divinos. Habida cuenta de la situación y de la tranquilidad de Balú —miembro de la respetada comunidad sij—, durante las dos o tres horas que duró el viaje entre Agra y Fatehpur Sikri —una treintena de kilómetros interrumpida por algún que otro alto en el camino—, decidí pasar de la tensión a la contemplación del paisaje y el paisanaje que veíamos al cruzar pueblos y aldeas. En una de ellas nos detuvimos para visitar una escuela. Fue un

momento muy emotivo. Niños y niñas juntos, sentados en el suelo, descalzos y en silencio, seguían las explicaciones de un maestro ataviado a la manera tradicional en la región de Rayastán. Toda su figura desprendía dignidad. Por sugerencia de Právin, en una tiendecita próxima, habíamos comprado un montón de caramelos y lápices de colores. Al vernos entrar, el maestro sonrió y les dijo a los niños que se pusieran en pie. Lo hicieron con natural elegancia, mirándose unos a otros y repartiendo sonrisas, como si anticiparan la buena nueva del recreo. Le dímos los caramelos y los lápices al maestro y estuvímos charlando un buen rato con él. La escuela era tan humilde como el pueblo. Según nos explicó, los niños aprendían a leer antes de dejar la escuela para ayudar a sus padres en las tareas del campo. En ningún momento tuvimos la sensación de que fuera infeliz o se sintiera frustrado al modo y manera de tantos de los esforzados docentes hartos de la burricie y las formas destempladas de muchos de nuestros adolescentes, que parece que le hacen un favor al mundo por acudir a sestear al instituto o al colegio.

Nos hicimos una foto con los niños y el profesor. Después, regresamos al coche. Al mirar atrás vimos cómo los niños parloteaban y saltaban alrededor del maestro. Estaba claro que había empezado a repartir los regalos. Inopinadamente —nos detuvimos allí como podíamos haberlo hecho en otra aldea—, habíamos sido la buena noticia de aquella mañana.

Seguimos viaje hacia Fatehpur Sikri y fue entonces cuando Právin habló por primera vez de los monos. Lo recuerdo perfectamente. No sería la última. Sabido que en la India es grande el respeto por los animales —no solo las vacas son sagradas—, pensé que obedecería a alguna devoción local. No era exactamente esa la causa. Al concluir la primera etapa del viaje lo comprendí. Nuestro destino era Fatehpur Sikri, una ciudad en la que un majestuoso palacio imperial, una mezquita de hechuras gigantescas —la más grande de la India —, un observatorio astral y diversas construcciones que han resistido

bastante bien la incuria del tiempo son morada de fantasmas y otras almas del pasado. Llegamos atraídos por la leyenda del emperador Akbar y de los sabios de su Corte, que hablaban con los dioses. Un círculo del que formaban parte hombres muy cultos procedentes de diferentes partes del mundo. Entre ellos había estudiosos del Corán, sacerdotes de Vishnu y Shiva, hombres santos seguidores de Buda, astrólogos que rezaban a Zoroastro y también ¡algunos jesuitas españoles y portugueses! Akbar, el gran maharajá o emperador de la dinastía mogol que tenía su capital en la ciudad del Taj Mahal, construyó el palacio y los demás edificios de la bellísima ciudad de Fatehpur Sikri en el lugar en el que un hombre santo —Salim Chishti — le anunció que su mujer le daría un heredero, un varón.

Construido en arenisca de color rojo por arquitectos, geómetras y artesanos venidos de Persia, Fatehpur Sikri es un complejo majestuoso, cuyas proporciones y armonía impresionan. Tardaron nueve años en levantarlo y solo estuvo habitado durante otros catorce. Otras fuentes hablan de diecisiete. Al morir el Rey, su hijo trasladó de nuevo la corte a Agra. Desde hace cuatro siglos es una ciudad fantasma visitada durante el día por viajeros occidentales con aires de turista y entregada durante las sombras de la noche a los monos. Cientos de monos circulan libremente por las diversas construcciones de un inmenso recinto del que sobresalen la descomunal mezquita, una puerta colosal que en realidad es un arco de triunfo construido para celebrar la victoria en una batalla y, por último, un edificio tan excepcional como enigmático. Este edificio es excepcional no por sus proporciones, que son más bien modestas, sino por la fuerte carga de espiritualidad que se desprende de su historia y de la función a la que estaba dedicado. Era un recinto en el que algunas de las actividades que allí se desarrollaban guardaban semejanzas con el oráculo de Delfos o el conocido como «el observatorio» en uno de los espacios religiosos mayas hoy sumergidos en las selvas del Yucatán mexicano.

El edificio es un cuadrado perfecto que, visto por fuera, semeja tener dos alturas y por dentro se resuelve en una estancia en cuyo centro se yergue una única columna en forma de árbol. Está tallado en una sola pieza de piedra arenisca roja. En aquel recinto, el maharajá reunía a los sabios venidos de las cuatro partes de su reino y aun de lejanas tierras.

Hay una crónica que cuenta que era tal su disposición hacia el saber y tan elevado su interés por las cuestiones relacionadas con la religión que llegó a invitar a jesuitas de los recién llegados a Goa, a la sazón colonia portuguesa. En la India, los jesuitas encontraron en los territorios de los emperadores mogoles un ambiente de mayor tolerancia que en Japón. En el Imperio del Crisantemo, les acabaron crucificando. En la India, en cambio, gozaron de mucha consideración. Tres de ellos —Francisco Henríquez, Antoni de Montserrat y Rodolfo Acquaviva— fueron recibidos por Akbar en la corte de Fatehpur Sikri el 27 de febrero de 1580.

El padre Montserrat, nacido en la ciudad barcelonesa de Vic, llegó a ganarse la confianza del Gran Mogol hasta el punto de ser nombrado preceptor de uno de sus hijos. Fue tal su capacidad de adaptación a las circunstancias que permaneció más de un año en el Palacio Rojo, sede de la Corte. Cuando el Rey emprendió una expedición militar que llevaría a su ejército hasta las inhóspitas tierras de Afganistán, se hizo acompañar del jesuita catalán, quien dejó por escrito un relato de las cosas que vio y el gran asombro que experimentó al viajar a lomos de un elefante adiestrado para la guerra. Según un relato minucioso que guarda la Sociedad Geográfica Española —de él proceden algunos de los datos biográficos de este clérigo tan emprendedor—, resulta que el padre Montserrat aprovechó la expedición para dibujar un mapa de los parajes por los que discurrió la campaña relatando, de paso, las costumbres de los naturales de aquellas agrestes regiones. La pista de este relato en forma de libro minuciosamente ilustrado se perdió en el transcurso de los viajes posteriores de este sabio jesuita correcaminos. Durante dos siglos se creyó que el manuscrito había

sido destruido. Afortunadamente solo estaba perdido. Fue hallado a mediados del XIX entre los libros de la biblioteca de una iglesia anglicana de Calcuta.

A semejanza de la peripecia vital de su paisano Domingo Badía, «Alí Bey», espía de Godoy y primer español cristiano en visitar La Meca, la vida del padre Montserrat es un prodigio de aventuras. Tuvo una trayectoria muy movida que está reclamando un buen guionista, un director de cine y un productor dispuestos a echar el resto grabando en los fascinantes escenarios de la India.

Volviendo al Gran Mogol, a la extraordinaria personalidad de este hombre —en su curiosidad por el saber recuerda al emperador romano Adriano—, creo que su invitación a los jesuitas fue más un impulso por conocer todas las religiones que el deseo de abrazar una fe distinta a la suya. Las noticias que nos han llegado de su vida retratan a un Rey sabio y prudente que, como todo ser humano, también tenía un lado supersticioso o, si se prefiere, la humana preocupación por anticipar el futuro y, de paso, el signo de las iniciativas en las que se iba a embarcar o los acontecimientos en los que pensaba participar. Para ese menester, Akbar contaba con un astrólogo. No emprendía acción sin consultarle y, para tenerlo cerca, tanto como que habitaba junto al edificio antes descrito, había hecho construir, en la espectacular piedra de arenisca roja que es la seña del lugar, un diáfano templete a modo de quiosco con su correspondiente parasol, también de piedra, bajo el cual el sabio escrutaba las estrellas. Cabe suponer que, tras recibir e interpretar los mensajes astrales, era cuando pronosticaba el devenir de las acciones emprendidas por el Rey. En puridad no se puede hablar del establecimiento de un oráculo, pues tal no era ni la función del astrólogo ni el método que seguía pero, en la práctica, el resultado era el mismo: un intermediario que tras escrutar la bóveda celeste —como la Pitia en Delfos, la Sibila en Cumas, los druidas en el altar de Chartres— se adentraba en el proceloso mar de la profecía. El arte de asociar el destino de las personas con la posición de las estrellas en el instante de su nacimiento es un saber antiguo cuya invención

se disputan caldeos, asirios, egipcios y babilonios. Con la llegada del Islam y la rigurosa condena establecida en el Corán contra todo tipo de prácticas tenidas por paganas, el ancestral arte de la profecía encontró refugio en las estrellas y el misterioso saber de los sacerdotes de la Antigüedad pasó a ser patrimonio de astrólogos y astrónomos.

Viniendo desde Agra por carretera, la llegada a Fatehpur Sikri es relativamente sencilla. Como quedó dicho, solo se trata, como en cualquier otra ruta de la India, de sobrevivir a los imprevistos del tráfico. Los viajeros y turistas constituyen la inopinada ventura para algunos de los naturales de estos pueblos que se han trasladado hasta las inmediaciones del complejo histórico presidido por el majestuoso Palacio Rojo, el corazón de la ciudad fantasma. Son decenas de vendedores que acosan como moscas pero que, a diferencia de sus iguales en el infortunio en otros países donde el acoso es parte del peaje, los de aquí saben retirarse sin ira cuando el viajero dice «¡Basta!». Nada que ver, dicho sea en su favor, con la agresividad que caracteriza a los pedigüeños de otras latitudes. Lo segundo que descubre el visitante es la distancia y el altivo aire de desprecio de los numerosos monos que colonizan las ruinas. Permanecen ajenos a las personas hasta que alguien comete la torpeza de ir con algo comestible en la mano. Entonces la reacción de estos animales es tan imprevisible como peligrosa: en la pugna por llevarse un dulce o un puñado de pistachos pueden llegar a morder o incluso a arrancar un dedo del confiado turista. No son los simpáticos animalitos que sugieren los relatos de Kipling. Ya digo que hay en su porte altivo y en sus displicentes miradas como una advertencia. Es probable que su aire de ferocidad aparcada obedezca a un simple recurso para alejar a los intrusos que quiebran el silencio de este palacio fantasma. Decidí que lo mejor era no intentar comprobarlo acercándome en demasía a la gran alberca próxima al edificio del observatorio. Ya fuera, debido a la influencia del calor —la línea del horizonte reverberaba y mesnadas de cigarras

rechinaban emitiendo un zumbido semejante al de las alas de un saltamontes sometidas a la llama de una cerilla— o por la presencia de otros intrusos que con mayor o parecido interés al nuestro desplegaban su curiosidad por los diferentes edificios del recinto palaciego, lo cierto es que los monos se mantuvieron a distancia aunque de vez en cuando, al doblar un recodo o al alcanzar un piso superior, aparecía alguno de repente encaramado en algún muro o recostado en los salientes de las paredes.

Abandonado a mis pensamientos, permanecí largo rato en el interior del Observatorio reflexionando acerca de la personalidad de quien un día fue el dueño de todo aquel fantástico mundo de piedra roja y formas de singular belleza, reflejo sin duda de una época en la que no era cuestionado el origen divino de la autoridad real. Solo así se explica la construcción de una pirámide o de un palacio a capricho de un solo ser humano. En cualquier caso, Akbar debió de ser un individuo excepcional, raro, en el sentido etimológico del término. Su eclecticismo intelectual así lo indica. Pensemos que cuando el Gran Mogol recibía en su corte a sacerdotes o estudiosos de religiones enfrentadas, en Europa o América, por ejemplo en los territorios de la Monarquía Hispánica, el Santo Oficio (la Inquisición) ejercía con mano de hierro la represión de cuantos sospechosos de luteranismo tenía noticia. Apenas veinte años antes de la llegada de los jesuitas a Fatehpur Sikri, el 21 de mayo de 1559, en España, y más concretamente en Valladolid, había tenido lugar un primer auto de fe presidido por la regente gobernadora, doña Juana (hija de Carlos V), en presencia del príncipe heredero don Felipe. Según narra Joseph Pérez en su libro sobre la Inquisición: «Fueron penitenciadas dieciséis personas y se leyeron catorce sentencias de muerte, una de ellas en efigie». En aquella ocasión predicó el famoso teólogo Melchor Cano, dominico. Un par de años antes de los sorprendentes encuentros en Fatehpur Sikri entre hombres de fe de diferentes religiones —verdaderos precursores en siglos de lo que en nuestros días llamaríamos encuentros ecuménicos— en Roma fallecía el arzobispo Carranza, primado que había sido de Toledo,

arrestado por la Inquisición y juzgado «vehemente sospechoso de herejía». Al parecer habría compartido confidenciales dudas sobre el Purgatorio con Carlos de Seso, corregidor de Toro quemado en la hoguera en un auto de fe.

Según el decir de santa Teresa de Jesús, en Europa se vivían «tiempos recios» visto que habían fracasado todos los intentos por mantener la unidad religiosa que había prevalecido en la Cristiandad hasta el triunfo del luteranismo. De ahí la reacción que generó la rígida doctrina forjada por el Concilio de Trento. Eran tiempos de abrasadora intransigencia. Francisco I de Francia, el gran rival de Carlos V, hizo quemar en París a varios sospechosos de luteranismo y, en Ginebra, el español Miguel Servet, teólogo y médico, dio con su vida en la hoguera en 1553, acusado de herejía, sentenciado por el fanatismo desatado en la ciudad por el dictador religioso Juan Calvino.

Evocando el clima de fanatismo religioso que apellida el siglo XVI en Europa, pienso en el contraste —si se quiere circunstancial pero, a la postre, un ejercicio de tolerancia— que revelan los «encuentros ecuménicos» tenidos aquí, en este lugar entre misterioso y sombrío en el que ahora me hallaba. Si cierro los ojos, no me cuesta imaginar una de aquellas reuniones: iniciadas al atardecer y continuadas a la luz de las velas, envueltos los presentes en el denso y especiado aroma del incienso, remedio infalible contra los mosquitos.

Mis conocimientos sobre la Historia de las religiones y las mil y una controversias que han jalonado su evolución a lo largo de los siglos son insuficientes como para ponderar el alcance de los encuentros auspiciados por Akbar entre religiosos de diferentes credos, pero creo que, más allá del factor que cabe atribuir a la personalidad del Emperador —intelectualmente muy activo y curioso —, pienso que quizá se beneficiaron del clima que trasciende del abigarrado panteón religioso tan peculiar de las comunidades de la India. Pese a que la dinastía mogol (y el propio maharajá) profesaba

el islamismo, Agra y Fatehpur Sikri estaban muy lejos de La Meca. Por otra parte, pienso en la influencia cultural persa, presente tanto en la arquitectura como en la cultura refinada de la Corte.

El cristianismo desde siempre y el islamismo desde el primer momento, tras acometer las conquistas guerreras de sus orígenes con la expansión primero hacia Occidente y después hacia Oriente, fueron monoteísmos excluyentes y expeditivos con otros credos o creencias. Teodosio, un emperador romano convertido al cristianismo, prohibió en el año 392 de nuestra Era los cultos paganos y permitió la destrucción de los templos de la antigua religión que había sido la propia de Roma en sus muchos siglos de gloria. Mucho tiempo después, otro Emperador bizantino cerró la Academia de Atenas, último reducto de la filosofía y el saber antiguo. Fue entonces cuando la ciencia del Mundo Antiguo se sumergió y encontró refugio en Oriente Próximo, entre los persas y los árabes. Por la ruta de la seda llegó hasta China y la India donde, a su vez, incorporó nuevos y sofisticados saberes. Aquel fue un viaje de ida y vuelta, pues los jesuitas que habían entrado en contacto con la Corte de los emperadores mogoles, a su regreso a Europa dieron a conocer en Occidente la cultura persa. El legado de un país milenario con una muy arraigada tradición de tolerancia y convivencia de credos —islamista, zoroástrico, cristiano, caldeo—. Por desgracia, siglos después, ya en nuestro tiempo, ese legado proclive a la tolerancia fue arrasado por la intransigencia de un brote fanático de la rama chiita del Islam, la que de la mano del ayatolá Ruhollah Jomeini, tras expulsar al último *Sha* de la corrupta dinastía de los Pahlevi, impuso la *sharia*, la ley islámica, código destinado a regir la vida y la muerte de los iraníes desde entonces hasta nuestros días.

Dejé Fatehpur Sikri, luchando con los mosquitos, manteniendo la mirada atenta en la cercanía inquietante de los monos y pensando en el sentido de una frase de Voltaire que recordaba haber leído

hacía muchos años y dice más o menos así: «Una sola religión es la intolerancia; dos, la guerra; muchas, la libertad». Fatehpur Sikri estuvo habitada durante catorce años; después, fue abandonada y se sumergió en el olvido. La explicación más racional dice que por falta de agua. Se secaron los pozos y se quedaron sin fuentes. Esta explicación no agota todas las hipótesis. Por eso, aún hoy, el nombre de la ciudad va unido a la palabra «misterio». Lo que se sabe sin posible refutación es que el hijo del emperador Akbar, el Gran Mogol, trasladó de nuevo la corte a Agra, donde en nuestros días brilla con fulgor inextinguible la perla del Taj Mahal. También es lugar para volver.

CAPÍTULO XII

VIAJE A JAPÓN

El recinto de Taisoji, el único lugar del mundo donde hay un templo dedicado al Diablo | Es el culto a Enma, también llamado Yama, el señor del Infierno | Un lugar tétrico, una imagen inquietante, da miedo | Los santuarios de Nikkō.





Por insistir en el propósito de este peculiar viaje a las puertas del Infierno, decidí que había llegado el momento de conocer Japón. La visita era, por decirlo así, obligada, por ser, que yo sepa, el único país en el que permanece abierto un templo en el que se rinde culto al Diablo. Está en pleno centro de Tokio.

Tras un par de días dedicados a conocer los mejores lugares, torres urbanas, templos y demás edificios singulares de la capital —incluido el paso fugaz por los jardines del Palacio Imperial—, decidí que había llegado la hora de buscar la huella del culto al Maligno.

Sabía que era algo más que una huella. Era, como decía, un templo. Lo localicé tras concentrarme algún tiempo estudiando un mapa de aquella inmensa urbe en la que viven más de trece millones de personas. Está en el centro y decidí ir en metro combinando media docena de líneas con todos los trenes impolutos abarrotados de personas viajando a velocidad endiablada y en silencio. Mi destino era el templo Taisoji, muy cerca de la estación de Shinjuku-Gyoen. Llegué tras coronar una interminable ascensión en una escalera metálica. Está al salir de la boca de metro, cruzando la calle y girando a la izquierda. No sé por qué me había hecho a la idea de que sería más grande, un espacio ceremonial más amplio. Se diría que la burbuja inmobiliaria que ha dejado a Tokio sin suelo empujando a construir rascacielos o complejos comerciales subterráneos también se ha comido parte de lo que en su día debió de ser el solar del templo. Todo parece apretado. Incluso el cementerio anejo que, en forma de isla con sus estelas funerarias de piedra y madera, se defiende frente al paso del tiempo con la memoria de quienes allí reposan. Presidiendo el que en su día debió de ser un gran atrio, un área habitual en los templos orientales, se encuentra una estatua de Buda con un pañuelo rojo anudado al cuello. Orondo y cordial como se presenta a lo largo y ancho de todo Oriente, una figura familiar. Dentro del templo la cosa cambia.

Preside una estatua en madera de Enma, también llamado Yama, más conocido como el señor del Infierno. La imagen es inquietante. No exagero al decir que da miedo. Frente a la apacible traza de la iconografía tradicional, es de justicia reconocer que los tallistas de la representación de Yama y sus réplicas adláteres se esforzaron logrando imágenes de un perfil amedrentador más allá de lo habitual en el registro de lo repulsivo. Miedo es la sensación que debió de presidir el ánimo de los fieles que en tiempos anteriores se acercaron al templo. No he podido documentar la naturaleza de los ritos a los que se daban los seguidores de Yama aunque, dado el perfil amenazante de su imagen, cabe suponer que debían de acudir para impetrar algún tipo de tregua capaz de alejarles de las garras del Maligno. Desde la perspectiva del pensamiento occidental moderno que repudia los dogmatismos y comparece alejado del sentimiento de culpa, es lógico ver este tipo de prácticas como fruto de la superstición y la ignorancia. De manera menos cruda, más piadosa, quizá podrían contemplarse como un aliviadero de la angustia. Incluso como cobijo ante la falta de respuesta a una pregunta que a estas alturas de la historia todavía sigue en el aire: ¿por qué existe el Mal?

Ni Sartre —«el Infierno son los otros»—, ni Arendt, con su reflexión acerca de la banalidad del mal, aportan respuesta. Si acaso, confirman que existe. Sobre eso no hay duda aunque a los tokiotas de nuestros días se les vea poco el pelo por este templo impetrando la clemencia de Yama.

En apariencia, hoy las cosas han cambiado. Quién sabe si para siempre. Hace tiempo que la ciudad engulló el templo, el cementerio y las tumbas que yacen en uno de los flancos del recinto. Del culto y de la fe o las supersticiones de sus orígenes solo resta la huella de alguna mano devota: al otro lado del templo en el que está encerrada la imagen de Yama, se levanta otra estatua consagrada a un ser benéfico, un protector de los niños. Aparece totalmente cubierta de sal y rodeada por media docena de gatos. Según me explican, lo de la sal es una forma de homenaje que protege de todo

maleficio. «Falta hace», pensé, al tiempo que intenté, sin éxito, acariciar a uno de los gatos que lamía los pies de la blanqueada figura de piedra. El minino resultó esquivo. Casi me alegré tras recordar lo que cualquier lector de Lovecraft sabe acerca de la predilección de la criatura reinante en el Averno por estos felinos. Fue entonces cuando caí en la cuenta de la gran verdad que oculta el proverbio que asegura que las apariencias engañan. Hay que saber mirar, hay que buscar la verdadera naturaleza de las cosas. La presencia de los gatos daba una pista. Quizá lo invisible seguía en su sitio, pero no había sido capaz de comprenderlo en un primer momento, desconcertado por la modesta entidad del recinto.

Abandoné el sitio con la sensación de no haber conseguido penetrar o cuando menos captar el misterio del lugar. Rápidamente construí una justificación que, a distancia, cuando esto escribo, me doy cuenta de que suena a excusa.

El cemento, los rascacielos, la prisa de las gentes tokiotas. Hombres y mujeres convertidos en hormigas urbanas atareadas y uniformadas —los hombres invariablemente ataviados de pantalón oscuro, casi siempre negro, camisa blanca y cartera o mochila atalayada al hombro— han cercado el recinto del templo dedicado al Diablo hasta reducirlo a una ínsula urbana insignificante. Ha dejado de ser un lugar sensible. De ahí la decepción. Ni siquiera el cementerio anejo se escapa de esa sensación de reducto inexpresivo. Pese a que la efigie del Diablo infunde temor, lo cierto es que, encerrada como está en el templete que le sirve de cobijo junto a otra de sus fantasmagóricas representaciones, no parece que a estas alturas del calendario sea fuente de temor para los vecinos de un barrio en el que seguramente su noción del peligro está más residenciada en los concurridos y asediados pasos de peatones.

Es fácil imaginar que la vida de Tokio y la de sus millones de habitantes debe de ser fuente en no pocas ocasiones de posesión y tentación para el Demonio. Es más que probable que Yama, el Diablo venerado en el templo Taisoji, emigrara hace tiempo hacia espacios más propicios para sus transacciones como, es solo un

ejemplo, la Bolsa de Tokio. Aunque, pensándolo mejor, esta urbe de ciudadanos de mentes metafísicas despojadas de ataduras teológicas pero dotadas de profunda espiritualidad es improbable que sucumba ante las asechanzas del Maligno.

Bien aconsejado, para compensar la experiencia vivida en el templo, decidí viajar al corazón espiritual positivo de Japón. Tenía pues que conocer Nikkō. Es un complejo de templos y santuarios situado a unos 150 kilómetros de Tokio, un lugar de montaña de paisaje alpino volcánico en el que bosques apretados de cedros escoltan a ríos cortos y bravos que se precipitan en violentas cascadas cuyas aguas reaparecen en decenas de ruidosos manantiales. Una selva, un paisaje idílico elegido hace algo más de un milenio por un monje —Shodo Shonin— para levantar un templo al que, con el andar del tiempo, siguieron muchos otros. Llegué a mediodía, divertido —todavía ignoraba el menú— porque el almuerzo del día estaba previsto realizarlo en un enclave de nombre Hotel Kanaya del que mi guía aportaba las mejores referencias. La verdad es que arquitectónicamente es una maravilla, una auténtica reliquia centenaria, orgullo de la restauración nipona. Separado del santuario por un río de montaña —el río Daiya—, se encuentra en un paraje idílico. Es un oasis en medio del follaje: dos plantas, estanques, jardines cuidados, maderas barnizadas, mesas de época asomadas a un mirador precioso y… ¡menú local! Comida japonesa. Todo crudo. Toda una prueba. En ocasiones, uno no repara en los nombres de los lugares a los que acude y luego pasa lo que pasa. Por lo demás, el café era estupendo.

Guía en mano, inicié el camino del santuario dejando a un lado un extraordinario puente de color rojo bermellón, un puente sagrado por el que en cualquier momento del día, del mes y del año puede cruzar el Emperador, pero que para el común solo se abre en fechas señaladas. Constatando que todavía hay clases, me dispuse a iniciar la visita al santuario. La primera impresión es que todo en el lugar es grande, próximo a lo colosal. Empezando por una avenida de columnas colonizadas por el musgo que recuerdan la disposición de

las esfinges del templo egipcio de Karnak y desemboca en las inmediaciones de una *torii* —un pórtico— de piedra de proporciones descomunales. Tras acceder al recinto, sin otra dilación, fui directamente a buscar una construcción muy peculiar. Era el destino que había subrayado en mi guía a los efectos de ver lo que luego explicaré. Así que, al llegar, me quedé largo rato contemplando un discreto templete. Era el establo sagrado, un recinto cerrado que custodia una figura en madera de un caballo ceremonial. Siendo interesante el caballo, lo cierto es que ni es lo más importante ni lo más admirado del lugar. La atracción —porque de eso se trata— hay que buscarla levantando la cabeza y fijando la mirada en el dintel. Allí, entre relieves de pinos, en el segundo panel sobre las puertas, están representados los míticos tres monos cuyos gestos —el primero se tapa los ojos con las manos, el segundo los oídos, el tercero se cubre la boca— han dado la vuelta al mundo como símbolo abierto a todas las interpretaciones. La que encaja con el propósito secreto de mi visita para, por así decirlo, tomar nota y saber algo más acerca del mundo del Mal es la que defiende que, con sus gestos cincelados de manera precisa y preciosista en el dintel del establo que tanta gente confunde con un templo, los antiguos habitantes de la zona atribuían a los monos cualidades protectoras respecto de los caballos. Los monos, siguiendo la estela de la filosofía budista, invitan a que «No veas el Mal, no oigas el Mal y no hables del Mal». Tomé nota del mensaje. Tratándose del Diablo, nunca está de más.

El establo de los monos es tributario del santuario de Tōshōgū, un templo fabuloso, en cierto modo, único, y eso es mucho decir en un país como Japón donde los hay a cientos. El paraje, espectacular, refuerza la sensación de armonía procurada en todos sus detalles. Junto al santuario, hay una pagoda de cinco pisos intensamente coloreada de rojo y otro templo de nombre Rinnōji donde se rinde culto a Kannon, diosa de la misericordia. El complejo sintoísta se completa con otro santuario —Futarasan— y un cementerio.

Levantado en medio de un paraje arbolado de montaña en el que la jerarquía boscosa la marcan varios miles de cedros altísimos, algunos centenarios, todo en el lugar contribuye a crear una atmósfera de humedad y selva. Una inopinada viñeta a lo Mowgli, el «niño de la selva», pero aquí todo es real.

El paisaje ha sido domesticado al servicio de la magnificencia del templo. La ristra de escaleras que hay que subir para alcanzar la plataforma que se intuye tras la *torii*, la puerta sagrada que forma el pórtico de este y de todos los templos sintoístas —la corriente religiosa predominante en el país—, pone a prueba el estado físico de los visitantes. La subida cuesta, pero tiene premio. El templo es una joya, una gigantesca caja de madera tallada pintada de color rojo, el color de la alegría que todo lo impregna en el mundo sintoísta. Las considerables dimensiones del edificio mitigan el efecto adverso que en otro lugar provocaría la afluencia de visitantes.

La obligación de descalzarse a la entrada, la prohibición de hacer fotos, el silencio y la sensación de estar en un lugar especial hacen que hasta los más agrestes entre los turistas encuentren un momento para aplazar algunas de sus más recientes manías. Entre ellas, la muy extendida de detenerse cada dos o tres pasos para inmortalizar sus sudadas humanidades dando curso a la muy extendida moda de los *selfies*, origen de innecesarios y arbitrarios atascos.

Debo decir que me parece una medida muy apropiada la imposición de guardar silencio cuando se visitan lugares dedicados al culto o que por su especial disposición reclaman una mirada atenta. En el caso del santuario de Tōshōgū, esta caución parece dictada por el espíritu centenario del recinto religioso, la inmensa acumulación de obras de arte y la sucesión de salas cada cual más armoniosamente dispuesta. Los visitantes abandonan el recinto contentos.

Antes de la salida, tras uno de los mostradores en los que pueden adquirir diversos tipos de amuletos y otros recuerdos del santuario, hay varios muchachos ataviados con el peto blanco,

llamado *keikogi*, y la falda negra, llamada *hakama*, de los practicantes de las artes marciales kendo o aikido. Junto a ellos, un adulto de porte muy distinguido observaba en silencio el paso de la riada de turistas. A juzgar por su apariencia parecía haber dejado ya atrás la cincuentena. Era un monje. Su indumentaria, completamente blanca, no delataba ninguna jerarquía. El viajero repara en los nudillos de sus manos —acrecidos, forjados sin duda en el golpeo del *makiwara*, la tabla utilizada en el entrenamiento— y comprende que es un maestro en algún arte marcial. Se lo pregunta directamente. «De kendo», reconoce, con una sonrisa en la que me pareció apreciar una lejana melancolía. Nos explica las rutinas marciales que junto a la oración presiden las jornadas de los pupilos del templo. Resulta que estamos a dos días de un festival en el que se va a celebrar una competición de tiro con arco. Según la costumbre de la escuela del lugar: a caballo y colocando la flecha en la diana sin mirar al blanco. El resultado es espectacular. ¿Cómo lo consiguen? Parece un milagro. La clave es la concentración, fuerza mental y concentración. Y mucha práctica. Constancia y fuerza de voluntad.

Nos despedimos del monje, en cuyo rostro me pareció confirmar la primera impresión: un poso de melancolía. A diferencia de otras técnicas de defensa, la pericia en las artes marciales no declina bruscamente con la paulatina pérdida de fuerza que es propia del paso de los años pero, pese a ello, así que el tiempo nos alcanza, nadie escapa de la decadencia. De ahí, quizá, el reflejo de tristeza que me pareció advertir en la mirada del monje. Quizá fue mi propio cansancio acumulado subiendo escaleras —no lo he dicho, pero la visita al recinto sagrado culmina con la empinada subida a lo alto de la montaña donde se levanta la *stupa* de bronce que guarda el espíritu del gran shōgun Tokugawa Ieyasu, mecenas del lugar— el que se refleja en esta apreciación de la que tomé nota a la vuelta, en el coche, camino ya de Tokio en un día en el que varios amagos

de lluvia reforzada por la humedad que lo impregna todo en el verano japonés, transmitía una desagradable sensación de selva y agobio.

Quien en sus años mozos se ha machacado horas y horas practicando karate, kendo, taekwondo o cualquier otro arte marcial sabe que, aunque los fundamentos son imperecederos y reviven de manera refleja, la fuerza, el estado de forma, es esencial. Toda primavera antigua es irrecuperable. Quizá esta o parecida reflexión anidaba tras la mirada del monje de Nikkō.

De vuelta a Tokio estuve largo rato dándole vueltas a la historia del monje y, sobre todo, al mensaje de los monos. «No veas el Mal, no oigas el Mal, no digas el Mal.»

Con aquella experiencia en la cabeza regresé al hotel tras circular encajonado durante algo más de una hora en los cien y un pasos elevados que, a modo de lianas lujuriosas, envuelven y oprimen por todas partes a Tokio desde algunos kilómetros antes de llegar al centro. Me quedé un par de días más en la capital.

Si hacemos una excepción en lo tocante a la comida local y su pasión por las cosas crudas, Tokio no decepciona. Ni lo visto ni lo visitado: desde los rascacielos y pasos elevados de tráfico que son el sello de identidad de la modernidad a los templos, santuarios y jardines, que retienen la huella de sus creaciones como testigo perenne de un pueblo especialmente dotado para la espiritualidad. La primera impresión que se lleva uno es que está en la Gotham City de Batman. Es una ciudad robótica, limpia e híper organizada en la que la mejor decisión a tomar por el viajero es hacerse con un bono para ir de un lado para otro viajando en el metro. Todo lo que está en el suelo tiene su correspondencia en el subsuelo. No es un pensamiento sintoísta, es la conclusión a la que se llega tras analizar el plano que refleja la compleja y en algunas líneas ultramoderna estructura del ferrocarril subterráneo tokiota. Dejé Tokio pensando que en el mundo moderno el Diablo con su templo abierto en Taisoji hacía tiempo que ya se había quedado sin trabajo. O todo lo

contrario: puede que todo lo que se ve en Tokio sea obra suya: el desarrollo robótico, las deshumanizadas nuevas formas urbanas de vida, la cultura manga…

En fin, pensando en estas cosas emprendí viaje al sur, hacia Kioto e Hiroshima.

Hiroshima —y también Nagasaki— es la ciudad cuya visita es imprescindible en la hoja de ruta del viajero que quiera saber por qué hubo un día en la Historia de la Tierra —en el caso de Hiroshima el lunes 6 de agosto de 1945— en el que el Infierno ocupó el lugar del cielo. Aunque en la ciudad actual, espaciosa y moderna, han desaparecido las huellas del estallido de la primera bomba atómica lanzada contra una población habitada, la herida será eterna. Nadie que haya tenido la oportunidad de visitar la ciudad y el museo que recuerda la hecatombe dudará de que el Infierno exista. Ningún viajero que haya recorrido las calles del centro de Hiroshima, haya paseado por el Parque de la Paz y se haya acercado al museo conmemorativo en el que está perfectamente documentado lo que ocurrió aquella mañana en la que todos los relojes de la ciudad se pararon a las ocho y cuarto. A esa hora morían abrasadas no menos de 130.000 personas y otras 176.000 vieron sus casas destruidas por obra de una bola de fuego que, cuando se cebó sobre la ciudad, había alcanzado una temperatura de 300.000 grados centígrados. Al principio, todo era fuego. Los transeúntes ardieron, las casas se desplomaron, las traviesas de las vías de los trenes se fundieron, las tejas se licuaron, las aguas del río se evaporaron. La ciudad quedó calcinada. Después vino el viento generado por la onda explosiva y más tarde el terrible efecto de las radiaciones. Toda la ciudad fue convertida en un inmenso pabellón de quemados. Nada igual había visto el Hombre hasta entonces.

Tres días después, el 9 de agosto, el mando militar norteamericano repitió el ataque. Esta vez lanzando sobre Nagasaki un artefacto de plutonio, una bomba todavía más potente que la de uranio que había arrasado Hiroshima. A cuantos he preguntado en Japón por la guerra y las bombas atómicas, todos coincidieron en

que, al desarrollar una política imperialista, el Gobierno militar nipón fue el causante de la guerra tras invadir un montón de países: China, Corea, Filipinas, Birmania, Tailandia, Malasia, Singapur y parte de Indonesia y casi todas las islas del Pacífico. Se plantaron a las puertas de Australia. Miles de personas inocentes fueron asesinadas y otras confinadas en campos de concentración. Al igual que los alemanes nazis, los japoneses también utilizaron a prisioneros chinos (en Nankín) para someterlos a experimentos médicos. Miles de mujeres chinas y coreanas fueron obligadas a ejercer de prostitutas para los soldados. El Mal hizo horas extras. Según ha publicado el historiador y ex militar británico Antony Beevor, al final del conflicto y como fruto de una «estrategia planificada», el ejército japonés perpetró su mayor atrocidad: recurrió al canibalismo, utilizando prisioneros de guerra como «ganado humano». Eran mantenidos con vida solo para ser asesinados de uno en uno para, posteriormente, ser devorados. Según Beevor, por respeto a las familias de las víctimas, esta atrocidad no formó parte del pliego de acusaciones del Tribunal de Crímenes de Guerra de Tokio en 1946.

La crueldad de los uniformados nipones está más que documentada aunque no se explica con detalle en los libros de Historia en uso entre los escolares del país. Aun así, el japonés medio sabe que Japón fue el causante de la guerra.

«El general Tojo fue un criminal de guerra», reconocía una de las guías con las que recorrí el país. El ataque a Pearl Harbor y las posteriores agresiones de la Marina imperial japonesa contra personas y bienes norteamericanos sirvieron como justificación de la entrada en guerra de Washington. Miles de soldados estadounidenses perdieron la vida luchando contra los japoneses en el mar y en las cabezas de playa de las islas. Pero, pese a ello, para algunos historiadores, el uso de las bombas atómicas en la etapa final del conflicto tuvo tintes de venganza. Venganza y, de paso, aviso a navegantes.

En este caso, los rusos. En el verano de 1945, los japoneses ya tenían perdida la guerra aunque los marines americanos todavía no habían puesto pie en el país central pero ya habían combatido en Okinawa, encontrando una resistencia feroz. Los expertos en la Segunda Guerra Mundial coinciden en que, dada la idiosincrasia del pueblo japonés y la férrea disciplina y altísima motivación patriótica de sus soldados, el cálculo del Alto Mando norteamericano acerca del millón de bajas que provocaría el asalto al núcleo central de Japón era plausible. Desde esa perspectiva, el lanzamiento de la bomba atómica habría «ahorrado» vidas. A la vista de la magnitud de la hecatombe provocada y de la posterior reacción de la opinión pública así que fueron conociéndose los detalles del bombardeo y sus consecuencias, suena a justificación. Visto lo ocurrido en Hiroshima, lo que ya no tiene pase es haber lanzado la segunda bomba sobre Nagasaki. Aquí sí que se abre paso la palabra «venganza».

Y, puede que también, como quedó apuntado, suena a cálculo de estrategia política internacional visto que, finalizada la guerra contra Alemania en abril de 1945, los rusos y su descomunal ejército habían vuelto sus cañones hacia Oriente y estaban avanzando sobre posiciones japonesas. De hecho, ocuparon algunas islas al norte del país en una suerte de devolución de la visita que medio siglo antes (1904) les habían hecho los japoneses atacando a barcos y posiciones rusas sin previa declaración de guerra y arrebatándoles Port Arthur y otros enclaves situados en territorio coreano próximos a su confín siberiano.

Visto que Yalta y Potsdam quedaban lejos y Stalin tenía decenas de divisiones acorazadas pero no disponía de la gran novedad que suponía el arma nuclear, lanzar la bomba de plutonio sobre Nagasaki fue, sin duda, lo más parecido a un aviso a navegantes, en este caso, soviéticos. Una interpretación que con el andar del tiempo encontraría apoyo visto lo que pudo ocurrir en la posterior guerra de Corea cuando el generalísimo de las fuerzas aliadas, Douglas MacArthur, barruntó lanzar la bomba atómica contra las tropas de la

China de Mao que acudieron en apoyo de su conmilitón, el dictador coreano Kim Il-sung. Fue el presidente Harry Truman, el mismo que había autorizado el bombardeo atómico sobre Hiroshima y Nagasaki, quien decidió relevarle del mando tras un duro forcejeo político porque MacArthur era un personaje popular. Muy mediático tras sus años de «virrey» en Tokio como vencedor en la guerra contra Japón y tras haber forzado al emperador Hirohito a renunciar a su condición divina y a comunicar a los japoneses que puesto que habían perdido la guerra, debían «aceptar lo inaceptable y tolerar lo intolerable». Hirohito pronunció estas palabras en un mensaje por radio de resonancias históricas pues fue la primera ocasión en la que sus súbditos escucharon la voz del Emperador, un personaje que hasta la rendición incondicional de Japón había permanecido en el Olimpo de los dioses. En este caso, más arriba de las cumbres del monte Fuji.

El viajero sale del Museo de la Paz de Hiroshima y de los recuerdos de las atrocidades perpetradas durante la guerra con la misma o parecida sensación de abatimiento que recordaba haber tenido al salir del Museo de la Historia del Holocausto en Jerusalén. El Mal existe. ¡Vaya que si existe! Lo terrible es que está entre nosotros.

CAPÍTULO XIII

VUELTA A ITALIA

En Rávena, perla secreta del Adriático | Junto al sepulcro de Dante Alighieri, el poeta que descendió a los Infiernos en el inmortal poema que conocemos como la *Divina Comedia* | En su viaje a través de «la senda oscura» Dante creyó haber descubierto el camino que conduce a Dios dejando atrás la desesperanza con la que inició el descenso al Infierno | El mensaje moral que transmite el libro ha sobrevivido al paso de los siglos.





Cada civilización ha interpretado la idea del Infierno a su manera. En las surgidas en Europa tras la implantación del cristianismo como religión predominante, en paralelo con los textos religiosos, quien contribuyó a forjar el imaginario del Infierno de forma más potente e imperecedera fue, sin duda, el poeta florentino Dante Alighieri con su *Divina Comedia*.

Nació en Florencia (1265) pero no murió en su ciudad. La política torció su ruta obligándole a tomar el amargo camino del exilio para fijar residencia en Rávena, ciudad en la que murió en la noche del 13 al 14 de septiembre de 1321. Dejó dicho que «quien sabe de dolor, todo lo sabe».

Guiándome por el espíritu de búsqueda que es el impulso de fondo que anima estos viajes, caí en la cuenta de que no se puede hablar del Infierno sin mencionar a Dante, así que me hice a la idea de que tenía que visitar Rávena.

Como cualquier pretexto es bueno para viajar a Italia y una vez en Italia mi única duda es siempre escoger entre Venecia o Florencia, en esta ocasión decidí que antes de recalar en Rávena estaría bien pasar un par de días en la capital del Arno.

Recuerdo perfectamente la persistente lluvia que me acompañó el primer día durante una mañana en la que, en principio, tenía previsto ver cómo habían quedado, tras ser restauradas, las puertas de bronce del Baptisterio de San Juan, frente al Duomo. Allí había sido bautizado Dante. La verdad es que me había informado mal porque los trabajos de limpieza no habían concluido, así que opté por entrar en la catedral, no sin antes levantar la cabeza hasta forzar el cuello para contemplar la prodigiosa cúpula octogonal de Filippo Brunelleschi. Mirar al cielo para, una vez más, quedar literalmente pasmado ante semejante milagro arquitectónico. Contemplar la cúpula del Duomo —creo que después de la del Vaticano y la de San Pablo, en Londres, es la más grande del mundo— desemboca

siempre en la misma pregunta: ¿cómo es posible que siga en pie? ¿Cómo pudieron lograr que tan formidable estructura de miles de toneladas de peso resista el paso de los siglos? La verdad es que si el Baptisterio es único, también lo es el Duomo. Así que, a pesar de la lluvia y de que el Baptisterio estaba cubierto por andamios ocultando las puertas, no tuve sensación de pérdida.

El caso es que dejó de llover y, puesto que ya tenía en la cabeza escribir algo sobre el Infierno de Dante, recordé que el poeta había nacido en Florencia. Hay guías que señalan una torre del siglo XIII como su casa natal, está situada en una calle estrecha detrás del Palazzo Vecchio, aunque parece poco probable que naciera en ese lugar. También había leído que su sepulcro estaba en una de las iglesias de la ciudad, junto al de otros tres genios: Miguel Ángel, Maquiavelo y Galileo, y está en la basílica franciscana de la Santa Croce, así que, aprovechando que había escampado, me encaminé hacia el espectacular templo, la mayor iglesia franciscana del mundo. El claustro es un punto misterioso que da fe de los orígenes conventuales del complejo, frente a cuya fachada es habitual ver a chavales jugando al *calcio*. Buscaba el sepulcro de Dante sin otro interés que conocer cómo era la última morada del poeta, y lo que descubrí fue una impostura.

Florencia mantiene una relación farisaica con la memoria de Dante Alighieri. En vida, le forzó a huir y exiliarse tras condenarle a muerte en un juicio político anclado en la pugna feroz entre güelfos y gibelinos —partidarios del Papa o del Emperador—. Ante su negativa a regresar para someterse a un juicio del que al parecer, y, según dejó escrito, tenía claro que saldría culpable, la condena se amplió a sus hijos. Sufrió la sentencia como otra injusticia. Exiliado en Rávena, Dante esperó toda su vida el perdón, pero no llegó. La espera le amargó la existencia. Para él, su ciudad fue «madre de poco amor», como refiere su epitafio.

Florencia redime su mala conciencia manteniendo un engaño. En la iglesia de la Santa Croce hay un cenotafio que pasa por ser la tumba de Dante, pero está vacía.

Como luego pude ver, tras dejar Florencia y viajar, por fin, a Rávena, los restos del autor de la *Divina Comedia* están en esta apartada capital que un día fue un importante puerto marítimo. Un puerto militar desde el que el emperador Augusto controlaba el Adriático organizando expediciones de castigo contra los piratas que se refugiaban en las islas de la cercana costa de Iliria. Hoy, por obra de la voracidad de las dunas que han colonizado la zona haciendo avanzar la línea de costa, la ciudad se halla tierra adentro, a varios kilómetros del Adriático. El gran rastro que devuelve a la zona la memoria del agua es un canal trazado con tiralíneas. Comparece rodeado de refinerías y fábricas de materiales pesados cortando a modo de flecha el paisaje y sirve de guía a las gaviotas que, en sus vuelos alocados, llevan hasta la ciudad noticias del mar.

Rávena acogió en su forzado exilio a Dante y allí el genio concluyó la *Divina Comedia*, y allí están sus huesos.

Llegué a la Piazza del Popolo, la que luego supe que era el alegre corazón de la ciudad, un espacio ceremonial acogedor por sus humanas dimensiones pero, sin perder tiempo y dispuesto a caminar un buen rato, pregunté por la tumba. Fue el paseo más corto de mi vida. Resultó estar al lado, al final de una estrecha calle secundaria que se cruza con la vía algo más ancha a la que da nombre el poeta. El mausoleo está adosado al antiguo convento de San Francisco. Es una construcción muy modesta, a tono con el espíritu franciscano del edificio con quien comparte la calle. Estaba abierto y no había que pagar entrada —para que luego haya quien ponga en duda la utilidad de la poesía—, así que entré.

Entré y, supongo que igual que cuantos han traspasado la puerta del templete habiendo leído la *Divina Comedia*, me acordé del famoso: «Los que aquí entráis, perded toda esperanza», del Canto III del Infierno en el que se narra el momento sobrecogedor en el que, de la mano de Virgilio, Dante llega a la puerta del Infierno y repara en la desoladora sentencia escrita en el dintel. Después —a la manera de Ulises descendiendo al Necromanteion para consultar al ciego Tiresias—, Dante llega junto al río Aqueronte y ve llegar a

Caronte, el barquero que transporta las almas de los condenados al castigo eterno sordo ante sus gritos y súplicas… La verdad es que el relato impresiona, sobre todo si ha sido lectura de juventud. La evocación solo duró un instante. Después permanecí largo rato observando el lugar y fijándome en pequeños detalles.

Lo primero que me llamó la atención fue la sobriedad del conjunto y también la luz que procedía de una lámpara votiva colgada del techo. En relación con la lámpara, supe después que desde hace décadas Florencia se hace perdonar la arbitrariedad perpetrada contra Dante. ¿Cómo? Pues de una manera que delata el talento práctico de los toscanos. Son ellos quienes pagan el aceite que consume la lámpara que pendía encima de mi cabeza y que arde día y noche, en el interior de la tumba, manteniendo viva la llama que alumbra la memoria del poeta. El mausoleo es una construcción de formas neoclásicas, de dimensiones escuetas, apretadas; calculé que apenas cabrían nueve o diez personas. Italia, constructora siempre a lo grande, en esta ocasión dio con la tecla de la sencillez. La humilde morada eterna del poeta es un lugar que impresiona precisamente por esto, por la procurada parvedad de su decoración interior en la que destaca la lámpara, cuya llama rojiza arranca reflejos tornasolados a las placas de pórfido que enlucen las paredes.

Todo aquel que ha leído la *Divina Comedia* recordará que el viaje imaginario que Dante emprende de la mano del poeta romano Virgilio le llevó a descender al Infierno pasando después por el Purgatorio y recalando, por último, en el Cielo, donde encuentra a su amada Beatriz. Tampoco habrá olvidado que Beatriz Portinari, el amor imposible de su vida, era una joven de la que se enamoró cuando ambos tenían nueve años. La leyenda quiere que no volviera a verla hasta nueve años después. Fue un amor puro no atendido pero incombustible, y su memoria acompañó al poeta durante el resto de su vida. Beatriz murió en 1290, cuando Dante tenía ya veinticinco años. Nunca la olvidó y por eso la hizo inmortal en versos

en los que, de paso, fijó buena parte del idioma italiano. Antes de entrar, estuve un buen rato observando el lugar y me vino a la cabeza el estoico o, si prefiere, el depresivo pensamiento propio de quien se halla de visita en un mausoleo: el *sic transit gloria mundi*, lo efímero de la gloria en este mundo. Lo deseché enseguida porque no era una conclusión lógica. Todos hemos de morir, pero la suerte de los poetas es que están destinados a perpetuarse a través de sus versos. En ese registro, aun ante la evidencia de la brevedad de la vida, concluí que evocar su memoria debe ser origen de alegría, no de tristeza, y me vine arriba. Nada de melancolías. La poesía, como decía Robert Graves, es el último rescoldo de la magia y Dante ha sido uno de los grandes magos que han pasado por este mundo. Su legado va más allá de la belleza formal de sus versos. Su invitación a meditar sobre lo que es el Infierno ayuda a comprender que lo que uno hace en esta vida tiene consecuencias. El legado de Dante no se queda en sus versos, su descripción del Infierno ha encendido la imaginación de otros artistas. Miguel Ángel, por ejemplo, se inspiró en el descenso a los Infiernos para pintar algunas de las escenas del Juicio Final que iluminan el cielo de la Capilla Sixtina.

Salí del mausoleo y durante un buen rato me entretuve curioseando por los alrededores. Lo más interesante está en el patio del antiguo convento donde una lápida recuerda que por algún tiempo, durante la Segunda Guerra Mundial, los huesos de Dante estuvieron escondidos en el interior de un pequeño montículo de tierra. Previsores, los monjes francisanos quisieron poner a salvo de bombas los despojos del poeta.

Dejé el lugar con la sensación de que había merecido la pena la visita. Lo que vino después corrobora y multiplica lo conveniente de ir a Rávena al margen de gustos y preferencias artísticas: guarda una de las mejores colecciones de mosaicos bizantinos de toda Italia. Descontando la basílica de San Marcos en Venecia, y, claro está, Santa Sofía, la madre de todas las basílicas bizantinas hoy convertida en museo en la ciudad de Estambul, San Vital y San

Apolinar guardan lo mejor del arte de Bizancio, aquel Imperio Romano de Oriente que duró más de mil años y cayó a manos de los turcos la mañana del martes 29 de mayo de 1453.

Conocida la matanza que había provocado el asalto de los jenízaros a las míticas murallas de Constantinopla y la sarracina que vino después —el sultán turco Mehmed II entregó la ciudad a la soldadesca—, aquello sí que fue abrir las puertas del Infierno. Occidente no acudió en socorro de Bizancio. Las controversias y querellas religiosas —que es tanto como decir: mezquinas luchas de poder— cegaron los ojos de quienes deberían haber previsto las consecuencias históricas de la caída de Constantinopla. En cierto sentido, Grecia, Serbia y otros países de los Balcanes, el mundo ortodoxo, todavía no se han repuesto de aquella herida. Pasear por Rávena y dejarse envolver por la tranquilidad de sus calles y el gozo que produce la contemplación de los maravillosos mosaicos bizantinos le dice a uno muchas cosas sobre las raíces de nuestro mundo y nuestra forma de vivir. No imagino a nadie que no se detenga una y dos veces contemplando el vigorosos retrato de Justiniano I, el emperador bizantino que construyó Santa Sofía, y la fastuosa imagen de su mujer, la emperatriz Teodora, la mujer que ha pasado a los libros de Historia como una rara mezcla de inteligencia, astucia y coraje: «El mejor sudario para un Emperador es la púrpura», le espetó un día a su marido cuando estaba a punto de rendirse, arrinconado por la plebe que se había sublevado en el Estadio tras una bronca entre partidarios de los «verdes» y los «azules», los colores de los equipos de gladiadores de la época.

La reacción de Teodora salvó el Trono. Cuentan las crónicas bizantinas que 30.000 de los sublevados fueron pasados a cuchillo por las tropas del general Belisario, un militar excepcional y leal al Emperador. Belisario también recuperó para Bizancio buena parte de las tierras de Italia que habían caído en manos de los godos y otras naciones de bárbaros de origen germano. En el año 540, Belisario arrebató Rávena a los godos. Los años de paz que vinieron después permitieron levantar las maravillosas basílicas que hoy todavía

siguen en pie custodiando uno de los conjuntos de mosaicos bizantinos más importantes de Italia. Son patrimonio de la Humanidad.

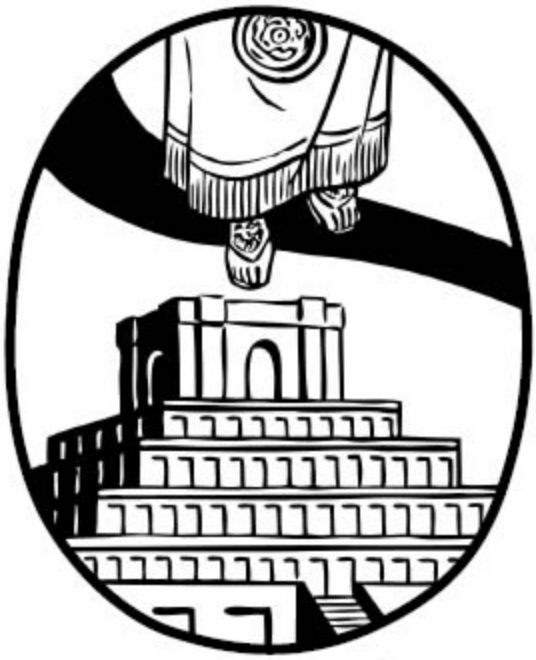
Es imposible no conmoverse ante el delicado mosaico que ilumina uno de los rincones del mausoleo de la emperatriz Gala Placidia: dos palomas bebiendo agua en una fuente. Un arco iris de teselas en las que predomina el azul del cobalto y el amarillo del brillante polvo de oro. «Belleza», esa es la palabra. Rávena es una ciudad en la que las piedras han revelado todos sus secretos.

No así la *Divina Comedia*, fuente de inspiración a lo largo de los siglos para cuantos han querido aproximarse al misterio del Infierno y a la perdurable huella de desasosiego que apareja su hipotética existencia.

CAPÍTULO XIV

VIAJE A IRAQ

En 2003, durante la guerra | Visita a las ruinas de Babilonia y a los restos de la mítica Torre de Babel, el zigurat cuyo templo estaba consagrado al dios Marduk | Allí levantó un palacio Saddam Hussein y al lado los americanos habían instalado un campamento militar | Pese al devastador paso del tiempo, el resplandor de la gloria de Babilonia permanece en la memoria.





Olvidaron a Shakespeare. Olvidaron que, una vez desatados, los perros de la guerra todo lo devoran. Cuando, en la primavera del año 2003, miles de soldados norteamericanos invadieron Iraq, contaban con el respaldo de la opinión pública de su país. En Estados Unidos, la mayoría de las gentes creían que Saddam Hussein, el tirano que tenía a su país en un puño, disponía de armas de destrucción masiva, armas químicas y biológicas capaces de sembrar la muerte de manera indiscriminada.

Estaban engañados. Fueron víctimas de una conspiración con amplias sinergias en los medios de comunicación. Los principales impulsores de la invasión (Dick Cheney, Donald Rumsfeld, George Bush, Tony Blair) sabían que el tirano de Bagdad no disponía de ese tipo de armas, pero la televisión, las complicidades mediáticas y los grandes intereses económicos en juego —una guerra es un nicho de oportunidad, nunca mejor dicho, para las grandes compañías que están detrás de las fábricas de armamento— apoyaron hasta el final la invasión, el complejo «militar-industrial» del que (enero de 1961), al final de su mandato, recelaba el Presidente y general de cinco estrellas Dwight D. Eisenhower.

Saddam Hussein fue derrocado tras la invasión, pero al disolver el ejército iraquí, los cuerpos policiales y declarar ilegal el partido laico Baaz, Paul Bremer, el procónsul designado por el presidente Bush para hacerse cargo del poder en Bagdad, abrió las puertas del Infierno que hemos conocido después.

Más de cien mil muertos, decenas de atentados suicidas y ataques terroristas entre facciones religiosas rivales: chiitas contra sunitas y viceversa y, por último —ante la impotencia, la falta de equidad y la corrupción de los sucesivos gobiernos de Bagdad—, la aparición del Estado Islámico (EI) y su autoproclamado califato, un movimiento de islamistas fanáticos y terroristas que, cuando esto escribo, se han apoderaron de la rica región petrolera del norte del

país, con capital en Mosul y cuyos combatientes —mezcla de mercenarios yihadistas procedentes de países de Occidente y antiguos cuadros de los ejércitos de Saddam Hussein— han sido declarados el «enemigo público número uno» por el presidente de Estados Unidos Barack Obama. Desde hace diez años Iraq es un avispero letal. El Infierno en la Tierra.

Puesto que hay que contar las cosas como son, lo propio es decir que, en Iraq, hace años que las puertas del Infierno permanecen abiertas. Durante unos días estuve allí. Muy cerca.

Fue a finales de septiembre de 2003 cuando llegamos a Iraq acompañando a Luis del Olmo, el maestro de la radio española. Había ido con el equipo de *Protagonistas* a realizar en vivo y en directo un programa con los soldados españoles de las unidades de la coalición internacional que apoyaban a las tropas estadounidenses. Tropas de élite al mando del general Alfredo Cardona —un ibicenco, un boina verde de los Grupos de Operaciones Especiales del Ejército de Tierra de España—. Se emitió el programa y habló todo el que tenía algo que decir: desde quien por aquel entonces era el ministro de Defensa (Federico Trillo) hasta el ya mencionado general Cardona, un diplomático especialista en Oriente Próximo y soldados de la tropa. Fue una mañana de radio muy amena; polémica y entretenida como las que, durante tantos años, venía ofreciendo Luis a sus oyentes.

Después de hacer el programa, en ruta hacia Nayaf, nos trasladamos en helicóptero hasta la zona que los americanos habían bautizado como Camp Babil, junto a las ruinas de Babilonia. Fue un privilegio contemplar desde el cielo a bordo de un helicóptero «Cougar» artillado el solar de la antigua Babilonia, los restos del zigurat y el pretencioso palacio de Saddam Hussein, una mole levantada con adobes. Una reconstrucción similar a la de la restaurada muralla, el laberíntico interior de la ciudad y la impresionante Puerta de Ishtar con sus catorce metros de altura por diez de ancho. El resumen del vuelo —según anoté en mi cuaderno — fue una mezcla de éxtasis y temor. Un día antes, de noche,

habíamos llegado al aeropuerto de Bagdad en un Hércules volando desde Kuwait. Cambiando de transporte enfilamos ruta hacia Diwaniya. Nuestro helicóptero fue tiroteado. No fue alcanzado, pero vimos las balas trazadoras iluminando la oscuridad. Fue cuando los experimentados —y guasones— artilleros españoles nos aconsejaron que colocáramos el casco de acero… bajo el trasero. El recuerdo de la inolvidable escena de *Apocalypse Now* resultó inevitable, aunque nadie echó de menos a Wagner. Pese a que permanecieron todo el viaje con el dedo listo en el gatillo de las ametralladoras del «cougar», la serenidad de nuestros artilleros —dos cabos primero, uno de ellos valenciano y por lo tanto acostumbrado al ruido de la pólvora— nos transmitía seguridad.

Los canales que segmentan las llanuras regadas por el Éufrates y el Tigris y las simétricas parcelas de cultivo que jalonan la ruta de Babilonia solo se veían alterados por el viento y de vez en cuando por la carrera de algún animal asustado por el trac-trac-trac de las palas del helicóptero. En momentos así uno piensa muchas cosas. Se olvidan las miserias del oficio y cae en la cuenta de que ser periodista es un privilegio.

Privilegiado era, sin duda, aquel momento. Vivir una aventura como aquella no tenía precio. A poco que se haya leído, historias como la de la Torre de Babel, los Jardines Colgantes o la propia evocación de la mítica Babilonia compensan de todas las incomodidades de un viaje tan peculiar. Lo de menos era el reto de participar en el programa de radio, lo excitante era el lugar y la situación. Un país en guerra, vuelos nocturnos en avión y en helicóptero, dormir en lo que había sido la base de un regimiento blindado del Ejército de Saddam Hussein…, periodismo vivo, aventura en estado puro.

Mi intención era llegar lo más cerca posible del zigurat de Babilonia. ¡La Torre de Babel del relato bíblico! A pesar del paso del tiempo hay imágenes que permanecen para siempre en la memoria y la de la Torre de Babel del cuadro de Brueghel el Viejo es una de las que

encienden la imaginación y queda grabada para siempre junto al misterio de la confusión de las lenguas. Si los seres humanos somos iguales —si no en la vida, desde luego como rúbrica en la muerte—, ¿por qué no hablamos todos el mismo idioma? La religión primero y la filosofía después han tratado de dar respuesta a este interrogante pero, en el mejor de los casos, solo lo han conseguido en el plano de la moral o, si se prefiere, en el de la ética. Desde antiguo se ha dado por buena la idea de que la confusión de lenguas, la disparidad que impidió el entendimiento entre los constructores de la torre —el zigurat que debía alcanzar el cielo— habría sido el castigo a la soberbia de sus constructores, castigo a la sed de poder de los hombres. Otra vez el querer ser como Dios, el pecado de Lucifer, el ángel caído. Otra explicación más pegada, quizá, a lo que fue el impulso que animó a los antiguos habitantes de Mesopotamia a construir no uno sino muchos zigurats, habla del miedo al Diluvio.

En el poema de Gilgamesh, relato cumbre del que vive gran parte de nuestros conocimientos sobre la tierra entre ríos de la que fue capital Babilonia, se narra la historia de Uta-na-pistim, un buen hombre al que Enlil —Dios—, harto y molesto con la humanidad, ordenó construir un barco en el que poner a salvo todo tipo de semillas y muchas parejas de animales. Un relato similar se ha encontrado en algunas de las tablillas de barro que narran episodios de la historia de Ur de Caldea, la tierra de la que parece era oriundo el patriarca judío Abraham. Todo remite a todo en las tierras del Creciente Fértil.

El Génesis, el primer libro de la Biblia, hace suya la idea del miedo a que volvieran a crecer las aguas. Explica que el impulso que llevó a levantar aquellas altísimas pirámides escalonadas hechas de ladrillos de barro cocido flanqueadas de interminables escaleras fue el miedo al Diluvio. El temor a que la cólera divina decretara otro castigo como aquel de la subida de las aguas que anegaron la Tierra y del que, por cierto, guardan memoria otras civilizaciones. Deucalión se llamaba el Noé de la mitología griega y Pirra, su mujer. Para los incas

peruanos, Manco Cápac y Mama Ocllo fueron los únicos humanos que sobrevivieron a la subida de las aguas decretada por Viracocha para destruir a los gigantes. Ellos repoblaron la Tierra.

Muchos pueblos, pese a sus diversas culturas, conservan un relato en el que se describe una terrible inundación de efectos devastadores. Nada más lógico, pues, que tomar precauciones. Y qué mejor que levantar una torre. Un puente entre el cielo y la Tierra a través del cual sería posible comunicarse con los dioses, un zigurat en forma de pirámide escalonada. En alguna parte había leído que el dedicado a Marduk pudo alcanzar cerca de cien metros. Alejandro Magno quiso convertir a Babilonia en la capital del imperio que había conquistado y con la intención de levantar uno aún más alto hizo demoler el zigurat. La muerte le alcanzó antes de poder llevar a término el proyecto. Lo que se conserva son partes de tres escaleras muy anchas y restos de la planta que estaba protegida por un muro dentro del cual había varias estancias. Era un complejo religioso en el que destacaba la puerta sagrada que daba a la llamada Avenida de las Procesiones y que solo se abría en ocasión de determinadas celebraciones religiosas. Historiadores, estudiosos de la Biblia y también algunos arqueólogos concluyen que era la famosa Torre de Babel.

La sabía arruinada, en parte por obra de los arquitectos de Alejandro, en parte por el paso implacable del tiempo; con sus muros de barro cocido devorados o destruidos por el latrocinio de los ladrones de antigüedades y por el saqueo de los campesinos pobres que reutilizaban el material del zigurat para construir las modestas casas en las que viven a la orilla del río. Del zigurat como tal apenas quedan las huellas confundidas en el montículo artificial que forman los restos de los ladrillos de adobe colmatados. Lo que está en pie e impresiona es la reconstruida muralla de Babilonia en la que destaca la Puerta de Ishtar. No es la original. Para ver la que fue el colosal pórtico de la Avenida de las Procesiones hay que ir a Alemania.

Unos años antes, en una de las ocasiones en las que había estado en Berlín —antes y después de la caída del Muro— había pasado muchas horas en el Museo de Pérgamo y me había quedado bobaliconamente extasiado frente al altar de Zeus —traído desde Pérgamo, en Turquía, por el arqueólogo alemán Carl Humann a finales del siglo XIX—. También me deslumbró la magnificencia de la Puerta de Ishtar. Es el arco original, una de las ocho puertas con las que contaba Babilonia. Es una maravillosa construcción alicatada de ladrillos vidriados con lapislázuli, de ahí el intenso color azul que contrasta con los colores rojizos o dorados. Engarzados en el corazón aparentemente inexpugnable de la materia hay toros, leones y dragones heráldicos delicadamente esculpidos, y también filas de flores que recorren la parte interior de la puerta formando un conjunto que resulta deslumbrante. No conozco a nadie capaz de permanecer insensible ante semejante prodigio, pero es seguro que los hay. Sobre todo en tiempo de guerra. Como la del año 2003.

La insensibilidad que llevó a la 155.a brigada de combate del Ejército de Estados Unidos a instalar su campamento en las inmediaciones del recinto de lo que había sido Babilonia. Supongo que no fue premeditado, pero el resultado de la acampada y las idas y venidas de los vehículos blindados ocasionó considerables destrozos. El aparcamiento de tanques y demás transportes acorazados ubicado a menos de cien metros de la Puerta de Ishtar acabó contaminando el suelo. El paso de los carros dañó el firme de una parte de la Avenida de las Procesiones. La reconstruida Puerta de Ishtar fue víctima de depredadores coleccionistas que arrancaron azulejos y también de los grafiteros que a todas partes llegan y de los que no hay forma humana de librarse. Aun así, impresiona. Guardo con cariño una foto con Luis del Olmo frente a la histórica puerta. En segundo plano, empuñando un fusil de asalto, aparece un soldado asiático, me parece que era filipino. Nos lo habían asignado como protección al no haber conseguido disuadirnos de que fuéramos solos a visitar el interior de las ruinas. No me lo habría perdido por nada del mundo.

Era como pasear contemplando la Historia. A la derecha, según se entra, está el museo. Entrar y ver que estaba vacío fue una sorpresa, sorpresa y tristeza al observar algunas de las fotografías colgadas en las paredes en las que se veían las piezas —estatuas, vasijas, grabados, armas— que se exponían en el museo antes de la guerra. Estábamos prácticamente solos y nos costó encontrar a un paisano al que preguntar qué había sido del patrimonio del museo. Su respuesta fue lacónica: robo y expolio, no solo por cuenta de los invasores. Días antes del inicio de los bombardeos sobre Bagdad, el preludio de la guerra, una parte de las piezas había sido puesta a salvo por los cuidadores del museo, pero otras acabaron en manos de las redes de contrabandistas de antigüedades que operaban en Iraq desde que en Occidente se puso de moda coleccionar piezas de arte antiguas. También hubo soldados de dedos largos que aprovecharon la ocasión para hacerse con *souvenirs* de la mítica Babilonia.

Recorrimos, paseando, el laberinto de las calles y los estrechos pasillos interiores de la histórica urbe. Desde algunos puntos, a lo lejos veíamos el palacio de Saddam Hussein situado en un alto no lejos de donde estuvo la torre. El dictador había querido hacerse un hueco en la Historia de Mesopotamia abriendo casa junto a las ruinas del zigurat de Marduk. Nuestro intento por conseguir el permiso para visitar el palacio fracasó. En aquellos días, era un recinto declarado zona militar restringida. Solo los soldados norteamericanos podían entrar y salir. A los pies de la colina sobre la que se yergue estaba el aparcamiento en el que se agrupaban los vehículos acorazados, en su mayor parte blindados ligeros, destinados al transporte de tropas. También había algún carro de combate de mayor tonelaje. Creo recordar que los españoles estaban aparcados junto a los del batallón polaco en compañía de otros de los países que formaban la coalición internacional que apoyó a Estados Unidos y al Reino Unido en la invasión que derrocó a Saddam Hussein. Por aquellos días el tirano estaba desaparecido y era intensamente buscado por comandos de las fuerzas especiales

del ejército norteamericano. Meses después, en diciembre de 2003, fue localizado en el interior de un refugio subterráneo construido en una granja cercana a Tikrit, su ciudad natal. Juzgado por haber ordenado la ejecución de 148 ciudadanos chiitas supuestamente relacionados con un fallido atentado contra su persona, fue condenado a morir en la horca. Paseando por el interior de Babilonia, ni Luis ni yo dejamos de hablar de la guerra y de sus consecuencias, pero creo que el grueso de la conversación giró en torno a la magia del lugar, gran parte todavía en ruinas, salvo las murallas reconstruidas por orden de Saddam. Las habían levantado de nuevo recurriendo a la misma técnica empleada por los albañiles babilonios, que utilizaban ladrillos unidos por una masa compuesta de mortero y caña. El desierto y el paso de los siglos ya habían arruinado el esplendor de Babilonia aunque no consiguieron apagar el recuerdo de su gloria. Afortunadamente, en algunos museos de Europa (sobremanera en el Louvre, de París), se conservan notables restos arqueológicos. Como la famosa columna de basalto en la que está grabado el Código de Hammurabi, el primer conjunto de leyes de la Historia que lleva el nombre del que fue rey de Babilonia durante cuarenta y dos años (1792-1750 a.C.) y conquistó un imperio cuyas tierras se extendían desde el Golfo Pérsico hasta cerca del Mediterráneo, llegando por el norte de Mesopotamia hasta lo que hoy es el Kurdistán.

Haber estado en Mesopotamia, en las ruinas de Babilonia, la capital de Nabucodonosor y de la legendaria reina Semíramis, la ciudad en la que murió Alejandro Magno, y haber contemplado las aguas del Tigris y el Éufrates, nombres míticos que le devuelven a uno la memoria de cuando era estudiante de Bachillerato, fue un privilegio. Una experiencia inolvidable.

Ojalá Iraq recupere la paz, se cierren las puertas del Infierno, y pueda volver a ser el país hospitalario del que hablaban maravillas los viajeros que a lo largo de los siglos llegaron aquí atraídos por la

fascinante historia de Babilonia, los Jardines Colgantes y el misterio de la Torre de Babel, el zigurat en cuya elevada cúspide los sacerdotes de Marduk hablaban con el dios del cielo.

CAPÍTULO XV

VIAJE A EGIPTO

Visita al templo de la diosa Hathor en Dendera | Allí se encuentra la más antigua representación conocida del Zodíaco | Es un mapa astral | Un bajorrelieve con imágenes de la posición que ocupaban las constelaciones, entre ellas las de Tauro y Libra, hace más de dos mil años | Podría guardar el secreto del tiempo y la llamada «tabla del destino» | En 1798, durante la campaña de Egipto, las tropas de Napoleón lo hallaron enterrado en la arena | Años después, tan enigmático mapa celeste fue llevado a París | Se puede ver en el Louvre.





Los antiguos egipcios creían que la inmensidad de un dios solo podía ser expresada mediante el silencio. Adoraban a los cocodrilos, animales a los que, por tener una lengua minúscula, veían como el símbolo del silencio de los dioses. La idea del silencio de la divinidad se perpetuó con el paso del tiempo. Plutarco, un historiador nacido en Grecia en tiempos del emperador romano Claudio, dejó escrito que de los hombres aprenden los hombres a hablar y de los dioses a callar.

El silencio considerado como prematura premonición de la muerte. Puede que el silencio de la divinidad sea el germen de la angustia que todo ser humano padece respecto de su futuro, de ahí el auge de la adivinación y de los procedimientos inventados para escrutar el devenir de los días en las vidas de quienes levantan la vista hacia el cielo creyendo que su destino está escrito en las estrellas.

Esa incertidumbre es la que animó a nuestros antepasados a creer que el futuro podía ser anticipado a través de la interpretación de los signos del Zodíaco. Esta invención, una de las más curiosas debidas al ingenio humano, ha pretendido a lo largo de los siglos ser una respuesta a la incertidumbre que apareja la vida de todo ser vivo.

Uno de los zodíacos más antiguos y, sin duda, el más famoso de cuantos nos han legado las civilizaciones que nos han precedido se encontraba en Egipto y de él dice la leyenda que podría guardar el secreto del tiempo. Originariamente estaba esculpido en la bóveda de un templo construido hace más de dos mil años. Un templo levantado en Dendera, un pueblo que se encuentra en la región de la ciudad de Asuán.

En su busca viajamos como remate a una larga estancia en el país del Nilo, un viaje del que, en su fase final, recuerdo momentos gloriosos. Uno muy principal tuvo lugar un día de verano tras una

jornada agotadora en puertas ya del crepúsculo, nadando en la piscina del Hotel Mena House Oberoi, frente a ¡la gran pirámide de Keops! Una experiencia única. Es el mismo hotel que en 1869 dio cobijo a una ilustre paisana: Eugenia de Montijo, emperatriz de Francia y gran valedora de Ferdinand de Lesseps, el ingeniero que construyó el canal de Suez.

Para un viajero occidental reclutado para gozar de los testimonios arqueológicos que nos ha legado la Historia, Egipto es el no va más. El clima y el desierto imponen condiciones draconianas que se saldan en fatiga. Servidumbres relacionadas con el calor, la sequedad del ambiente, el agobio de la ropa, el sudor, el continuo trasiego de agua, etc... Pero todo se compensa. Todo se compensa con el gozo que procura la contemplación de los templos de Abu Simbel —gloria del faraón Ramsés II—, o el de Hatshepsut en Deir el-Bahari, o la grandeza colosal de Tebas. Y, ¡qué decir del templo de Karnak en Luxor!, o de los misterios que todavía guarda el Valle de los Reyes. En lo tocante a las maravillas legadas por el Mundo Antiguo, Egipto lo resume todo.

Los antiguos egipcios fueron un pueblo obsesionado con detener el movimiento universal de las cosas hacia su fin. Aquella manera suya de ver el mundo ha dejado impronta. Tanta que compensa madrugar para ver amanecer sobre la cresta de las pirámides o trasnochar para acompañar al sol en su viaje hacia Occidente contemplando el crepúsculo desde la ribera del Nilo. Por ejemplo, en Asuán, en el paraje que se vislumbra más allá de la tumba del fundador de la secta de los ismaelitas, el Aga Khan III, prestigioso imán de origen pakistaní para el que su esposa, la Begum (nacida Yvonne Blanche, una miss francesa), construyó el sobrio mausoleo que se recorta sobre el horizonte siguiendo la estela que traza el Sol en su ocaso. En vida, cada día, la Begum ofrecía una rosa roja a su marido, una costumbre que la muerte no interrumpió. Todos los días un jardinero deposita una rosa en la tumba del imán. Se diría un privilegio que parece reservado a los inmortales.

Saliendo desde la moderna Asuán, muy cerca de la antigua Luxor, la ciudad levantada sobre las ruinas de Tebas, la que fue capital del Imperio Nuevo del Antiguo Egipto, se llega pronto a Dendera. Es un pueblo grande que se encuentra a unos setenta kilómetros al norte de Luxor, en la ribera occidental del Nilo. Hoy su principal atractivo, el que atraía a los viajeros y turistas antes de las recientes convulsiones políticas que ha padecido el país, es la más espectacular y misteriosa representación espacial del Zodíaco que nos ha legado la Antigüedad. Estaba en el templo dedicado a Hathor, diosa del amor y de la belleza, la Afrodita de la mitología griega. Tenía una docena de capillas y en la bóveda de una de ellas, tallado en arenisca, estaba el famoso Zodíaco. El que se enseña en Dendera es una copia, para ver el original hay que ir a París, al Museo del Louvre.

El bajorrelieve del Zodíaco estaba esculpido en el techo de una estancia dedicada a Osiris, el dios egipcio de la resurrección y la fertilidad, tan explícita en las crecidas del Nilo. Este dios también presidía el tribunal que juzgaba a los difuntos. Todo en el lugar y alrededor de esta pieza única está tejido de símbolos cuya contemplación obliga a mirar al cielo.

Es un mapa de las estrellas y las constelaciones. La bóveda celeste está simbolizada por un círculo sostenido por cuatro pilares en forma de mujeres y diversas representaciones de Horus, el dios personificado con cuerpo de hombre y cabeza de halcón. En el primer anillo hay 36 figuras que simbolizan los 360 días del año egipcio. Quedan fuera los cinco días llamados en griego «epagómenos» para completar el año solar. En el anillo interior están representados los signos del Zodíaco —círculo de animales—, algunos mediante los símbolos que han llegado hasta nuestros días. Se cree que el templo fue construido en los años 50 a.C., el gran Zodíaco pudo ser tallado en la misma época. Algún astrofísico ha leído en los relieves un hecho astronómico singular defendiendo la

consignación en fecha precisa de dos eclipses, uno de luna que habría tenido lugar el 25 de septiembre del año 52 a.C. y otro de sol acaecido el 4 de marzo del año 51 a.C.

En orden a fechas y simbolismos a la hora de desentrañar el significado del conjunto de figuras que componen el Zodíaco, lo más honrado es reconocer que los expertos en el Mundo Antiguo se mueven entre sombras, cosa que no resta interés a algunas de sus conjeturas. Ciertos estudiosos, por ejemplo, han creído identificar en algunos de los signos grabados en esta singular rueda celeste la huella de un viejo relato de la cosmogonía babilonia: la famosa «tabla del destino», el objeto sagrado al que se refiere el mito que narra la lucha de los dioses primigenios, la posterior aparición del cielo y la Tierra y también la creación del primer hombre. Es una larga historia llena de episodios a cuál más truculento que se inician con la coyunda sagrada entre Tiamat, la diosa del agua salada, que resulta ser la mala de la película y representa la oscuridad y el caos, y Apsú, dios del agua dulce que acabará siendo asesinado. De ellos descenderá Marduk, el dios de la luz y el orden del que hablé cuando viajamos a Babilonia para conocer los restos del zigurat construido para perpetuar su memoria.

El paso de los siglos y el avance del desierto enterraron en el olvido la memoria del templo y del Zodíaco. Pero a lo largo del tiempo los hombres no han perdido la afición a consultar los horóscopos. Es la prueba de la perenne vigencia de una de las preguntas que más veces se han formulado los seres humanos de todas las épocas: «¿Qué me deparará el futuro?». Pregunta en cuyo fondo late el rescoldo de la angustia vivida por el primer hombre que vagó errante por la Tierra. Ignorante de que a la noche la sucede el día, lo podemos imaginar aterrado ante la llegada de las sombras de la primera noche de su vida, a la espera de que volviera de nuevo la luz. No sabremos cuánto tardó en reponerse de aquel miedo y nadie puede asegurar que el terror vivido no se haya prolongado en el

inconsciente colectivo dejando un poso de eterna incertidumbre ante lo que está por venir. De ahí el interés por saber y anticipar qué nos deparará el futuro, el día siguiente, a los ya vividos.

A lo largo de los siglos, religión, superstición y ciencia se fueron mezclando dando lugar a dos ramas del saber: la astronomía y la astrología. La primera intentó guiarse apoyándose en las muletas de los conocimientos científicos de cada época y la segunda se dejó reclutar por la superstición o cayó en los dominios de las religiones esotéricas. En relación con creencias y prácticas alejadas de la ventaja que la ciencia aporta a la razón, el paso del tiempo solo ha modificado algunos de los nombres que empleamos para señalar algunas de sus manifestaciones, pero la superstición permanece e incluso gana terreno a costa de las religiones tradicionales. Mientras, la ciencia médica a través de la genética registra avances impensables hasta hace poco, abriendo caminos que permiten avizorar el definitivo desciframiento del lenguaje mitocondrial y el resto de los secretos que conseguirán reproducir o prolongar artificialmente la vida haciendo realidad el sueño de los sacerdotes del Antiguo Egipto cuando en la Casa de los Muertos, mediante el recitado de las fórmulas secretas contenidas en el Libro de los Muertos, preparaban al soma del difunto para afrontar su nueva vida en la eternidad. Salvando la distancia, que es mucha, en el lenguaje científico hay un punto de esoterismo que recuerda la función de los jeroglíficos, los signos de la lengua sagrada que solo conocían los sacerdotes y los escribas. Todo se transforma, a veces para volver.

En su aspecto exterior, el templo de Dendera guarda un cierto parecido con el cuerpo principal del templo de Debod, un edificio muy familiar a todos los madrileños. El edificio, amenazado por las aguas de la presa de Asuán, fue desmontado piedra a piedra y transportado desde Egipto para ser instalado en el centro de la capital española. Fue un regalo de Nasser a Franco por la colaboración de España en el programa de la UNESCO que permitió salvar el complejo arqueológico de Abu Simbel de la crecida de las

aguas de la mencionada presa. El agua en los dominios del Nilo o la arena en los desiertos que flanquean su curso han sido, con el paso de los siglos, el gran sepulturero de los templos y, paradójicamente, su gran protector. Gracias a quedar sumergidos en la arena y, por lo tanto, desaparecidos, cesaban los saqueos de sus obras de arte o el robo de sus venerables piedras para ser reutilizadas en la construcción de las viviendas de los campesinos de la región.

El de Dendera era un refugio de escorpiones del que, cuando en 1801 llegaron a la zona algunos soldados del cuerpo expedicionario francés que mandaba el joven general Bonaparte —el futuro Napoleón a secas—, apenas asomaba algún resto de columna semienterrado por la arena del desierto. En el relato de aquella extraordinaria aventura napoleónica, el capítulo reservado a Dendera —a medio camino entre la memoria y la leyenda— refiere que al llegar la tropa al paraje, mientras los soldados se afanaban en despejar la terraza para establecer allí un baluarte y algunos de los científicos que les acompañaban —entre ellos algún dibujante— retiraban la arena intentando llegar a la puerta del templo, una caja de municiones depositada sobre la arena que cubría la terraza desapareció engullida por un tragaluz. La sorpresa de los soldados que bajaron a buscarla fue mayúscula cuando, a la luz de las antorchas con las que iluminaban el recorrido, observaron que había caído en una estancia en cuya bóveda estaba acoplada una talla de piedra de grandes proporciones. Era una roca labrada dando forma a un extraordinario conjunto de figuras dispuestas en círculo, a modo de réplica de la esfera celeste. Era lo que conocemos como el Zodíaco de Dendera. Su descubrimiento, a ojos occidentales, va unido a la memoria del general Louis Desaix. Tras la expedición napoleónica, el gran dibujante y agente secreto, Vivant Denon, publicó en París un cuaderno con todos los grabados que había hecho durante la campaña en Egipto. Entre otros, el del Zodíaco de Dendera, que fue uno de los que más sensación causó, tanta como para que unos años después (1821) un marchante de antigüedades contratara a un cantero famoso, el maestro Jean Baptiste Leloraine,

y le pagara un viaje a Egipto para que extrajera la famosa pieza. Arrancada de su lugar, fue transportada hasta Francia. Visto que la talla pesa alrededor de 16.000 kilos, la epopeya del traslado daría para escribir otro libro. Lo esencial es que, llegada a París, fue instalada en la Biblioteca Real y que, desde 1964, está en el Museo del Louvre. Así pues, para ver la pieza original del Zodíaco de Dendera hay que ir a París.

Llegué un día de otoño. Pese al cielo color gris y a la amenaza de lluvia, la ciudad lucía con la belleza perenne que la convierte en la gran capital burguesa del mundo. Si una sola persona pudiera ser la imagen de toda una ciudad, la de París sería Catherine Deneuve, instalada en su deslumbrante, sobria y perenne belleza.

Dormí de un tirón pensando que, además del Zodíaco, también esperaba ver la Victoria de Samotracia, la espectacular estatua griega que hacía poco había sido restaurada.

Al día siguiente, temprano y caminando a buen paso bajo los soportales de la Rue Rivoli, me dirigí al Louvre. Dejando a la derecha el Arco de Triunfo del Carrusel, llegué a la explanada sobre la que a modo de gigantesca tienda de campaña se yergue la pirámide de cristal ideada por el arquitecto chino Ming Pei.

Pese a ser un día entre semana había cola. Pero la espera no fue larga. Una vez en el sótano que da acceso a las puertas que se abren a las diferentes alas del museo, me dirigí hacia el pasillo que en su día fue el foso del Louvre medieval. Sobre los fundamentos de la muralla, en algunas partes todavía se aprecian las marcas del agua del Sena.

Hasta llegar a la sala de las antigüedades egipcias, hay un buen trecho. Pero todo llega en esta vida. En este caso es una esfinge (imagen del faraón Ramsés II), que preside el nicho central frente al que se bifurca la interminable escalera, la que indica que el viajero está a punto de traspasar una puerta que conduce al pasado; más exactamente a rodearse de figuras y objetos que preservan la memoria de los siglos. En el caso del Antiguo Egipto, muchos, muchos siglos.

Siempre que entro en un museo abarrotado de piezas me invade la misma sensación: pienso que el exceso de objetos —ya sean estatuas o cuadros— estraga el gusto para poder apreciar el valor individual de cada uno de ellos. El Louvre, que es un ejemplo de abundancia, dobla esa sensación. Contiene mucho de todo: cuadros, estatuas, joyas y objetos históricos.

La expedición militar de Napoleón Bonaparte al país del Nilo ha dejado en prenda tal cantidad de antigüedades egipcias que, sin llegar a lo descomunal del Museo de El Cairo, no le va a la zaga. De hecho fue aquella aventura del entonces ambicioso general la que al haberse hecho acompañar de científicos, historiadores y dibujantes —de regreso a París con copioso botín—, puso de moda en toda Europa el coleccionismo de objetos procedentes del Antiguo Egipto. Todas las cortes se apresuraron a conseguir esfinges, estatuas y cualquier otro objeto —desde papiros hasta escarabajos— procedente de las excavaciones que empezaban a sacar a la luz los secretos de las pirámides y otros testimonios del universo perdido de aquellos míticos faraones cuyas gigantescas figuras aparecían marcadas con misteriosas inscripciones jeroglíficas. En ellos se describían hazañas y conquistas que abrían las puertas a un mundo hasta entonces desconocido.

Fue el feliz hallazgo de la famosa piedra de Rosetta, que contiene el texto de un decreto firmado en el año 196 a.C. bajo el reinado de Tolomeo V, un texto consignado en tres idiomas (jeroglífico, demótico y griego), lo que permitió al joven Jean-François Champollion descifrar los jeroglíficos. La piedra, pese a que fue el hallazgo casual de un soldado francés, acabó formando parte del botín de guerra con el que se hicieron los ingleses tras la victoria del almirante Nelson en Abukir y la posterior evacuación francesa de Alejandría. Fue llevada a Londres y, junto a los mármoles de Elgin, las figuras arrancadas del friso del Partenón de Atenas, es una de las joyas del Museo Británico.

Hay que andar un buen rato hasta dar con el Zodíaco. Está casi al final del recorrido sugerido por las guías del museo, en la Sala XII. Hay que saber lo que uno busca porque es fácil pasar de largo sin percatarse de tenerlo delante de los ojos. En puridad sigue en el cielo. Es la piedra que a modo de bóveda cubre un rincón acotado en una de cuyas paredes está incrustada una imagen de Hathor. La vaca sagrada del panteón egipcio. Frente a ella, supongo que como fruto de la pasión didáctica que remite al espíritu fundacional del Louvre, se puede ver un grabado que reproduce a escala el Zodíaco haciéndose acompañar de diversas inscripciones que recuerdan algunas de las muchas interpretaciones a las que ha dado pie esta misteriosa recreación nocturna de la bóveda celeste. Al igual que sucede cuando uno penetra en la capilla de Dendera, también aquí hay que levantar la cabeza y echarse hacia atrás para poder contemplar la extraordinaria rueda astral. Es un ejercicio que cansa y que, puestos a evocar la ya mencionada función didáctica de los museos, quizá habría sido más razonable incrustar la piedra en una de las paredes, colocándola a la altura de los ojos del visitante. Sería la forma de no perder detalle de los muchos que contiene el círculo de piedra en cuyo interior se encuentran los signos del Zodíaco y numerosas otras figuras cargadas de significado. Esa es la razón del grabado coloreado que cuelga de uno de los lienzos de la pared. Pasé un buen rato mirando la piedra al tiempo que buscaba en el grabado las equivalencias de las figuras encerradas en el círculo. Es un ejercicio que por el camino del asombro conduce a la admiración. Asombrosa es la perfección formal de los signos y su esquematismo y digna de admiración, también, la finura de las líneas que delimitan las decenas de figuras que componen tan espectacular friso de piedra. En el fondo es un monumento a la abstracción. Sin relación aparente salvo, quizá, la de la forzada posición del cuello a la que obliga la colocación cenital de la piedra, me vino a la cabeza el día en el que en Santillana del Mar, en mi tierra natal de Cantabria, visité por primera vez la cueva de Altamira y me quedé pasmado ante la perfección de aquellas pinturas de bisontes y ciervos realizadas por

los hombres del Paleolítico aprovechado los relieves de las paredes y el techo de la gruta. Para verlas bien hay que tumbarse sobre una laja situada a media altura, como si de un altar se tratase. No es el caso del Zodíaco tal y como está instalado en el Louvre, pero ya se sabe que la memoria es arbitraria y caprichosa al asociar imágenes con recuerdos. Hice algunas fotos de la heráldica piedra traída desde el templo del desierto y empecé a desandar el camino pensando cuán puesta en razón está la petición del Departamento de Antigüedades del Ministerio de Cultura de Egipto para que las autoridades francesas devuelvan la piedra del Zodíaco a su lugar de origen, el templo de la diosa Hathor en Dendera. Hasta el momento, la petición ha corrido la misma suerte que la reclamación al Neues Museum de Berlín para que el busto de Nefertiti pueda volver a casa. La efigie de la reina, cuyo nombre significa «la belleza ha llegado», sigue en la capital alemana y sordos están también en Londres a la demanda de Atenas para que el Museo Británico devuelva al Partenón los mármoles arrancados por lord Elgin.

En fin, en esas estaba cuando, al dejar atrás las diversas salas donde se apilan las antigüedades egipcias, desemboqué en los pabellones dedicados a la Antigua Grecia. No pude por menos de contemplar un buen rato la hipnótica cabeza en mármol del Gran Alejandro. También me paré frente a la peana en la que reposan —están juntitos— la tríada de las cabezas pensantes más famosas de la Antigüedad: Sócrates, Platón y Aristóteles. Pese al extraño efecto que producen las órbitas vacías de los ojos y el fervor cultural con el que uno se aproxima para mirarlas de cerca, la contemplación de las cabezas y sus detallados rasgos —picardía y fealdad en Sócrates, solemnidad y fortaleza en Platón, dignidad y aire profesoral en Aristóteles— desemboca en una conclusión: su apariencia física era de lo más corriente pero la fuerza de su espíritu los convirtió en gigantes sobre cuyos hombros ha caminado la filosofía hasta nuestros días.

Seguí avanzando hasta topar con la Venus de Milo. Me habría gustado estar más tiempo y más cerca. Fue poco menos que misión imposible dado que aparecía rodeada, «secuestrada», sería la palabra, por una multitud de turistas japoneses pertrechados de bastones telescópicos con los que sostenían sus cámaras de fotos y se entretenían practicando el *selfie*, deporte narcisista de moda al que se apuntan jóvenes y viejos con gran aplicación. Enfilando ya la salida, compensé la episódica sensación de agorafobia con la contemplación algo menos accidentada de la Victoria alada de Samotracia.

La estatua —en realidad casi se podría hablar de grupo escultórico puesto que la imagen de la diosa aparece montada sobre la proa de una nave de guerra— impresiona. No sabría decir si es más belleza que ingravidez, lo que transmite. Y, desde luego, fuerza. La acertada colocación en lo alto de la escalera principal que antaño fue el acceso noble a las estancias reales del palacio del Louvre y las recuperadas tonalidades del mármol blanco en el que fue tallada hace 22 siglos añaden grandeza al conjunto. La magia y la gracilidad que desprende esta obra de arte es tal que uno tarda en percatarse de que le faltan la cabeza y los brazos. Cézanne decía que no necesitaba ver la cabeza para imaginar su mirada.

Dejé el Louvre con las imágenes mezcladas de las bellezas griegas y pensando en los arcanos cósmicos del Zodíaco de Dendera y salí al encuentro de París, con la idea de aprovechar el día visitando otro museo. No pudo ser. Era el día en el que el presidente de la República inauguraba el recién remodelado Museo Picasso que está en el Hôtel Salé, cerca de la Place des Vosges, y era una multitud la que esperaba para admirar los picassos de Picasso, el pintor español al que con el desahogo que les caracteriza, los franceses casi han convertido en un pintor francés. No pudo ser Picasso, pero a cambio me resarcí tomando un vino en Les Deux Magots, un café del barrio de Saint-Germain al que solía acudir el genio malagueño. Entrada la tarde en horas ya de sombra —en París, en el otoño anochece pronto—, decidí ir a cenar a otro de los

restaurantes favoritos de Picasso y también de Sartre y Chagall: La Coupole, la *brasserie* más popular del Boulevard Montparnasse. Al parecer era un día especial, una víspera de fiesta, y con una fiesta montada me encontré. Gente disfrazada como en los años treinta del siglo pasado con un aire más de Chicago que de París. Ignoro el motivo, pero la gran atracción de la noche no fue la inspirada actuación de un conjunto de jazz sino la insólita presencia en el interior del restaurante, junto a la barra en la que corría el champán, ¡de un dromedario!, un auténtico dromedario. Tranquilo y altivo como suelen ser estos animales nacidos para formar pareja con el desierto. Tras reponerme de la sorpresa no pude por menos de pensar en lo irónico de la situación. Había viajado hasta París para por la mañana, tras descender al interior de la pirámide que da entrada al Museo del Louvre, ver la piedra original del Zodíaco de Dendera, un fragmento de la Historia de Egipto arrancado de su lugar de origen, y terminaba el día con la estampa más tópicamente egipcia de cuantas se pueda uno imaginar: un dromedario rumiando parsimoniosamente. Evocando a Kavafis, juro que no fue un sueño. Aunque no soy hombre dado a consultar el horóscopo, terminada la cena, me fui a dormir pensando que quizá debería hacer una excepción y preguntar por el significado de tan rara coincidencia.

CAPÍTULO XVI

REGRESO A ITALIA

En Roma | Llegada bajo pertinaz lluvia al Museo de las Almas del Purgatorio, que se encuentra en la iglesia del Sagrado Corazón del Sufragio | Fue fundado por el sacerdote Victor Jouët a finales del siglo XIX | Allí se enseñan las huellas que deja la estancia en el purgatorio de ciertas almas atormentadas | Pretende ser la prueba irrefutable de la existencia del Más Allá.





Mucho se ha escrito sobre el Infierno, una de las principales obsesiones del hombre a lo largo de la Historia. Los relieves de las catedrales románicas plasman con todo lujo de detalles el miedo al Juicio Final y el inquietante catálogo de castigos a los pecadores. Eran reflejo de una fe vivida desde el temor a Dios. Mucho, también, aunque algo menos, se predicó acerca del Purgatorio, una suerte de tercer estado o estado de latencia a salvo del Infierno, pero todavía alejado del Cielo. Desde esa perspectiva y visto el propósito de este largo viaje con vocación de libro, la ambigüedad que caracteriza esa estación intermedia entre lo de arriba y lo de abajo se tornó en acicate de mi curiosidad al tener noticia de que en un determinado templo de Roma tenían ¡pruebas de su existencia!

Llegué a la Ciudad Eterna en pos de las huellas terrenas del Purgatorio en un día muy a tono con el propósito genérico que anima este viaje literario: era un día de invierno realmente infernal. Llovía a mares y el Tíber amenazaba con desbordarse. Pero los milagros forman parte de la Ciudad Eterna y nada más salir del hotel pude encontrar un taxi. Le pedí al taxista que me llevara al número 12 del Lungotevere Prati porque allí, muy cerca del Castel Sant'Angelo, se levanta la iglesia del Sacro Cuore del Suffragio.

Con la que estaba cayendo, el hombre debió de considerar que lo mío, abandonar el confort del hotel para ir a una iglesia, sería fruto de un exceso de piedad. Si hubiera tenido confianza, le habría pedido que me llevara al Purgatorio. Porque ese es el misterioso legado que custodia esta basílica de factura neogótica un tanto perjudicada por el paso del tiempo y en parte oculta a los transeúntes por una combinación de factores: la excesiva contigüidad a un vial de circulación rápida que discurre próximo al río y la eternizada presencia de unos andamios previstos para una obra de reparación de la fachada siempre aplazada por falta de fondos y, probablemente, de parroquianos dada la dificultad del

acceso y el hecho, seguramente determinante, de que en Roma hay muchas iglesias, alrededor de mil. La leyenda asociada a la que me disponía a visitar dice que tiene fama de ser un lugar maldito.

Aunque sé por experiencia profesional que en cualquier parte del mundo los taxistas suelen ser una fuente de información inagotable, uno no siempre da con el más idóneo para entablar una conversación escatológica. Escatológica en el menos habitual de los sentidos etimológicos del término: hablar de las postrimerías y del mundo de ultratumba; en aquella ocasión, del Purgatorio. Porque ese, como digo, es el misterio que me llevaba a conocer la basílica que alberga en su interior un museo único en el mundo: el Museo delle Anime del Purgatorio. Encerradas en urnas de cristal se guardan camisas, hábitos de religiosos, cojines, pañuelos y otros objetos en los que se aprecian con nitidez las huellas dejadas por manos venidas de otro mundo, huellas de supuestos espectros, almas en pena, que esperan en el Purgatorio su traslado al Cielo.

Este museo inquietante fue creado a finales del siglo XIX por el sacerdote Victor Jouët, quien, tras un incendio que se produjo en el templo, en uno de los lienzos quemados de la pared creyó reconocer un rostro humano que reflejaba un gran sufrimiento. El cura lo atribuyó a un difunto que desde el Más Allá intentaba comunicarse con los vivos para pedirles oraciones por su alma atormentada en el Purgatorio. El padre Jouët viajó por diversos países de Europa buscando objetos en los que hubiera huellas de seres que habían intentado comunicarse desde el otro mundo. El museo es el resultado de aquella búsqueda. Pude visitarlo tranquilamente, porque la iglesia estaba vacía. Dejé el taxi y todavía recuerdo la mirada comprensiva del taxista. Roma es un mundo aparte en el que el grueso de la gente sencilla, los paisanos, al margen de sus inclinaciones devotas o de su agnosticismo o filias políticas, saben todo lo que hay que saber de la religión, los ritos y costumbres de la Iglesia católica. Salvando un enorme charco de agua que parecía diseñado para poner a prueba la impermeabilización de la suela de los zapatos, alcancé la acera y, tras ella, la entornada puerta de la

basílica. La primera impresión fue de sorpresa. No había nadie. Por lo menos a simple vista. En un primer momento lo achaqué a lo desapacible del día y a la esquinada ubicación del templo. Cuando me hice con la situación y me acomodé a la luz artificial de las velas y bombillas que iluminaban los altares, observé que en un lateral de la nave principal, junto a un pequeño altar, alguien estaba trasteando. Era una monja. Parecía ocuparse de la limpieza de la iglesia. La saludé y le pregunté por el párroco. Me indicó que lo encontraría en la sacristía. Era un anciano con sotabarba pronunciada y un deje de tristeza en la mirada. Hablé con él durante un buen rato. Lo que después, ya de vuelta al hotel, escribí en mi cuaderno de notas es que hablaba con naturalidad de las reliquias custodiadas en el museo. Antes de abandonar el templo, también charlé unos minutos con la monja. Para ambos, estaba fuera de lugar la sola posibilidad de que alguien —sin ir más lejos, su inopinado interlocutor— pudiera pensar que todas aquellas reliquias podrían ser un fraude. Daban por hecho que se puede ir, purgar allí sus penas y volver del Purgatorio al Cielo, como quien toma un taxi o sube a un avión. No seré yo quien discuta la secular creencia que asegura que la fe mueve montañas.

Acerca del purgatorio, la doctrina canónica de la Iglesia dice que es el lugar de expiación donde, después de la muerte, los difuntos sin pecado mortal pero que han cometido otros pecados tienen que limpiar esas culpas para poder alcanzar el cielo. Sabido que tras ese período de purificación, las almas accederán al Cielo, pero las plegarias, los rezos e indulgencias que puedan acortar la estancia en el Purgatorio como lugar de tránsito son fundamentales. Sin hacer daño a nadie, en lo humanamente material, de esa esperanza se alimenta la modesta iglesia situada en el número 12 del Lungotevere Prati de Roma.

Debo decir que ni durante el tiempo que permanecí en silencio en la nave central de la iglesia ni en el largo rato que dediqué a inspeccionar, una a una, las diferentes huellas dejadas por las presencias físicas venidas desde el Más Allá, pude advertir la

inquietante inmanencia de lo desconocido, la presencia invisible que, por el contrario, sí he podido sentir en otros lugares donde, en el pasado, latió el eco de lo sobrenatural, lo cual no resta ni un ápice a la consistencia de las creencias sobre las que se asienta la razón de ser de aquella modesta basílica porque, a decir verdad, después de un día muy madrugado, era el viajero quien no estaba físicamente en condiciones de apreciar reales o imaginadas trazas procedentes del Más Allá. Coronado el propósito —ver con mis propios ojos las huellas dejadas por la que podríamos llamar estación de espera y tránsito hacia el Cielo—, salí a la noche romana. Para mi desdicha, seguía lloviendo. Encontrar un taxi habría sido un milagro, pero no fue tal. Me dije a mí mismo que me faltaba fe, fe que, probablemente, no es otra cosa que creer en lo que se desea y creerlo en el sitio adecuado y en el momento justo. En condiciones normales y en el trance de encontrar y parar un taxi en una ciudad como Roma en un día de lluvia, habría esperado cobijándome en el zaguán de la iglesia pero, la verdad, la presencia de los andamios que, a modo de antifaz, cubrían la fachada del templo sumados a la lluvia en cortina que no cejaba, habían convertido aquel sitio en un lugar un punto siniestro. Tal condición casa mal con la Ciudad Eterna y su noche así que, armado de valor y, afortunadamente, pertrechado de gabardina, tomé la única decisión que en su propia expectativa parecía capaz de ponerme a salvo del cabreo ante la situación. Decidí, pues, enfilar ruta en pos de un restaurante. En aquella circunstancia, pensar en un plato de pasta o de pescado, me hizo olvidar el mal humor y las inclemencias del temporal. En este mundo, si uno resiste, vence. En mi caso, en aquella ocasión, recibí el premio a la constancia: una cena estupenda en un restaurante de cocina vagamente siciliana situado a dos pasos de la Piazza della Rotonda, junto al Panteón, el templo romano más plagiado de todos los tiempos. Una impresionante burbuja de piedra que lleva la firma de Agripa, el yerno de Augusto, pero que, tal y como lo conocemos, fue levantado en tiempos del emperador Adriano, un hispano tan culto como viajado.

Llegado al restaurante, todo lo que vino después fue un ascenso. De las cogitaciones sobre el Purgatorio y las estadías intermedias del alma pasé directamente al Cielo. En una noche de invierno, nada como un buen plato de pasta y un buen vino para enfrentar con la mejor disposición las penas de este mundo a la espera de lo que Dios disponga en el otro. Creo recordar que era un Barolo y que resultó glorioso. Un día es un día.

CAPÍTULO XVII

VUELTA A GRECIA

Cansado de buscar las puertas del Infierno salí en busca de la puerta del Cielo | Los creyentes ortodoxos creen que está en Monte Athos | Preparativos del viaje | Llegada a Tesalónica | La estancia en el monte Athos es un regreso a la Edad Media | Un reino prohibido a las mujeres que se rige por normas dictadas hace mil años por un Emperador de Bizancio.





Cansado de recorrer el Mediterráneo buscando las antiguas puertas del Infierno, acabé topándome con la puerta del Cielo que, según creencia bizantina, estaría en Monte Athos (Agion Oros), la Montaña Sagrada de los ortodoxos griegos, también conocida como el Jardín de la Virgen. Protegida de las rutinas de este mundo y a salvo de los cambios de la Historia, allí se encuentra la mayor y más antigua comunidad de monasterios que hay en Europa. Hacía tiempo que me rondaba por la cabeza la idea de conocer aquel mundo olvidado pero, como luego explicaré, no se puede acceder sin un permiso especial que conceden los monjes y controla el Gobierno griego. No es un simple visado y, conseguirlo, lleva su tiempo. Meses. Años incluso.

Me encontraba en Venecia jugando, como quien dice, a encontrar los lugares favoritos de Corto Maltés, cuando me llegó el aviso de que me habían concedido el *diamonitirion*, que así se llama en griego el permiso, y, con la buena noticia en el bolsillo, decidí iniciar la aventura que paso a relatar. Como cada vez que emprendo un viaje, por una parte sentía la comezón de la impaciencia y por otra la pereza de los preparativos. Y más en aquella ocasión pensando en que Monte Athos no es un lugar como otro. En realidad, es una rareza, un lugar fuera del tiempo en el que viven varias comunidades de monjes ortodoxos que se rigen por normas dictadas hace diez siglos por un emperador bizantino (Constantino IX Monómaco). Una de ellas, que todavía hoy sigue en vigor, prohíbe el acceso a los monasterios a: «mujeres, varones barbilampiños y animales hembras». Tal como suena.

Monte Athos está en la Calcídica, una península bañada por el mar Egeo que se encuentra en el norte de Grecia, a un centenar de kilómetros de Tesalónica. Es una de las pocas regiones de Grecia que no conocía. Había leído lo que se ha publicado sobre el enclave

religioso (muy poco, por cierto), y me había hecho a la idea de que era algo así como el Shangri-La de los ortodoxos. El último vestigio de Bizancio.

El martes 29 de mayo de 1453 Constantinopla cayó en manos de los turcos pero Agion Oros, la Montaña Sagrada, sobrevivió a la caída del Imperio Romano de Oriente. Los sultanes respetaron a los monjes barbudos. Los dejaron seguir viviendo en sus amurallados monasterios suspendidos sobre precipicios de vértigo o en cuevas perdidas en acantilados remotos que caen a pico sobre un mar aún hoy limpio, un mar de aguas ajenas a la contaminación que generan la actividad industrial y las ciudades modernas. Gracias a su peculiar estatus y a que el paso de los siglos no ha cambiado su forma de vida, la península es la reserva de la Naturaleza mejor conservada de todo el Occidente cristiano. Ni los bosques de Polonia —donde tengo entendido que se han recriado manadas enteras de bisontes con reses traídas de Estados Unidos de América—, ni las umbrías frondas que rodean el feraz curso del Loira donde se yerguen los más afamados castillos de Francia pueden competir con el rocío acristalado de las mañanas de este paraje sin parangón.

Monte Athos es el único rincón de la Unión Europea en el que no rigen ni la hora política ni las directivas económicas de Bruselas. Buena parte de lo que sabía acerca de la historia de este lugar lo había leído en un libro antiguo escrito por dos viajeros del siglo XIX —Eugène-Melchior de Vogüé y Nikolái Strájov— que fue editado hace unos años en España por Acantilado. Fue, como luego se verá, la semilla de la curiosidad que me llevó hasta un mundo que durante unos cuantos días me trasladó a la Edad Media

Como quedó apuntado, mi viaje empezó en Venecia y empezó bien. Pagando un euro y 35 céntimos por un capuchino en el bar Culto de Café, del aeropuerto Marco Polo, más barato que en muchos bares de Madrid. En Venecia, todo fue bien. En Roma, las cosas cambiaron; como dándole la razón a Bossi —el demagogo de la Liga Norte, aliado durante años de Berlusconi—, el avión que había de

llevarme a Atenas sufrió un retraso de media hora. Oficialmente nadie sabía por qué. Parecía que no era cosa del aeroplano sino de los servicios de tierra del aeropuerto Leonardo da Vinci que —situación relativamente frecuente— andaban en plan de huelga encubierta, una mala costumbre que ya ni sorprende a quienes recalan con cierta frecuencia en alguno de los grandes aeropuertos europeos. En el de Roma, al parecer, la cosa venía de atrás; la semana anterior habían conseguido perder varios miles de maletas, en su mayoría de turistas a los que costará un montón convencer para que vuelvan a Italia, una proeza de la que nadie se hará responsable y que, al igual que ocurre en España, sirve de munición para la guerra sin cuartel que también aquí disputan en la política la oposición con el Gobierno y, en lo laboral, los sindicatos con la empresa concesionaria del aeropuerto o las compañías de aviación.

Resignado a protestar y esperar o esperar y protestar, opté por entretener la espera leyendo un periódico. En esas estaba cuando oí hablar en griego y descubrí que quien hablaba era una chica morena de ojos intensamente negros; su acento me hizo pensar que era ateniense. Estaba en lo cierto. Se llamaba Dánae y ¡hablaba español! Me explicó que era estudiante de español y acompañaba a sus abuelos. Había protestado por el retraso ante la azafata que está detrás del mostrador de la compañía y, también, ante un supervisor de Alitalia; lo había hecho con energía y convicción, la misma que debió de emplear la otra Dánae, la madre de Perseo, intentando huir, sin éxito, de su terrible destino… Grecia cambia y se transforma pero la energía de sus mujeres —Anticlea, Penélope, Electra, Eurídice o Bubulina, la Agustina de Aragón de la isla de Spetses— parece eterna.

Tarde pero, al fin, el avión con destino a Atenas despegó. Al llegar, en el novísimo aeropuerto Eleftherios Venizelos, me esperaba otro para volar hasta Tesalónica, la capital de Macedonia.

El aeropuerto de Atenas es nuevo, pero las viejas costumbres aeroportuarias, no. El aparato de la compañía Olympic que viene del norte llegaba con retraso pero yo todavía no lo sabía, así que

podríamos decir que perdí los zapatos intentando pasar a la zona de vuelos nacionales. «*Don't worry, sir, you're in Greece*», me dice con sorna uno de los *seguratas* que está a cargo del primero de los controles ante los que he de quitarme la chaqueta, el reloj, el cinturón y no recuerdo cuántas cosas más. Me echo a reír y pienso que tiene razón; me río de las prisas y del absurdo que supone la carrera, mochila al hombro, por la terminal de un aeropuerto. Cuando uno va hacia un lugar en el que han aprendido a darle otra dimensión al tiempo, la verdad es que ir corriendo no tiene mucho sentido. Y, si lo tiene, resulta cómico porque iba camino de Monte Athos, donde los monjes atonitas pasan la vida intentando alcanzar la ataraxia y la *adiaphoría*, imperturbabilidad e indiferencia que les lleva a desprenderse de las necesidades y ambiciones humanas permitiéndoles acortar el camino de su encuentro personal con Dios.

Miré el reloj. En Grecia es una hora más que en Italia o España. Cambié pues de hora y también de chip. Le di las gracias al *segurata* —discípulo, sin duda, del Diógenes de Corinto— mientras contemplé, divertido, la expresión grave de otro de los guardias ante la amenazadora presencia en el interior de mi mochila de un minúsculo cortaúñas descubierto por el escáner de rayos X. En silencio espero a que la cinta transportadora del control regurgite mi mochila. El *segurata* me mira. Mira a Diógenes y, tras unos segundos de duda, me indicó con un gesto que podía pasar. Mucho tiempo después, anuncian la salida del vuelo.

Dentro de una hora estaré en Tesalónica, en la tierra de Filipo y Alejandro de Macedonia. Si uno ha leído algo antes de los veinte años, viajar por Grecia es como volver a la escuela y a la infancia; volver a la mejor patria posible: la de los dioses, los héroes y los sueños de nuestros días felices y despreocupados. En general, viajar por Grecia rejuvenece. Es como recuperar la energía y las emociones de cuando uno estudiaba el Bachillerato, aunque, todo hay que decirlo, no toda Grecia es igual y pasar unos días en Tesalónica puede resultar estresante. Es una ciudad grande, de calles trazadas a la romana, a derecha e izquierda del cardo principal con una

iglesia bizantina en cada esquina; una ciudad con mucho pasado y un presente ruidoso y sobrado de contaminación. En el verano el tráfico es espeso, aceitoso y sofocante. Solo en las calles que bajan en perpendicular desde la cresta en la que se alza la antigua fortaleza que en tiempos fue la cárcel más dura de Grecia siente uno el alivio de la cercanía del mar. Esta ciudad es la llave con la que Roma primero y Constantinopla después controlaron el norte del Egeo y las feraces llanuras macedonias. También fue grande en tiempos de la dominación otomana y en ella nació Mustafá Kemal, el visionario fundador de la moderna Turquía que ha pasado a los libros de Historia con el nombre de Kemal Atatürk, el «padre de los turcos». También aquí vivió durante siglos una importante y laboriosa colonia judía, sefarditas venidos desde España tras ser expulsados por los Reyes Católicos. Aquellos miles de españoles judíos tan injustamente tratados que sin embargo guardaron con cariño lo mejor de sus raíces españolas: el ladino, una variante del español que se hablaba en la España del siglo xv. Esta melodiosa parla está hoy felizmente viva en boca de muchos ciudadanos israelíes y nos permite a los españoles hacernos una idea cabal de hasta qué punto fue injusta aquella expulsión dictada por la intransigencia religiosa de nuestros antepasados, lo que hoy calificaríamos de fundamentalismo. Aquella política que desembocó en la expulsión no consiguió desarraigar el amor a Sefarad en el corazón de aquellas gentes obligadas a dejarlo todo y cambiar de país de la noche a la mañana llevándose en muchos casos únicamente la llave de su casa. Llave que, según he podido ver con mis propios ojos, aún conservan algunos de sus descendientes que hoy viven en Israel. La llave y, de manera tan inexplicable como emocionante —dada la putada que les hicieron—, un intenso amor a España, su añorada Sefarad.

Sobrevivieron a la Inquisición, pero no a la Gestapo. Durante la Segunda Guerra Mundial, unos cuarenta mil judíos sefarditas fueron deportados por los nazis alemanes a los infames campos de exterminio. El actual Gobierno alemán, que tanto ha exigido a Grecia

—presionando a sus gobernantes para que hicieran reformas laborales, recortaran salarios, despidieran a miles de funcionarios y vendieran empresas públicas, medidas con las que ir haciendo frente a la deuda contraída por los bancos helenos y por sus despilfarradores gestores—, todavía no ha pedido perdón a los griegos por la ocupación a sangre y fuego del país ni por la vergonzosa imagen de los Heinkel y los Stukas sobrevolando el Partenón en vuelo amenazante. Ni han pedido perdón ni han pagado los destrozos de la guerra. Eso sí, cuando se emborrachan en las playas de Rodas o en las tabernas de Creta, actúan como si, de nuevo, estuvieran en territorio conquistado. Está visto que Europa anda mal de memoria. Claro que bien pensado, quizá sea esa, la mala memoria voluntaria, la receta para seguir adelante.

Grecia luchó heroicamente contra los fascistas italianos y los nazis alemanes hasta el punto de que aún hoy, todos los años, celebra el día del «No» en recuerdo del 28 de octubre de 1940, día en el que el Gobierno griego —presidido, por cierto, por un dictador fascista, el general Metaxas— rechazó el ultimátum de Mussolini instando a Grecia a rendirse. «Entonces tendremos que ir a la guerra», fue su respuesta. Mussolini amenazaba con la invasión, cosa que hizo por el norte desde Albania tras la negativa helena pero, ante el asombro del mundo, el pequeño pero corajudo ejército griego en pocas semanas puso en fuga a las divisiones italianas persiguiéndolas hasta territorio albanés. Ante el fracaso de Roma, poco después Hitler tomó la iniciativa invasora. Primero solos y después con ayuda británica, los griegos plantaron cara a los alemanes. Se defendieron como Leónidas contra los persas en las Termópilas. Recuerdo haber visto una foto en color de aviones de la Luftwaffe sobrevolando la Acrópolis de Atenas. Creo que la imagen fue portada de la revista *Der Adler*. No se sabe cuánto hay de verdad o de leyenda urbana, porque lo cierto es que las tropas hitlerianas habían ocupado ya todo el norte del país y llegado hasta Tesalónica, pero más de una vez he oído contar que cuando el Gobierno griego aceptó capitular fue porque el mando alemán

amenazó con bombardear el Partenón. Lo que sí pertenece a la Historia y está más que contrastado es que la conquista de Creta le costó a Hermann Göring, el ministro del Aire nazi, un tercio de sus tropas de paracaidistas, el cuerpo de élite que había formado el general Kurt Student, un militar que había participado en la Guerra Civil española encuadrado en la tristemente famosa Legión Cóndor, la del bombardeo de Guernica. Leyenda urbana o no, lo cierto es que el grado de salvajismo acreditado por las tropas alemanas, por ejemplo, destruyendo el centro histórico de Varsovia, tornaba creíble cualquier amenaza, incluida la de enviar a los Stukas contra la Acrópolis.

Los griegos aman a su patria como ningún otro país de Europa a la par, tal vez, con los noruegos y los rusos. Forma parte de su cultura, de su forma de entender la vida y del conocimiento que tienen de su Historia, un saber que, generación tras generación, se renueva en las escuelas afilando —quizá en demasía— el recelo ancestral hacia la vecina Turquía. Por lo demás, y salvo excepciones provocadas, el resentimiento y las penurias traídas por la crisis y los ajustes —que han hecho mirar de reojo a los emigrantes—, los griegos acostumbraban a ser amables con los forasteros, a veces hasta límites de empalago. Viajando por el interior Grecia —Epiro, Macedonia, el Peloponeso— o por algunas de sus islas menos frecuentadas —Milos, Tasos, Cefalonia o incluso en Ítaca, por los parajes asociados a la infancia de Ulises—, he sentido como si volviera a la España rural de los años sesenta y setenta. Pueblos tranquilos, casas modestas, animales domésticos sueltos y paisanos serviciales. Un mundo aún dispuesto a compartir el tiempo que en otros lugares hace años que nos arrebató la prisa.

Volviendo a Tesalónica y a su puerto constelado de tabernas que en algunos casos aprovechan antiguos tinglados, por las noches, el aire se llena de música, de olor a pescado asado a la parrilla, del aroma de la flor del limonero y del pestazo del gasoil que es el acre perfume siempre presente en todas las ciudades portuarias de la ribera norte del Mediterráneo. Las noches de agosto son claras y

caliginosas, el aire —por obra de la cercanía del agua— comparece quieto, como cargado de un rocío denso y caliente. «Bochorno», sería la palabra. Un pescado a la plancha y una botella de Tsantali Agiorítikos, el mejor vino blanco de toda Grecia, tomado sin prisa en una taberna asomada a la parte vieja del puerto —Seven Seas, creo que se llamaba—, me ayudaron a pasar el trance. Por lo demás, si el viajero, como es mi caso, abomina del aire acondicionado, encontrar el sueño suele ser una proeza que fecha de madrugada.

Estuve varios días en Tesalónica preparando el viaje a Monte Athos, así que además de comprar una camisa tratada con un repelente anti mosquitos (*made in Vietnam*, por cierto), me dio tiempo a descubrir que en las noches de verano el secreto para sobrevivir al bochorno no era el aire refrigerado, sino la terraza del Hotel Electra Palace, donde reina una pequeña aunque impagable piscina. Una vez instalado junto a la balconada que se abre sobre el cercano mar del golfo Termaico fui testigo de lo más parecido a un espejismo. Quizá sería más exacto hablar de una aparición: un transatlántico de once o doce cubiertas envuelto en el vapor de la calima y atravesando la noche con todas las luces encendidas y con la proa como dispuesta a embestir la obra viva del hotel. Obvio es decirlo: el choque no se produjo, pero guardo la imagen en mi memoria con extraordinaria viveza. Creo recordar que aquel día me dormí pensando en el crucero rampante y en los libros y películas que nos han llenado la cabeza con la fantasía que rodea la misteriosa historia de *El Holandés errante*, el barco que va a la deriva tras el pacto de su capitán con el Diablo, condenando a su tripulación a navegar eternamente sin llegar jamás a puerto.

A las seis de la mañana sale de Tesalónica el autobús para Ouranópolis, el puerto desde el que zarpan los barcos que van a Monte Athos. Son algo más de cien kilómetros por carreteras secundarias y parajes de poco alarde ambiental. A tener en cuenta la emoción que pueda invadir al viajero al pasar por Estagira, el pueblo en el que nació Aristóteles, el sabio filósofo cuya memoria

recuerda una estatua que se yergue como desconectada de cuanto la rodea. El viajero piensa en lo perecedera que es la memoria: ¿cuántos de los pasajeros del autobús —se pregunta— conocerán las obras del ilustre filósofo? Pocos —se responde—, a juzgar por la nula atención que dedican a la estatua en los cinco minutos que ha durado la parada. O quizá no; quizá es que la tienen ya muy vista y, a fin de cuentas, solo es novedad para el viajero. Para ellos es un elemento más del paisaje de sus vidas.

Tras dos horas y media de ruta llegué a Ouranópolis a tiempo para coger el primer caique que lleva a Dafne, el único puerto de Monte Athos y con margen para resolver el papeleo previo.

Antes de embarcar hay que pasar por la Oficina del Peregrino, allí culmina el largo proceso que hay que seguir para obtener el *diamonitirion*, el permiso de residencia, imprescindible para acceder al territorio de esta comunidad que aunque está enclavada en suelo griego, goza de plena autonomía y se rige por normas propias, leyes heredadas de Bizancio. El permiso hay que gestionarlo a través del Ministerio de Asuntos Exteriores de Grecia, en mi caso, había iniciado los trámites seis meses atrás en la embajada de Grecia en Madrid. Lo gestionan los diplomáticos griegos —sin los desvelos de mi amigo Pambos no sé si lo habría conseguido— pero la última palabra la tienen los monjes que solo permiten la entrada a su remoto mundo a visitantes que se declaren ortodoxos, católicos o simplemente cristianos. También quieren saber a qué obedece el interés por conocer Agion Oros. A los seguidores de otras confesiones que no sean cristianas, el acceso a Monte Athos les resultará muy complicado y los clérigos católicos o protestantes necesitan un permiso especial que, en el caso de los obispos, llega hasta la mesa del Patriarcado Ecuménico. El permiso puede tardar y, si lo consiguen, sus destinatarios se comprometen a vestir con la correspondiente sotana o hábito; de otra manera, el acceso les sería vedado. Los atonitas no estimulan las visitas, mi impresión es que simplemente las toleran. Su reino no es de este mundo. Los monjes son prácticamente vegetarianos, como pude comprobar por mí

mismo aquel mismo día en mi primera noche en Monte Athos. Para ellos, el día empieza cuando sale el sol y termina con el ocaso. Momento, como contaré más adelante, en el que todos los monasterios se cierran y nadie puede ya entrar o salir de ellos. Ni los monjes ni sus huéspedes.

Puesto que todo el afán del viaje era conocer un lugar donde el tiempo se rige por parámetros ajenos a la prisa que nos devora en nuestras rutinas y ciudades, pensé que lo propio sería que el relato de la llegada a un mundo tan singular se acomodara a las pautas de sosiego que rigen en la península de los cenobios. Decidí que lo mejor sería pensar despacio, relajarme y contemplar el paisaje.

El viaje en el pequeño caique que cubre la ruta entre Ouranópolis y Dafne me ofreció un anticipo del silencio, el producto que sin duda más se despacha en Monte Athos. Silencio que solo quebraban los graznidos de las gaviotas y el plop, plop mecánico del motor de la embarcación.

A bordo, la docena de viajeros nos habíamos acomodado sobre los bancos corridos de la nave; la mitad dormitaban, otros rezaban. No era mi caso. Pese al madrugón de Tesalónica, estaba más que despierto. Con la tensión que provoca el saber que uno va hacia lo desconocido. Observaba al grupo más compacto: cinco jóvenes de aspecto eslavo que parecen seguir a un pope de gran estatura y cabellera recogida en una coleta, como los toreros. Llegué a la conclusión de que eran rusos. Lo confirmé antes de llegar a Dafne, cuando el barco hizo escala frente a un pequeño malecón construido a los pies de una fortaleza impresionante. Localicé enseguida el lugar en un mapa que llevaba y en el que tenía señalada la posición de todos los monasterios. Habíamos llegado a Agios Panteleimonas (San Pantaleón), el orgullo de los cenobios rusos. Hay otros dos monasterios rusos más en la península. Los jóvenes viajeros que seguían al gigante descendieron del barco. Iban ligeros de equipaje, por lo que deduje que tenían intención de quedarse en el monasterio, así que no era mucho lo que iban a necesitar en su nueva vida.

A mi lado, sentado y en silencio, otro clérigo luchaba por permanecer despierto. Era griego, tenía los ojos enrojecidos y una mirada que traducía un gran cansancio. Resistí la tentación de preguntarle por lo que estábamos viendo: el desfile de monasterios colgados de precipicios de vértigo o acorazados tras grandes murallas aquellos que están más cerca de la orilla del mar. Decidí hablar con otro de los religiosos. Era un anciano de poca estatura, melena blanca recogida en la nuca, manos pequeñas de dedos cortos y uñas sucias. Más que transportar, abrazaba un gran tiesto coronado por una tupida mata de perejil. No había despegado los labios en todo el trayecto pero, para mi sorpresa, así que los pasajeros descendieron se volvió hacia mí, sonriendo: «*Ruskie, no good. Ruskie, much money. No good*», me dijo con aire de complicidad.

Era serbio. Tenía más de setenta años y, por alguna misteriosa razón —la tradición une en la amistad a las gentes de estas dos naciones—, a aquel anciano le caían mal los hermanos rusos que abarrotan los dos cenobios de esta nación. Pensando en el porqué de tan inopinada tirria me acordé de la trágica historia de los «adoradores del nombre», un grupo de monjes rusos de la comunidad de San Pantaleón acusados de utilizar en sus rezos una fórmula tenida por herética.

En un libro denso y a ratos misterioso (*El nombre del infinito*) en el que se establecen las relaciones sutiles que enlazan el misticismo religioso con el mundo de las matemáticas, Jean-Michel Kantor cuenta un episodio poco conocido para cuya interpretación hay que evocar la figura de un personaje carismático, un *starets* ruso (un anciano venerable) llamado Hilarión que en 1907 publicó un libro en el que recogía sus experiencias místicas trabadas alrededor de la oración de Jesús. En él decía haber entrado en contacto con Dios recitando una y otra vez los nombres de Cristo y Jesús. Entraba en éxtasis repitiendo, a modo de letanía, las palabras «Cristo» y «Dios» hasta lograr acompasarlas con los latidos del corazón y el ritmo de la respiración. El control de la respiración, la quietud y los

efectos de laxitud que dicho proceso provoca en el cerebro son, por otra parte, técnicas centenarias de autocontrol que articulan la conexión entre respiración y consciencia bien conocidas entre los gurús de algunas sectas de la India. Aquel cisma venía de atrás.

Al parecer, la fórmula era una adaptación de una técnica antiquísima desarrollada en los primeros siglos del cristianismo por los eremitas de los desiertos de Palestina y Egipto. Entre los historiadores de los místicos era conocida como la «Oración del corazón». En esencia, consiste en rezar sin parar buscando la fusión física y mental con Dios. Estas técnicas de oración combinan centenares de repeticiones breves de las mismas palabras con un control de la respiración y de los latidos del corazón.

La comunidad estaba dividida entre quienes apoyaban la práctica de la oración de Jesús —los *onomatolatras*, los «adoradores del nombre»— y quienes se oponían a semejante identificación del Ser Supremo con la palabra empleada para designarlo. La situación acabó en cisma y quebrando la paz de los cenobios. La pugna entre los monjes fue a más y derivó en actos de violencia. Algún clérigo fue defenestrado. Al final, a petición del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa, intervino el Zar. Una expedición militar fue la respuesta.

Explicar el porqué de tan expeditiva como extemporánea decisión excedería el marco de estas notas, pero por apuntar la idea principal: resulta que las autoridades religiosas del momento consideraron que estaban ante unas prácticas heréticas que ponían en peligro la pacífica convivencia mantenida en los cenobios a lo largo de siglos y, pese a que Monte Athos se encuentra en Grecia, decidieron solicitar la intervención del Zar de todas las Rusias, cabeza de un imperio confesionalmente ortodoxo. Rusia pesaba y aún pesa mucho en el país heleno, entre otras razones por su notable apoyo político y por su ayuda militar a los patriotas griegos en la sangrienta guerra de la independencia contra los turcos a principios del siglo XIX.

Así las cosas, resulta que a primeros de junio de 1913 un cañonero y dos buques de transporte —barcos de la Marina Imperial rusa—, siguiendo órdenes del zar Nicolás II, atracaron en estas aguas por las que ahora navegaba camino del único puerto del enclave. Lo que siguió fue trágico.

A bordo viajaban un centenar de infantes de Marina que desembarcaron en orden de combate frente al monasterio de San Pantaleón, calaron las bayonetas y penetraron en el inmenso recinto religioso conminando a los monjes a reunirse en el patio central. La mitad se negaron y permanecieron en el interior de sus celdas cuyas puertas atrancaron. Después, de rodillas, empezaron a rezar en voz alta la oración de Jesús, una plegaria cuyas palabras eran el origen de una gran conmoción en el seno de la Iglesia ortodoxa: «El nombre de Dios es Dios, el nombre de Dios es Dios…».

Según una versión de lo ocurrido, los infantes de Marina asaltaron el monasterio y abrieron fuego matando a cuatro monjes e hiriendo a otros tantos. Otros cenobios corrieron parecida suerte. Alrededor de mil monjes fueron arrestados y llevados presos en los barcos hasta el puerto de Odesa, en el mar Negro. Posteriormente fueron dispersados por diferentes monasterios del Cáucaso. A todos se les prohibió acercarse a San Petersburgo o a Moscú. El más significado de todos ellos, Alexander Bulatóvich, conocido como Antonio, recreó una pequeña comunidad en una de las propiedades de su familia.

Al entrar Rusia en guerra con Alemania, sirvió como sacerdote en el ejército. Tras el posterior triunfo de la Revolución de Octubre, en la noche del 5 al 6 de diciembre de 1919 fue asesinado.

A punto de quedar frito, arrullado por el plop, plop del motor del barco, hice un esfuerzo para volver al presente, justo a tiempo de escuchar a mi inopinado informante, que me decía que los monasterios rusos son los que más seminaristas tienen. En los restantes: diecisiete griegos, uno serbio y otro búlgaro, el flujo de neófitos —no sé si sería correcto llamarles seminaristas— es menor. El sorprendente giro dado por las autoridades rusas en relación con

la Iglesia ortodoxa desde la subida al poder de Vladímir Putin —pasó de estar prohibida y perseguida en tiempos de la URSS a recibir financiación del Estado y estar protegida por las leyes— explica el auge de sus organizaciones religiosas.

Al llegar a Dafne —cuatro casas, una taberna y dos tiendas de recuerdos arracimadas frente al reducido espigón que hace las veces de puerto— hay que pasar una suerte de fielato controlado por infantes de Marina griegos. Son quienes, a la entrada y, sobre todo, a la salida, controlan que los viajeros no lleven consigo lo que no es suyo. No es una precaución baladí visto que en algunos de los monasterios de Monte Athos custodian reliquias y joyas que fueron en su día testimonios de la gloria y esplendor del Imperio bizantino. Varios kilómetros de cuesta separan Dafne de Karyés, la pequeña población que hace las veces de capital de este minúsculo reino. Lo normal es que los viajeros emprendan la ruta a pie pero, si uno sabe esperar y pregunta, descubre que cuando menos este primer repecho se puede evitar. ¿Cómo? Pues con paciencia y sabiendo esperar a que algún *calogero* (legos, clérigos auxiliares) procedente de uno de los monasterios haya bajado hasta el puerto en su destartalada camioneta para recoger provisiones o material de construcción destinado a reparar los lamparones del convento. El que yo esperaba, sin otra fe que la que invita a confiar en la suerte, llegó al cabo de una hora. Era un hombretón que podía haber pasado por el hermano mayor del cantante Demis Roussos. Tendría unos cincuenta años, tal vez un poco más, y lucía una barba intonsa que le daba un aire mefistofélico. Observé cómo cargaba unas cajas que los marineros del transbordador habían dejado en medio del espigón y sin dudarlo me dirigí hacia donde estaba para preguntar si tenía intención de pasar por Karyés. Hacía tanto calor y la cuesta en la que se recreaba la carretera era tan pronunciada que debí de darle pena y se apiadó de mí. Me miró con aire divertido y, sin pronunciar palabra, me hizo una seña para que subiera. No dudé ni un segundo. Lancé la mochila a la caja de la furgoneta y me senté junto a aquel estrafalario personaje ensotanado. Me sorprendió la

rapidez con la que arrancó la *pickup*. Al cabo de doscientos metros, comprendí por qué. La carretera asfaltada no era tal, solo los primeros cientos de metros. Después, tras la primera de las muchas curvas que serpentean hasta la cresta de la montaña, deja de ser carretera para convertirse en una pista forestal, un camino de tierra. Así que el acelerón estaba más que justificado y su finalidad no era otra que alcanzar velocidad suficiente como para embalar la camioneta animándola para que, a la vista del repecho que nos aguardaba, no se calara el motor.

Intenté trabar conversación, pero fue inútil. Nunca sabré si es que no me entendía, porque había hecho voto de silencio, o porque el buen hombre era mudo. El caso es que conducía montaña arriba a toda prisa hasta que, inopinadamente, paró. Se bajó, dio media vuelta y de espaldas a la furgoneta se puso tranquilamente a evacuar. Cumplido el trámite y con cara de alivio, regresó, y, sin decir palabra, arrancó de nuevo. Unos veinte minutos después llegamos a Karyés. Nos recibió un pueblo de casas de piedra con tejas rojas sobre las que destaca la cúpula de una iglesia bizantina singular. Lleva en el nombre de Propaton y el título de ser la iglesia más antigua de Monte Athos. Es una de las joyas del lugar. Está frente a la residencia de la Santa Comunidad, el consejo de veinte monjes, uno por cada monasterio, de los cuales cuatro tienen, por decirlo así, el poder ejecutivo.

Cuando el silencioso auriga detuvo la camioneta junto a la fuente de pared colonizada por el musgo que marca el centro de la población, entendí que había llegado al final del trayecto. Le di las gracias y le regalé un paquete de higos secos que había comprado en Ouranópolis en previsión de las escasas alegrías gastronómicas que me aguardaban. Supe por la cara que puso que le había llegado al alma. Movió la cabeza en señal afirmativa y arrancó de nuevo la furgoneta y se perdió saltando sobre el desigual y empedrado camino, tal vez, hacia alguno de los monasterios.

Supe después que la furgoneta en la que había llegado a Karyés constituía poco menos que una excepción. Los monjes que habitan en este lugar han renunciado a casi todo. Empezando por los medios de transporte modernos. Nada más llegar a Monte Athos, recordé la gran verdad que nos legó Machado al dejar escrito que se hace camino al andar. ¡Y de qué manera! Alrededor de unos veinte kilómetros separan cada uno de los monasterios y, como luego supe, salvo la camioneta de Demis Roussos, el otro transporte que hay en toda la península es un microbús que va a su bola y une Dafne con la capital de este reino monástico, una ciudad en miniatura en la que el peregrino se hace enseguida con el paisaje caminando por sus callejuelas empedradas. Yendo de un lado para otro para hacerme a la idea de dónde me había metido, me acordé de la divertida novela de Mark Twain que describía la perplejidad y las meteduras de pata de aquel yanqui que un buen día se despertó en la corte del rey Arturo. Estaba haciéndome a la idea de hasta dónde me había llevado la curiosidad —que es algo así como el ADN que explica la supervivencia del oficio de periodista—, cuando me puse a pensar en cómo debían de haber sido los últimos días de aquel Imperio Bizantino cuyas huellas reconocía en las formas y el tallado de las casas de piedra y en las iglesias ortodoxas en cuyas cúpulas doradas reverberaba la luz del implacable sol de Grecia.

Desaparecido el transporte, miré a mi alrededor para constatar que estaba perdido en un pueblo de montaña de casas de piedra con varios edificios en obras, con los tejados levantados y gatos por doquier. Muchos y flacos. Encontré dos tiendas abiertas al público, abiertas a la manera griega que es también la propia de los países de la ribera oriental de Mediterráneo: con las mercancías expuestas en la calle sobre escabeles que hacen las veces de escaparate. Pude ver que eran como los colmados de la España de los años de posguerra en los que había un poco de todo pero todo era muy poco. Predominaban los productos de la huerta, frutas, hortalizas y legumbres, algún tipo de fiambre y los dulces turcos —*k* y *kataifis*— que han pasado a formar parte de la gastronomía helena y botellas

de *ouzo*, el licor anisado local. También vendían réplicas de iconos, libros escritos en griego, inglés e italiano y objetos de bisutería con motivos religiosos. Había tres novedades en el ambiente. Algo que hace especial el lugar: por las calles solo se veían hombres, no había un solo anuncio y por ninguna parte asomaba la silueta de una cabina telefónica.

Tuve la impresión de haber retrocedido al siglo XIX. Más tarde, rectifiqué la fecha: era mucho más atrás. Estaba a punto de regresar a la Edad Media o incluso antes, a los siglos dorados del antiguo Bizancio griego. Tenía intención de ir a la sede de la Santa Comunidad para confirmar si era verdad que en Monte Athos el viajero es libre de recorrer a placer toda la península durmiendo en cualquiera de sus veinte monasterios con la condición de llegar antes de la puesta del sol, pues los portones de todos los cenobios se cierran hasta el amanecer convirtiéndose en fortalezas inexpugnables.

Mi objetivo era el Gran Lavra. El monasterio donde transcurre alguno de los capítulos de *El informe San Marcos*, una novela histórica de intriga política cuya trama, en parte, se sitúa en aquel misterioso cenobio hasta el que me llevaba la curiosidad por la Historia y la fascinación que siempre ha ejercido sobre mí el mundo del desaparecido Imperio Bizantino. Sobre los últimos días de Bizancio discurre otro libro mío anterior cuyo título —*El resplandor de la gloria*— tomé prestado de un poema de Píndaro, el escritor tebano. La casualidad hizo que, al salir de la Propaton, reteniendo todavía en la mirada el color de los maravillosos frescos pintados en el siglo XIV, cuando iba a acercarme a la sede de la Sagrada Comunidad, apareciera en lo alto de la escalinata que da acceso al edificio uno de los mandatarios del consejo. Iba acompañado por otros dos clérigos. Con reflejos propios de un turista le pregunte si le importaba que me hiciera una foto con él. Asintió con su mejor sonrisa y uno de sus acompañantes inmortalizó el momento. Guardo la foto como recuerdo de aquel mundo en el que lo moderno —cámaras fotográficas y *smartphones*— parece estar fuera de lugar,

aunque debo decir que vi móviles en manos de algunos de los jóvenes monjes. Alrededor del mediodía decidí que lo mejor sería emprender el camino del Gran Lavra. Dicho y hecho.

El silencio se apodera del camino y el paisaje es pura belleza mediterránea colonizada por el olor de los pinos, el aroma dulzón que destilan las flores y el acoso cojonero de moscas y mosquitos. A buen ritmo me rebasaron dos jóvenes rubios altos y flacos que llevaban el pelo recogido en forma de coleta. Iban vestidos con sotana negra. Les alcancé al llegar a una de las muchas fuentes que hay en el camino. Estaban descansando. Me acerqué y les pregunté de dónde venían. Se miraron entre sí y uno de los dos respondió lacónico: «*Sibiria*». Eran rusos. Venían de muy lejos. Les ofrecí una manzana. El más joven de los dos miró al otro como solicitando su aprobación. Sin decir nada, la aceptó y empezó a mordisquearla. Yo tampoco insistí; comprendí que el silencio formaba parte de su mundo. Tras refrescarme, reanudé la marcha. Llegué cansado, pero con bien. El paraje en el que está enclavado el monasterio es dramático. Es una fortaleza con murallas de más de diez metros por el lado que da a tierra y con muros de más de veinte en los puntos en los que se yergue sobre un acantilado de vértigo. Muchos metros por debajo está el mar y, a lo lejos, por el otro lado, a cierta distancia, está el monte que da nombre a este rincón apartado del mundo. En tiempos de Alejandro Magno, un arquitecto, Estasícrates —otras fuentes atribuyen el proyecto a Dinócrates—, se ofreció para tallar la montaña esculpiendo la figura del Gran Macedonio —es de suponer que a la manera como en el monte Rushmore en Estados Unidos fueron talladas las cabezas de los presidentes Washington, Jefferson, Lincoln y Roosevelt—. Ignoro por qué, pero el faraónico proyecto no prosperó. Alejandro no aceptó quizá porque todavía no había conquistado Babilonia dejándose macerar por la relajada costumbre persa del culto a la personalidad…

En una loma próxima a la entrada principal del monasterio, sobre una pista de tierra prensada, observé un círculo trazado con cal. La primera impresión fue pensar que era la señal de un

helipuerto. Estaba en lo cierto. Según pude saber después, era la única concesión a la modernidad que habían realizado las autoridades religiosas ante las reiteradas peticiones de los bomberos de Ouranópolis. El Gran Lavra guarda los últimos tesoros de Bizancio, manuscritos, reliquias y joyas religiosas de valor incalculable. El fuego, sobre todo, en los meses de julio y agosto, es el enemigo que acecha. Buena parte de las construcciones interiores de los cenobios son de madera y muchos son los incendios que han sufrido los monasterios a lo largo de los siglos. El último, en 1966, provocó gravísimos daños en el de Vatopediou, una de las joyas de este singular reino.

Dos puertas en la muralla guardan el acceso al Gran Lavra. A lo largo de mil años han resultado inexpugnables para quienes pretendieron asaltar el recinto. Fue el único monasterio que resistió el asalto de los almogávares, la tropa catalano-aragonesa sedienta de venganza tras el alevoso asesinato de su caudillo, Roger de Flor.

No llegué solo a las puertas del Gran Lavra, a lo largo de la tarde conté otros nueve peregrinos. Yo era el décimo. Todos los demás eran griegos. Sospecho que también era el único que no era ortodoxo. Pude confirmarlo después cuando me dieron alojamiento en un recinto apartado del resto, como luego contaré con más detalle. El recibimiento no pudo ser más amable. Agua, café y dulces como cortesía de bienvenida de los monjes. En adelante, no hubo más de ese palo. A partir de aquel momento todo fue compartir el menú de los religiosos. El viajero no paga ni por la estancia ni por la comida. La única exigencia es el respeto escrupuloso de las normas del cenobio tal como nos explicó el *archondaris*, un monje que hablaba con el grupo de griegos en su lengua y que conmigo se expresaba en italiano. Sobriedad, recogimiento y silencio. Al viajero que todavía no se había repuesto de la belleza del lugar le asignaron para él solo un pabellón en la segunda planta de una construcción que está en el patio, junto a una de las iglesias contigua al corazón del lugar: el *katholikón*, la basílica ortodoxa rodeada de columnas que ocupa el centro del patio principal. La estancia, que es toda ella

de madera, crujía como las cuadernas de los barcos. Cuando me vi solo en el centro de un pabellón inmenso y vacío y pobremente iluminado por unas cuantas bombillas de cuarenta vatios, tuve la impresión de haber llegado tarde al escenario de rodaje de algunas de las escenas de *El baile de los vampiros*, la terrorífica al tiempo que divertida película de Roman Polanski.

Conté hasta doce camas y, puesto que todo el pabellón era mío, elegí la que estaba más lejos de la puerta y más cerca de la última ventana. Uno nunca sabe dónde se mete y, por si acaso, conviene prever una vía de escape. Debo decir que la precaución no estaba justificada y nada de lo que viví en el Gran Lavra dejó en mí recuerdo alguno de inquietud, todo lo contrario. Al cabo de una media hora bajé a dar una vuelta por el patio central del cenobio y pude hacerme una idea de la grandiosidad del lugar y de la sensación de paz que irradiaba. Una paz hecha de silencio solo interrumpido cada pocas horas por la llamada a la oración. El aviso lo transmite el ruido que hace el *simandro*, una suerte de matraca de madera que hace las veces de campana. En silencio, los monjes se dirigen al *katholikón*. El interior es extraordinariamente abigarrado. Está lleno de iconos y lámparas. Una parte del recinto sagrado está recubierto por una sillería de madera tallada. La salmodia lenta del canto bizantino unida al efecto mareante del olor de la cera de las velas que se consumen entre alegres chisporroteos y el aroma penetrante del incienso pueden provocar estados hipnóticos próximos a la levitación. Potenciado por la luz cambiante de la llama de las lámparas, el brillo del oro y la plata repujada de los iconos provoca alucinaciones visuales. El tiempo desaparece. Solo la curiosidad del viajero, perplejo ante la visión de una ceremonia que parece conectar con la noche del mundo perdido de Bizancio, mantiene el hilo con la realidad en la que uno controla las sensaciones. De otra manera —me ocurrió en otros momentos a lo largo de mi estancia— la tentación y el deseo era abandonarme a la quietud interior que parecía brotar de la participación en el rito.

Cuando me familiaricé con la rutina me di cuenta de que la ceremonia tenía, por así decirlo, un desarrollo circular. Primero el canto, una sola voz; después la lectura de un texto sagrado de la Biblia a cargo de otro de los monjes; a continuación un tiempo indeterminado de meditación —el silencio era entonces de piedra— y, posteriormente, vuelta al canto. Todo concluía con una procesión: los reunidos desfilaban en silencio por el interior de la nave principal de la basílica hasta llegar a la altura del altar en uno de cuyos escalones aguardaba de pie un monje mostrando un icono de la Virgen al que respetuosamente besaban. Al concluir aquel auténtico oficio de tinieblas —por la hora, no por su desarrollo y circunstancias — fui de los primeros en abandonar la basílica. Me senté en uno de los bancos de piedra situados junto al pórtico, un largo corredor rodeado de columnas. Me quedé observando un buen rato la salida de los monjes. Predominaban los de mediana edad. Unos cuantos eran jóvenes en la treintena; también conté hasta siete u ocho de edad muy avanzada, eran ancianos venerables, flacos como espárragos, que caminaban muy despacio. Nadie hablaba. Todos parecían mirar hacia dentro.

Sabía por las indicaciones que nos habían dado a la llegada que la última colación, la correspondiente a la cena, sería después de la ceremonia, así que calculé que tenía tiempo para subir al pabellón con la intención de tumbarme un minuto a descansar sin quitarme las botas. En otros tiempos, cuando era fumador, habría sido el momento ideal para encender un pitillo. Pero hacía tiempo que había conseguido dejar el vicio y, además, recordé que estaba rigurosamente prohibido fumar así que me conformé con imaginar la escena. Me disponía, pues, a subir, cuando —esta vez sin *simandro* pero como obedeciendo a una llamada general— observé que varios monjes se encaminaban hacia un edificio situado frente a la basílica. Nadie me dijo nada, pero decidí seguirlos. Resultó ser el refectorio, el comedor del monasterio. La estancia, de paredes envejecidas por el humo, era espaciosa. Había bancos corridos a lo largo de las paredes y frente a ellos se alineaban una decena de mesas. Tras ver

que los monjes ocupaban su sitio, los peregrinos nos acomodamos en la parte central. Los platos eran de estaño y las grandes jarras para el agua parecían de cobre. El menú, plato único: *fasolada*, un potaje de alubias con apio y zanahorias típico de la cocina griega popular. No hay taberna griega, por modesta que sea, que no ofrezca este tipo de cocido. Observé que los monjes jóvenes remataban con algo de queso y los ancianos, con una manzana. Pensé que si todos los días iban a ser así, acabaría, por fin, encontrando mi peso ideal.

Despachada tan parva colación, los monjes se retiraron a sus celdas. Del grupo de los nueve peregrinos griegos, dos o tres se quedaron paseando por el patio, el resto se retiró al pabellón que les habían adjudicado y yo permanecí un buen rato deambulando por el perímetro del *katholikón* ensimismado. Como ya me había pasado antes de la cena, me entraron ganas de fumar. Supongo que si no hubiera dejado hacía ya tiempo el tabaco y si hubiera estado permitido, habría sido el momento indicado para encender un cigarrillo. Pero en los días de Bizancio, los españoles todavía no habían llegado a América, el tabaco era algo por descubrir y en los monasterios de Monte Athos todo sigue igual que en los tiempos en los que Constantinopla era la capital del Imperio y de medio mundo. Los monjes siguen fielmente las reglas. Ni tabaco, ni apenas tiempo de reposo y sueño. Me olvidé del tabaco y escaleras arriba subí hasta el pabellón dispuesto a echar una cabezada. Tras cierto desasosiego inicial se fue abriendo paso en mi interior un estado de gran placidez. Sabiendo que nos despertarían bien entrada la noche para acudir a rezos y ceremonias, había decidido no meterme en la cama. Me quité las botas —unas botas especiales para el desierto, muy ligeras, que me había comprado tiempo atrás cuando estuve unos días con las tropas españolas en la guerra de Iraq— y me tumbé vestido sobre la manta rayada que cubría la cama.

Me quedé frito en el acto pensando que no hay nada en este mundo más placentero que el sueño que se apodera de uno tras un día repleto de experiencias y cansancio. El sueño duró lo que dura

un suspiro.

Llevaba un teléfono móvil, pero decidí apagarlo. La prisa de nuestro tiempo y las servidumbres propias del oficio de periodista las había cancelado la tarde anterior al traspasar la doble puerta de la muralla del Gran Lavra. Nada hay tan gratificante como el silencio y la tranquilidad cuando uno viene del ruido y las prisas de la vida actual. Hace muchos siglos, mucho antes de que se pusiera de moda el movimiento *slow*, los monjes que dedican su vida al rezo y la contemplación descubrieron las ventajas de la vida sencilla y la lentitud, del vivir despacio para mejor y más vivir. Me quedé dormido, pero preocupado, con temor a no despertarme y perder la oportunidad de asistir al oficio nocturno. Ya he contado que la llamada no es a través de la campana, del tañido del bronce, como en los cenobios de Occidente. Me desperté. De un salto. Miré el reloj: eran las tres de la madrugada. Podría haberme escaqueado, pero nunca me lo habría perdonado. Imposible seguir durmiendo en una ocasión tan excepcional como la que me había sido dado vivir. ¡Una noche en el Gran Lavra!

A toda prisa me calcé las botas, no sin antes zarandearlas boca abajo, por aquello de los escorpiones y otros bichos que en determinados parajes suelen encontrar refugio en el interior del calzado al final de sus excursiones nocturnas. En esta ocasión no había motivo, así que, tras frotarme los ojos y lavarme las manos y la cara en el pequeño lavabo del servicio que había en el pabellón, casi a la carrera, salí escaleras abajo camino del *katholikón*. Afuera, todo era noche y silencio. Traspasado el pórtico y empujada la pesada puerta, tuve la sensación de haber entrado definitivamente en el túnel del tiempo. A la luz de los hachones y las velas plantadas en las plataformas colmatadas con arena, la nave central había adquirido un aire fantasmal. Todavía no se había iniciado el oficio. Los popes iban entrando y ocupando sus sitiales mientras uno de ellos, un monje de unos cincuenta años, se situaba en un lugar central, una plataforma con una altura de uno o dos peldaños.

Parecía repasar un texto en un libro de notables proporciones. Miré a derecha e izquierda y, sin saber muy bien por qué, en vez de acercarme hasta uno de los bancos en los que había creído reconocer a alguno de los peregrinos griegos, decidí empotrarme en uno de los sitiales que circuyen la nave. Son de madera tallada como los que se ven en las catedrales de Occidente y en las aulas magnas de muchas universidades, pero con un detalle peculiar: el apoyabrazos no está colocado a la altura donde un hombre sentado reposaría el codo. Allí están situados más arriba. Enseguida entendí el porqué. Había elegido al azar uno de los sitiales y en medio de la penumbra apenas disipada por la luz de las velas no me había percatado de que tenía vecinos. A mi derecha se encontraba un anciano venerable con una barba que le llegaba hasta el estómago y a mi izquierda otro que no le iba a la zaga en años. Calculé que el uno debía de ser centenario y el otro, como poco, octogenario. Estaban de pie. Pensé que para ellos sería un sacrificio aguantar así mucho rato, hasta que descubrí que, en realidad, aun estando de pie, la posición no resultaba fatigosa porque gracias al apoyabrazos el cuerpo prácticamente flotaba.

El oficio arrancó acompañado de una salmodia que poco a poco fue adquiriendo un tono monocorde. Casi perdí la noción del tiempo. Analizando después el porqué de aquel estado de laxitud y percepción cerebral lineal, llegué a la conclusión de que, siendo una suma de todo —la noche, el ambiente, el olor del incienso y mi predisposición mental al acceso a nuevas experiencias, al éxtasis—, el factor determinante había sido la palabra. La lectura solemne y sincopada de los textos sagrados. Perdí la noción del tiempo, pero no la sensación placentera de estar flotando, levitando, anclado por las manos entrecruzadas al elevado apoyabrazos del sitial. Las palabras, la luz de los hachones y el humo del incienso… Nunca me he sentido tan cerca del misterio. Me acordé de Borges, el genio ciego de Buenos Aires, y de un relato suyo que habla de la inalcanzable lengua absoluta, la lengua perdida, el idioma de Dios.

El oficio concluyó con una pequeña procesión en el interior de la basílica. El momento culminante consistía, como en la ceremonia de la noche anterior, en besar algunas de las reliquias custodiadas en el templo. Para los creyentes ortodoxos, las reliquias son el auténtico tesoro del Gran Lavra, mucho más que los iconos revestidos de oro y plata, los libros miniados y las demás joyas que custodia el cenobio como testigos perennes del resplandor de la gloria de Bizancio.

Concluida la ceremonia, volví al pabellón. Pese a lo cerrado de la noche, las descomunales proporciones del lugar, lo alargado de las sombras y el silencio de la solitaria estancia, en ningún momento experimenté sensación alguna de inquietud Todo lo contrario. Al día siguiente, me desperté de buena mañana y de muy buen humor. Como pude, me remojé aprovechando una improvisada ducha en forma de manguera. Me vestí, hice quince minutos de taichi y, después, bajando a buen ritmo los desvencijados escalones de madera, me dirigí al refectorio. Tenía tanto apetito que me habría comido un buey. No hubo tal: la cosa fue de café y pan de centeno. No era, desde luego, con lo que uno sueña cuando se despierta con hambre, pero, en fin, uno se aguanta y a otra cosa. Supongo que sin un algo o un mucho de vida interior, este tipo de rutina y de régimen no hay quien lo resista.

Con el día por delante y las puertas de la muralla abiertas desde la hora del amanecer, me dediqué a recorrer todo el monasterio. Primero por dentro y después por fuera. Muy cerca de la puerta de fuera, en lo alto, hay un magnífico icono de la Virgen María y ya en la parte exterior, a pocos metros de la entrada y protegido por un porche de columnas, se abre un espléndido mirador con bancos de piedra. El espectáculo es embriagador: a los pies, la belleza azul y verde y la tersura de la mar en calma. Cielo arriba, casi hasta donde abarca la mirada, la formidable muralla del monasterio, una muralla que a lo largo de los siglos resistió los ataques de piratas, almogávares y turcos. El Gran Lavra es el único monasterio de

Monte Athos que jamás fue expugnado, todos los demás sucumbieron en algún momento de la Historia a los saqueos o los incendios.

Plácidamente transcurrieron las horas y los días que estuve en Monte Athos. No es fácil entender por qué un hombre renuncia a cuanto está expuesto en el escaparate de la vida moderna y decide pasar el resto de sus días en uno de los veinte monasterios de esta península sagrada. Tiene que haber una explicación. Creo que el secreto es el camino de la ataraxia; la imperturbabilidad, la serenidad con la que se conducen por una vida voluntariamente acotada les da las fuerzas para seguir. A través de la austeridad y la renuncia a los bienes materiales despiertan la voz interior que les permite hablar con Dios. Supongo que no es cosa ni de un día ni de un mes y sí cuestión de años de constancia y sacrificio. El silencio ayuda, la meditación, también. Dejan atrás los placeres de los días, pero también los dolores de cabeza de la vida cotidiana y el estrés que abre las puertas del infarto. Creo que la longevidad, que es una constante entre la población de estos cenobios, responde a un estilo de vida sin sobresaltos. La paz interior puede resultar terapéutica. La apacible rutina de los monjes atrae, sobre todo, a quienes llevan una vida repleta de actividades sociales. En Vatopediou, quizá el más armonioso de los monasterios, recaló más de una vez el príncipe Carlos de Inglaterra. Allí custodian una de las más queridas reliquias entre las muchas que atesora Monte Athos, es el cinturón de la Virgen, un cíngulo hecho con lana de camello que según la tradición habría sido tejido por la propia madre de Jesús.

Debo decir que, pese al cansancio, los rezos de madrugada y la dominante soledad que todo lo impregna, fueron días de gran paz interior, de armonía y bienestar al contemplar la Naturaleza, sin otro reverbero que el agitado volar de las libélulas. Fueron días de tener una curiosa sensación de laxitud, de lentitud en el discurrir de las horas. Guardo un extraordinario recuerdo de la estancia en Monte Athos. De regreso, mientras esperaba en el puertecito de Dafne la

llegada del caique que me debía retornar a Ouranópolis, anoté en mi cuaderno de viaje esta palabra: «Shangri-La». Era la imagen del reino perdido.

Alguna vez, tras la vuelta a la agenda siempre abierta de mi vida de periodista, he sentido nostalgia de Monte Athos, añoranza de la paz y la armonía que impregna la vida en aquel mundo perdido. Visto lo visto, puede que sea una secreta puerta del Cielo. No descarto volver.

Viaje a las puertas del Infierno
Fermín Bocos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Gurpo Planeta
© Imagen de cubierta: Opalworks

© Ilustración del interior: Dani Ras

© Fermín Bocos, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2015

ISBN: 978-84-344-2284-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com